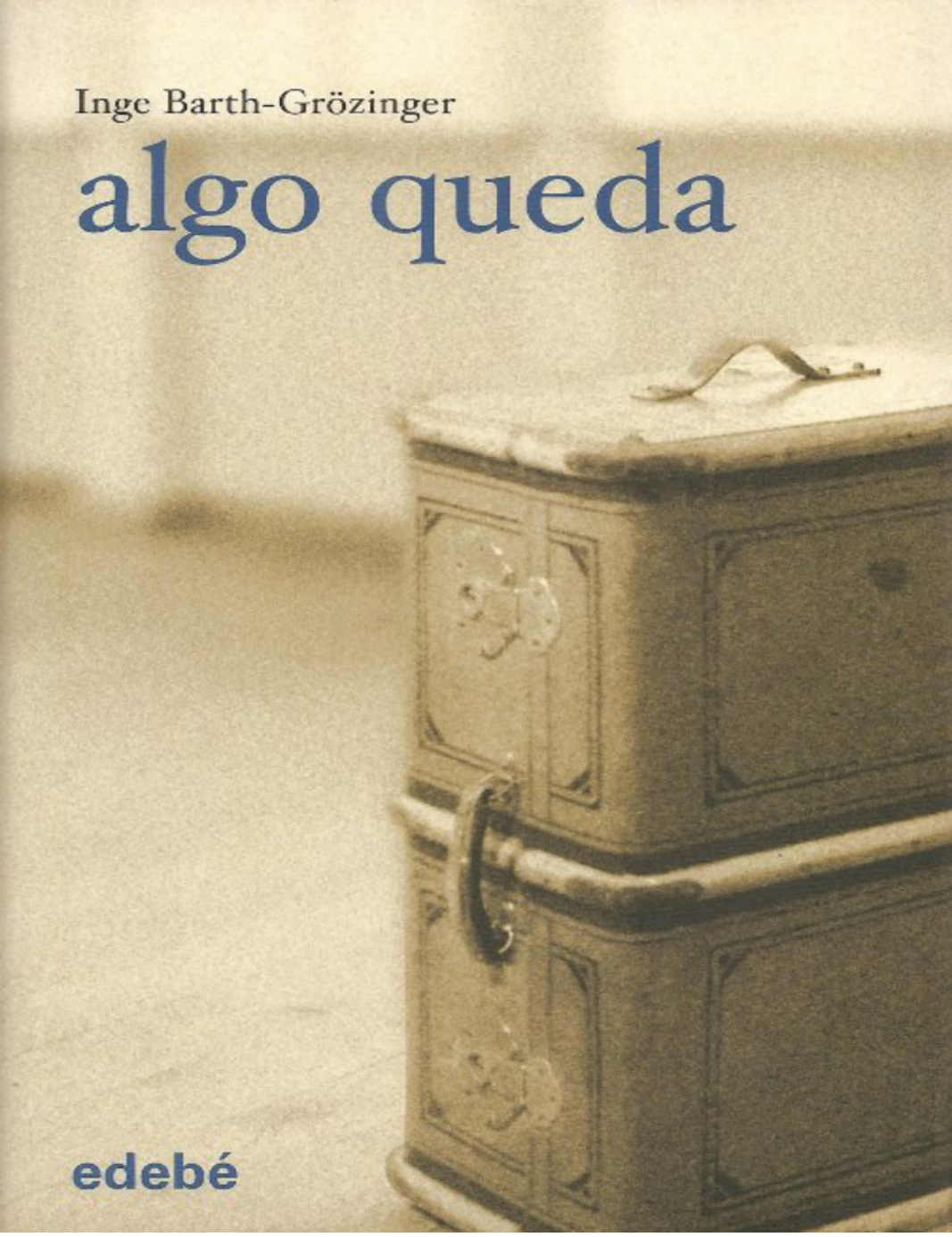
Inge Barth-Grözinger

algo queda



edebé

Annotation

Todo comienza muy lentamente. Un día los profesores de Erich aparecen en el colegio vestidos con uniformes marrones y en la ciudad cuelgan caricaturas contra los judíos. Pero Erich no empieza a inquietarse hasta que a él y a su primo les obligan a sentarse en clase en la última fila.

A partir de entonces, haga lo que haga, Erich será criticado, ya no pertenece a la sociedad, es un judío. Cuando su mejor amigo Kurt también se aleja de él, Erich descubre que está solo, si no fuera por su familia…

Aislados, expulsados y ahuyentados… Al final, la única pertenencia de los Levi es una maleta. En ella va todo lo que les ha quedado. Únicamente podrán llevarse esa maleta al gran viaje que les conducirá fuera de ese país que un día fue suyo y en el que ahora son unos completos extraños…

Basándose en hechos reales, Inge Barth-Grózinger describe el conmovedor destino de una familia judía hasta el momento de su emigración en 1938.

INGE BARTH GRÖZINGER

Algo queda

Traducción de Soraya Hernán Gómez

Ed. Cast.: edebé

Sinopsis

Todo comienza muy lentamente. Un día los profesores de Erich aparecen en el colegio vestidos con uniformes marrones y en la ciudad cuelgan caricaturas contra los judíos. Pero Erich no empieza a inquietarse hasta que a él y a su primo les obligan a sentarse en clase en la última fila.

A partir de entonces, haga lo que haga, Erich será criticado, ya no pertenece a la sociedad, es un judío. Cuando su mejor amigo Kurt también se aleja de él, Erich descubre que está solo, si no fuera por su familia…

Aislados, expulsados y ahuyentados… Al final, la única pertenencia de los Levi es una maleta. En ella va todo lo que les ha quedado. Únicamente podrán llevarse esa maleta al gran viaje que les conducirá fuera de ese país que un día fue suyo y en el que ahora son unos completos extraños…

Basándose en hechos reales, Inge Barth-Grózinger describe el conmovedor destino de una familia judía hasta el momento de su emigración en 1938.

Título Original: *Eticas Bleibt*
Traductor: Hernán Gómez, Soraya
Autor: Barth Grözinger, Inge
©2007, Ed. Cast.: edebé
ISBN: 9788423685851
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 28/08/2024

Inge Barth Grözinger

Algo queda

TÍTULO original: *Eticas Bleibt*
Ed. Cast.: edebé 2007
Primera edición, octubre 2007
Segunda edición, noviembre 2007
Traducción: Soraya Hernán Gómez
ISBN 978-84-236-8585-1

Para Jacob y Elena Levi, Nina y Daniel Grózinger, la siguiente generación, con cariño y esperanza.

«*Lo mejor que uno puede tener en el mundo, es estar en casa.*»

Berthold Auerbach, 1812-1882
(*en realidad Moses Baruch) Poeta patriótico judío*

Prólogo

EL ANCIANO lleva un voluminoso paquete envuelto en papel y estrechamente abrazado contra su cuerpo. Mis alumnos me alertan sobre su presencia. Desea hablar urgentemente conmigo, pero sobre todo con nuestro invitado, al que estamos esperando ansiosamente. Es un día frío de enero y la gente se apiña en el aula de nuestro colegio.

Durante casi un año y medio, veinte alumnos y alumnas han estado trabajando en la exposición que hoy se inaugura.

La hemos llamado «Búsqueda de Huellas». Me temo que no es un título muy original, pero expresa con exactitud lo que hemos estado haciendo: buscando las huellas de la última comunidad judía de Ellwangen, especialmente las huellas de los últimos alumnos judíos de nuestro antiguo y honorable Colegio Mayor, que existe desde hace trescientos cuarenta y cinco años.

Una y otra vez nos fuimos topando con un nombre: Erich Levi, y por ello le pusimos el subtítulo «¿Quién era Erich Levi?».

El anciano me acaba de descubrir y se abre paso a través de los densos grupos de personas. Al principio no entiendo lo que quiere, pero luego, libera un objeto, con mucho cuidado, casi con cariño, de su espesa capa de papel y me lo enseña con orgullo. Es un plato con un esmalte gris azulado. En su centro se hallan dibujados tres objetos, dos panes trenzados y un vaso ricamente decorado. En la parte inferior, en su filo exterior, hay letras hebreas, ordenadas en semicírculos. El resto del filo del plato está adornado con extraños símbolos triangulares. El plato tiene obviamente algo que ver con la ceremonia judía del Sabbat[1], porque los dos panes parecen representar los tradicionales *challoth*[2], y el vaso debe de ser la copa *kiddush*[3].

El anciano se me queda mirando expectante.

—Mi madre solía tener esta clase de platos entre su surtido, para sus clientes judíos —me contó—. Regentaba una pequeña tienda de menaje. Se acordaba muy bien de la familia Levi. La señora Levi, la madre de Erich, poseía uno de estos platos; mi madre siempre me hablaba de ello.

—¿Y cómo ha llegado este plato a sus manos? —quiero saber, y el anciano prosigue contando, que se lo encontró entre las pertenencias heredadas de su madre, cuidadosamente custodiado y guardado.

—Había algo especial en este plato —dijo pensativo—. Y por ello quiero regalárselo al señor Levi, al hijo de Erich. Va a venir luego, ¿verdad? Estoy seguro de que mi madre también lo habría querido así. El plato debe volver a manos de una familia judía.

Ese señor Levi, del que habla el anciano, es el profesor Dr.

Michael Levi, un nieto de aquella Melanie Levi, a la que ha aludido.

Tras una larga búsqueda, por fin, dimos con él en Nueva York hace unos días y, a pesar de la inmensa sorpresa y el escepticismo inicial de las llamadas telefónicas provenientes de la lejana y, para él casi desconocida, ciudad alemana, aceptó espontáneamente viajar hasta aquí para inaugurar esta exposición. Por primera vez en su vida, tomaría contacto visual con el lugar que, en todos los sentidos, era su ciudad paterna.

Al parecer despertamos su curiosidad, la misma que también nosotros experimentamos por verle a él, al profesor procedente de América, y por las historias sobre su familia y su padre que, ojalá, comparta con nosotros. Porque de que Erich Levi había muerto nos enteramos durante la primera llamada telefónica.

—¿Por qué no le muestra usted mismo el plato y le explica qué historia lo rodea? —le propongo al anciano, que se me queda mirando lleno de expectación.

Y así, los dos esperamos intrigados a nuestro invitado, felices de poder mostrarle que algo queda de su familia en esta ciudad, aunque sea realmente poco, tan sólo un plato y unos cuantos recuerdos...

Enero 1933

EL CHICO abrió con cuidado la pequeña ventana y se inclinó de rodillas por encima del estrecho alféizar. Inspiró profundamente el frío aire con sabor a humo que llegaba en ligeras nubes desde las chimeneas de los tejados vecinos. Por encima de los sucios tejados grises, veía oscuros nubarrones que el fuerte viento de vez en cuando lograba separar, dejando asomar la esfera opaca del sol que poco a poco empezaba a desaparecer entre los picos irregulares de las casas.

Durante un rato, el chico contempló el juego de las nubes y, cuando por fin desapareció el sol definitivamente tras los tejados, se sentó suspirando apoyando la espalda contra la inclinada pared y masajeándose las doloridas rodillas. En la oscuridad del pequeño desván se sentía a salvo y la rabia que le había llevado a cobijarse allí cesaba poco a poco dando paso a una silenciosa y vaga tristeza. El Sabbat había llegado a su fin. Los pensamientos del chico viajaron hacia abajo, al salón, la habitación más preciada de la familia Levi. A buen seguro que su madre acababa de apagar las velas del candelabro de plata y lo había vuelto a colocar cuidadosamente sobre la antigua cómoda que había pertenecido al abuelo Elias. Fanny estaría recogiendo la vajilla, la vajilla buena, como ella solía llamarla, la del filo de oro que había que fregar y secar con mucho cuidado, y el padre estaría sentado en el gran sillón de piel marrón, con un purito en la mano. Aunque el tratante de ganado Julius Levi tenía que seguir sus negocios incluso en Sabbat, no se permitía sin embargo leer el periódico de los sábados hasta entrada la noche, cuando hubiera finalizado el Sabbat, al igual que fumar sus adorados cigarrillos. Más tarde se encendería la radio; entre cariñosos tiras y afloja, la familia discutiría el programa de radio, porque al padre le gustaban más las audiciones de humor, mientras que a la madre le gustaba la ópera, por ejemplo Wagner, que al resto de la familia les parecía horrendo.

Todo era como siempre, y aun así, aquel último Sabbat de enero del año 1933 había algo distinto. Y de ese «algo» había salido huyendo hacia el polvoriento desván, porque no podía tocarlo ni agarrarlo, porque pendía como un velo invisible sobre su familia, desde hace ya muchos días, haciéndola cambiar imperceptiblemente. Desde hace algún tiempo, la madre ya no reía con tanta frecuencia y la avispada cara del padre parecía de repente apagada, y dos profundas arrugas se marcaban a lo largo de las comisuras de su boca. El muchacho sabía que tenía algo que ver con el periódico, en cuya portada, desde hacía ya algunos días, saltaban a la vista los mismos nombres impresos en letras grandes y oscuras. También hoy volvían a estar allí, a pesar de

que durante toda la jomada había estado dando un rodeo a la edición del sábado depositada, intactamente plegada, sobre el tocador del pasillo. Aquellas letras negras le atraían de una forma mágica: *Hindenburg*, ponía, *Schleicher*, y una y otra vez, *Hitler*. Al muchacho esos nombres no le decían nada. Aunque Hindenburg, eso sí lo sabía, era el presidente; su foto colgaba en el colegio y en todos los despachos de la Administración. Tenía un aspecto tan amable, un abuelo sereno con un gran bigote. Su padre le había explicado que Schleicher era el Canciller del Reich, y a ese tal Hitler le había escuchado alguna vez en la radio, pero sólo durante unos instantes, porque su padre siempre la había apagado enseguida, haciendo callar a esa voz chillona y atropellada.

Desde su posición, el muchacho ya sólo podía ver un pequeño recorte del nocturno cielo. Los contornos se habían sumido enteramente en la oscuridad. El chico agudizó su oído. Desde la vivienda se escuchaba el ruido de cacharros; Fanny había comenzado a fregar la vajilla. Voces aisladas, deformadas por el viento, de paseantes que probablemente se dirigían a tomar unas copas al «*Roten Oschen*», situado en diagonal frente a la casa de los Levi, llegaban hasta la ventana del desván. Fue entonces cuando el chico se percató del penetrante frío que hacía.

Se levantó y cruzó con cuidado el desván, completamente a oscuras, hasta la empinada escalera. Desde abajo escuchó a su madre llamarle.

—¡Erich! —y luego de nuevo con más insistencia—: Erich, ¿dónde estás?

Dejó transcurrir unos segundos hasta que contestó en un tono bastante desagradable:

—Ya voy.

En realidad no estaba enfadado, sino rabioso, sí, verdaderamente furioso. Furioso contra esas personas de nombres vacíos causantes de ese ambiente enrarecido, pero sobre todo contra ese Hitler, a quien sus padres parecían temer por alguna incomprensible razón. Y debido a ello, también estaba furioso con sus padres. ¿Qué le importaba a la familia del respetado y acomodado Julius Levi ese asunto en Berlín? ¿Qué tenía que temer alguien como su padre, ante el que todos los vecinos de la ciudad se quitaban el sombrero y del que la gente decía que era un buen hombre de negocios y un buen tipo? ¡Y qué decir de la madre! Pocas mujeres en Ellwangen eran tan guapas como ella y vestían con tanta elegancia. Muchas mujeres le tenían envidia, se notaba en sus miradas, y las reverencias de los hombres solían ser más pronunciadas de lo habitual cuando se encontraban ante la señora Levi. Erich estaba tan orgulloso de sus padres... que no podía entender lo que les había hecho cambiar tanto.

Por ello se puso de morros, cuando la madre le dijo en un tono bajo pero de reproche:

—Erich, ¿dónde te habías metido? Quedamos en que esta noche teníais que ayudar a Fanny, tú y Max. Sabéis perfectamente que esta noche libra y que quiere ir a bailar —ella le dio un cariñoso golpecito en la nariz y le acarició suavemente el pelo—. ¡Pero si estás completamente helado, y mira cómo llevas el pantalón, todo lleno de polvo! ¿Dónde te has metido? Marchando, ve a por Max y luego a la cocina, venga.

En la habitación infantil, su hermano Max, cuatro años más joven que él, estaba tumbado de lado leyendo en un libro de Karl May. Erich se le acercó de puntillas y le quitó de golpe el libro. Estudió el título, *A través del salvaje Kurdistán*, mientras con la izquierda mantenía a raya a Max que intentaba golpearle en el costado y recuperar su libro. Finalmente le dio un empujón que hizo que Max cayera de nuevo sobre la cama.

—¡Vamos, a la cocina a fregar!

Max se giró hacia la pared.

—No tengo ganas.

Erich se había ido al armario, había sacado un cepillo para la ropa y estaba repasando su pantalón. En una ocasión, Fanny le había dicho que era el chico más vanidoso que conocía. Con una mirada a Max, que seguía tumbado sin inmutarse, se marchó suspirando a la cocina.

—Oye, ¿yo también era así de imbécil cuando tenía nueve años?

Fanny, que estaba ante la pila, se echó a reír.

—Mucho más imbécil. ¿Sabes que en aquella época querías casarte conmigo a toda costa?

Entonces fue Erich el que se echó a reír, por primera vez aquel día. Se acercó a ella con aire solemne y la miró fijamente a los ojos.

—¿Cómo que *quería*...? Mi corazón sigue latiendo únicamente por ti.

Las manos de Fanny emergieron de entre el agua jabonosa y, entre risas, le frotaron el pelo hasta que brilló mojado por el agua y apuntando en todas las direcciones.

—Erich Levi, te juro que eres el chico más tremendo del mundo entero. ¿Cuántos corazones vas a romper con esos grandes ojos castaños? Tienes la mirada de un perrito faldero. Sí, no me mires así, que eres un Casanova. Ahí encima tienes el paño de la cocina.

Durante un rato trabajaron en silencio, pero luego Fanny señaló con la cabeza hacia la puerta del salón desde donde se oía la voz del padre. Había comenzado con la lectura del periódico y le leía en voz alta las partes más interesantes a la madre.

—Mal ambiente —susurró Fanny.

Erich asintió con la cabeza.

—Yo no lo entiendo. Todo por ese Hitler.

—Dicen que será Canciller. El martes se decidirá.

—¿Y qué? —preguntó Erich con desdén.

De nuevo Fanny susurró:

—Ese odia a tu gente.

Con lo de «tu gente», Fanny se refería a los judíos. Para Erich, ser judío no significaba nada especial. Ni siquiera recordaba en qué momento fue consciente de que él era judío y no católico, o evangélico como sus amigos. Era tan normal y formaba parte de él, como el levantarse, lavarse, comer o beber. Sí, claro, ellos celebraban el sábado, el Sabbat, y no el domingo, pero tanto él como Max tenían que ir al colegio de todos modos y su padre tenía que cuidar del ganado y negociar con sus clientes. Ellos celebraban el Pésaj[4] en vez de la Semana Santa, pero aun así, su madre escondía los huevos y los conejos de Pascua[5] para él y para Max, y los niños de la vecindad podían degustar los *matzá*[6] recién hechos. Durante Januká[7] [8], la fiesta de la luz que siempre tiene lugar por la época de Navidad, en casa de la familia Levi también lucía un árbol de Navidad, árbol cristiano. En realidad, la única diferencia que existía era que ellos no iban a misa a la majestuosa basílica o la gran iglesia de la ciudad, sino a su pequeña y humilde sala de oraciones situada en la sinagoga, y que se dejaban puesto el *yarmulke*[s], pensó el muchacho. Y dirigiéndose a Fanny dijo:

—¡Eso son tonterías! Me refiero a que esas cosas ocurrían en la Edad Media, donde se nos perseguía, al menos eso es lo que nos ha contado nuestro rabino, por aquello de los prestamistas y eso, y porque muchos vestían de forma distinta y practicaban costumbres diferentes. Pero hoy en día ya no es así.

Fanny se encogió de hombros.

—Si a mí también me parece una estupidez, pero he oído que Hitler dice que los judíos quieren destruir al pueblo alemán.

Erich se echó a reír.

—Ahí lo tienes, valiente tontería. ¡Si nosotros somos alemanes! —ayudó a Fanny a llevar la vajilla buena al salón.

—Anda, Fanny, márchate ya, que veo que tus pies están impacientes por irse a bailar —dijo la madre sonriendo, y comenzó a guardar los vasos y platos en la vitrina.

Max, que inteligentemente había decidido finalmente acercarse a realizar su parte en las tareas de la casa, la ayudó.

Erich se sentó a la gran mesa del comedor situada bajo una lámpara redonda de porcelana que proyectaba una clara y cálida luz. Sobre la mesa ya sólo quedaba un único plato, el plato del Sabbat, como lo llamaban los niños. El viernes por la noche la madre lo solía coger de la cómoda, junto con los candelabros, para colocar sobre él

los *challoth*, los panes de masa blanca, que después permanecían tapados por un paño blanco bordado, hasta que el padre, tras la oración, los partía solemnemente en dos y le entregaba una mitad a cada uno. El plato del Sabbat sobre la mesa era sinónimo de la festividad, de buena comida, de poderse quedar más tiempo levantado a pesar de las clases escolares del sábado, y recordaba al calor y el cobijo de una cena familiar. Erich tomó con mucho cuidado el plato entre sus manos. En realidad no es nada del otro mundo, pensó el chico. Con esos colores grises y azules tiene más bien un aspecto aburrido. En el centro tenía ilustrado el cáliz de *kiddush*, a cada lado respectivamente un pan trenzado, la *challah,* y en el filo exterior se ordenaban letras hebreas en círculo, que después de dos años de clases de hebreo, Erich sabía descifrar bastante bien: «Llega la noche y llega la mañana del sexto día».

Pues eso que es un plato con los símbolos típicos del Sabbat, para nosotros, pensó el muchacho, es valioso porque es nuestro plato de Sabbat. «Con él relacionamos nuestros recuerdos, forma parte de nuestras vidas.» Cariñosamente pasó la mano por encima del esmaltado gris azulado. Al lado de la inscripción hebrea había pintados pequeños símbolos, extrañas formas triangulares, de las que nadie sabía el significado. De repente se acordó de lo que él veía en ellos cuando era pequeño.

—Ojos —susurró—, los ojos de Dios, que nos observan.

Uniformes marrones

ERICH subió las escaleras de dos en dos, porque ya desde abajo le llegaba el olor. Había tortitas de maíz. El martes era el «día dulce», ya que el padre tenía trabajo en los mercados de ganado y a menudo solía comer con los clientes. Los dulces de Fanny tenían mucho éxito entre los chicos, pero sobre todo les gustaban sus tortitas de maíz. Ella estaba junto al fogón con una pesada sartén de hierro en las manos para extender cuidadosamente con movimientos circulares la masa sobre ella. Max estaba sentado a la mesa de la cocina. Se había llenado tanto la boca que le rebosaban trozos de torta entremezclados con mermelada de manzana por las comisuras de su boca.

—Comes como un cerdo —dijo Erich acercándole a Fanny su plato, sobre el que ella dejó deslizarse la brillante torta.

Tras un rato, cuando Max tenía la boca ya un ¡toco más vacía, preguntó sin poder vocalizar aún bien:

—Oye, ¿a vuestro cole también han ido algunos de los profesores de uniforme? Bartie ha entrado hoy en nuestra clase con su uniforme marrón.

Erich conocía a Bartie de vista. Era maestro en la escuela de Primaria a la que iba Max. Pertenecía a esa gente a la que su padre llamaba «la banda de Hitler». No había muchos en la ciudad, pero Erich los había visto alguna vez pasear en pequeños grupos. Por alguna razón, a él le parecían ridículos con sus extraños pantalones abultados hacia fuera y sus horrorosas camisas marrones.

Fanny metió baza.

—¿Pero pueden hacer eso? Me refiero a que Hitler ahora es Canciller, eso ya lo hemos oído en la radio y en el periódico también lo pone, pero aun así, ¿en el colegio..,?

Erich también había oído hablar de ello, esa mañana habían estado comentándolo en el colegio y su profesor de inglés había estado diciendo algo así como que era un gran momento histórico. Sin embargo, no contó nada, únicamente se encogió de hombros.

—El rector no lo habrá visto con buenos ojos, pero si sólo desde ayer su caudillo es Canciller...

Max se acercó a Erich y, de repente, el chico vio en los ojos del hermano brotar el miedo.

—Hoy Bartie me ha estado preguntando a mí todo el rato y cuando intenté que Willi me soplara una respuesta, me cogió del brazo y dijo: «Levi, ahora llegan otros tiempos para vosotros, no lo olvides.» ¿Qué ha querido decir con eso?

Erich le dio una palmadita en el hombro.

—¡Bah, no te preocupes! No es más que un presuntuoso y un bocazas. Se cree que ahora puede permitirse ir fanfarroneando por ahí.

Pero Max no parecía convencido y tampoco Fanny, que mantenía la cabeza agachada y mecánicamente jugaba con el pico de su delantal. Erich sintió, de repente, cómo la ira le subía por el cuerpo. Cómo se atrevía ese tipo a asustar a su hermano, a su hermano pequeño Max, que antes siempre le hacía rabiar, porque a veces le tocaba cuidar de él y porque quería jugar con el tren de Erich y siempre hacía descarrilar los vagones. Max, que había heredado las orejas de soplillo y los oscuros ojos castaños de los Levi, al que le gustaba leer a Karl May y que estaba orgulloso de su nueva bicicleta, que le habían regalado los padres por su último cumpleaños. Max, que también había heredado el sentido comercial de su familia, porque precisamente esa bicicleta se la alquilaba de vez en cuando a sus amigos por un par de céntimos, para que pudieran dar unas vueltas en la plaza del mercado. Su pequeño, introvertido y soñador hermano Max, que a veces era Kara Ben Nemsi y a veces Old Shaterhand. Todo eso le pasó a Erich por la cabeza mientras troceaba de forma mecánica sus tortitas. En cambio dijo con voz firme:

—{Créeme! No tienes más que fijarte en Bartie, es un payaso, eso es lo que es ese paticorto, con esa barriga que saca siempre de esa forma tan rara al andar... —y se levantó de un salto y empezó a andar por la cocina con las rodillas algo flexionadas y el tronco exageradamente echado hacia atrás—. Así es como el señor Bartie anda por ahí, como un escarabajo sobre dos patas...

Max no pudo evitar reírse a carcajadas y también Fanny rompió a reír tras su delantal. Erích era el actor de la familia y sabia imitar muy bien a la gente.

Nuevamente le dio una palmadita a Max en el hombro.

—¿Lo ves?, de un tipo así no debes tener miedo. Y ahora, por favor, Fanny, dame otra tortita,

Pero sólo siguió comiendo por inercia, porque de repente, la tortita le sabía a cartón. Después de un rato preguntó por su madre.

—Está sentada en el salón, escribiendo una carta a tu tía. No tiene apetito —contestó Fanny.

Sigilosamente abrió la puerta del salón. Su madre estaba sentada al gran escritorio con los pesados adornos de plata, colocado junto a una de las ventanas. Las nubes se habían despejado y un par de rayos de sol se habían colado y jugaban sobre la pulida superficie de la mesa. La madre ya no estaba escribiendo. Permanecía sentada, inmóvil, con las manos entrelazadas sobre su regazo, y no reaccionó hasta que Erích se colocó con cuidado a su lado y le echó el brazo por los hombros.

—Ah, eres tú. Hola, hijo. Perdona que no haya ido con vosotros, pero tengo un poco de dolor de cabeza y también quería terminar de escribir la carta a la tía Mina —cariñosamente le abrazó—. Cuéntame, ¿qué tal te ha ido hoy en el colegio?

Erich tragó saliva. No estaba seguro de si debía contarle lo de Max. En su colegio también habían aparecido dos profesores con los uniformes marrones; eso tampoco se lo había querido contar antes a Max y Fanny. Además, el viejo profesor Wagner, su profesor de lengua alemana, le había parecido hoy muy preocupado. Lengua era su asignatura preferida y apreciaba mucho al viejo Wagner, el elegante y canoso hombre que tan maravillosamente recitaba, sobre todo poesía. Toda la clase solía escuchar cautivada, por ejemplo cuando recitaba *El rey de los Elfos*. Hoy les había leído un poema muy extraño, del que Erích había atemorizado el primer verso:

Alemania sobre blanda yacija,
la cabeza no te aturdas,
en la maraña que la tierra cobija
duerme, ¡qué más deseas!

El chico no había entendido muy bien lo que quería decir el poema, escrito según el viejo Wagner por un tal Georg Herwegh. Nunca había oído hablar de ese poeta, pero tanto a él como al resto de la clase les había impresionado mucho que ese Herwegh, en el año 1843, hubiera tenido que huir de Alemania debido a sus inclinaciones políticas. La cuestión es que Erich decidió memorizar la primera estrofa, sobre todo, porque no sabía lo que era una «yacija». Se propuso preguntar, más tarde, lo que significaba la palabra, más tarde, no ahora. No, prefería no contarle a la madre nada de todo esto, no fuera a empeorar el dolor de cabeza. Por eso, se acercó a su castaño cabello, que siempre olía tan bien a agua de colonia, y susurró:

—Bastante bien. Ni siquiera tenemos muchos deberes, sólo tenemos que practicar la quinta declinación.

La madre lo apretó contra sí.

—Bien. Y ahora vámonos con Max y Fanny.

Largas sombras

EL PADRE volvió por la tarde. Se despojó lentamente de su abrigo de grueso tejido de lana de color marrón oscuro y colgó el sombrero de fieltro en el perchero; parecía cansado. Después de un día de mercado, casi siempre estaba cansado, claro, como tenía que hablar mucho, negociar y meditar... Al fin y al cabo era mucho lo que dependía de una buena compra o venta. Últimamente, los negocios no iban demasiado bien, los niños se lo habían oído decir a los padres en conversaciones espiadas. La gente lo estaba pasando mal, muchos no tenían trabajo y había que ahorrar.

—La gente ya no come tanta carne —decía siempre el padre—. Hoy hay cosas más importantes. La carne viene en último lugar, eso siempre ha sido así.

La familia le saludó en la cocina, donde se frotó las manos sobre el fuego del fogón. Sin esperar a ser preguntado, comenzó a contar que había comprado dos terneras a un ganadero de Untergróningen, dos bonitos animales.

—Llegarán a ser unas hermosas vacas lecheras, pero lo mejor es que he vendido a Blesse.

Por fin una buena noticia ése día, pensó Erich, a pesar de que se le encogía el estómago cada vez que se vendía uno de los animales. Blesse era una preciosa vaca lechera, a la que Erich había rascado muchas veces entre los cuernos, pues era su favorita, debido a esa mirada tan especialmente tierna que tenía.

—Tiene la misma mirada que tú —le había dicho Max a menudo, al que había reprendido por ello arrojándole paja.

—Pero no he conseguido muy buen precio —la mirada del padre se entristeció—. A decir verdad, ha sido malo, unos escasos trescientos marcos del Reich. Al principio ni siquiera quería venderla por tan poco... —el padre no continuó hablando y la frase quedó suspendida en el aire como una amenaza, ya que todos sabían por qué se había visto obligado a vender.

—¿Quién la ha comprado? —preguntó la madre con serenidad, interrumpiendo con ello el agobiante silencio.

—El cerrajero de Gaildorf —contestó el padre—, un buen hombre. Blesse estará muy bien con él —dijo, pasándole la mano por el pelo a Max intentando consolarle, porque se había quedado triste, sentado en su silla—. Mañana llegarán las terneras e iremos enseguida a verlas, ¿de acuerdo, Max?

Sigilosamente Erich se retiró a la planta superior para zambullirse en los misterios de la quinta declinación. Después de un rato escuchó

dos silbidos cortos y seguidos. Abajo en la calle estaban Helmut y Kurt, sus mejores amigos. Los dos llevaban abrigos negros cortos y botines de cordones. Kurt se había colocado la cinta orejera alrededor del cuello de forma desenfadada, ya que aquel último día de enero no hacía demasiado frío.

—¿Estás listo? —gritó Helmut desde abajo.

—En realidad no, pero enseguida bajo —le contestó gritando Erich.

Cerró la ventana deprisa, corrió hacia el vestidor, se puso su chaqueta de *tweed* y sus botas. Al pasar corriendo por delante de la puerta abierta de la cocina, le gritó a Fanny que se iba con Kurt y Helmut al Jagst.

Ya bajando las escaleras con fuertes pisadas, escuchó su alta voz decir:

—¡No vuelvas tarde!

Salió corriendo a la Schmiedstrasse, donde Kurt y Helmut le esperaban apoyados contra el escaparate del comercio situado en la planta baja.

La familia Levi ocupaba toda una planta en un edificio grande de tejados a dos aguas destinado a vivienda y comercio, en el que se encontraba una tienda de menaje y vajillas. Todo ello pertenecía a las señoritas Pfisterer, dos señoras con pinta de solteronas que llevaban sus negocios con severidad y que eran muy respetadas por todo el mundo.

—¿Qué tal, gran maestro? —le saludó Kurt sonriendo con socarronería—, ¿todo en orden?

—¡Todo excepto la quinta declinación! ¿Y vosotros?

—Yo ni siquiera he empezado —Kurt le pellizcó a Erich riendo en un costado—. Lo que puedas hacer hoy, no dudes en dejarlo para mañana.

Los tres chicos se echaron a reír. En buena armonía caminaron los tres hacia el paso a nivel y esperaron hasta que la gran locomotora negra con sus numerosos vagones terminó de pasar con gran estruendo.

—Éste continúa sin parar hasta Praga —comentó Kurt con aire de experto, al levantarse la barrera chirreando—. Eso es lo que yo quiero hacer cuando sea mayor, viajar mucho, ver mundo y todo eso. Por ejemplo, América, ¡eso sería genial!

—Pero para eso necesitarás dinero, y mucho —opinó Erich pensativo.

—Pues eso —se rió Kurt—, yo seré millonario y para eso no se necesita saber latín.

Corrieron hasta el puente del Jagst, donde torcieron a la derecha. En una casa grande pintada de amarillo y marrón, estaban las cuadras

de los Levi. Sus grandes puertas marrones se encontraban abiertas de par en par. Contra una de ellas estaba apoyado Peter, el encargado del establo, con un cigarrillo en la mano izquierda, desganado y con la mirada perdida en la corriente verdosa del río Jagst.

—¡Mi padre ha vendido a Blesse! —le gritó Erich desde lejos—. Y le han dado un precio pésimo.

Peter gruñó algo que sonó algo así como «Ya lo sé», y Erich se encogió de hombros.

—Dice que son malos tiempos.

Peter comenzó a repartir la paja con la horca. Desde la oscuridad de la cuadra emanaban los familiares ruidos y el familiar olor a estiércol y paja. Durante un rato, los chicos ayudaron a Peter a dar de comer al ganado, después se aburrieron y corrieron río arriba a tirar piedras sobre la superficie del agua. Discutieron de fútbol; Kurt era seguidor del FC Kaiserslautern, sólo Dios sabe por qué, mientras Erich y Helmut veían naturalmente al VfB Stuttgart como el próximo campeón de la temporada. Después, inevitablemente, comenzaron a hablar del colegio. Scheuerle había dado una respuesta realmente tonta en biología y Senftleben había sido un verdadero borde poniendo ese examen de vocabulario. De repente Erich lo soltó:

—Qué pintas tenía con su estúpido uniforme. ¡En realidad el Dr. Kaiser debería prohibirlo...!

Helmut le dio un puntapié a una piedra lanzándola contra un arbusto.

—Bah, de todas formas Senftleben no está bien de la azotea. ¿Os habéis fijado en cómo ha desfilado hoy por la clase...? —Helmut desfiló unos cuantos pasos firmes hacia delante, imitando después con el brazo estirado el saludo hitleriano—. Pero mi padre dice que ésos tienen ahora la voz cantante.

—El mío dice que ahora, bajo el mando de Hitler, estaremos mejor —añadió Kurt algo titubeante.

El padre de Kurt era un pequeño funcionario en la Audiencia Provincial, un hombre espigado, sin sentido del humor, con gafas por encima de las cuales siempre los miraba de arriba abajo con desprecio. Erich se hacía cruces de cómo una persona tan monótona y apagada había conseguido tener un hijo tan avispado.

Helmut contestó:

—Pues mi padre dice que, si Hitler llega al poder, habrá guerra.

Los tres chicos se miraron fijamente.

De repente Erich sintió frío.

—Venga, vámonos a casa.

Sin mediar palabra salieron de las malezas de la orilla del río y caminaron en dirección a la ciudad. Las sombras de las casas se habían hecho ya muy largas y de repente a Erich le parecieron

especialmente negras y frías.

La cena ya estaba servida en la cocina, como siempre entre semana. Fanny sirvió el té y Erich, agradecido, echó mano del plato de sopa humeante que le ofrecía su madre. El padre les contó con quién se había topado en el mercado y de repente dijo:

—El cerrajero también dice que esto no durará mucho.

—¿El qué? —preguntó la madre con voz templada y Erich advirtió de reojo el gesto de advertencia en dirección a Max.

—El Gobierno que tenemos desde ayer —contestó el padre escuetamente—. Como mucho, un par de semanas y ya habrán terminado de vociferar.

—¿Y si no es así? —se escuchó Erich preguntar de pronto.

La madre se le quedó mirando un instante.

—Eterno es nuestro Dios —dijo en voz baja.

La familia siguió comiendo en silencio. Erich conocía aquellas palabras. Eran del *Shema Israel*, la oración de los judíos, que había tenido que aprenderse de memoria en las clases de la *bar mitzvá*[9] y que en las casas judías solía estar escrito en un pequeño rollo de papel, colgado en las entradas de sus casas. También sabía lo que la madre quería decirle con eso; en las clases habían hablado largo y tendido sobre ello. Quería decir: «Confía en Dios». Los ojos del muchacho se dirigieron hacia las penumbras del salón que vagamente se distinguía a través de la puerta abierta. Allí brillaban los cristales del armario del abuelo Elias y tras ellos estaban los candelabros y el plato de Sabbat. Eso está bien si se puede creer en ello, pensó el chico. Yo no puedo. Y de repente, todo le pareció tan frágil como aquel plato de allí con los ojos de Dios.

La unidad del pueblo

UN MAR de chaquetas y abrigos negros, marrones y grises, y de gorras con bandas de diferentes colores llenaba la plaza, ante la poderosa silueta de la iglesia colegial, del color de la piedra arenisca. El amplio portal del Colegio Mayor, situado justo al lado, tenía las puertas abiertas de par en par y continuaba escupiendo cuerpos, pequeños y grandes, algunos tímidos, como los de primero, y otros muy seguros de sí mismos, saltando los escalones de dos en dos, como los avispados alumnos de sexto, que corrían en riada hacia la plaza delantera de aquel venerable y antiguo edificio.

Erich estaba en medio de aquel hormiguero junto a sus compañeros de clase, esperando a su tutor, el profesor Wagner, con el que debían marchar hasta el cercano pabellón de deportes. Les habían contado a los alumnos que iba a ser una hora de celebración; probablemente les soltarían, como siempre, largos discursos, el coro cantaría y alguien con más o menos acierto tocaría el piano. Pero eso no importaba, porque las clases se habían suspendido y, sobre todo en las filas del medio y en las de atrás uno se podía quedar tranquilamente medio transpuesto. Aun así, los sentimientos de Erich estaban divididos. Le hubiera gustado disfrutar igual que sus compañeros, que se empujaban e intentaban ponerse la zancadilla unos a otros y, cuando finalmente Müller el gordo, se cayó sobre su bien mullido trasero, se partieron todos de risa. Hacía dos semanas habían tenido lugar unas elecciones y Erich, aquel sábado por la mañana, ya se había dado cuenta de cómo su padre, Julius Levi, se había colocado el sombrero hacia atrás con preocupado pero decidido semblante, y se había dirigido con su madre al Ayuntamiento a votar. «Cualquier voto contra *ésos* es importante, aunque seguramente no sirva de mucho», había dicho, y luego había murmurado algo sobre «antidemocrático» e «intimidación». Hasta ahí el chico lo había entendido, pero luego su padre había caminado con la madre por debajo del cielo de banderas de color rojo sangre que ahora ondeaban desde todas las casas, atravesando la calle Schmiedstrasse hacia la calle Lange y pasando por delante de grupos de uniformes marrones, que los miraban con recelo y a veces incluso les insultaban. «Levi, judío», les gritaron una y otra vez; «Levi judío, Levi judío». Ya no era «el señor Levi», como años atrás, y de eso había hablado dolido con la madre cuando regresaron a casa. «Ahora, de repente, ya no soy un señor, sino tan sólo el judío.»

En las últimas semanas se habían multiplicado esas banderas en toda la ciudad y se veían cada vez más figuras marrones. En el

periódico muchos comercios anunciaban que en sus tiendas se podía adquirir ahora un uniforme original de Nacional Socialismo. «Qué vergüenza», susurraba entonces siempre el padre tirando asqueado el periódico a un rincón. Cada vez más banderas y cada vez más uniformes, y gente que ya no les saludaba tan amablemente, e incluso algunos retiraban la mirada cuando los Levi pasaban por su lado.

Como era de esperar, los votos de Melanie y Julius Levi no habían servido de nada y los nazis finalmente consiguieron ser el partido más fuerte. «Aunque en Ellwangen no», se enteraron los niños al día siguiente. Los habitantes de Ellwangen habían votado «como Dios manda»: siguiendo la tradición, el Partido Centrista católico había alcanzado una clara mayoría; más de dos mil ciudadanos les habían votado. Aun así, también hubo votos para el Nacional Socialismo, más de ochocientos; eso les contó el padre con voz temblorosa de ira.

Y ahora, ahí estaba Erich, junto a sus bulliciosos compañeros, hambrientos de jolgorio, en la plaza del colegio, pensando con amargura que, a pesar de las clases de las que se habían librado, no podía celebrar ese acontecimiento de las elecciones de marzo ganadas por los nazis. Kurt le pellizcó en el costado.

—¿Qué te pasa, que miras con esa cara? Le acabo de decir a Helmut que le eche un vistazo a las hembras. Hay buenos monumentos entre ellas.

Con lo de «hembras», se refería a las pocas alumnas del Colegio Mayor que ya empezaba a haber, a pesar de que hasta hacía poco había sido un colegio exclusivamente de chicos. Formaban un grupito aislado de coletas o de cabellos cortos con peinados ondulados, como se llevaban últimamente. Un interés especial despertaba la esbelta y huesuda Marga Fels, hija del presidente del Tribunal de Justicia, que este año acabaría su Bachillerato.

—Hay que ver..., que las chicas sean capaces de eso, aprobar el Bachillerato y luego tal vez hasta estudiar una carrera —susurró Kurt pensativo—. Bueno, de todas formas ésa no es mi tipo.

—Sí, sí claro, como a ti te van las morenas... —Helmut le dio al amigo unas palmaditas en el hombro y éste se sonrojó de inmediato.

Todos los que estaban a su alrededor se echaron a reír; era de sobras sabido que a Kurt le gustaba una alumna del Colegio Mayor católico y que no le importaba dar un rodeo en su ya de por sí largo trayecto hacia el colegio sólo para echarle un vistazo a su falda de tablas. De forma mecánica, Erich se rió con ellos. Para él, las mujeres eran seres extremadamente desconcertantes y fascinantes, pero antes de confesarles eso a sus amigos, se mordería la lengua. En cambio, prefería servirles comentarios expertos, lanzados sin mucho convencimiento, acerca de las «hembras», como decía Kurt.

De pronto aparecieron los profesores en la escalera, con el

director, el Dr. Kaiser, en cabeza: un hombre alto y voluminoso con unos quevedos sobre el puente de la nariz; el «Rex», como le llamaban sus estudiantes y al que, por lo demás, tenían en gran estima. Los profesores se agolpaban tras él y saltaba a la vista que se habían sumado algunos nuevos uniformes marrones.

—Ahora Gumprecht también se ha unido a los nazis. Fíjate en él con ese barrigón, y ahí, Eisele y el joven Schnósel... Bueno, mi padre dice que ése pretende llegar a algo —le susurró Helmut a Erich al oído.

Con la aparición de los profesores había vuelto de golpe el silencio. Los alumnos se colocaron rápidamente ordenados por clases en filas de a dos. Para sorpresa de Erich, Senftleben venía directamente hacia ellos, y eso que ni siquiera era su tutor. Su espigado cuerpo se plantó de forma amenazadora ante Erich, que para su edad era pequeño y esmirriado, y justo su mirada caía a la altura del pecho, en la insignia del partido.

—Levi —le dijo desde las alturas—, tú te colocarás atrás del todo con tus familiares. Con «atrás del todo» quiero decir al final, tras los de sexto.

Más que verlo, Erich sintió cómo la mirada de Senftleben buscaba al primo de Erich, Erwin, que estaba dos filas por detrás de él con su amigo Rudi. De repente, todo le pareció sumido en silencio, un silencio que se podía tocar, que se posaba como algodón alrededor de Erich. Desde la lejanía escuchó la voz de Helmut, entrecortada pero firme.

—Perdone, señor profesor, pero Erich y yo siempre vamos juntos. Somos amigos y también nos sentamos juntos.

—¿Acaso te he pedido tu opinión, Noli? Así que, por favor —le bufó desde arriba.

Erich se giró lentamente y de repente sintió un ardor tras sus ojos. Llorar no, sobre todo no llorar ante ese... Sus piernas parecían haber echado raíces, tanto le costó dar el primer paso. Y ese insoportable silencio aún seguía ahí.

—¿Qué ocurre aquí? —escuchó de repente tras de sí la familiar voz de su tutor.

Gracias a Dios, el viejo Wagner. Ahora volvería todo a la normalidad, todo se arreglaría.

—Quiere que Erich y Erwin se pongan atrás del todo... —la voz de Helmut, alta y excitada, casi se atropella mientras le informaba.

—Estimado colega, por favor... —también la voz de Wagner parecía nerviosa.

—Estimado colega, le ruego que no se meta en esto. Responde a un interés superior... Estará de acuerdo conmigo en que, por el bien de nuestras nuevas y grandiosas metas y en pro de la unidad del pueblo,

los elementos extraños deben ser identificados como tales y deben ser aislados —escupió aquellas palabras como si fueran cuchillos.

Diga algo, pensó Erich desesperado, diga algo, mi buen y viejo Wagner. Sin embargo, sólo hubo silencio y después, de repente, una voz abatida y cansada:

—Como usted diga, estimado colega.

Erich se giró de forma mecánica. Vio la cara de Erwin, su primo, que seguía petrificado y con los ojos muy abiertos. Ellos dos no se caían demasiado bien. Para Erich, Erwin era demasiado bueno y dócil y además representaba a un competidor natural por el cariño de su abuela Babette, pero en ese instante, de pronto, estaban unidos de una forma extraña e incomprensible para ellos. Sus miradas se cruzaron por un momento. Entonces también Erwin se giró y ambos caminaron hacia el fondo, atrás del todo. Muchos ojos muy abiertos se encontraron con ellos, y esos ojos apartaron la mirada al cruzarse con las suyas. Trescientos pares de ojos, o al menos eso le pareció a Erich, los seguían y les retiraban la mirada, hasta que todos contemplaron el suelo con la vista perdida.

Sólo lentamente volvieron a llegar hasta él fragmentos de conversaciones. Tímidamente y con murmullos, se fue rompiendo el muro de silencio que se había levantado a su alrededor, y la larga hilera de estudiantes se puso en marcha. Erwin caminó al lado de Erich. Durante todo el tiempo no cruzaron ni una sola palabra. Erich luchaba contra el ardor en sus ojos y se concentraba en poner un pie delante del otro, de forma mecánica, una y otra vez, un pie delante del otro. Si se hubiera detenido, no habría sido capaz de seguir caminando.

«Elementos extraños..., unidad del pueblo», esas palabras tronaban incesantemente en la cabeza de Erich, incluso durante el llamado acto de celebración, que tal como se esperaba consistió en discursos, música de piano, recitales de poesía y más discursos. Por orden de Senftleben, también aquí tuvieron que sentarse separados de los demás, en la última fila. Ahora el Dr. Kaiser daría su discurso, y Erich, que hasta entonces había permanecido sentado en su silla ensimismado, se incorporó con expectación. El Rex era severo, pero justo, eso lo sabía. Seguramente no había oído nada sobre el incidente, pero aun así, ahora tendría que tomar partido acerca de lo que estaba pasando a su alrededor. Sin embargo, qué extraño..., también el Rex utilizó aquellas palabras que para Erich eran ya tan familiares y tan odiosas.

«Unidad del pueblo..., levantamiento nacional..., la renovación de nuestro pueblo...», así tronaban incesantemente y Erich sabía que con ello se refería a los nazis.

De repente, el director comenzó a hablar del colegio y de su

misión, y Erich volvió a agudizar el oído con creciente esperanza. Ahora, ahora tendría que decirles algo acerca de los uniformes marrones y de Senftleben y los demás, y del «Heil Hitler» de todas las mañanas, en lugar del habitual «Buenos días». Pero el Rex habló del «silencio de las aulas escolares» y de la misión del colegio, que nada tenía que ver con la política; y Erich ya no entendía nada. «A Senftleben le deja hacer y deshacer a su antojo y luego habla de que su colegio no tiene nada que ver con la política», pensó con amargura.

Al final, un alumno de tercero tocó con semblante decidido una música militar al piano y todos se levantaron para cantar la canción de Alemania. Para sorpresa de Erich, acto seguido, el director de música Immig entonó una melodía que le sonaba de habérsela escuchado vociferar a los grupos de camisas marrones durante sus paseos ordinarios, que últimamente organizaban continuamente por toda la ciudad. «Arriba la bandera...», al principio sólo unos pocos cantaron tímidamente, pero luego la entonaron todos con fuerza, alumnos y profesores. Sólo Erich, Erwin y otros pocos no la cantaron. Después de un corto receso, Erich se sentó en silencio en su sitio y Erwin le siguió titubeando. «Así me mate Senftleben a palos..., esa canción yo no la cantaré jamás en la vida», pensó Erich con el corazón acelerado.

Por la tarde volvieron a quedar junto al Jagst un poco más arriba del lugar en el que los hombres y los niños solían bañarse en verano. Aquí la orilla era bastante llana y en un suave recodo se había formado un pequeño banco de arena. Durante los últimos días había refrescado y sobre el agua yacía una gélida capa.

—Estaría bueno que a estas alturas helara, cuando no hemos tenido ni una pizca de nieve en todo el invierno —comentó Helmut mirando fijamente al agua.

Erich, que estaba sentado sobre una piedra a orillas del rio, dibujando misteriosos signos con un palo en la arena, no dijo nada. Kurt estaba de pie, un poco más apartado con las manos enterradas en los bolsillos de su chaqueta y el gorro nórdico enfundado hasta las orejas. Durante un rato, ninguno de los chicos dijo nada.

«No saben qué decir», pensó Erich sintiéndose culpable de forma extraña. Finalmente, se sobrepuso y dijo:

—¿Por qué no vamos a ver los murciélagos a la cueva del camino Rübezahl? —se levantó y miró a sus amigos invitándoles a ello.

Helmut se giró abruptamente.

—Oye, Erich, lo que ha hecho hoy Senftleben ha sido una mierda, una verdadera mierda. Se lo he contado a mi padre y ha dicho que tu padre debería ir a protestar al Rex. No tenía derecho a hacer eso, me refiero a Senftleben. Al fin y al cabo tú no habías hecho nada.

Erich se encogió de hombros y miró a otro lado para que su

amigo no viera que se le estaban saltando las lágrimas.

Helmut se acercó por detrás colocándose muy cerca de él.

—¿Y tu padre qué ha dicho?

De nuevo Erich se encogió de hombros.

—Porque se lo habrás contado, ¿verdad?

Erich movió enérgicamente la cabeza.

—¿Por qué no?

Erich se tragó las lágrimas e intentó comenzar a hablar varias veces, hasta que finalmente pudo decir:

—En este momento tiene otras cosas de las que preocuparse.

Helmut se puso delante de él.

—¿Por qué?

—Muchos ganaderos han dejado de comprarle. Por miedo a los nazis. Éstos amenazan ya abiertamente para que no se compre nada a los judíos. Mi padre dice que algunos ganaderos lo hacen incluso por convencimiento. De repente creen realmente que nosotros, los judíos, somos todos unos usureros, y eso que llevan muchos años comprándole a mi padre.

Helmut calló durante un rato, pero luego dijo en tono firme:

—De todas formas tienes que contárselo.

—¿Y qué crees que ocurrirá? Ya has visto a Wagner. Precisamente Wagner, con sus charlas sobre honor y honestidad. Y luego el Rex, que sólo estuvo diciendo tonterías.

—Mi padre dice que es porque tienen miedo. Si hubiera dicho algo en contra de los nazis, se habría sabido enseguida —Helmut se calló un instante para continuar después en voz baja—. Ayer detuvieron a doce personas en Aalen, sólo porque están en contra de los nazis. Mi padre dice que en los próximos días los van a llevar a un centro de concentración en Ulm.

Erich se le quedó mirando fijamente. El padre de Helmut era un abogado de gran renombre y había sido muchos años miembro de la Junta Municipal de la ciudad. Seguro que sabía de muchas cosas y Erich no dudó ni un instante de la veracidad de esa noticia.

—¡Y aun así dices que mi padre vaya al Rex a quejarse! ¿Para qué?, ¿para qué le detengan a él también?

Helmut agachó la cabeza.

—¿Pero si no nos defendemos de nada...?

—Tú y tu padre tal vez aún podáis hacerlo, vosotros sois gente respetable, pero nosotros los Levi... —de repente, Erich se detuvo, porque fue consciente de lo que acababa de decir.

«Si nosotros también somos gente respetable», pensó el chico con amargura. «Todos nos saludaban, se quitaban el sombrero ante mi padre y a mi madre a veces incluso le besaban la mano. Ahora ya sólo somos los judíos. Ya no formamos parte de su grupo. Mi madre dice

que algunos vuelven la cabeza cuando ella pasa por su lado. Ya no pertenecemos a este grupo. En realidad yo ya tampoco pertenezco al mismo grupo que Helmut y Kurt, sólo al de Erwin.» Y en voz alta dijo:

—Creo que debemos tener cuidado. Mi tío Süssel dice que esto únicamente es malo ahora, al principio, hasta que se les pase la euforia... Que en realidad no nos harán nada, pero que ahora debemos tener cuidado.

Helmut se mantuvo callado y dubitativo. Kurt se acercó a ellos. Estaba serio y parecía enfadado.

—¿Bueno, qué? Vosotros siempre igual con vuestras historias. ¿Podríamos hacer algo de una vez? ¡Venga, vámonos de una vez a la cueva! —sin preocuparse de si ellos le seguían o no, se les adelantó corriendo.

Con esos hombros alzados y el tronco del cuerpo un poco inclinado hacia delante, parecía un novillo a punto de embestir.

—¿Qué le pasa? —se extrañó Erich.

—¡Bah, sólo está de mal humor! —Helmut le agarró de la manga y se lo llevó a remolque.

—¡Vamos tras él! ¡A ver quién es más rápido!

Subieron corriendo el monte Kugelberg, a través de los prados marrones hasta la Benzenruhe, un pequeño bosque en una loma, que en verano solía ser su sitio preferido de juegos.

Con nostalgia Erich recordaba cómo habían jugado el verano pasado aquí a los guardias y a los ladrones o al escondite. A menudo también acudían otros compañeros de su clase y una vez el pequeño Lutz, en un acto de fanfarronería, se subió a un viejo roble y luego ya no se atrevió a bajar, de forma que tuvieron que ir corriendo hasta casa del agricultor más cercano a pedir ayuda. Éste vino con una escalera y le dio a Lutz semejante azotaina que pasó tres días sin poder sentarse bien.

La época más bonita era a comienzos del verano, cuando la hierba, verde y jugosa, se extendía bajo los árboles como una alfombra y uno se podía dejar caer sobre ella. Se podía oler su fresco aroma y entre las coronas de los árboles uno veía pasar las blancas nubes. ¡Aquello había sido siempre genial! Ahora la hierba estaba seca, los árboles extendían sus desnudas ramas hacia un cielo gris invernal que a Erich le parecía muy triste, como si se tratara del espejo de su propia alma. Pero no quería que los demás lo notaran y corrió con Helmut tras Kurt, hasta que casi lo alcanzaron.

Tras el sendero Hohlweg, que conducía desde la Benzenruhe al sendero Rübezahlweg, torcieron a la izquierda y subieron la última colina arriba hasta una cueva que, según una vieja leyenda, conducía directamente al castillo. En sus fantasías, la cueva ya había sido habitada por caballeros, piratas y asaltadores de caminos, misteriosos

enviados se habían reunido allí para llevar mensajes secretos al castillo y liberar a princesas o a herederos de la corona secuestrados. Ahora, en invierno, la cueva era un frío y escurridizo agujero y lo más interesante eran los murciélagos que colgaban inmóviles del techo. Kurt llevaba una linterna, así que treparon con cuidado por encima de las húmedas rocas para adentrarse más en la cueva, cuando de repente la luz se apagó.

—Kurt, eres un idiota —le reprendió Helmut que iba por delante —, vuelve a encender la linterna ahora mismo.

En vez de eso, escucharon de repente un profundo: «Uuuühhh». Era una de las habituales bromas de Kurt y, normalmente, los aullidos de Kurt y las reprimendas de Helmut le habrían hecho reír a Erich. Pero de repente sintió una presión en el pecho e inexplicablemente algo le anudaba la garganta y casi no podía respirar. Se apoyó con cuidado contra la mojada roca y se dejó caer por ella. La presión de su pecho era cada vez más fuerte. Todos los miedos que hasta entonces había estado reprimiendo le atacaban por sorpresa como un animal salvaje. Veía a Senftleben, los uniformes marrones, escuchaba esa voz bronca, volvía a ver los ojos abiertos de par en par de Erwin, a su padre inclinado con aire cansado sobre sus libros de contabilidad, a Max con su «¿Qué ha querido decir?», su madre con los ojos llorosos; veía a presos formando largas filas y su padre estaba entre ellos y...

—¡Eh, Erich, Erich...! —de repente escuchó las asustadas llamadas de Helmut.

La linterna había vuelto y recorría temblorosa las paredes, hasta que le encontró y se detuvo en su cara.

—Eh, Erich. ¿Qué ocurre? ¡No hagas tonterías! —Helmut se arrodilló junto a él y le zarandeó.

Kurt le inspeccionó de arriba abajo con la linterna.

—¿Todo en orden?

Erich asintió cansado. Con su ayuda logró levantarse de nuevo y susurró:

—Salgamos afuera, sólo me he sentido un poco mal.

A paso ordinario

A LA mañana siguiente, Erich se arrastró preocupado al colegio. Temía cruzarse con Senftleben y hasta el encuentro con sus compañeros le daba miedo. No imaginaba cómo iban a manejar esta situación. Sin embargo, finalmente fue más fácil de lo esperado. Algunos compañeros le saludaron con exagerada normalidad, otros fueron muy amables con él. El pequeño Lutz le dio una palmada en el hombro y le susurró:

—No le des importancia, Senftleben es un tonto del culo.

Claro que Erich también se dio cuenta de que otros compañeros se habían apartado. Estaban apoyados contra una ventana y le observaban con aire burlón. De vez en cuando alguno de ellos hacía algún comentario y los demás se echaban a reír y miraban hacia él. De Kampmann, un chico muy espigado con el pelo muy corto, no le extrañó. Según le había contado Helmut, el padre de Kampmann se había alistado al partido de los nazis en febrero, nada más llegar éstos al poder.

—Espera beneficiarse con ello en sus negocios —le había explicado a Erich.

El padre de Kampmann era el dueño de una imprenta y al principio Erich no entendía qué podía estar esperando de los nazis.

—Pues imprimir panfletos y cosas así —le había explicado Kurt explícitamente.

Vale, lo de Kampmann era comprensible, pero que también estuvieran entre ellos Klaus y Müller el gordo le irritaba profundamente.

Erich se acercó a Erwin, que estaba con Rudi en una esquina. Esos tres también se habían estado metiendo con él. Erwin parecía asustado y preocupado, así que Erich le susurró en un tono conscientemente despreocupado:

—A ésos que les den. Lo mejor es que hagamos como si nada.

De repente, entró Reger, el delegado de clase, corriendo al aula.

—¡Se suspenden las clases! Wagner me lo acaba de decir. ¡Atención!

Cuando el viejo Wagner entró, algo más cansado y más encorvado que de costumbre, los chicos ya se habían colocado firmes a la izquierda y la derecha de sus pupitres. Su mirada se deslizó por la clase y se detuvo un instante más en Erich, al menos eso le pareció a él. Luego dijo:

—Hoy se suspenden las clases en todo el país. El motivo es la formación del recién votado Parlamento alemán. Debéis ir a casa y

escuchar la retransmisión radiofónica. El que no tenga radio podrá excepcionalmente ir a una taberna.

Entre júbilos y gorras tiradas al aire, los chicos recogieron sus carteras y todos corriendo hacia la salida. Erich suspiró profundamente. ¡No había inglés con Senftleben! Cuánto le había temido a ese encuentro.

Kurt le cogió del brazo.

—Ven, nos vamos al Kronenkeller. Intentaré sacarle una cerveza a María.

Erich asintió complacido. Todo le daba igual. De buena gana se habría puesto a dar saltos de alegría. Se fue corriendo a casa, tiró con gran vuelo su cartera al pasillo y gritó volviendo a bajar de nuevo las escaleras:

—¡Se han suspendido las clases por hoy! Volveré a la hora de comer.

En la salida se topó con Max, que se apoyaba en ese momento malhumorado contra la puerta de entrada a la casa.

—¿Pero qué cara es ésa? ¡Se han suspendido las clases! Es genial, ¿no?

Pero Max únicamente movió la cabeza y corrió hacia arriba. Erich, algo desconcertado, le siguió por un momento con la mirada, pero luego corrió al exterior, donde le estaban esperando sus amigos. Delante del pabellón de deportes volvían a ondear las banderas de color rojo sangre con la cruz gamada, al igual que en el resto de la ciudad, y un pequeño grupo de camisas marrones holgazaneaba en la entrada. Kurt se acercó con aire atrevido al grupo.

—¿Qué es lo que pasa hoy? ¿Dan algo gratis?

—Sí, hijo. ¡Leña! —le contestó uno de los hombres del S.A., el Nacional Socialismo, con las risas de los demás de fondo.

Un hombre de mediana estatura y un bigote recortado como el que llevaba Hitler se despegó del grupo y se dirigió hacia los tres.

—Entrad, chicos. Se va a retransmitir el discurso del Führer con grandes altavoces. También habrá limonada.

—Por una cerveza me dejaría convencer —le contestó Kurt, manteniendo cierta distancia de seguridad.

Uno de los hombres hizo como que iba a cazarle y los chicos pusieron pies en polvorosa, seguidos por las jubilosas carcajadas de los camisas marrones.

En el Kronenkeller estaban ya casi todas las plazas ocupadas, a pesar de la temprana hora del día. María, una camarera, maciza y pechugona, estaba muy ocupada, mientras Gustl, el tabernero, giraba desesperado los botones del aparato, del que hasta aquel momento sólo había podido sacar crujidos y zumbidos. Los chicos se sentaron en una esquina libre de la mesa reservada a los asiduos del local y Kurt

ordenó:

—¡María, una cerveza!

—Otra cosa es lo que te voy a dar yo a ti —contestó María riendo, pero a pesar de ello, luego puso una gran cerveza ante los tres.

Kurt disfrutó del privilegio de ser el primero en beber: dio un par de largos tragos y luego se limpió la espuma con el dorso de su mano. Los demás de la mesa, en su mayoría agricultores de los pueblos de los alrededores, hicieron divertidos comentarios y uno de ellos opinó que habría que darle una buena azotaina a ese mocoso. De repente, uno de los hombres con un gran bigote canoso que gozaba visiblemente del puro que se estaba fumando, se dirigió a Erich.

—Oye, ¿tú no eres el hijo de Julius Levi?

El chico sintió cómo una a una se tensaba cada fibra en su cuerpo. En vez de contestar, únicamente asintió con la cabeza.

El viejo le miró pestañeando tras una nube de humo.

—Saluda a tu padre de mi parte. Dile que es de parte de Schremser-Albert.

Erich volvió a relajarse. «¿Qué me está pasando?», pensó. Aunque también notó que algunos hombres de la esquina del fondo de la mesa se empujaron unos a otros señalando con sus cabezas hacia él y murmurando. De la cerveza sólo bebió tímidamente y en pequeños tragos; no le gustaba ese amargo brebaje. En realidad sólo lo bebía por Kurt, para no ser un aguafiestas. Pero ahora sintió cómo un acogedor calor y un agradable sueño se extendían por su cuerpo. Relajado, se reclinó en su silla y descubrió sorprendido que el ruido, las conversaciones, las exhalaciones del alcohol y las risas ya sólo llegaban hasta él desde la lejanía.

Entre tanto, Gustl, de cuyas sienes caían pequeños riachuelos de sudor, había abandonado sus esfuerzos. Maldiciendo, todavía seguía al lado de su receptor y se secaba la cara con su delantal azul cuando un esbelto y modernamente vestido joven se apiadó de él y tomó las riendas del asunto.

Erich le conocía. Era representante de comida para animales e incluso había estado varias veces en su casa, donde había estado coqueteando descaradamente con Fanny. De repente se escuchó tronar una voz por todo el local.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Aquí Berlín!

Erich se incorporó, y súbitamente se hizo el silencio. El chico entendió las palabras «Führer» y «Canciller del Reich», y ahí estaba, esa parda y bronca voz, al principio tranquila, luego cada vez más rápida, más alta, chillona y atropellada. Erich observó las caras a su alrededor. Algunos miraban serios y pensativos, como el agricultor que le había dado recuerdos para su padre; alguno que otro parecía más bien divertido o aburrido, como el representante, que prefería

entretenerse con María; sin embargo muchos escuchaban fascinados y algunos incluso boquiabiertos, con los cigarrillos consumiéndose entre sus dedos.

—Ése no tiene pelos en la lengua —escuchó Erich decir con cierta admiración y en voz baja a uno de los hombres que estaba sentado a su lado, y su vecino se sumó a ese elogio.

—Sí, otra cosa, no sé, pero hablar sí que sabe ese Hitler.

La voz seguía tronando de la radio; chillaba ronca y llenaba todo el local.

«¡...En el que esos millones que ahora nos maldicen estarán detrás de nosotros, y juntos daremos la bienvenida al nuevo, al reconstruido entre todos, con tanto esfuerzo defendido y con tanta amargura recuperado *Deutsche Reich* de la grandeza y del honor, del poder y de la gloria y de la justicia. ¡Amén!»

De repente, Erich se empezó a sentir mal. Intentó desesperadamente tomar aire y salió corriendo con la mano puesta delante de la boca. En la parte trasera de la casa, vomitó entre fuertes arcadas; después se apoyó agotado contra la pared, inspirando profundamente. De pronto apareció Helmut a su lado y sin mediar palabra le ofreció un pañuelo.

—¿Estás mejor? —le preguntó y Erich asintió exhausto; se avergonzaba tanto.

—Oye, Helmut —susurró—, esto no ha sido únicamente por la cerveza.

Helmut asintió.

—Ya me lo imaginaba.

Por la noche, la familia se sentó a la mesa en silencio. Erich sólo bebió un poco de té, porque aún no se fiaba mucho de su estómago. Los demás tampoco parecían tener mucho apetito. A lo lejos se escuchaban fragmentos de la música instrumental y barullo de voces. Fanny contó que iba a haber un gran desfile y a continuación un pregón en el pabellón de deportes debido al reciente nombramiento de Hitler como Canciller del Reich.

—Sí, y mañana van a aprobar una ley que les pondrá definitivamente en bandeja este país —había añadido Julius Levi alterado—. Y el bueno y viejo Hindenburg les da su bendición, al igual que todos los demás, los prusianos, los conservadores, los católicos y todos los honorables ciudadanos.

Lo único que había entendido Erich de todo eso fue que Hitler había alcanzado definitivamente el poder y que la valoración optimista del tío Süssel se había ido definitivamente al garete. Quería preguntarle a su padre qué significaba aquello ahora para ellos, pero no se atrevió. «Bueno, aquí en Ellwangen no puede llegar a ser tan malo», se consoló el chico. Su padre siempre decía que aquí son

católicos auténticos; contra eso, los nazis tienen poco que hacer. Claro que aún le queda aguantar a Senftleben, que seguirá haciéndole la vida imposible; y tal vez ahora también Kampmann con sus amigos; y también están los nazis del lugar con ese Kolbe a la cabeza, el gran bocazas como le llama siempre su padre; y aquéllos a los que les da igual o que son demasiado cobardes, como los que ahora ya no saludan a su madre. Pero también hay muchos otros. «Al fin y al cabo nosotros no hemos hecho nada malo.» Una y otra vez se decía esas frases y se agarraba a ellas como a un clavo ardiente.

Ante la oscura ventana, débilmente alumbrada por las farolas de la calle, comenzaron de repente a bailar unos copos, que ¡acabaron formando una espesa cortina de nieve.

—¡Nieve! —exclamó Max excitado.

La nieve que habían estado esperando en vano este año y que tanto habían añorado había llegado, ¡precisamente en los primeros días de la primavera! Naturalmente no iba a cuajar; para eso el suelo estaría demasiado cálido. Aun así Max corrió loco de contento a la ventana y apretó la nariz contra el cristal. Desde abajo aumentó de repente el ruido y Max se asustó cuando de pronto sonó el «taratachún» marcial de una banda de música. Toda la familia se acercó a la ventana. Ahí estaban, pasando por debajo, los camisas marrones con sus banderas, la banda de música, chicos del colegio, últimamente con sus uniformes de las Juventudes Hitlerianas, portando antorchas, la policía, el club de gimnasia, la asociación de antiguos combatientes y muchos otros. Marchaban a paso ordinario y las pisadas de sus pasos sobre el asfalto llegaban sordos hasta la ventana, donde estaban los cuatro Levi que instintivamente se habían abrazado y miraban en silencio hacia abajo.

La gente se apiñaba en los bordes de la calle. Curioseaban, cuchicheaban, algunos se habían retirado asustados contra las fachadas, pero otros estaban en primera fila, la mano estirada y alzada para el saludo de Hitler. Todos ellos contemplaban aquel aparentemente interminable desfile, que serpenteaba como una culebra alrededor de las hileras de casas. Y silenciosamente caía la nieve, como si pretendiera cubrir todo aquello.

Boicot

—NO, Max, mira. Aquí debes multiplicar —Erich suspiró.

Enseñarle a su hermano los misterios de las matemáticas no era tarea fácil. Pasado mañana tenía la prueba de admisión para el Instituto al que debía cambiar Max.

—El Colegio Mayor no es para Max —habían decidido los padres —, es demasiado complicado para nuestro soñador.

A Max, que prefería deambular por el desierto o luchar al lado de Winnetou contra indios enemigos, el colegio se le daba mucho peor que a Erich, al que parecía caerle todo del cielo. Erich sabía, sin embargo, que el padre para sus adentros anhelaba que Max algún día se hiciera cargo del negocio familiar, mientras que para Erich soñaba con una carrera universitaria.

—¡Chicos, aprended, aprended! —les advertía Julius siempre—. Pensad siempre que lo que tengáis en vuestras cabezas nadie os lo podrá quitar jamás. Y nadie sabe más de eso que nosotros, los judíos.

Sus hijos siempre habían sonreído al oír esa parrafada y tampoco lo habían entendido realmente. Pero inconscientemente sabían que lo que sus padres esperaban de ellos era que dieran lo mejor de sí mismos, como si eso formara parte natural de los Levi. Y ahora, Max se esforzaba por resolver un misterioso y complicado problema, según el cual debía calcular lo que cuestan cinco panecillos si se conoce el precio de tres. Tras un rato, agachó la cabeza y se echó a llorar. Erich le pasó el brazo por encima para consolarle.

—Venga..., si no es tan difícil.

Para sus adentros pensó que Max últimamente lloraba a menudo. Algo debió de ocurrirle aquel día en el que Erich estuvo con sus amigos en el Kronenkeller escuchando el discurso de Hitler. Aquella noche Max le confió que alguien le había dicho una «palabra mala». Pero no dejó que le sonsacara qué palabra había sido. Los dos habían permanecido en silencio, tumbados en sus camas, escuchando el barullo de voces que les llegaba desde la calle. El pregón había acabado y la gente se marchaba a sus casas.

—Oye, Erich, ¿por qué no nos quieren? —le había preguntado Max.

Erich, que sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo, había contestado suspirando a la oscuridad:

—Ojalá lo supiera Max. Pero mira, hay mucha gente que no tiene nada en contra de nosotros, que incluso son nuestros amigos.

—Pero antes no era así —le había contestado Max testarudo.

—Es por ese Hitler.

—¿Y ellos hacen todo lo que él les dice?

—Bueno, como es su Führer.

—Pero cómo puedo, de repente, ser malo con alguien a quien conozco. Antes, Bartie siempre era tan amable con papá, y ante mamá siempre se descubría el sombrero. Y ahora... —con la voz entrecortada, Max siguió contando más vejaciones—. Siempre que Willi habla en clase me castigan a mí. Ya me han puesto tres partes ¡y yo no he hecho nada! —y luego, uno de sus compañeros de clase había dicho esa «palabra mala» (no, la palabra no la quería decir) y Bartie había estado presente y tan sólo se había reído.

—Con idiotas de esa calaña te vas a encontrar siempre —había contestado Erich—, y los que son como Bartie tienen ahora la sartén por el mango, porque ahora su Hitler está en el poder. Cuando vuelva a desaparecer, ya verás...

—¿Crees que va a volver a desaparecer? Fanny dice que ahora ya nadie puede hacer nada contra él.

—¡Qué va! ¡Algún día volverán a votar y se marchará! —Erich mismo intentaba firmemente creerse lo que acababa de decir—. Haz un esfuerzo, así pasarás al Instituto y no volverás a ver a Bartie nunca más —y entonces caerás en manos de Senftleben, pensó para sus adentros.

Ahí estaba, sentado a la mesa, contemplando la cabeza gacha del hermano y los temblorosos espasmos de sus hombros. Fingiendo un tono especialmente relajado, intentó animar a Max.

—Venga, hombre, que un indio no conoce el dolor, así que vamos a comenzar de nuevo.

En ese momento apareció el padre en la habitación. Julius Levi se quedó un instante en el umbral de la puerta y observó a sus hijos.

—Max, vete ahora un rato a jugar. De vez en cuando hay que despejarse. Erich, ¿te vienes conmigo? Quiero ir a la cuadra, a ver si todo está en orden. Una de las terneras me preocupa desde ayer...

Max ya había salido como un rayo por la puerta y Erich cogió rápidamente su chaqueta. Con su padre marchó a las cuadras junto al Jagst. Un pálido sol de primavera le calentaba la cara y el chico se dejó la chaqueta abierta como si así pudiera inspirar mejor el templado aire.

Durante un rato, el padre había caminado a su lado sin mediar palabra, hasta que de repente dijo:

—Me preocupa Max.

—Qué va, si sólo tiene que concentrarse un poco más.

—No me refiero a eso. Últimamente llora mucho y tu madre dice que a menudo se queda quieto sentado en un sitio, ensimismado.

—Eso lo hace muy a menudo.

—Sí, pero parece tan triste. Erich, te voy a hablar muy claro: tu

madre y yo tenemos miedo de que en el colegio se estén metiendo con él.

Julius Levi miró a su hijo mayor de reojo invitándole a hablar, y con voz entrecortada Erich le contó lo que Max le acababa de confiar. Durante un rato Julius Levi no dijo nada. Mantenía los labios fuertemente cerrados y se había quedado algo pálido.

—¿Y tú, Erich? ¿Qué hay de ti? Algo ha llegado a mis oídos...

Erich interrumpió rápidamente a su padre.

—Bah, es sólo Senftleben. Es igual de idiota que Bartie. No hay que hacerles caso —notó que se estaba ruborizando, y de pronto sintió que por nada en el mundo podía contarle a su padre la verdad.

Quería evitarle la vergüenza que él mismo sentía desde aquel día y que le ardía por dentro como un fuego que no era capaz de sofocar. Era la vergüenza de ser humillado ante los demás. Porque con ello avergonzaría también el apellido Levi y a su padre y su madre, pensó el chico, y por Dios que eso no podía ocurrir.

—Me temo que hay que hacerles mucho caso —contestó el padre con una sonrisa melancólica—. Verás, Erich, yo siempre me he sentido alemán y judío, he puesto lo de «alemán» conscientemente en primer lugar y no he descartado ninguna de las dos cosas, al contrario. Nosotros somos judíos, seguimos nuestras leyes, honramos el Sabbat y nuestros días festivos, como los cristianos los suyos, pero en primer lugar somos alemanes y respetamos las leyes del Estado del que somos ciudadanos. Tu tío Ludwig, el hermano de tu madre, incluso luchó en la última guerra, y su primo hermano murió en el frente, y otro pariente por parte de nuestra familia de los Süssel estuvo en la Revolución de 1848 postrado en las barricadas. Y ahora pretenden de repente que reneguemos de Alemania. ¡Pero eso no se lo vamos a permitir! ¿Has oído, Erich?, ¡no vamos a permitir que nos roben nuestro honor y nuestra dignidad! —Julius Levi se había detenido y echaba el brazo alrededor de los huesudos hombros de su hijo.

Erich miró la familiar cara del padre, esa cara picara con las separadas orejas de los Levi, que ahora estaba tan extrañamente seria. Su padre se había vuelto viejo en las últimas semanas, pensó el chico, le habían salido arrugas de tanta preocupación. En voz alta dijo:

—Sí, padre, estoy completamente de acuerdo contigo.

—Bien, Erich, porque voy a ir a ver al director del colegio de Primaria y también al Dr. Kaiser. Porque no voy a permitir que maltraten a mis hijos.

En la cuadra los esperaba Peter con malas noticias. La ternera no se encontraba bien, estaba apática en un rincón de la cuadra y tenía los ojos infectados. Erich le rascó conmovido 'entre las orejas, donde se habían formado pequeños rizos.

—Jefe, si quiere que le diga la verdad —opinó Peter—, *creo* que

con este animal le han dado gato por liebre.

Julius miró durante un rato algo indeciso, pero luego ordenó claro y conciso:

—Sacrifícalo. ¡Mañana mismo te lo llevas de aquí!

—Pero padre —Erich se había asustado—, ¿no vas a llamar al veterinario...?

—Ya no merece la pena, Erich. Mírala, la ternera está muy enferma. ¡Un negocio ruinoso! Precisamente ahora que no van bien las cosas...

Claro, el padre tenía que pensar así, pensó Erich con amargura. Triste, volvió a acercarse a la ternera y la acarició. El mundo de los mayores era tan complicado: negocios, dinero y una y otra vez la política.

Cuando al anochecer llegaron a casa, los recibió la madre en el pasillo muy nerviosa. Sin tener en cuenta que Erich estaba delante y podía escucharlo, comenzó a contar casi sin aliento:

—Acaba de llamar mi hermano por teléfono. Ha oído que están planeando algo para los próximos días. Una acción contra los comercios judíos o algo así. Se ha enterado por un amigo de negocios de Berlín.

Julius la abrazó para calmarla. Con un movimiento de cabeza hacia Erich, condujo a la madre al salón. Desde allí, Erich siguió escuchando durante un buen rato la nerviosa voz de la madre y la serena voz del padre. Suspirando, se retiró a su habitación. ¿Y ahora qué había pasado? Esa tarde se había sentido tan aliviado, después de hablar con su padre.

Durante la cena, el padre anunció que había llamado el tío Ludwig.

—Parece ser que en los próximos días los nazis van a llevar a cabo una acción importante contra los negocios judíos. Pero no debéis tener miedo. Aquí en Ellwangen todo se mantendrá tranquilo. Aquí sólo estamos el tío Sigmund y yo, y los dos somos conocidos como honrados comerciantes. El tío Ludwig opina que Hitler quiere demostrar mano dura al principio para contentar a sus seguidores. Pero que se calmará con el tiempo.

El miércoles por la mañana, Erich le echó un vistazo al periódico que Fanny acababa de dejar encima de la mesa de la cocina.

—Papá, ¿qué es un boicot? —quiso saber después de leer los titulares.

Julius salió del cuarto de baño, con una mitad de la cara cubierta de espuma de afeitar.

—Es un llamamiento para que no se compre en comercios o en empresas concretas —contestó el padre y cogió el periódico—. Ah..., ya, conque por ahí van los tiros. Están pidiendo a la gente que el uno

de abril no compren en comercios judíos.

—¿Y qué es lo que quieren conseguir los nazis con eso?

Julius se encogió de hombros.

—Es una forma especial de vejación. Y naturalmente pretenden poner con ello a la gente en nuestra contra. A los judíos se nos ha acusado toda la vida de ser abusivos y usureros, pero eso es una tontería. Entre nosotros hay tantos sinvergüenzas como entre los comerciantes cristianos y tanta gente honrada como entre ellos. Estoy seguro de que muchos ni siquiera sabían que habían estado comprando en un comercio judío.

El boicot iba a llevarse a cabo un sábado y Erich pensó que para su padre no sería tan grave. Durante el Sabbat, Julius únicamente cerraba un trato en ocasiones excepcionales, de modo que a él no le podría salpicar mucho. Y lo mismo ocurría con el tío Sigmund, que al igual que su padre trataba con ganado. Con él había estado hablando la noche anterior después de la llamada telefónica de su cuñado Ludwig y también pensaba lo mismo.

Boletín de notas

EN EL colegio tenían otros problemas. El viernes iba a tener lugar la fiesta de fin de curso, que acababa en abril, y lo más importante era la entrega de los boletines de notas y que comenzaban las vacaciones. Erich no le temía a la entrega de notas, al contrario, los días previos tan sólo sentía una especie de emoción, un cosquilleo agradable de alegría anticipada, porque este año sus notas, y eso lo sabía, también iban a ser buenas. La duda radicaba únicamente en si en latín iba a obtener o no matrícula de honor, o qué nota iba a tener en matemáticas, la asignatura que menos le gustaba. ¡Y luego inglés! ¿Cómo se portaría Senftleben este año? En su último boletín de notas tan sólo le había puesto un «bien», por sus deficientes resultados orales, según le había dicho arqueando las cejas. Erich había estado de pie al lado de su pupitre y Senftleben se le había quedado mirando fijamente durante mucho rato golpeando rítmicamente con un lápiz sobre el peligroso librito negro.

—Tu rendimiento oral es insuficiente, eres vago de palabra y desinteresado —le había dicho taladrándole con la mirada hasta que Erich, avergonzado, había bajado la mirada y había vuelto a escabullirse tras su pupitre.

Encima no era cierto. Él era por lo menos tan bueno como Helmut y éste había obtenido un notable el año anterior. Además, siempre alzaba la mano, pero Senftleben nunca le cogía a él. Le ignoraba, por así decirlo, y tan sólo registraba la existencia del alumno Erich Levi en ciertas ocasiones. Pero ya no se lo voy a permitir más, pensó el chico furioso, y la próxima vez le mantendría la mirada hasta que fuera él quien la apartara. «¡Al fin y al cabo mi padre ha hablado con el Dr. Kaiser!»

Desde la fiesta conmemorativa, realmente los malos tratos habían cesado bastante. Erich supuso que había sido debido a una amonestación del director con el que su padre había tenido una conversación. Aquella tarde se había sentido algo más aliviado, porque de camino a casa su padre le había acariciado la cabeza y había dicho:

—Sólo te diré que todo está en orden. El Dr. Kaiser también dice que son tiempos tormentosos, pero que pasarán. Senftleben no volverá a hacerte nada.

Había llegado el último día del año escolar. En la gran plaza ante la iglesia colegial correteaban los alumnos en coloridos grupos. Por los colores de las bandas que adornaban las gorras de los alumnos se podían distinguir los diferentes niveles escolares. Allí estaba reunido

todo el grupo blanco de los de sexto, que iban a ser despedidos hoy con solemnidad y que se esforzaban por aparentar ser muy adultos. Se preocupaban bien poco por los de quinto, que entre gritos intentaban atraparse unos a otros. Allá estaba el grupo con los lazos verdes, los de tercero, a los que pertenecía él. Vio a Helmut y Kurt, que le saludaban con la mano, al lado estaba Erwin con su amigo Rudi.

«Formo parte de esto», pensó Erich feliz. «Algún día estaré con Helmut allí enfrente donde ahora están los de sexto, tendré mi bachillerato en el bolsillo y luego... tal vez Tubingen o Heidelberg, junto a Helmut. Más tarde incluso iré más lejos, a lo mejor a Leipzig o Berlín.» Quería estudiar Derecho, de eso ahora el chico estaba seguro, igual que Helmut, que en el futuro iba a hacerse cargo del gabinete de su padre. Pero Erich quería ser juez, alguien que tuviera la última palabra y ayudara a triunfar a la justicia. Muchas veces le había oído al padre de Helmut quejarse de que por desgracia uno no podía elegir *a* sus superiores. Pero como juez, uno estaba por encima de las cosas, y como juez tampoco iba a permitir que se pudiera vejar a gente inocente o incluso que se la pudiera encarcelar. En eso estaba pensando el chico mientras corría hacia sus compañeros.

Helmut le recibió visiblemente excitado:

—¿Te has enterado ya de la noticia del día?

Erich movió la cabeza negativamente.

—¿Cómo iba a enterarme?

—Senftleben va a ser trasladado, a Stuttgart.

—¿Ya es seguro? ¿Cómo te has enterado?

Lo ha estado contando Kampmann hace un rato y él lo sabe de su padre. Anoche debieron de tener reunión. Y al parecer el camarada Senftleben ha sido despedido con todos los honores. Por lo visto está haciendo carrera en el Ministerio.

Erich inspiró profundamente. Senftleben se iba, ésa era en efecto la mejor noticia desde hacía mucho tiempo. Desde las elecciones de marzo aparte de Senftleben y Bónninger, su profesor de matemáticas, también se habían unido a los nazis dos profesores jóvenes, que desde entonces se pavoneaban con sus nuevos uniformes siempre que había ocasión, pero Senftleben era con diferencia el peor de todos.

Sin miedo de recibir malos tratos y el próximo curso un notable en inglés, notó la sensación de haberse quitado un peso de encima, y aliviado entró a su clase a recibir su boletín de notas. Qué le importaba a él que esta vez pusiera en el renglón de inglés un gordo y negro aprobado. Esa última pequeña y vil venganza no iba a estropearle su alegría por su boletín de notas.

Helmut también estaba radiante, tan sólo Kurt mostraba cara de preocupación.

—Cuando mi viejo vea la nota de latín, ¡huyuyuy! Me temo que

ya puedo olvidarme de las vacaciones.

En la bóveda junto a la venta se había reunido un grupo alrededor de Kampmann. Últimamente estaba muy acompañado. Incluso el pequeño Lutz y unos cuantos más con los que antes Erich siempre había jugado aparecían ahora para ocasiones especiales con el uniforme de los Jungvolk. Helmut le había contado a Erich que el viejo párroco Merz estaba muy preocupado por ello, porque a los encuentros de las juventudes católicas acudía notablemente menos gente joven. De repente, Kampmann se separó del grupo que le había estado rodeando cuchicheando. Le pasaba a Erich casi una cabeza en estatura y, cuando se plantó ante él, el chico incluso pudo distinguir ya pelusilla rubia sobre su labio superior.

—¿Qué, Levi?, déjame ver tus notas —y antes de que Erich pudiera reaccionar, Kampmann ya le había arrebatado el cuaderno de la mano—. Es sorprendente que un chico judío pueda tener un boletín de notas tan bueno. Claro que tontos no sois...

Quería girarse hacia Erwin, que instintivamente se escondió tras la espalda de Rudi, cuando Helmut le cortó el paso.

Kampmann, ¿a qué viene esto? (Deja en paz a los Levi, que no te han hecho nada)

Kampmann clavó sus ojos en su contrario, con la mirada típica del que está completamente seguro de sí mismo.

—¿Que a qué viene esto? Eso ya lo verás. De todos modos no deberías ser tan bocazas. Mi padre dice que incluso los de vuestra calaña recibiréis muy pronto vuestro merecido. Tu distinguido progenitor... —no llegó a más.

Visto y no visto, Helmut le había agarrado y lo tenía fuertemente enganchado, mientras Kampmann, retorciéndose y por medio de patadas, intentaba liberarse. Los demás se habían quedado petrificados. El boletín de notas de Erich se había caído al suelo, pero él no reparó en ello. Kampmann y Helmut también cayeron al suelo, y muy pronto quedó claro que Kampmann, que era el más fuerte, iba a quedar vencedor. Estaba encima de Helmut y le propinaba fuertes puñetazos en los costados.

Erich apenas podía contenerse, quería ayudar al amigo, de cuya nariz brotaba sangre, quería arrancar al corpulento tipo de encima de él, pero no debía hacerlo. Dos contra uno habría sido injusto y el código de honor de los chicos exigía que Helmut solucionara el asunto solo.

De repente se abrió abruptamente la puerta del aula y el viejo Wagner hizo su aparición en el umbral de la puerta. Los chicos se dispersaron y dejaron vía libre a la imagen de los dos luchadores, que seguían en el suelo empecinados en su combate.

—¡Kampmann, Noli, separaos!

El profesor se acercó y los dos chicos, tumbados en el suelo, que hasta ese momento no se habían percatado de su presencia, se soltaron uno al otro y se levantaron fatigados. Helmut se limpió la sangre con un pañuelo y se sacudió el polvo de la ropa. Al otro lado estaba Kampmann, que seguía respirando fuertemente, dejando que los demás le felicitaran con palmaditas en la espalda.

Sin haber sido preguntado, Müller el gordo se adelantó abriéndose paso entre los demás.

—Profesor, ha empezado Noli. ¡Y Levi tiene la culpa!

El profesor se quedó mirándolo fijamente durante un rato con expresión indefinida, hasta que Müller agachó la cabeza y regresó a las filas.

—Müller, no recuerdo haberte preguntado. Propongo que salgáis todos y os pongáis en fila para ir juntos a la iglesia —con ésas se giró y se dirigió con paso tranquilo hacia la puerta, mientras que el grupo de Kampmann comenzó a cuchichear de forma irritada.

Erich pudo captar algunos fragmentos:

—...Qué desfachatez..., dar parte..., se lo diré a mi padre...

Con cautela recogió su boletín de notas del suelo. Estaba algo arrugado y en la esquina inferior derecha se veía la marca de una bota. Limpió el cuaderno cuidadosamente y lo guardó en la cartera. Luego salió con Helmut y los demás a la plaza del colegio. Nadie dijo nada.

Él y Erwin estaban liberados de asistir al oficio escolar. A veces acompañaban a sus amigos a misa en la iglesia. Erich adoraba los solemnes servicios eclesiásticos y también le fascinaba una y otra vez el interior de la iglesia. ¡Qué diferencia tan abismal comparada con la austera sala de oraciones de la comunidad judía! Sobre todo adoraba las maravillosas y coloridas pinturas del techo, con sus imágenes plásticas, mostrando, señalando, en aparente movimiento continuo, narrando siempre nuevas historias. Y adoraba los hermosos atuendos de los sacerdotes, el incienso, el murmullo de la gran comunidad, la música del órgano entonando en júbilo y la luz del sol que hacía iluminar los estucados de pan de oro. Pero hoy, cuando Helmut le invitó con un movimiento de cabeza de interrogación en dirección a la iglesia, negó con la cabeza.

—Erich, ven, hoy más que nunca, Kampmann no se atreverá a decirte nada en la iglesia.

—Déjalo, Helmut. Hoy no tengo ganas.

Encogiéndose de hombros el amigo se alejó, mientras Erich se sentó en los escalones ante la entrada del colegio y siguió con la mirada a sus compañeros, que entraban en bien formados grupos por la puerta de doble ala de la iglesia, abierta de par en par. De repente y para su asombro, se dio cuenta de que Erwin estaba sentado a su lado.

—Hoy no me he atrevido a entrar —le susurró su primo a su impronunciada pregunta.

Erich asintió.

—Sí, además, pensándolo bien, no habría estado bien que hubiéramos ido hoy. No habría sido correcto —y Erich no se explicaba por qué, de repente, añoraba su pequeña sala de oraciones ni por qué hoy la poderosa música del órgano y los exaltados cánticos le sonaban tan mal.

Fanny

POR LA tarde la madre comenzó los preparativos para la cena del Sabbat. Hoy habría un banquete especialmente festivo, en honor a «nuestros dos letrados», como había bromeado el padre. Max había aprobado el examen de ingreso al Instituto de forma impecable, incluso en matemáticas, y el boletín de notas de Erich llenaba a sus padres de orgullo. Los dos le habían abrazado cariñosamente y la mala nota de inglés ni se había mencionado. Tampoco las arrugas del cuaderno ni la aun débilmente visible marca de bota, aunque la madre echó una mirada significativa a Julius.

Flotaba en aire el olor al pan recién hecho. Sobre el plato de Sabbat reposaban los *challoth* cubiertos cuidadosamente por el paño bordado. La madre estaba preparando las palomas, que tenía encima de la mesa, con el famoso relleno de miga de pan, champiñones y huevo para introducirlas en el homo, cuando Fanny subió las escaleras cargada con dos bolsas. Parecía preocupada, hablaba en monosílabos y comenzó a vaciar las bolsas de forma mecánica.

—En la ciudad por todas partes hay camisas marrones repartiendo panfletos.

—¿Y qué pone en ellos? —preguntó la madre a media voz.

Fanny se encogió de hombros.

—Nada especial, que se debe proteger a la clase media y comprar en la ciudad natal. Cosas así... —apresurada y nerviosa comenzó a recoger las cosas que había comprado.

—Fanny, ¿qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo? —le preguntó Erich asustado.

Fanny movió rápidamente la cabeza.

—Fanny, ven aquí, ¡cuéntalo! Te conocemos perfectamente. ¿Qué es lo que te preocupa? —Melanie Levi le echó cariñosamente el brazo por encima a su asistenta y la condujo a la mesa.

Asustado, Erich vio que Fanny tenía los ojos llorosos.

—Erich, ve a por un vaso de vino para Fanny. Ahora tranquilízate, Fanny.

Erich corrió hacia el aparador del salón, donde la botella de vino tinto ya estaba abierta y preparada para la cena. Normalmente, le correspondía el primer trago de la noche de Sabbat al padre, pero eso ahora no importaba.

Después de que Fanny tomara unos cuantos traguitos, se calmó un poco y comenzó a contar entrecortadamente. Que había estado en la tienda del panadero Heeb, a recoger la tarta que la madre había encargado para la celebración del día. Toda la tienda estaba

abarrotada, y que la panadera Heeb dijo con su maliciosa risa: «Ah, pero si también ha venido Fanny, la de los judíos». Que lo había dicho con una risa malvada, espesa y densa, y que todos los de la tienda se habían reído. Bueno, todos no, algunos también parecían afectados y se habían callado, pero la mayoría se había reído. Y que luego la señora Heeb había dicho que si no le daba vergüenza trabajar para judíos, ella, una muchacha decente y cristiana. Pero que ella le había callado la boca a esa gorda Heeb: «Prefiero diez veces trabajar para los Levi que para alguna que otra familia cristiana del lugar», le había contestado. Y que entonces el viejo zapatero, su vecino de enfrente, se le había acercado y le había dicho en tono severo que esas cosas ya no las podía decir o lo pagaría caro. Y nadie le contradijo.

—Es una vergüenza, una verdadera vergüenza —susurró Fanny apretando con fuerza el pañuelo en su mano derecha.

La madre acariciaba el brazo de Fanny de forma mecánica.

—Pobre Fanny, que ahora también te hayan metido a ti en esto. Lo siento tanto.

Erich se apoyó en la mesa y cogió la otra mano de Fanny. Max se había apretado contra el armario de la cocina, estaba pálido como la cal. Durante un rato reinó el silencio, interrumpido únicamente por los cada vez más silenciosos sollozos de Fanny.

De repente se abrió la puerta y el padre entró en la cocina. Durante un instante se quedó quieto en el umbral de la puerta contemplando la escena que se le presentaba, pero luego vociferó:

—¡Pues vaya reunión tan alegre!

Erich notó que su padre intentaba romper la tensión de la situación y contestó en fingido tono alegre:

—Sí, llegas justo a tiempo —y se acercó al padre, que sostenía un paquete en la mano—. ¿Qué llevas ahí?

—¡Es una sorpresa! De los familiares de Pirmasens. Pero no se puede abrir hasta la fiesta de Pésaj —le despeinó cariñosamente el pelo a Erich—. Y lo mejor aún está por venir. Hoy he recibido una carta de la tía Mina y el tío Louis. Van a venir a visitarnos por Pésaj.

—¡Hurra! —Erich comenzó a dar palmas y Max se acercó excitado y empezó a mirar fijamente el paquete.

Como por arte de magia, se había esfumado el ambiente de preocupación. Fanny se sonó la nariz con fuerza y luego se puso a trastear en los fogones, y la señora Levi comenzó a llevar la vajilla buena al salón. Erich estaba radiante. Eso sí que eran buenas noticias. La tía Mina era la hermana mayor de su padre. Era unos cuantos años mayor que Julius y por lo tanto ya tenía hijos adultos. Para Erich y Max, ella era su tía preferida y en casi todas las vacaciones de verano, una visita prolongada a casa de la tía Mina y el tío Louis formaba parte inamovible del programa vacacional. De momento habían

desaparecido todas las preocupaciones y cuando por la noche la familia se sentó a la mesa decorada con solemnidad, el chico había vuelto a cobrar valor como si la visita de sus tíos fuera un buen augurio.

Quién sabe, a lo mejor ya ha pasado lo peor, pensó Erich. Tal vez sea realmente como dice el tío Ludwig. Por enero casi era peor, porque ni siquiera se sabía lo que le esperaba a uno. Pero ahora Senftleben se va a Stuttgart a su Ministerio y el negocio de su padre seguro que pronto iría mejor. Y Kampmann, Heeb y los demás... Tontos hay en todas partes, decía siempre el tío Louis. Y esta vez, al tomar el pan del plato con los ojos de Dios, sintió la fiesta de verdad e incluso pronunció en voz baja la bendición de la casa que el padre en la cabecera de la mesa estaba orando: «Alabado seas, tú, el Eterno, nuestro Dios, Rey del mundo, creador del fruto de la vid. Alabado seas, tú, el Eterno, nuestro Dios, Rey del mundo, que nos santificas con tus mandamientos, que nos has elegido y con amor y bondad nos has hecho partícipes del santo Sabbat...»

Pésaj

LOS DÍAS de vacaciones se encadenaban uno a otro lentamente.

Erich echaba de menos a sus amigos. Kurt se había ido a casa de su madrina al alto Suabia y Helmut estaba con su familia de vacaciones en Meran. Max pasaba el tiempo tirado en la cama devorando libros de aventuras o corriendo con Willi al Jagst, donde intentaban pescar peces con cañas fabricadas por ellos mismos. Era un abril muy desapacible, con mucha llovizna, sólo de vez en cuando se abrían las nubes dejando que el opaco sol de primavera enviara algunos cálidos rayos a la tierra. Erich pasaba mucho tiempo en el desván observando a través de la ventana del tejado el caprichoso juego de las nubes.

La madre había comenzado con Fanny la tradicional limpieza general que cada año tenía lugar por Pésaj, para limpiar a fondo la casa. No era precisamente acogedor estar en un piso en el que uno se topaba con productos de limpieza por todas partes, tropezaba por encima de alfombras enrolladas y no encontraba ninguna silla para sentarse, por estar todas colocadas del revés sobre las mesas. Por si fuera poco, también había «cocina ligera», como lo llamaba Fanny, ya que también había que fregar toda la vajilla. No había cosa que Max detestara más que los potajes de legumbres que solía haber durante la semana que precedía al Pésaj. Por ello pasaba casi todo el tiempo en casa de su amigo Willi. La madre se lamentaba una y otra vez de que seguramente allí comería nuevamente cosas que «para nosotros están prohibidas».

—No creo que le siente mal —decía entonces Erich con una sonrisa pícara, ya que él no se tomaba tan en serio aquello.

De vez en cuando, cuando iba al Goldene Kreuz de la familia Bieg a recoger el encargo de carne, le encantaba degustar un trozo de salami o de jamón. Pero en casa era otra cosa, y Erich pensaba a menudo que, en realidad, así se podía vivir bastante bien y esperaba que el Todopoderoso tampoco se lo tomara a mal.

Ahora Erwin también venia a menudo a recogerle para ir a jugar. La verdad es que no se caían mucho mejor que antes, pero los acontecimientos de las últimas semanas habían acercado a los dos primos de una manera que ni ellos mismos se explicaban muy bien. Tirados de costado en el suelo de la habitación, jugaban a las damas o al parchís, o sencillamente conversaban sobre infinidad de cosas, como por ejemplo su *bar mitzvá*, que iba a tener lugar en octubre. También hablaban sobre su profesor de religión, el señor Silbermann, que venia expresamente para ellos desde Crailsheim. Las clases con él

eran agotadoras, porque el viejo Silbermann era un curtido e incansable educador.

—Sí, en esto los demás tienen más suerte —dijo Erwin—. Rudi me contó que en ninguna clase había podido soñar tan a gusto como en las de religión.

«Los demás», pensó Erich amargamente. Nunca lo había sentido de esa forma, pero Erwin tenía razón. Eran los demás, a pesar de Helmut y Kurt. Pero nunca hablaban de esos sentimientos ni tampoco de los acontecimientos de las últimas semanas.

Por fin había llegado el primer día del Pésaj, el día del *sé— der*[10]. Francisca, la aprendiza de la pastelería de al lado, trajo los *matzá* que la señora Levi había encargado, muy temprano. Era una muchacha larguirucha y pecosa, y tenía aproximadamente un año más que Erich. Cuando Erich entró aún medio dormido a la cocina, Francisca estaba junto a la señora Levi, que le estaba entregando una moneda y un pequeño regalo. Desde la mesa de la cocina a la que Erich se acababa de sentar para desayunar, distinguió que se trataba de un pañuelo bordado. Francisca se había sonrojado al entrar él, y eso le hacía sentirse orgulloso. Desconcertada cogió su cesto y se guardó cuidadosamente el pañuelo y la moneda.

—¡Bueno, muchas gracias, señora Levi, y que tenga unas felices fiestas! —la muchacha hizo una reverencia y, tras echar una disimulada mirada de reojo a Erich, que sonriendo se estaba untando su rebanada de pan con mantequilla, salió precipitada por la puerta.

—¿Francis, te quedan muchos recados por hacer? —preguntó la madre tras ella, y Erich la escuchó responder bajando ya las escaleras.

—¡Sólo los otros Levi y los Heinrich y habré terminado!

—¡Qué chica tan-maja! —dijo la madre, y se sentó junto a Erich a la mesa—, y muy trabajadora. Tiene que colaborar ya muy duro.

—Sí, claro, algo bueno tenía que tener —opinó Erich despiadado dándole un bocado a su rebanada de pan con mantequilla—, porque es más fea que hecha de encargo.

—¡Erich, por favor! —Melanie Levi estaba indignada—. No te quiero volver a oír eso. Francis me cae muy bien.

—Y a ella le encanta venir a traerte recados. Igual que a tantas otras. Cómo eres siempre tan generosa...

—Como debe ser —dijo la madre escuetamente—. Una amiga mía me escribió en una ocasión en mi libro de poesías: «Y la alegría que damos vuelve de nuevo al propio corazón». ¡No te rías, Erich! Espero que algún día me entiendas. Y ahora en marcha, que tienes que ir a recoger la carne.

Suspirando, Erich se levantó y caminó los pocos pasos que había hasta el Goldene Kreuz. En la taberna estaba su padre, que había huido del jaleo casero, sentado junto al tabernero del Kreuz ante un

cuarto de vino. Juntaban las cabezas y discutían afanosamente, tenían la taberna inundada de nubes del azulado humo que emanaba de los puros que tan gustosos se llevaban a la boca.

—Hombre, Erich —le saludó el tabernero del Kreuz con amabilidad—. Vaya, si te estás poniendo mozo. Julius, dentro de nada tienes un hombretón en casa.

Erich se iluminó. Su retrasado crecimiento había sido siempre su secreta preocupación, pero últimamente se estaba estirando y la madre ya había tenido que sacar un trozo de dobladillo de los pantalones y había dicho que pronto necesitaría ropa nueva. ¡Y si ahora ya lo notaba incluso la gente...!

—Bueno, Erich, ¿vienes a recoger las cosas para tu madre?

Siéntate un instante aquí delante, la tienda está a rebosar, pero Lore te lo traerá aquí —y se marchó hacia la puerta que había junto al mostrador para gritar—: Lore, Lore, el pedido de los Levi. ¡Erich está esperando!

Erich se sentó junto a su padre, que observaba sumido en sus pensamientos los circuíos azulados que emanaban de su puro.

—¿Te apetece algo, hijo?

Erich movió la cabeza.

—Me tengo que ir enseguida, madre está esperando. Ya sabes lo que toca hoy.

Julius Levi hizo una mueca.

—Estas fiestas están muy bien, pero... —no terminó la frase y los dos Levi se guiñaron un ojo en señal de complicidad.

En ese momento llegó la pequeña Lore, acarreando un enorme paquete.

—Vaya, si es más grande que tú —se rió Erich—. Anda, trae, y pásate luego por casa que hay *matzá* recién hechos.

Lore asintió rápidamente con la cabeza y Erich tuvo que echarse *a* reír. Desde que tenía uso de razón, los *matzá* habían sido la atracción de los niños de la vecindad y de los amigos. La señora Levi los repartía siempre abundantemente y el ir a por *matzá* a casa de los Levi se había convertido casi en una arraigada tradición. Y eso que a mí me saben fatal, pensó Erich. El segundo día ninguno de nosotros puede ya ni verlos, pero para los vecinos era algo especial.

—¿Erich, te apetece salami? —le preguntó el tabernero del Kreuz con cara de pícaro, y Erich le echó una mirada interrogativa a su padre.

Éste se echó a reír y asintió con la cabeza. Acto seguido el chico mordió con gozo el gran trozo de embutido que el tabernero del Kreuz le había puesto sonriente bajo la nariz. Desde hacía años, aquello formaba parte de un juego en el que los dos Levi disfrutaban tanto como el tabernero, sólo que la madre no podía enterarse de ello,

porque ella se atenía estrictamente a las normas culinarias, y la carne de cerdo estaba prohibida para los judíos.

Por la tarde, Julius Levi sacó el carro y les preguntó a Max y Erich si querían acompañarle a la estación a recoger a la tía Mina y al tío Louis. Los hermanos dieron gritos de júbilo. Por supuesto que irían. Al salir, Erich le echó una mirada inquisitiva a su madre. Melanie Levi parecía preocupada. Además de la pequeña Lore, sólo habían venido unos pocos niños a recoger sus *matzá*.

—La gente tiene miedo, eso es todo —había dicho Julius zanjando el tema, al hacer su mujer un comentario sobre ello durante la comida —. Échale un vistazo al periódico, ya verás cómo dejará de extrañarte.

A Erich le habría gustado preguntarle al padre qué ponía en el periódico en concreto sobre esto, pero por respeto a su madre y a Max no lo hizo. Ya hablaría con él en un momento más apropiado.

La negra locomotora de vapor entró resoplando en la pequeña estación de tren de Ellwangen y se detuvo jadeante tras un prolongado silbido. Erich cerró un poco los ojos y rastreó con la mirada el andén de arriba abajo. Efectivamente, ahí estaba el tío Louis bajando del vagón; reconoció desde lejos la rechoncha figura vestida de oscuro y echó a correr hacia él. El tío ayudó primero a la tía Mina a bajar, pero luego Erich se sintió apretujado.

—¡Holaaa, si te has convertido en un grandullón! —el tío le sostuvo cogiéndole por los hombros a cierta distancia de sí y le inspeccionó detenidamente—. ¡A este paso, la próxima vez voy a tener que hablarte de usted!

Después, Erich aterrizó en el generoso busto de su tía Mina y volvió a sentirse bien achuchado. Cargaron las maletas sobre el carro y, como en una marcha triunfal, los Levi condujeron a sus parientes los pocos pasos hasta su casa.

Erich iba al lado de la tía Mina y le contaba cosas del colegio y de sus estupendas notas. Antes la habría cogido de la mano o se habría enganchado de su brazo, pero eso ahora ya no podía ser. Al fin y al cabo, ya era casi un adulto; incluso el tío Louis lo acababa de confirmar. Max iba sentado de lado sobre la gran maleta y se dejaba llevar por su padre y su tío, que estaban enfrascados en una conversación muy animada. El tío Louis también era tratante de ganado, igual que el padre, y naturalmente durante sus respectivas visitas los dos hombres intercambiaban sus experiencias. En diagonal, frente a la casa de los Levi, habían colocado hacía poco una gran caja de madera. El padre les había contado durante la cena que el viejo zapatero había accedido a que se colocara la vitrina del grupo local de los nazis en la fachada de su casa.

—Es mejor que no miréis.

A la mañana siguiente, a Max le faltó tiempo para echarle un

vistazo y tampoco Erich pudo evitar ojearla.

—Bah, sólo hay un periódico raro[11] con dibujos extraños —le había confesado Max a Erich—. No entiendo lo que le pasa a papá.

Erich lo sabía mejor. «Tiene que ver con nosotros», había pensado amargamente mientras contemplaba los dibujos de unos hombres con esas enormes y curvas narices. También ponía algo con letras grandes y negras sobre el «eterno judío». Gracias a Dios que Max no lo había entendido. «Eso son sólo tonterías», le había dicho a Max con toda la autoridad de hermano mayor.

—Cómo te vuelva a ver delante de ese cajón, te daré una zurra —había regañado al hermano pequeño por la noche en su habitación, y Max se había metido de morros bajo su manta.

Ahora Louis Straus, al pasar por delante, se percató de la caja y la señaló con un movimiento de cabeza casi invisible.

Julius se encogió de hombros.

—¿Y vosotros?

—Vamos tirando. En las ciudades es peor. El uno de abril, Use trajo malas noticias de Heilbronn.

Use era la hija pequeña del tío Louis y la tía Mina, la menor de cinco hijos. Trabajaba como auxiliar de laboratorio en Heilbronn en una fábrica de licores y coñac. El dueño del negocio también era judío y el tío Louis le habló al padre en voz baja de ventanas rotas y de una gran estrella de David que habían pintado en la puerta del lugar de venta. Contó que el señor Lowenstein, el propietario, había salido y se había mezclado entre la gente que se había reunido frente a su empresa y que le habían insultado, escupido e incluso apaleado. Use había conseguido abrirse paso al exterior con gran dificultad y por la noche llegó a casa completamente desconcertada y llorando.

Erich escuchó todo eso a pesar de que sabía que esa conversación no estaba destinada a él. Pensó en Use, con sus castañas tirabuzones y divertidos ojos, ella, que siempre le cogía en brazos cuando era pequeño y le daba vueltas hasta que sentía un cosquilleo en el estómago y exhausto de la risa decía:

—¡Use, para!

Ni siquiera era capaz de imaginarse a su prima llorando.

También tuvo que pensar en el señor Ldwenstein, al que no conocía, y se lo imaginaba intentando desesperadamente tranquilizar a la gente. Tal vez entre aquella gente había personas a las que él conocía, que le habían admirado y respetado. Y Erich tuvo que pensar en lo terrible que debió de ser para el señor Ldwenstein que esa gente ahora fueran sus enemigos, aunque él no les hubiera hecho nada. «A nosotros tampoco nos saluda ya tanta gente, pero al menos no nos rompen los cristales», pensó el muchacho.

Pero durante el *séder* no se habló de esas cosas. La festiva y

decorada mesa brillaba y destellaba, y Erich se empezó a sentir muy solemne. La madre y Fanny habían decorado la mesa con la vieja mantelería de Damasco que en los pliegues ya estaba muy rozada. En sus laterales se alineaban racimos de uvas y laureles y sólo se sacaba en ocasiones muy especiales, ya que era una pieza heredada de su tatarabuela y tenía más de cien años, como les recordaba siempre la madre. La vajilla buena y los cubiertos de plata brillaban a la luz de las velas, delante del sitio del padre estaba el ricamente decorado cáliz de *kiddush* y en el centro de la mesa la madre colocó el plato del Sabbat, sobre el que, ocultos por un paño, yacían los *matzá* y las pequeñas fuentes con los manjares del *séder*.

El sitio al lado del padre se quedó, como siempre, libre; en él había una copa de plata, un plato y cubiertos. Erich sabía que ese sitio únicamente se había preparado simbólicamente. Estaba reservado para el profeta Elias, que había anunciado la llegada del Mesías. Antes, cuando era un niño pequeño, había creído realmente que iba a venir un invitado más y esperaba ansioso su llegada, y Max siempre había sentido miedo del misterioso desconocido que finalmente nunca aparecía.

Poco a poco fueron llegando los invitados, el tío Sigmund, la tía Lea y Erwin, que trajeron también a la abuela Babette, quien, muy erguida, con su negro vestido de terciopelo y con su cabello blanco pulcramente recogido, contemplaba orgullosa a su familia, reunida alrededor de la mesa. Sólo faltaba Betti, su hija menor, casada en Ulm. Pero especialmente en ella concentrarían sus pensamientos durante las oraciones. De pequeño, Erich siempre había seguido boquiabierto este ritual de la cena del *séder*. Le parecían una consecución de misteriosos hechos, cuyo sentido no lograba comprender, pero que parecían tener alguna magia que conseguía unirlos a todos. Ahora conocía el sentido de cada uno de los pasos, el significado de los alimentos, pero aun así volvía a sentir esa magia especial y, asombrado, se dio cuenta de lo mucho que consolaba estar juntos alrededor de la mesa del *séder* y de la fuerza que había tras las palabras cuyo recital le habían parecido una aburrida obligación durante el último año.

Cuando el padre comenzaba con la *haggadá*[12] y pronunciaba las palabras «Este año aquí, el próximo año en la tierra de Israel, este año, siervos, el próximo año personas libres» éstas adquirían de repente un significado muy especial. Y si Max, como el más joven de la mesa, pronunciaba la pregunta tradicional: «¿Por qué se distingue esta noche de todas las demás noches?», había en ella algo de esa consoladora certeza de una esperanza común e indestructible.

Gremm

LA FIESTA del Pésaj había terminado, las vacaciones llegaban a su fin y sus tíos se habían vuelto a marchar. En la despedida, el tío Louis le había echado a Erich el brazo por encima de los hombros y había dicho:

—¡Bueno, entonces hasta el verano! Le contaré a Use que este año vendrá a visitamos un chico joven y no el niño que le escondía sus zapatos nuevos y, para alegría de la tía, iba dejando huellas de barro por toda la casa, porque había estado construyendo diques en el río. ¿O acaso te has hecho ya tan mayor y tan señorito que ya ni quieres ir a visitar a tus viejos tíos durante las vacaciones de verano?

Eso Erich lo había negado entre risas. Un verano sin estancia en Oedheim era impensable.

—Y dale recuerdos a Use. Ahora ya no la haré rabiar. Aunque lo de construir diques en el río, eso lo sigo haciendo igual que antes, pero prometo limpiarme los zapatos después.

El tío se había reído.

—Buen chico. Y no te desanimes, Erich. Han llegado malos tiempos para nosotros, pero piensa, que ya volverán tiempos mejores.

Erich había suspirado para sus adentros. Su padre seguramente le habría contado lo de Senftleben y lo de Max, que seguía sin querer decir la «palabra mala». Julius y el tío habían juntado a menudo las cabezas y habían hablado mucho, y también la madre y la tía le habían echado de la cocina cuando fregaban los cacharros o preparaban la comida, susurrando y cuchicheando.

Erich ya se imaginaba sobre qué. Los negocios del tío Louis también iban peor que antes y una y otra vez se había quejado al padre de que no entendía cómo la gente podía caer en el juego de los nazis.

—No les compréis a los judíos, dicen, y eso que soy conocido como honrado y honesto comerciante. Pero mis agricultores se comportan de repente como si yo tuviera la tiña.

El padre siempre había asentido con la cabeza.

—La gente tiene miedo, Louis, es simple miedo. Ahora ya insultan incluso a nuestra asistenta sólo porque trabaja para judíos, y por todas partes se murmura acerca de arrestos. Detienen a la gente en mitad de la calle, sólo por tener otra opinión. Meditadamente, lo llaman arresto de seguridad. No, la gente tiene miedo, eso es.

A la semana siguiente volvió Fanny; había estado pasando la Semana Santa en Neunheim en casa de su familia. A Erich le pareció más seria y preocupada, sin embargo ante sus preguntas sólo se reía y

las borraba de Un movimiento de mano.

En realidad el colegio tenía que haber comenzado el jueves, pero comenzaron con un día libre.

—Sólo porque es el cumpleaños de ese desgraciado —como dijo Julius Levi con desprecio.

Pensando, Erich se dio cuenta de que por primera vez en su vida tenía un motivo para estarle agradecido a Hitler, porque al fin y al cabo le estaba proporcionando un día adicional de vacaciones. Aquel jueves la ciudad estaba abanderada, cada vez más banderas rojo sangre con el negro símbolo de la cruz gamada colgaban de las ventanas y al anochecer sonaron desde la plaza del colegio sonidos de marcha hasta el piso de los Levi. Erich estaba harto de oír el tatachán que se venía escuchando ya prácticamente todos los fines de semana. A pesar de que el sol de finales de abril llenaba con bastante calidez el piso, la madre cerró rápidamente todas las ventanas, pero aun así se colaban los sonidos por entre las rendijas y pendían en el aire como una dura viscosidad. No había escapatoria de aquellos tonos, ni tampoco de la voz de Kolbe, el nazi mayor del lugar, transportada por los altavoces con sonido a hojalata hasta la vivienda. Erich le había visto un par de veces desde lejos, un tipo delgado de mediana estatura y movimientos entrecortados, enjuta cara adornada por un pequeño y recortado bigote, como debía de estar de moda en esos círculos. De esa resonante voz huía Erich siempre al desván, la cabeza enterrada entre sus manos, hasta que llegaba nuevamente el crepúsculo y los conocidos ruidos cotidianos subían hasta él desde la calle.

Esperaba con alegría el primer día de colegio, el reencuentro con Helmut y Kurt. Con orgullo llevaba ahora la gorra de cuarto, cuando se apresuraba con su cartera a recorrer los pocos pasos desde la vivienda familiar al colegio. En la esquina de la Audiencia Provincial esperaban ya los amigos, Kurt, de buen humor y con al menos un kilo más, y Helmut, muy moreno y lleno de novedades. Tres nuevos profesores habían llegado, comentó, un catedrático de Stuttgart y dos aspirantes. Los amigos cuchicheaban excitados. Profesores jóvenes. En realidad eso siempre era bueno, aunque nunca se podía estar seguro del todo.

—¿Y qué tal es ese catedrático de Stuttgart? —Erich y Kurt dirigieron sus miradas interrogantes a Helmut, a quien, gracias a su padre, tenían como máximo conocedor en todos los asuntos oficiales.

—Ni idea. Como nosotros no estuvimos allí. Krumm sólo le contó ayer noche a mi padre que el nuevo se había presentado en la Asociación de Combatientes y Veteranos y que le había dado la impresión de ser muy inteligente y correcto.

Erich suspiró. Correcto e inteligente, eso no decía nada. Y más, teniendo en cuenta que había ido a la Asociación de los Veteranos de

guerra, donde no se reunía más que un tremendamente aburrido grupo de honorables ciudadanos de Ellwangen a los que, según Erich, también les faltaba un poco de cordura. Junto a sus amigos se abalanzó escaleras arriba hacia la nueva aula. Como alumnos de cuarto, habían avanzado ahora hasta el primer piso. Kampmann y sus amigos ya esperaban arriba, para celebrar la ocasión se habían puesto sus uniformes de las Juventudes Hitlerianas o las de Jungvolk. Durante el revuelo por ocupar los pupitres, Erich temía nuevamente oír algún comentario despectivo, pero Kampmann tan sólo se midió con él con la mirada inspeccionándole de arriba abajo. Luego ocupó con sus amigos los pupitres de atrás. El excitado murmullo de los chicos enmudeció de golpe cuando se abrió abruptamente la puerta y un hombre delgado y estirado se adentró en el aula.

Los chicos se levantaron de un brinco y desde atrás se alzaron las manos del grupo de Kampmann para el saludo hitleriano. El hombre se mantuvo firme como un militar y después de un momento también él alzó la mano saludando a los bancos traseros con una leve inclinación de cabeza. A Helmut se le escapó un profundo suspiro y Erich sintió la mirada disimulada del amigo desde el lateral posada sobre él. Y por éste hemos cambiado a Senftleben, pensó el chico y notó cómo le subía un extraño sentimiento, desilusión emparejada con una sensación que no conseguía explicarse.

Mientras el hombre saludaba con pocas palabras a la clase y se presentaba como su nuevo tutor, Erich tuvo ocasión de fijarse más detenidamente en él. Tenía una cara estrecha y angulosa, el cabello rubio oscuro y liso estirado y peinado hacia atrás, y la raya parecía como trazada con un cuchillo. Como si uno pudiera cortarse con él, pensó el chico y se sobresaltó cuando de repente escuchó su nombre. Asustado, se levantó de un brinco. El nuevo profesor había comenzado a repasar el listado de alumnos de clase y durante las observaciones de Erich había llegado ya hasta la «L».

—Levi, Erich —repitió acercándose a él.

El chico tartamudeó un sí e indeciso se mantuvo de pie, porque el nuevo profesor seguía muy pegado a él. Erich observó que estaba repasando a los demás alumnos y que finalmente posó su mirada sobre Erwin, que se sentaba en diagonal detrás de él.

—Levi, Erwin —escuchó Erich, y notó por el ruido de la silla que también Erwin se había alzado de un brinco—. ¿Es que sois parientes? —preguntó la voz muy cerca de Erich, y fue él quien contestó después de carraspear varias veces.

—Somos primos, señor catedrático.

—Ah, ya, y visto lo visto de creencias mosaicas.

Entre el grupo de Kampmann se extendieron unas risitas. Erich se mantuvo de pie y tampoco Erwin decía nada. De repente, el chico

supo que iba a ocurrir algo. Esa extraña sensación de antes había sido miedo y justamente ese miedo le trepaba ahora por el cuerpo como un animal que empezaba *a* devorarle.

—Levi y Levi, como parece evidente que pertenecéis el uno al otro, también deberíais sentaros juntos. Tomaréis asiento aquí, en la primera fila. Y eso no se refiere únicamente a las clases de lengua alemana conmigo, sino también a las clases con los demás colegas. ¿Me habéis entendido? —cada una de las palabras había sido entonada con dureza, todo sonaba definitivo, tan claro, que no cabían ni preguntas ni objeciones.

Erich notó cómo Helmut a su lado abrió la boca pero únicamente para resoplar enérgicamente. De repente, de una manera absurda, a él mismo le pareció lógico que él y Erwin debían sentarse solos en la primera fila, como si el nuevo profesor tan sólo hubiera expresado una sentencia que desde hacía tiempo pendía sobre él.

Recogió sus cosas en la cartera y fue hacia delante y, mientras lo hacía, vio con horror, cómo a Erwin se le habían llenado los ojos de lágrimas. La tropa de Kampmann observaba el espectáculo con soma. Pero Erich también reconoció que algunos de sus compañeros de clase, como por ejemplo el pequeño Lutz, estaban serios y afectados sentados en sus sillas, y cuando sus miradas se cruzaron, vio miedo en ellos y sus cabezas se agacharon. Kurt jugaba con la tapa de chapa del tintero como si quisiera arrancarla, pero el nuevo profesor no le amonestó, sino que comenzó a dar su clase como si no se percatara del ambiente tan cargado que reinaba en el aula. Erich no atendió. Se esforzaba desesperadamente por recordar el nombre que había mencionado antes el profesor, empezaba por «G», un nombre corto con un sonido fuerte, sí, exacto, se llamaba Gremm, Dr. Gremm. Dio una fuerte patada contra el pie de Erwin del que de vez en cuando se escuchaba un sollozo y pensó en los ojos azules claros que tan fríamente le habían mirado y también, en que ese hombre era su enemigo. Ese hombre al que nunca antes había visto era, de una forma inexplicable, su enemigo.

Durante el recreo, parecía que se había trazado una línea invisible alrededor de él y de Erwin. Tan sólo Helmut permanecía testarudo junto a ellos y mordía furioso su bocadillo. Los demás se mantenían apartados, susurrando y cuchicheando, la mayoría de los del grupo de Kampmann, desvergonzadamente triunfales, algunos de ellos les señalaban con los dedos y se reían, otros cuchicheaban con alumnos de otras clases que los observaban con curiosidad. Como si fuéramos animales exóticos del zoo, pensó Erich esforzándose desesperadamente por mantener algo así como una conversación medianamente normal con Helmut. Erwin estaba a su lado y repasaba con su mirada los grupos de alumnos. Erich sabía que estaba buscando a Rudi, que junto

a Kurt se había escabullido a los servicios.

De alguna forma fue pasando la mañana, tortuosa y dura. Casi todas las horas escondían al principio nuevos sobresaltos.

¿Cómo reaccionarían los demás profesores? A algunos los conocía de años anteriores, otros eran nuevos para él y sus compañeros. ¿Habría más comentarios de burla y despectivas apostillas acerca de su procedencia judía al repasar la lista de alumnos? ¿Dirían algo sobre la nueva situación sus antiguos profesores, que al fin y al cabo los conocían tanto a ellos como a sus amigos? Pero nada ocurrió. Aunque Erich mantuvo la esperanza de que alguno de sus antiguos profesores al menos les preguntara a él o a Erwin, quedó defraudado. Se habló sobre el temario que se iba a dar, sobre trabajos de clase, cuadernos de ejercicios, se dieron advertencias, amenazas y también ánimos y elogios, pero ninguno hizo una sola pregunta o un comentario sobre los dos Levi, que estaban sentados delante del todo, ahí, donde normalmente tienen que sentarse los alumnos más flojos.

Al terminar las clases, Erich corrió desconcertado los pocos pasos que separaban el Colegio Mayor de la vivienda familiar, sin esperar ni a Helmut ni a Erwin. Tan sigiloso como pudo abrió la puerta y se escabulló a su habitación sin decirle siquiera «Hola» a Fanny, y se tiró sobre su cama, la cabeza hundida en la almohada. Desde fuera le llegaban los familiares ruidos, el tintineo de cacharros de Fanny, la tranquila voz de la madre hablando con ella, los estrepitosos pasos de Max en la escalera y su exhausto: «Hola, ¿qué hay de comer?» Poco después advirtió los firmes pasos del padre, sintió el chirrido de la puerta del salón y escuchó los murmullos de sus padres conversando. A través de la puerta llegaba el olor a *challoth* recién hechos, cierto, si hoy era el comienzo del Sabbat. Era un viernes como otro cualquiera y aun así había ocurrido algo fuera de lo normal. Era peor que las humillaciones de Senftleben o los comentarios provocadores de Kampmann, peor que las caras giradas al paso de los Levi y también peor que la preocupada cara del padre sobre sus libros de contabilidad. Era mucho peor, y el chico no sabría decir por qué. Sólo sabía una cosa: el miedo se había cebado en él, ese animal del que ya no podía deshacerse.

De repente escuchó el timbre de la puerta y la sorprendida pregunta de la madre, «¿...Ahora, a la hora de la comida?», pasos acercándose a la puerta, y desde lejos reconoció, aguda y excitada, la voz de su tía Lea. Conteniendo la respiración se giró y medio incorporado se quedó sentado. Habían venido tía Lea y tío Sigmund, sin duda alguna para hablar con sus padres sobre lo ocurrido. Las voces se acercaron para luego ser tragadas de nuevo por la puerta cerrada del salón. Y entonces llegó, la manilla de su puerta girando, y luego la voz del padre preocupado por aparentar tranquilidad y

firmeza.

—¿Erich? ¿Por favor, puedes venir al salón? Han venido la tía Lea y el tío Sigmund y quieren hablar sobre una cosa contigo.

Erich impulsó las piernas fuera de la cama y caminó tras el padre. Sobre el sofá marrón de piel estaba sentada la tía Lea. Tenía los ojos llorosos y dos manchas redondas y rojas sobre las mejillas. Entre sus manos espachurraba un pañuelo. La madre se había sentado a su lado y, como Erich comprobó asustado, también estaba llorando. Estaba agarrada al brazo de la tía Lea y mantenía la cabeza agachada, pero el temblor de sus hombros la delataba. En el sillón, estaba el tío Sigmund completamente ensimismado. Pero cuando entró Erich, se irguió y le saludó amablemente.

—Erich, hijo, ven aquí y siéntate con nosotros.

Erich negó casi invisiblemente con la cabeza, ahora necesitaba estar de pie y poder moverse, y observó agradecido que su padre se quedó de pie a su lado con el brazo fuertemente echado sobre sus hombros.

—Erwin le ha contado a sus padres lo que ha ocurrido esta mañana en el colegio. ¿Por qué no nos has dicho nada?

Erich tragó saliva. ¿Cómo iba a explicarles que de la maño de ese miedo sin nombre también buceaba, desde hacía algún tiempo, ese otro sentimiento, ese sentimiento parecido a la vergüenza de cuando había hecho algo malo o algo injusto? Era vergüenza de lo que les estaba pasando. A pesar de que no tenemos la culpa de nada, pensó el chico desesperado, de todas formas me avergüenzo de nosotros y eso tampoco está bien. Eso no lo podía decir, así que se encogió de hombros y agachó la cabeza. El padre le pidió nuevamente y con tranquilidad que lo contara, y Erich movió la cabeza. Por nada en el mundo quería volver a describir esa situación, porque sentía que al contarlo tendría que volver a vivirlo todo de nuevo.

El padre aflojó el abrazo de su hombro.

—Bueno, como quieras. De todos modos, la situación está clara. Esta misma tarde vamos a ir el tío Sigmund y yo a ver al Dr. Kaiser. Uno no tiene por qué aguantar las injusticias. Pensaba que eso te lo habíamos enseñado, Erich. Puedes volver a tu habitación.

Al final, el padre había hablado con tono severo y Erich notó que estaba decepcionado de su hijo.

Le habría gustado decirles a sus padres alguna cosa, por ejemplo: «Si no se trata de que no tenga confianza en vosotros ni que sea un cobarde. Pero no sabía cómo contároslo, porque no quería preocuparos. Si ya no se trata de una injusticia, contra la que uno puede protestar, es más, mucho más, y yo no sé lo que es y me asusta.»

Pero no dijo nada de eso y volvió a su habitación observado por

Max, que le miraba con los ojos muy abiertos a través de una rendija de la puerta de la cocina, hasta que Fanny suavemente tiró de él y cerró la puerta. De buena gana, Erich habría huido al desván, pero seguramente le habrían ido a buscar enseguida.

Y efectivamente, después de un ratito llegó la madre y se sentó en el filo de la cama. Cariñosamente le acarició la mejilla.

—Erich, no le tengas en cuenta a tu padre lo que ha dicho antes. No lo ha dicho con mala intención. Estaba muy nervioso y luego la tía Lea... ya sabes que le saca de sus casillas.

Erich tuvo que sonreír. El hecho de que Julius a veces reaccionara algo descontrolado con su cuñada se había convertido en la familia en una de las bromas asiduas. Él le echaba en cara que maleducaba y debilitaba *a* su único hijo, al que ella quería con locura. Naturalmente cada una de las familias Levi apostaba por sus retoños y las envidias habían pasado en algún momento también a los niños. Y ahora estamos pegados el uno al otro pase lo que pase, pensó Erich. ¡Vaya chiste! La madre le abrazó con fuerza y le dio un beso, a pesar de que sabía que Erich ya no quería que hiciera eso. Pero en esta situación sentaba bien.

—Mamá, no me apetece comer nada. ¿Puedo quedarme en la habitación? —preguntó y la madre se le quedó mirando fijamente.

—Está bien, baja más tarde con Fanny a por algo. Me ocuparé de quitarte a Max esta tarde de encima.

Agradecido, apretó la mano de su madre que silenciosa bajó a la cocina. Nuevamente escuchó Erich las voces murmurando y el tintineo de cacharros. Sin darse cuenta cayó en un profundo y tranquilo sueño. No se despertó hasta que no percibió pasos en el pasillo. Por un momento no sabía dónde estaba, luego se frotó los ojos y vio los rayos de sol de la tarde cayendo en diagonal sobre la habitación. La puerta se abrió y el padre entró. Durante unos instantes se quedó junto a la ventana, de espaldas a Erich mirando hacia abajo a la calle.

—Acabo de estar con el tío Sigmund hablando con el director. Y éste ha hecho llamar a ese Dr. Gremm para que explique en nuestra presencia esa medida, como él lo ha llamado.

El padre se giró abruptamente y miró a Erich a la cara. El chico se asustó. Nuevamente fue consciente de lo mucho que había envejecido su padre últimamente. Las dos líneas a lo largo de las comisuras estaban más marcadas de lo habitual y hacían que su astuta cara pareciera amargada.

—¿Sabes lo que ha dicho ese Dr. Gremm? Que había sido una medida por vuestra propia seguridad. Que había que separaros de los demás, para protegeros de ataques. También dijo que había habido quejas. Algunos padres no querían que sus hijos fueran con judíos a la misma clase. Y que también se habían quejado compañeros de clase.

Además de que vosotros dos, tú y Erwin, no hacíais más que molestar a los demás. También por eso, para proteger a los demás, os ha tenido que sentar aparte.

Erich no se lo podía creer.

—¿Y el director?

—Sólo escuchaba en silencio y al final aún dijo: «¡Señores, ya ven que no puedo hacer nada por ustedes!» Yo sí que tenía la impresión de que aquello no le estaba gustando, pero tenía miedo.

—¿Miedo...? ¿Miedo de Gremm? ¡Pero si él es el Rex!

Julius Levi se encogió de hombros.

—Gremm es un tipo muy peligroso. No se le puede infravalorar. Un tipo altamente inteligente y, por si fuera poco, un nazi convencido.

Erich sólo podía mirar fijamente a su padre. Cansado y con los hombros caídos Julius Levi salió de la habitación arrastrando los pies. Erich le siguió atónito con la mirada.

—¿Pero no estarás creyéndote en serio lo que ha dicho Gremm, verdad? Que nosotros molestamos a los demás... ¡Si tú sabes que soy un buen alumno!

Pero el padre ya se había marchado. Aterrado, Erich se dio cuenta de que había ocurrido justamente lo que él había querido evitar a toda costa: ¡ver a su padre tan indefenso! La injusticia se había extendido y ni siquiera Julius Levi podía hacer algo contra ello. Al contrario, Julius Levi, menos que nadie.

Solo

EL ORDEN de asientos se mantuvo, y eso, imperceptiblemente fue cambiando el comportamiento de la clase durante los siguientes días. Erich notó que los evitaban, a él y a Erwin. No ocurrió inmediatamente ni de forma abierta, pero si hubo cambios. Tímidos silencios cuando se acercaba durante el recreo a un grupo de compañeros de clase, burlas abiertas por parte de Kampmann y compañía, y también de Kurt, eso es lo que más dolía. Kurt, que una y otra vez aparecía con nuevas excusas cuando trataba de quedar para la tarde; Kurt, que desaparecía en los recreos cuando Erich se dirigía hacia él; Kurt, que ya no podía mirarle a los ojos. Sólo Helmut continuaba estando a su lado incondicionalmente, a pesar de que debido a ello tenía que soportar bastantes burlas y descaradas amenazas por parte del grupo de Kampmann.

Ocurrió durante el último domingo de abril, mientras Erich caminaba Jagst abajo para ir a pescar a la altura del baño de hombres, con la caña que él mismo se había fabricado. Helmut se había ido con sus padres a hacer una visita familiar y Max estaba sumido como siempre en sus libros de aventuras. Erich se acababa de sentar en el talud a orillas del rio y había echado con cuidado la caña, cuando una bicicleta se acercaba por el estrecho camino de la orilla del río dando botes, directamente hacia él. Se puso la mano por encima de los ojos a modo de visera y reconoció al pequeño Lutz. Abruptamente se volvió a girar esperando que Lutz pasara de largo sin una palabra, sin un saludo, pero para su sorpresa, In bicicleta paró y unos pasos se acercaron. Efectivamente ero el pequeño Lutz, que inicial mente se quedó indeciso tras él y luego se sentó, para estupefacción de Erich, a su lado.

Hola, Erich, ¿pican?

Erich saludó con la cabeza y respondió con un serio:

Hasta ahora no.

Durante un rato estuvieron sentados juntos sin mediar palabra. El pequeño Lutz arrancaba tallos de hierba y los troceaba mecánicamente. Erich le observaba de reojo. Lutz llevaba su uniforme de los Jungvolk, camisa marrón y pantalón negro.

—¿Estás de servicio? le preguntó Erich finalmente, porque ya no soportaba ese silencio.

—Si “-contestó Lutz visiblemente aliviado—. Vamos a decorar luego el pabellón de deportes. El lunes es la fiesta del uno de mayo y habrá una gran promulgación. Y por la mañana es el turno de nuestro colegio para la gran fiesta.

Otra cosa por la que había que darle las gracias a ese Hitler, pensó Erich con amargura. Al fin y al cabo es un día adicional de fiesta, aunque no le viese el sentido, «Día del trabajo, y van y lo celebran no haciendo nada». En voz alta dijo:

—¿Te gusta estar con ellos?

El pequeño Lutz asintió con mucho afán.

—¡Y cómo! Hacemos cosas geniales. La semana pasada hicimos juegos de campo y aprendimos a manejar un compás. Y el lunes por la noche habrá una gran fogata y asaremos salchichas en el Schónenberg. En verano, para el día del partido, iremos a una gran acampada a Nürnberg. ¡Ay, Erichl, es una verdadera pena que tú no puedas estar también. ¡A ti también te gustaría!

Erich le sonrió.

—Dejando a un lado que ellos jamás me aceptarían, ¿crees en serio que yo me uniría a semejante montón de mierda?

El pequeño Lutz se sonrojó.

—Bah, ese Kampmann y su gente. Está chiflado. Lo que quiero decir es que a mí no me importa en absoluto que tú seas judío. A decir verdad, ni siquiera lo sabía hasta hace poco y tampoco sé qué es lo que tienen en contra de vosotros. Mi padre siempre dice que sois gente de bien, vosotros y los Heinrich y los Neuburger. La semana pasada Kampmann nos dio un discurso y dijo que todos los judíos tenían que salir de Alemania porque eran nuestra perdición. Más tarde le dije que yo no lo entendía, porque vosotros ya lleváis aquí mucho tiempo —con semblante de amigo fiel miró a Erich—, y entonces Kampmann se puso como una furia y me gritó: «¡A qué te expulso ahora mismo!», pero créeme, yo no tengo nada contra vosotros.

No, tú sólo cierras la boca cuando ves que Kampmann y los demás se meten conmigo, pensó Erich. Tú y los demás, que no tienen nada contra nosotros. De repente no lo pudo soportar más. Se levantó y recogió su caña.

—Por alguna razón hoy no quieren picar—dijo por encima del hombro.

El pequeño Lutz también se levantó y se sacudió el pantalón.

—¿Te vienes hasta el pabellón?

No creo que tus cabecillas lo vieran con buenos ojos.

—Se dice *Fáhnleinführer*[13], y eso me da completamente igual, al fin y al cabo somos viejos amigos —dijo con aire testarudo mirando a Erich.

Éste le devolvió la mirada con ironía y luego dijo lentamente:

—No, de verdad, no quiero causarte problemas. Además, voy en dirección contraria. De todos modos, gracias.

El pequeño Lutz se giró con la cabeza agachada y recogió su bicicleta.

—Adiós, Erich —exclamó al montar, pero Erich no contestó.

Le siguió con la mirada perdida durante un rato y luego se puso en camino en dirección al monte Kugelberg. ¿De verdad se habría mostrado el pequeño Lutz con él? ¿Hasta dónde llegaría ese repentino brote de valentía? Seguramente hasta la próxima bronca de Kampmann, pensó Erich y se enfadó consigo mismo, porque a pesar de todo se había alegrado. Al fin y al cabo no soy ningún mendigo, al que hay que dar una limosna, pensó, y llegó con la lengua afuera arriba del todo, al Benzenruhe. Había corrido durante todo el camino, como si tuviera que eliminar su rabia con sudor. Allí, sobre ese viejo roble estuvo sentado el pequeño Lutz gritando muerto de miedo: «¡No me atrevo a bajar!» ¡Cómo se habían reído entonces y cuánto le habían tomado el pelo después!

Erich se acercó a la orilla del pequeño bosque y miró hacia la ciudad. Allí abajo se alzaba la poderosa silueta de la iglesia del colegio rodeada por las casas como las ovejas rodean a su pastor. Y en ellas viven las personas como siempre, fingiendo que no ocurre nada, igual que el pequeño Lutz, cuando tantas cosas estaban cambiando en este instante, pensó Erich, acordándose de repente del poema que habían leído con su profesor de lengua, el poema sobre la Alemania durmiente.

Las celebraciones por el uno de mayo se habían escenificado como un gran espectáculo. Erich había cerrado con Erwin, como si fuera lo más normal del mundo, el final del gran desfile de alumnos que serpenteaba hacia el pabellón. Una vez allí, los dos se habían pegado a la pared de atrás, a pesar de que Helmut insistió iracundo en que se sentaran junto a los de su clase.

—Ésos tienen ahora cosas mejores que hacer que echarte la bronca —dijo observando a Kampmann, que coma de un lado a otro intentando dirigir a su rebaño, colocándolo con banderines en la mano alrededor del atril.

También Gremm parecía muy ocupado reuniendo a los de quinto a su alrededor, quienes, al parecer, más tarde tenían que exponer algo.

Aun así Erich había rechazado la propuesta de Helmut.

—Yo no quiero participar en este tipo de cosas —le susurró a Erwin al oído y éste le miró sin entender nada. Miraba con melancolía a Rudi, que estaba sentado unas filas más adelante con Kurt, con el que, por lo visto, intercambiaba chistes. Luego de repente se hizo el silencio y las agudas voces de los de quinto, visiblemente preocupados por mantener el ritmo, llenaron la sala: «Debes creer en el respeto de Alemania, en la resurrección de su pueblo, no permitas que te roben esa fe a pesar de todo, todo lo que ha ocurrido...»

¿Entenderán lo que están diciendo?, pensó Erich y observó la esbelta figura de Gremm, que dirigía al coro parlante discretamente.

El respeto de Alemania, ¿qué significara eso para Helmut, para Kurt, para el pequeño Lutz, Kampmann, para él mismo...? Sus ojos se quedaron prendidos de Gremm y tuvo la sensación que, de repente, a través de toda esa distancia su mirada fue respondida y atrapada sin compasión por esos ojos azules.

—¡Vaya, pues sí que hemos tenido suerte! —exclamó más tarde el padre sentado a la mesa del comedor y doblando el periódico de malas maneras.

—¿Por qué suerte? —preguntó la madre entregándole a Fanny la pila de platos.

Acababan de terminar de comer y Julius ya había echado mano del cigarro de mediodía y del periódico.

—Pues porque desde ayer vivimos en Hindenburgstrasse. La junta municipal decidió ayer rebautizar las calles más importantes de Ellwangen. Y si hubiéramos vivido en la Langestrasse, tendríais que indicar a partir de ahora como dirección la Adolf-Hitler Strasse. Pero como no es así, a nosotros nos ha tocado el bueno y viejo Hindenburg y eso aún tiene un pase. Y la Hallerstrasse se llama ahora Bismarckstrasse, eso aún habría sido mejor. En fin, anda que tu abuela estará contenta con su nueva dirección.

—¿Y por qué hacen eso? —quiso saber Max.

—Ahora en la nueva junta municipal son los nazis los que tienen el poder —explicó el padre—. Así que tienen que demostrar su poderío. La calle más importante de Ellwangen se llama Adolf Hitler... Si esto me lo hubieran dicho hace un par de meses...

Aspiró tan fuerte de su puro, que emanó un espeso y azulado humo y la madre abrió rápidamente la ventana.

—Pero en realidad no era de eso de lo que os quería hablar. Max, tú te vas a tu habitación, a hacer los deberes. Erich, tú vienes con tu madre y conmigo al salón, tenemos que hablar de un asunto.

Todos se levantaron y Max se dirigió de morros hacia la puerta de la cocina, seguido por el resto de la familia. Fanny cerró silenciosa la puerta tras ellos y comenzó con el fregoteo. En el salón, Erich se dejó caer en uno de los profundos sillones de piel y miró impaciente al padre. Julius había tomado asiento con la madre en el sofá. Desde el día en que Julius había estado con Sigmund viendo al director y habían vuelto sin poder resolver nada, Erich sólo había hablado con su padre de cosas banales.

—Erich —Julius carraspeó—, se trata de tu *bar mitzvá*. Ayer estuvimos en casa del tío Sigmund y la tía Lea hablando sobre la fiesta. Tu primo lo celebrará el mismo Sabbat que tú, como bien sabes.

Erich asintió. En la familia siempre se había visto como un buen augurio del destino que su primo naciera tan sólo dos días después que él, y el viejo señor Neuburger, que el año próximo cumpliría

noventa años, había destacado siempre lo importante que era para la minúscula comunidad judía de Ellwangen que en un mismo Sabbat se unieran a la comunidad dos chicos jóvenes a la vez como miembros de pleno derecho.

—La semana que viene irás a ver al viejo Kugler para que te tome medidas para tu traje. Yo también recibí mi primer traje para mi *bar mitzvá*. Aún recuerdo lo orgulloso que estaba tu abuelo Elias por entonces. Y lo orgulloso que estaré yo cuando vea al mayor de mis hijos vestido de traje por primera vez —Julius Levi carraspeó—. Pero no era sólo eso de lo que te queríamos hablar. El hecho es que los negocios van cada vez peor. No necesitamos hablar de los motivos. Pero vamos a tener que celebrar la *bar mitzvá* aquí en casa y no como habíamos planeado inicialmente en el Kreuz. Tu madre y la tía Lea organizarán una bonita fiesta. La taberna es sencillamente demasiado cara, además, tampoco podremos invitar a tanta gente como habíamos planeado. Pero naturalmente podrás invitar a tus mejores amigos a tu fiesta. Espero, Erich, que entiendas nuestra decisión.

El chico tuvo que tragar varias veces antes de poder pronunciar «Claro, padre». Con cuánta alegría habían esperado él y su familia la celebración de su *bar mitzvá*. Iba a ser una gran fiesta, había dicho siempre el padre, y en los encuentros familiares todos le habían tomado el pelo con ello. «Antes de tu *bar mitzvá* me pasaré tres días sin comer nada», había dicho el tío Louis una y otra vez y había añadido divertido: «Y ya estoy ansioso por ver cómo aguantas tu primer cuarto de vino». Iba a invitar a sus amigos, a todos, para brindar con ellos con el primer cuarto de vino de su vida, orgulloso de presentarlos a su familia: «Mirad, éstos son mis amigos del Colegio Mayor»... Erich se tragó el nudo que tenía en la garganta. Aún sería una bonita fiesta. Estaría la familia más cercana, aunque la mesa en la casa de los Levi resultara más pequeña y probablemente menos pomposa. Estarían los hermanos de su madre, Karl y Ludwig con sus mujeres. La tía Betti y el tío Sansón, la abuela y la tía Mina con Use y naturalmente el tío Louis en cuya presencia no cabía un pensamiento triste. ¿Y los amigos...? Erich se escuchó decir:

—Seguro que será muy bonito y estoy deseando que llegue el día. Pero no quiero invitar a ninguno de mis amigos.

Melanie Levi miró fijamente a su hijo.

—¿Tampoco a Helmut?

Erich movió la cabeza negativamente.

—¡Tampoco a Helmut! —ni él mismo habría sabido explicar por qué no quería tener a su lado ni siquiera a su mejor amigo; volvió a confirmarlo—: Quiero que sólo estén nuestros parientes. Eso es suficiente.

Al levantarse, Julius le dio unas palmaditas a su hijo en el

hombro.

—Ya verás, será una fiesta fantástica. Nosotros lo celebraremos a pesar de los malos tiempos. Aún no me creo que en octubre ya tendré a un hombre por hijo. ¡Y lo que se alegrará el rabino! Tal vez algún día incluso consigamos formar un *minyán*[14] sin necesitar ayuda externa.

Por la noche, Erich estuvo mucho tiempo despierto, escuchando la respiración regular de Max. A su hermano le gustaba el Instituto y por el momento se había librado de los peores profesores. Seguía sin decir la «palabra mala» y Erich no siguió insistiéndole. Era un alivio que Max no se enterara de sus propios problemas. A lo lejos escuchaba abrirse una puerta, Fanny volvía del cine.

Estaban echando una película con Willy Fritsch, al que Fanny adoraba, *Los tres de la gasolinera*; había visto esa película ya tres veces. Al parecer todas las chicas corrían al cine e intentaban peinarse igual que la protagonista, que, tal como lo veía Erich, sonreía algo estúpida desde el cartel. Se llamaba Lilian Harvey, al menos eso le había contado Fanny, que se pasaba todo el día tatareando en la cocina las nuevas canciones de la película. En una ocasión, el padre le había susurrado a la madre en voz baja que en esos momentos desearía que volviera el viejo cine mudo, y a Max le entró tal ataque de risa que casi se atraganta con su muslo de pollo; se tiró varios minutos tosiendo.

Al día siguiente, después de comer Erich se retiró enseguida a su habitación y se alegró de que Max, al parecer, le hubiera dejado vía libre, ya que su libro de inglés y su cuaderno estaban sin abrir encima de la mesa. El asunto de la *bar mitzvá* no se le quitaba de la cabeza. ¿Por qué no quiero que me acompañen mis amigos, sobre todo Helmut?, pensaba Erich. ¿Le quedaban otros amigos aparte de Helmut? Muchos de sus antiguos compañeros de juegos estaban ahora organizados en las Juventudes Hitlerianas y se pasaban casi todo su tiempo libre allí. Y los demás, incluido Kurt, habían rechazado últimamente varios intentos de quedar, poniendo dudosas excusas. Precisamente Kurt, se repetía y cada vez le dolía más; Kurt, con el que siempre había pasado tanto por los duros como por los buenos momentos. Erich veía la cara del amigo ante sí, con el labio inferior metido hacia dentro, diciendo «Hoy no puedo, Erich, de verdad, tengo bronca con mi viejo».

—Eso sí es cierto —le contó días después Helmut mientras paseaban por la actual calle Adolf Hitler y Erich, aprovechando la ocasión, se quejaba de Kurt.

Erich había tenido que llevarle a su abuela un trozo del bizcocho que había hecho Melanie y una docena de los huevos que un comerciante amigo le había regalado al padre durante el pasado día

de mercado. De camino, se había encontrado casualmente con Helmut y éste había accedido a acompañarle un trecho.

—Es verdad que tendrá problemas si le ven contigo. Ya sabes que su viejo se ha adscrito al partido, uno de los «Caídos de Marzo» como dice mi padre. Y lo que más le gustaría es que su hijo fuera un orgulloso miembro de las Juventudes Hitlerianas. «Aquí mi hijo, un nazi hecho y derecho.» La carrera está servida. Aunque una cosa hay que reconocerle a Kurt, hasta ahora se ha defendido con uñas y dientes, sobre todo, porque no soporta a Kampmann ni a sus socios, pero por cuánto tiempo...

Helmut no había terminado la frase, pero Erich sabía lo que quería decir. ¿Por cuánto tiempo iba Kurt a poder resistirse a la presión de su familia?

—Sí, claro, así es imposible ser amigo de un judío —soltó apretando con tal fuerza el asa del cesto, que el trenzado del mimbre se le clavó dolorosamente en la mano.

—Pues eso —contestó Helmut lacónico.

¿Qué contestación esperaba escuchar? Al menos Helmut era sincero. ¿Cuánto tiempo iba a continuar queriendo tener a un judío como su mejor amigo? Tal vez algún día su padre le diría que ser amigo de judíos no es bueno para el despacho. Algunos mandatarios tal vez ya le habían insinuado algo, posiblemente habría incluso indicaciones más o menos directas desde la dirección del partido. El mismo Helmut le había contado que en otras ciudades habían amenazado a colegas de su padre de forma masiva por defender los intereses de judíos o por representar a gente que se oponía de forma crítica a los nazis. A ese momento le temía el chico en secreto.

Además, él no es de los nuestros, no en el día de mi bar *mitzvá*, pensó aquella noche con aire testarudo y con la cabeza enterrada en su almohada. Se imaginaba la cara de Helmut cuando pronunciara la invitación. Tal vez el amigo se ruborizara, le daría sinceramente las gracias y luego buscarla una excusa: «me encantaría ir, pero...», y luego añadiría cualquier motivo, una visita familiar, invitados importantes de fuera... Y los dos sabrían que todo eso sólo sería una excusa y ninguno de los dos sería capaz de mirar al otro a la cara. Eso no lo podría soportar, pensó Erich, ni tampoco que le dijera la verdad. «Y por eso prefiero no invitarle siquiera.» Con ese pensamiento finalmente se quedó dormido mientras una pálida luna proyectaba un estrecho rayo de luz por la rendija que se abría entre las cortinas ondeantes por el viento.

Tu raza

EN LAS siguientes semanas Erich y Max notaron otro cambio casi invisible. Los andares de su padre se hicieron más lentos, sus cabellos se volvieron blancos y el gesto, antes siempre sonriente y pícaro, se volvió hosco. A menudo se encerraba con su mujer en el salón y Erich los oía murmurar durante horas. Sabía que su padre tenía cada vez más preocupaciones con el negocio y sus sospechas fueron confirmadas por Peter, que hacía su trabajo con creciente malhumor.

—El negocio ya no funciona —le confesó a Erich una tarde en que le ayudaba a limpiar las cuadras. Peter clavó furioso la horquilla en un ahumado montón de estiércol y aspiró fuerte de su cigarrillo—. Si esto continúa así, muy pronto me veo tirado en la calle. El jefe se está volviendo cada vez más raro. Ya no se puede hablar con él.

—Pero ¿y los antiguos clientes? Si siempre han estado satisfechos; por eso mi padre tenía clientes fijos.

—¡Ni se acercan! Se cagan de miedo. En la última reunión de agricultores habló Kolbe. Ordenó no comprar a los judíos, y los que lo sigan haciendo se atendrán a las consecuencias—dijo que todos serían registrados. Y algunos se creen realmente esas bobadas de los nazis: que los judíos son unas sanguijuelas y todo eso. Con ellos es como hablar con una pared.

—Peter, ¿de verdad están tan mal las cosas?

—Perdona, es que estoy furioso —Peter se echó la gorra hacia la nuca y se rascó la frente—. También hay gente decente. El cerrajero viene la próxima semana a echarle un vistazo a las terneras. I al vez entonces vuelva a entrar algo de dinero en la caja,

Erich apoyó la horquilla de la paja contra la pared y acarició de pasada la cabeza de los terneros.

Adiós, Peter. Volveré mañana.

Te agradezco la ayuda, Erich. Y no te preocupes, ya vendrán tiempos mejores.

Erich caminó hasta el Jagst y observó durante un rato el sigiloso fluir del agua. Dolía ver el floreciente paisaje y no sentir más que oscuridad en su interior. El año pasado había estado jugando allí con sus amigos. Cuánto se habían reído cuando de repente había aparecido el curtido guarda forestal, alumbrando con su linterna las paredes de la cueva en la que se escondían y gritando: «¡Sinvergüenzas, salid de ahí ahora mismo! ¡Sabéis perfectamente que está prohibido!» Se habían escondido al fondo tras unas rocas y habían observado riendo en silencio cómo se marchaba refunfuñando y gruñendo, porque Kóberle era un miedica, que al final nunca se atrevía a adentrarse

mucho en la cueva. Ahora Kampmann tenía la culpa de que sus antiguos amigos le dieran la espalda. Le había observado varias veces mientras lanzaba con ímpetu su discurso a los compañeros que habían hablado con Erwin o con él. Al único al que no se atrevía a acercarse desde aquel asunto del boletín de notas era a Helmut, y también parecía dejar en paz a Kurt desde que éste, un par de días atrás, le sacó el puño ante sus narices. A pesar de ello, se habían roto los lazos entre él y Kurt.

«Suponiendo que mi padre me prohibiera tener amistad con gente concreta», pensaba Erich de vez en cuando, «que sólo me permitiera relacionarme, por ejemplo, con los católicos y tuviera que cortar el trato con los evangélicos, ¿cómo me comportaría yo?» Kurt era evangelista y desde que Erich tenía uso de razón jamás había importado a qué iglesia iban. Una y otra vez se repetía si se podía creer tan firmemente en algo como para hacer por ello las cosas más absurdas y más injustas.

Un hombre como Gremm, por ejemplo, que era inteligente y sabia tanto, ¿por qué era tan intransigente? Erich se podría pasar horas escuchándole cuando hablaba sobre el *Cantar de los Nibelungos*. Los compañeros siempre refunfuñaban, pero Erich se zambullía con entusiasmo en ese mundo y meditaba durante horas sobre la traición de Siegfried y la venganza de Kriemhilde, sobre Hagen y la bella Brunhilda y sobre el fin de los Burgundos. Con el dinero que había recibido de sus familiares por la fiesta de Pésaj, se compró en la librería de enfrente una edición con leyendas sobre dioses y héroes germanos y se sumía tardes enteras en esas fascinantes historias. Pero después, tras haber hablado durante varias horas lectivas sobre el *Cantar de los Nibelungos*, también hubo indicios de que incluso esta pequeña alegría se la iban a amargar. Por ejemplo, tras hablar sobre la «fuerza de acción de la raza nórdica» que aparecía en el *Cantar de los Nibelungos*, Gremm se pasó otra hora soltando indirectas con un largo monólogo sobre la «situación racial de nuestra propia patria», manteniéndose siempre muy cerca de Erich y Erwin, pronunciando marcadamente cada palabra. Cuando incidía en ese tipo de comentarios, algunos ponían caras de guasa o cuchicheaban de forma despectiva, sin que Erich supiera realmente a qué se estaban refiriendo. Pero él se enfrentaba a todo ello: alzaba la mano de forma valiente para formular una pregunta, continuamente estaba su brazo en el aire para dar una respuesta, la mayoría de las veces conscientemente ignorado por Gremm, y aun así no se daba por vencido. Quería demostrárselo, al fin y al cabo había sido el mejor en la asignatura con el viejo Wagner y algún día Gremm tendría que reconocer que su opinión sobre él era equivocada.

Un lunes, cálido y soleado, en el que el olor de los castaños en

flor llegaba desde la plaza para colarse por las ventanas abiertas de par en par del aula de los de cuarto, Gremm comentó la decisión de Hagen de Troje de matar a Siegfried y preguntó a la clase que si esa decisión había sido obligada por las circunstancias e inevitable. Los alumnos callaron tímidos, algunos miraban exageradamente interesados, esperando que así no les preguntaran, otros miraban con añoranza por la ventana, pensando probablemente en cuándo haría suficiente calor para poder bañarse en el Jagst. Mirando de reojo hacia atrás, Erich podía ver a Helmut, cuya cabeza agachada y el incesante movimiento de su mano derecha delataban que estaba dibujando garabatos sin sentido en la tapa de su cuaderno, como hacía siempre que se aburría. Sin embargo a Erich la pregunta le había cautivado porque sobre eso él también había meditado a menudo, tumbado por las noches en su cama con los brazos cruzados tras la cabeza mientras las sombras del anochecer oscurecían el estrecho cuadrado de la ventana. En medio del persistente silencio su mano se alzó al aire y, para su sorpresa, escuchó su nombre. ¡Gremm le había nombrado! Comenzó titubeante e inseguro, pero luego su voz fue ganando firmeza y velocidad y se sorprendió de cómo las palabras emanaban de él. Creía firmemente que habría habido otras posibilidades de hacer las cosas: ¿por qué Hagen no le había pedido explicaciones a Siegfried?, ¿por qué no le había ofrecido un duelo, de hombre a hombre?, así el asunto se habría resuelto en un combate de honor. Sin embargo, la actitud de Hagen había sido traicionera y el tesoro que después hundió en el Rin también hubo de tener algo que ver. Hagen de Troje era un envidioso, envidioso y traidor.

Erich se detuvo abruptamente, pues de repente sintió todas las miradas sobre él. Gremm estaba de pie en un rincón, apoyado en la pared, las piernas cruzadas. Después de un instante, las miradas de los alumnos giraron en su dirección. El profesor se mantuvo en silencio observando con aparente desinterés sus zapatos. Pero entonces levantó la mirada y un esbozo de una sonrisa fruncía sus labios.

—Es la respuesta que me esperaba de alguien de tu raza —*se* dirigió a Erich con su mirada azul agua fijamente clavada en él.

Ahí estaba de nuevo, la palabra que siempre utilizaba durante sus clases. Pero esta vez la empleaba de otra forma: «Tu raza...» Y acto seguido, con frases cortas y fulminantes, le habló de su incomprensión del término germano de lealtad, de que, hundiendo el tesoro en el Rin, Hagen prácticamente había mostrado un símbolo de la pureza de los sentimientos del guerrero, ignorados por completo por el espíritu antialemán y avaro de «otra raza». Luego Gremm sacó la temida libreta negra y escribió conscientemente despacio una cifra en ella.

—Levi, tu especial aportación será honrada con una nota especial. Me temo que será la peor nota, porque tu aportación muestra un

completo desconocimiento de la cultura alemana. ¡Aun así debo darte las gracias! Nos has demostrado a todos lo importante que es que nuestro pueblo se desarrolle con una clara demarcación y rechazo frente a aquéllos de sangre y razas ajenas. ¡Siéntate, Levi!

Como un autómata, Erich obedeció. No se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las piernas hasta que estuvo sentado. Lo que había querido decir Gremm no le había quedado del todo claro. Sólo había entendido una cosa: él era malo, no entendía nada porque era un judío, los judíos eran malos, una raza ajena..., «*tu raza*»... Y los demás también lo habían entendido así, lo notó nuevamente por las caras de burla, los cuchicheos y murmullos. No obstante, él tenía razón. ¿Qué tenía que ver matar a una persona indefensa con la lealtad y el honor? Y al menos Helmut también pensaba de ese modo, de eso estaba seguro. Pero Helmut no decía nada, había apoyado la cabeza sobre sus manos y miraba por la ventana. Kurt estaba sentado con los brazos cruzados ante el pecho con semblante serio, y el pequeño Lutz miraba una y otra vez con inseguridad de Erich a Gremm y parecía querer echarse a llorar. Disimuladamente Erich miró a su primo de reojo. Erwin se había quedado blanco como la cal y estaba sentado en su asiento como si se hubiera quedado petrificado. Pero luego se inclinó hacia Erich y le bufó al oído:

—De ahora en adelante cierra el pico. Ése lo único que quiere es dejarnos a la altura del betún y tú encima se lo pones en bandeja.

Erich tragó saliva. Tal vez su primo tenía razón. Tal vez era mejor pasar desapercibido, fingirse muerto, esperar a que, de algún modo, aquello pasara de largo algún día. «Pero tengo razón, ya puede decir Gremm lo que quiera», pensó el chico testarudo.

Después del colegio cruzó corriendo los pocos pasos de la Plaza Colegial a su casa y se encerró en su habitación sin saludar ni a su madre ni a Fanny. Sacó de la mesilla de noche el ejemplar de leyendas, tan cuidadosamente guardado y que hasta entonces no le había prestado ni a Max, y comenzó a romperlo sistemáticamente. Le costó, ya que el libro estaba bien encuadernado y tuvo que cortar las tapas con tijera y cúter, pero puso todo su empeño en ello, empujado por una increíble ira. El suelo quedó finalmente sembrado de trozos de papel de todos los tamaños. Erich se desvaneció en su cama y se sintió tan cansado y abatido como nunca antes. Después de un rato de oscuros pensamientos, se quedó dormido y no despertó hasta escuchar los golpes y llamadas de la madre.

Aturdido y por un momento desorientado, abrió la puerta y la madre entró rápidamente. Ante el panorama que se le presentó, no dijo ni una sola palabra ni hizo preguntas. Abrazando fuertemente a su hijo, ella y Erich se quedaron sentados durante un rato en el borde de la cama. Luego la madre le miró cariñosamente a los ojos y dijo

con voz serena:

—Erich, recoge todo esto. Ve a que Fanny te dé una escoba y un recogedor. Y luego bajas a comer.

Sigilosa salió de la habitación y Erich se arrodilló en el suelo para recoger los trocitos de papel. De vez en cuando aparecían en ellos nombres y él supo adjudicarles alguna historia. Sin saber muy bien por qué, comenzó a juntar los trozos de papel como en un puzle y sobre la alfombra volvieron a aparecer las historias, al menos partes de ellas. Pensativo Leia las cuartas o medias páginas que había juntado. Ahí estaba, por ejemplo, la parte en la que Beowulf luchaba con el dragón, y la leyenda de Walter y Hildegund, parte del episodio en el que Walter llega a la corte del Rey Attilas. Luego encontró algunos trocitos que pertenecían al comienzo del libro, donde se hablaba de los dioses, de la creación y el hundimiento de la tierra. Con mucho esfuerzo pudo descifrar:

...del cielo caerán las alegres estrellas.
Humo y fuego corretean de aquí para allá.

Durante un rato mantuvo fija su mirada sobre las líneas que tanto le había costado reconstruir e intentó encontrar los trozos que faltaban; finalmente lo barrió todo en un montón y lo tiro a la papelera.

El engaño

A LA semana siguiente, Gremm anunció que la clase debía escribir para el viernes próximo una redacción sobre el *Cantar de los Nibelungos*. En medio del generalizado resoplido—dijo en voz baja pero con tono firme:

—Espero que cada uno de vosotros dé lo mejor de sí mismo, especialmente en este tema. Un joven alemán debe saber lo que significa anteponer la lealtad y el sacrificio ante cualquier interés personal. Así que no me defraudéis.

—¡Gremm y sus tonterías! —dijo Helmut enfadado, mientras cruzaban la plaza después de clase y Kurt les seguía malhumorado a cierta distancia chutando furioso pequeñas piedras ante sí.

—¡Qué me interesarán a mí los antiguos germanos! Yo estoy perdido. Ni siquiera me he leído la obra en condiciones, así que ya puedes dejarme copiar la semana que viene.

Kurt se sentaba desde hacía poco al lado de Helmut, porque su compañero de pupitre, Kühnle, un chico robusto y fuerte, de cara redonda, también se había unido al grupo de Kampmann. Al igual que los demás, participaba encantado en los encuentros de las Juventudes Hitlerianas y en ocasiones especiales llevaba, en plan ostentoso, su correspondiente uniforme. Y como a Kurt le calentaba la cabeza con su proselitismo, le pidió a Gremm permiso para sentarse al lado de Helmut, cosa que bondadosamente le fue concedida. «Lo hago de mala gana, pero espero que seas capaz de resistirte a ciertas influencias negativas», había dicho Gremm fijando su mirada penetrante en Helmut. Ahora era Rudi, el antiguo compañero de Erwin, el que se sentaba al lado de Kühnle, y Kampmann y su gente le hacían bastante la pelota.

Entre tanto los chicos habían llegado ante la casa de Helmut y se despidieron de Kurt, que se marchó enfadado después de que ninguno respondiera a su comentario. Erich también se disponía a irse a casa pero se detuvo abruptamente y volvió a dirigirse a su amigo.

—Oye, Helmut —dijo titubeando—, tu padre tiene una biblioteca muy grande, ¿verdad? ¿Crees que me prestaría un libro sobre el *Cantar de los Nibelungos*?

Helmut le miró algo desconfiado de reojo.

—No entiendo lo que ves en esas viejas historias. Pero está bien. Entra conmigo ahora, que le preguntaré.

Juntos entraron en el amplio y fresco recibidor de la casa de los padres de Helmut, uno de los edificios más imponentes de la plaza. Erich adoraba sobre todo la gran escalera curva con la barandilla de

hierro forjado y los hermosos estucados del techo con los angelitos de caras redondas, ordenados regularmente, que sonreían a los visitantes conforme subían. Arriba, en la vivienda, Kati, la criada, les informó de que el doctor estaba en una reunión importante y que no se le podía molestar, pero que la señora se encontraba en el salón.

—Bien, iremos a preguntarle a mi madre —opinó Helmut y le dio a Erich un empujoncito para animarle.

Entraron en una gran habitación rectangular cuyos ventanales daban a la Plaza Colegial. A través del suave brillo de la tela de las cortinas se podía distinguir el contorno de la iglesia, que vista desde allí resultaba extrañamente desconocida y lejana. Erich no solía ir a casa de su amigo, ya que los Noli y los Levi se movían en círculos sociales distintos. Pero le encantaba aquel ambiente; siempre le había impresionado aquella fría distinción. Así es como quería que fuera su casa el día de mañana, una casa en la que predominaban el conocimiento y la cultura, como ocurría entre los Noli. Admiraba los muebles de cerezo y los silloneros con las patas retorcidas, las sillas del comedor con los altos respaldos delicadamente calados y los múltiples objetos que había sobre las cómodas repartidas a lo largo de las paredes: candelabros, marcos de fotos de plata desde los cuales sonreían rígidamente los ancestros y familiares de Helmut, floreros pintados de colores, cantidad de objetos que él siempre miraba con respetuosa timidez. Kurt no compartía sus gustos. Solía decir que en esa casa siempre tenía miedo de moverse, no fuera a romper algo; «es como estar en un museo», comentaba siempre.

La señora Noli, una mujer delgada, de labios finos y cabello escrupulosamente bien ondulado, le saludó con amabilidad pero distante. No le gustaba que Helmut trajera a sus amigos a casa y perturbara «la paz de su hogar», como solía decir; ésa era también una de las razones por las que los chicos rara vez venían. Erich se preguntaba a menudo con qué se entretendría aquella mujer. Al fin y al cabo tenía varios criados y Helmut era hijo único, pero prefería no preguntarle a su amigo al respecto. Al ruego de Helmut, ella decidió con suave voz, que inmediatamente adquirió un tono algo nervioso, que el padre seguramente no tendría nada en contra de que usaran la biblioteca.

—Pero no arméis jaleo y no revolváis nada.

—Prometido —contestó Helmut e hizo grandes muecas mientras tiraba de su amigo para salir del salón.

Erich había visto la biblioteca sólo una vez cuando, durante una de sus visitas, el padre de Helmut les enseñó la edición de un libro especialmente valiosa, de cuyo título ya no se acordaba. El señor Noli había adquirido el libro en una subasta y estaba muy orgulloso de ello, pero a Helmut y a él su discurso sólo les había aburrido. Al igual

que entonces, también en esta ocasión deslizó su mirada por las estanterías que subían hasta el techo. Helmut agarró la escalera de madera y subió con cuidado en una de las esquinas.

—Vamos a ver. ¡Mi padre y su orden! Deberíamos poder encontrar algo enseguida... ¿Qué es lo que quieres exactamente?

Erich se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Comentarios sobre el *Cantar de los Nibelungos* o algo así.

Helmut desplazó un poco la escalera.

—Elegiremos uno sobre historia de la literatura. Ahí, seguro que sale. ¡Mira, aquí tenemos algo! —volvió a bajar con dos voluminosos libros con aspecto respetable por lo antiguos que eran, y cuyos lomos de piel estaban bastante desgastados por el uso.

Erich leyó en voz alta y con cierta dificultad los títulos:

—Willmar: *Historia de la literatura nacional alemana*. Von der Hagen: *Prólogo a la edición de los Nibelungos*. Esto suena realmente bien. Gracias, Helmut.

Guardó los libros cuidadosamente en su cartera, prometió una vez más cuidar muy bien de ellos, y se despidió rápidamente de su amigo, que se había quedado en lo alto de la escalera para despedirle con la mano. Contento recorrió el corto trayecto hasta la casa de sus padres. Estaba claro que a Helmut le había parecido raro su comportamiento. Le había mirado varias veces de reojo y parecían rondarle la cabeza muchas preguntas, pero no las había hecho y Erich se lo agradeció.

Engulló la comida, mientras apreció que Fanny tenía los ojos extrañamente hinchados y parecía poco comunicativa. A las preguntas de Max apenas reaccionó y se alegró mucho cuando su hermano le comunicó que iba a pasar la tarde con su amigo Willi. Willi también había recibido hacía poco una bicicleta nueva y la señora Levi temía que en esta ocasión los dos amigos fueran a organizar una peligrosa carrera por la vieja cuesta en la que vivía Willi, lo que Max negó enérgicamente. De ese modo Erich tuvo la habitación para sí toda la tarde y se zambulló en los dos libros, en los que en efecto había largos comentarios sobre el *Cantar de los Nibelungos*. Sí, se iba a enterar ese Gremm. Él, aunque fuera judío, sabía algo sobre la cultura alemana. Gremm se quedaría boquiabierto. Ya se lo imaginaba, apoyado de forma chulesca en su mesa, sosteniendo el cuaderno abierto en sus manos. «Levi, me has sorprendido», diría, y luego él, Erich Levi, tendría que leer su redacción y los demás también quedarían boquiabiertos e incluso Kampmann tendría que cerrar el pico. Lo vio todo con claridad mientras estudiaba concienzudamente. Muchas cosas no las entendía, pero se dio cuenta enseguida de que también allí aparecían los conceptos que empleaba Gremm. Copió algunos pasajes y los memorice: «fidelidad..., amistad hasta la muerte...,

sacrificio..., sentido heroico..., orgullo de su patria y su pueblo»... Leyó, escribió, y tras eso, había elaborado algo así como un boceto de una redacción.

Sonaba retórico, pero sonaba a Gremm, pensó satisfecho, y se trataba de libros antiguos, escritos seguramente por expertos, en cuyo caso Gremm aún podría decir menos en su contra. Guardó el folio con la redacción definitiva cuidadosamente en el rincón más profundo del cajón de su escritorio, y durante los siguientes días fue memorizando aquellas frases con esmero. Aguardaba el día de la redacción con impaciencia.

El viernes por la mañana, Gremm entró con una pila de cuadernos bajo el brazo en el aula y comenzó a escribir en la pizarra con letras artísticamente entrelazadas el tema de la redacción. Erich daba saltos de alegría en su interior, una palabra le había saltado enseguida a la vista: «la fidelidad en *Los Nibelungos*», exactamente lo que había imaginado. Gremm quería saber lo que significaba ese concepto, teniendo en cuenta los personajes y el argumento. Veintidós cabezas se inclinaron sobre los cuadernos, hubo suspiros disgustados y murmullos silenciosos, que Gremm acalló de inmediato.

Disimuladamente, Erich miró a su alrededor. El pequeño Lutz se rascaba la oreja con el mango de su pluma, Kurt pintaba círculos y Erwin, indeciso, comenzaba a morderse las uñas. Se hizo el silencio y ya sólo se escuchaba el roce de las plumas sobre el papel. Erich inclinó la cabeza sobre el cuaderno y comenzó a escribir, al principio todavía titubeante, las frases memorizadas. Gremm, que se paseaba por la clase, se detuvo de repente a su lado apoyándose contra el banco con los brazos y piernas cruzados. A Erich le pareció que su mirada se incrustaba en su nuca y sintió cómo el calor se apoderaba de su cuerpo. Gotas de sudor le empezaron a caer por la espalda y se inclinó aún más sobre su cuaderno, para proteger lo escrito de aquella mirada. De repente, una mano apartó su izquierda, estratégicamente colocada sobre el cuaderno, con suave presión. Gremm se inclinó sobre él y leyó con el ceño fruncido. El chico levantó la mirada hacia su profesor. Gremm encogió los labios hacia dentro, tan sólo por un instante, y luego movió las comisuras de la boca de forma apenas visible hacia fuera, formando una leve y fea sonrisa. De pronto soltó a Erich y se frotó las manos como si con el contacto se las hubiera manchado. Luego volvió a dirigirse hacia su mesa y se sentó. Erich siguió escribiendo sin parar, le seguía cayendo el sudor por el cuello, pero conforme iba escribiendo se fue tranquilizando. En su cabeza golpeaba una y otra vez: «Te lo demostraré, ya lo verás, te vas a enterar»...

Cuando terminó de escribir la última frase, cerró el cuaderno sin más, sin volver a leer la redacción, como si temiera a las palabras que

había plasmado con tanto ímpetu sobre el papel. Fue el primero en entregar su trabajo. Dubitativo avanzó hacia la mesa, depositó su cuaderno cuidadosamente sobre la esquina del margen derecho de la mesa y elevó su mirada tímidamente hacia Gremm. Éste, sin embargo no le miró, sino que asintió de forma apenas visible con la barbilla dándole a entender que podía irse.

En el exterior, el chico se sentó sobre los escalones del portal principal e inspiró profundamente. Unos pocos peatones cruzaban la Plaza Colegial, era casi mediodía y el sol se posaba ya en lo alto de las verdes y doradas coronas de los castaños. En el lado más recóndito de la plaza, frente al Colegio Mayor, se apretujaban en una esquina algunos alumnos fumando furtivamente e intercambiándose fotos que observaban sonriendo con picardía. A la derecha de Erich asomaba el tejado de la casa de sus padres alzándose de color grisáceo hacia el cielo azul del mediodía. De la chimenea emanaban nubes de humo. Fanny estaba preparando la comida. Dentro de poco aparecería en el cuadrilátero del sector de la calle situado a su derecha la figura del padre viniendo de las cuadras. De mediana estatura y delgado, como siempre impecablemente vestido, Julius Levi levantaría de vez en cuando su sombrero saludando amablemente y los paseantes que se cruzaran con él asentirían disimuladamente o retirarían su mirada contrariados o incluso se cruzarían de acera. Eran cada vez menos los que saludaban a los Levi.

Erwin, susurrando durante una de las últimas clases, también le había contado lo mucho que había llorado su madre, porque su mejor amiga le había pedido que no le volviera a hablar abiertamente en la calle. Erich podía imaginárselo muy bien. Y allí, más abajo, no claramente visible desde su posición, colgaba esa caja malvada que él se prohibía mirar, pero que los demás sí contemplaban.

A Kübler, un chico flacucho que a veces tartamudeaba un poco y les había acompañado de vez en cuando en sus juegos, le habían amonestado en la última clase de matemáticas. Bónninger le había dicho que haría mejor en atender las explicaciones en la pizarra y le había quitado el cuaderno en el que hacía sus dibujos. Pero sin hacer más comentarios, finalmente se lo había devuelto después de mostrárselo durante el tiempo suficiente a la clase. Muchos se habían reído disimuladamente, otros habían bajado afectados la mirada hacia su pupitre. El dibujo mostraba, reconocible aunque de una forma un poco torpe, a un hombre barrigudo sentado con las piernas abiertas sobre una bola y sosteniendo en sus manos un saco lleno de dinero. La nariz era aguileña y grotesca y los párpados colgaban pesados sobre los ojos, si bien lo más inequívoco era la estrella de David que pendía sobre su cabeza. Igual que en la caja, había pensado Erich, apretando los puños indignado al ver que Bónninger no dijo una sola palabra

más al respecto. Ése también era uno de los que sabían por dónde iban los tiros, le había dicho Helmut de forma irónica.

«Ahora se van a enterar todos», pensó Erich, impaciente por ver lo que diría Gremm.

Durante los siguientes días esperó la devolución de las redacciones, algún comentario de Gremm, algún indicio, cualquier signo, pero Gremm mantuvo su gélida amabilidad, tan hiriente, y siguió ignorando los intentos de Erich por participar en clase. El día después del examen devolvió los libros y el padre de Helmut se los recogió en persona.

—Helmut está en este momento en casa de su abuela —le dijo el señor Noli—. Pero entra, eso no quita para que podamos tener una charla de hombre a hombre —condujo a Erich al salón, donde le cogió los libros—. Ya he oído hablar de tu interés por la literatura alemana. ¡Qué leas voluntariamente a estos carcamales..., mis respetos, hijo!

Erich se sintió avergonzado. Si el señor Noli supiera el verdadero motivo... Luego comenzó a contarle algunas anécdotas de su propia época escolar y Erich se reía con él. Pero después de un rato se enzarzaron en una conversación sobre sus libros preferidos y el señor Noli le contó a Erich que las viejas leyendas, a su edad, la edad de Erich, también habían ejercido sobre él una influencia especial. Las orejas de Erich se pusieron al rojo vivo y habló como un vendaval y con entusiasmo sobre las historias antiguas de héroes; el señor Noli le escuchaba atentamente. Cuando el muchacho insinuó con cautela el motivo por el que había discutido con Gremm, el señor Noli se levantó de repente de un brinco y caminó hacia la cómoda para encender un cigarrillo. Erich pareció distinguir una abultada vena de ira en su sien.

—Helmut me contó la disputa. Aunque en realidad no pueda hablarse de una disputa. Hijo, escúchame bien, tienes toda la razón. No dejes que esas charlatanerías sobre la raza, la valentía heroica y la vieja Germania te desvíen de ello. En las grandes obras está todo, amor y traición, valentía y muerte, todo lo que pertenece a la vida humana. Y por supuesto que hay alternativas al asesinato, siempre las hay. Eso precisamente es lo que muestra el poeta, lo que ocurre cuando uno se deja llevar por el mal, la avaricia y la envidia, y cuando uno no tiene la valentía de dar marcha atrás y perdonar... No te dejes engañar por esas mezquindades —dijo dando un golpe seco con la mano abierta sobre la pila de libros que había colocado delante de sí sobre una mesita auxiliar, levantando con ello pequeñas nubes de polvo—, ...esas mezquindades, te lo digo yo, que les están inculcando a los chicos. Déjame que te diga a ti lo que también le digo siempre a Helmut: me importan un rábano un honor y una lealtad que consisten en matar a otros o en dejar que me maten a mí. ¡Debéis vivir, y lo debéis hacer honradamente, y eso significa en primer lugar respetar a

los conciudadanos y aceptarlos!

El corazón de Erich se sintió aliviado. Mientras existieran personas como el abogado Noli, no había de qué preocuparse. Si hubiera más personas que pensaran como él... Además, le había dado la razón, a él, Erich Levi. Pero de camino a casa su corazón volvió a sentirse apesadumbrado. ¡A fin de cuentas, en su ciega exaltación había traicionado su opinión! ¿No había elaborado él mismo también una de esas teorías mezquinas? Y aún peor, ¿no había copiado y engañado, haciendo suyas las ideas de otros en las que ni siquiera creía, sólo para impresionar a Gremm? ¿Qué es lo que quería demostrar con ello? ¿Que él, el chico judío, también podía sentir, pensar, escribir con igual falsedad e igual embuste? Al subir los ruidosos escalones a la vivienda familiar, se sintió como un traidor, que en realidad aún no sabía exactamente sobre quién había cometido la traición.

Al día siguiente finalmente llegó la catástrofe. A última hora tenían Lengua y el pequeño Lutz, que estaba de centinela en la puerta, alarmó a la clase a voz en grito: «¡Que viene Gremm! ¡Y trae los cuadernos!» Al entrar Gremm por la puerta, los chicos se quedaron expectantes, de pie, al lado de sus pupitres. Por un momento su mirada barrió la clase y se detuvo por décimas de segundo en Erich, luego alzó el brazo extendido para saludar y dijo escuetamente:

—¡Heil Hitler! Sentaos.

Colocó la pila de cuadernos cuidadosamente sobre la mesa, luego cogió un cuaderno detrás de otro para entregárselo con un corto comentario al alumno correspondiente. Kurt había recibido un «aprobado» rapado, aunque Gremm le imputó pura vagancia; otros cuantos también ponían caras largas. Incluso Kampmann no había acabado demasiado bien, lo que sorprendió a la mayoría, ya que se había volcado especialmente en este tema. Pero aún más extraño fue que el penúltimo cuaderno se lo entregara a Helmut con el escueto comentario: «El mejor trabajo. Bien hecho, Noli. Escrito con fluidez y argumento lógico. Aunque yo no esté de acuerdo con todo lo que has escrito, siempre valoro positivamente el pensamiento propio». La clase empezó a cuchichear y muchos se sorprendieron. Porque aunque Helmut siempre estaba entre los mejores, todos sabían que no se llevaba demasiado bien con Gremm. Miradas de reconocimiento se deslizaban hasta él, miradas que Helmut no parecía apreciar, porque guardó el cuaderno en su cartera con toda naturalidad.

Entre tanto el corazón de Erich golpeaba cada vez más rápido. Sólo quedaba un único cuaderno sobre la mesa, el suyo. El mejor trabajo no podía ser, porque ése lo había escrito Helmut, pero seguro que no era casualidad que precisamente fueran sus dos cuadernos los últimos en repartir.

—¡Y ahora tú, Levi! —con la punta de dos dedos Gremm cogió el cuaderno y se acercó a Erich.

De repente, en la clase no se escuchaba una mosca. Todos miraban hacia la primera fila aguantando la respiración. Gremm sostenía el cuaderno por una esquina entre su pulgar y el dedo índice como si se tratara de algo que no debía tocarse.

—Tenía intención de leer algunos de los párrafos de esta chapuza para que la clase pudiera juzgar por sí misma sobre lo que has escrito aquí. Pero por respeto a cada uno de vosotros no lo haré —y soltó el cuaderno que aterrizó medio abierto, con las hojas dobladas sobre su pupitre—. El señor Levi, aquí presente, ha copiado párrafos enteros de libros que al parecer no me creía capaz de conocer. ¡Se equivocó! Y lo ha parcheado todo de forma patética. Amigo mío, hoy has confirmado con creces la opinión sobre tu raza. Incapaces de crear algo propio, mentís y engañáis. Por decirlo de alguna manera, habéis hecho de la explotación y el abuso vuestra segunda característica. Pero gracias a Dios, eso ahora se ha acabado. Levi, para ti, la peor nota, que para ti aún es demasiado buena.

El chico escuchó las palabras como si estuviera sedado, no entendía nada, pero sí entendió lo esencial. Gremm había descubierto el engaño, porque realmente eso es lo que era. Y volvía a hablar de su «raza» diciendo cosas horribles sobre ella. Timadores, mentirosos, explotadores. Una y otra vez tronaban esas palabras en su cabeza.

El resto de la hora se la pasó en trance. Notó que Erwin se había apartado un poco de él, escuchaba sucesivos murmullos y de repente una bola de papel le alcanzó en la nuca, y luego otra y otra. A pesar de ello mantenía la cabeza firme sobre su libro, sin atreverse a levantar la mirada, sin apenas atreverse a respirar. Gremm continuó con su exposición como si no se diera cuenta del torpedeo de papel. Por fin sonó el timbre salvador, un tono metálico y agudo que traspasó su cuerpo como un cuchillo. Ya sólo queda recorrer el interminable trayecto desde el aula a través del pasillo hacia la salida, luego cruzar la plaza en diagonal y a casa, al cobijo del oscuro y protector rellano de la escalera, al frescor y el silencio, donde la pesada puerta de entrada detenía todo lo que venía de fuera.

Lentamente fue recogiendo su cartera; aparte de él ya sólo quedaban unos pocos chicos en el aula, mirándole tímidamente de reojo, luego salieron corriendo. Erwin ya se había escabullido por la puerta y Kurt había sido uno de los primeros en salir corriendo de la clase. Pero lo peor fue ¡qué Helmut no le había esperado!

La palabra mala

CON LAS piernas pesadas, se desplazó escaleras abajo hacia la gran puerta, y ahí estaban, al final de la escalinata, alineados en dos filas, abiertos de piernas, las manos en jarras o metidas en los bolsillos. Habían amontonado las carteras desordenadamente entre la escalera y la fachada del Colegio Mayor. Kampmann y Heidt, Müller el gordo y Kühnle, forzudo y con las piernas torcidas, Schluffi y Gabler, antiguos amigos de la escuela primaria, incluso el pequeño Lutz estaba allí, aunque algo escondido en la segunda fila. Otros de la clase merodeaban indecisos a izquierda y derecha de la escalinata.

Erich bajó lentamente los pocos escalones. A lo lejos se escuchaba el ruido de los mercaderes desmontando sus puestos y acercando sus carros. De repente el chico se acordó de que ese día su padre también estaba en el mercado y asomaría en cualquier momento tras la esquina. Ese pensamiento le alentó a seguir adelante. En el penúltimo escalón se detuvo durante un instante, inspiró profundamente e intentó escabullirse de Kampmann, que estaba delante del todo, pero éste dio un paso a la izquierda y le cerró el camino. Luego levantó de repente la mano derecha y pegó a Erich con todas sus fuerzas en la cara. Curiosamente no sintió el golpe en un primer instante, sino únicamente algo cálido cayéndole por encima de la boca. Levantó el brazo para limpiárselo y observó sorprendido que la manga de su chaqueta de repente se había teñido de rojo. Kampmann se apartó dando un paso a un lado, dejando vía libre a Heidt que le golpeó con todas sus fuerzas en el estómago. Erich se tambaleó hacia delante, con las manos agarrándose el vientre. Luego otro le dio una patada en la espinilla y de repente alguien rompió el silencio que había pesado sobre todo aquello como una losa y dijo alto y claro: «Cerdo judío». Después lo pronunció otro, y otro, y de repente se convirtió en un coro en toda regla, y Erich echó a correr, todavía curvado y sangrando, sujetándose el estómago y nauseabundo intentando respirar.

—Cerdo judío, cerdo judío —tronaba en sus oídos, y algunos paseantes se detenían moviendo la cabeza, otros se reían.

Desde el edificio de la carnicería del Kreuz salió la señora Bieg corriendo y exclamando asustada:

—Erich, por todos los santos, ¿qué te ha pasado?

Pero Erich no reparó en ella, siguió corriendo hasta llegar por fin a la pesada puerta de hierro que daba a la parte trasera de su casa y la abrió haciendo un último esfuerzo. Una vez en la vivienda, le dio tiempo justo para llegar al cuarto de baño y allí vomitó.

Sintió que le ponían algo fresco en la nuca, con mucho cuidado

alguien le limpió la cara con una manopla y le condujo, tirando suavemente de él, hasta su habitación, donde le llevaron con cuidado hasta su cama. Después de un rato abrió los hinchados párpados y vio a Fanny y a su madre al lado de su cama.

—Erich, no hables —dijo la madre poniéndole el dedo índice sobre los labios—. Primero descansa. ¿Te duele mucho?

Fue entonces cuando el chico fue consciente del endiablado escozor sobre la mejilla y la boca, así como la fuerte presión en su vientre. También le dolían las piernas. Fanny le colocó con cuidado un paño frío sobre el lado hinchado de su cara. Él asintió agradecido y dijo como pudo:

—Bueno, un poco.

Una y otra vez, la madre le cambiaba los paños y después de un rato los dolores desaparecieron. Fanny le había traído un vaso de zumo, sirope de frambuesa rebajado con agua fría, que sólo bebían en ocasiones especiales. Poco después llegó también el padre a casa. Estaba muy nervioso, Erich lo notó por la forma en que abrió la puerta de su habitación. Al principio Julius miró a su hijo en silencio, luego preguntó visiblemente alterado:

—¿Qué ha pasado?

Erich se incorporó un poco, y el paño se deslizó a su almohada.

—No es para tanto. Sólo me he peleado.

—Marta me ha dicho que te han dado una paliza entre varios.

Marta era la señora Bieg, la tabernera del Kreuz, que había intentado parar a Erich.

—Pues no lo habrá visto bien.

—Al parecer también gritaban algo. Un insulto —Julius miró a su hijo a la cara de forma inquisidora.

Erich agachó la cabeza.

—Eso es cierto. Una... palabra bastante fea.

—Erich, ¿qué te han gritado? —la pregunta la había hecho Max.

Julius y Erich se giraron. Max había entrado sin que nadie se hubiera dado cuenta y estaba en el umbral de la puerta, mirando al hermano con los ojos muy abiertos.

—Márchate, enano. Esto no es asunto tuyo —dijo Erich.

—Pero quiero saberlo.

Durante un momento se hizo el silencio, luego Julius Levi dijo en voz baja:

—Max, le han gritado «Cerdo judío». Tenemos que contarte esto, porque algún día también podrías oírlo tú.

—Yo ya lo conozco —Max se había acercado y se abrazaba al cabecero de la cama—. Ésa es la palabra mala que me dijeron a mí cuando aún estaba en Primaria. Sólo que yo no quise decíroslo.

Julius cogió a su hijo pequeño en brazos y se sentó con él en el

borde de la cama.

—La gente que dice esas cosas es simplemente tonta, Max, no lo olvides. Son tontos y simples.

—¿Y también malos? De algunos de ellos nunca lo habría imaginado.

Julius Levi titubeó.

—Algunos también son malos. Pero la mayoría son simplemente tontos. Y ahora, Erich, cuéntanos lo que ha pasado, porque a ti te han dado una paliza en toda regla.

Erich volvió a recostarse y se apretó el paño frío sobre la cara para ganar tiempo. Estaba pillado. Por nada en el mundo quería contarle al padre la historia de la redacción. Pero entonces, ¿cómo le iba a explicar lo del ataque del grupo de Kampmann? Por ello dijo, intentando utilizar un tono sereno:

—Papá, de verdad, que no ha sido para tanto. Sólo ha sido una pelea y yo he salido perdiendo. No lo conviertas en una tragedia. Y referente a la palabra..., creo, que tienes razón, ésos ni siquiera saben lo que gritan. Tal como has dicho, algunos son simplemente tontos.

Julius Levi no parecía convencido. Dubitativo se quedó un momento sentado junto a Erich, luego cogió a Max de la mano y dijo:

—Ven, Max, vamos a dejar a tu hermano en paz. Erich, luego, intenta comer algo.

La comida transcurrió en un ambiente tenso, aunque Julius intentó suavizarlo haciendo un par de chistes. Comparó a Erich con Max Schmeling, el famoso boxeador, y especuló acerca de sus éxitos con las mujeres con esas lesiones, de lo que la familia finalmente tuvo que reírse, aunque fuera más bien por cortesía hacia el padre. Erich presentía el fino hielo sobre el que se movían. El padre no le creía, eso lo sabía, y también la madre parecía intuir que había algo más de lo que él quería admitir. Tras la comida se retiró a su habitación, agradecido porque su familia le dejaba en paz. Se sentó a la gran mesa en la que Max y él hacían los deberes e intentó concentrarse en un problema de matemáticas, pero no lo consiguió. Inquieto, como un animal enjaulado, anduvo de un lado a otro de la habitación. Una y otra vez se quedaba mirando fijamente abajo, a la animada Hindenburgstrasse. Allí abajo se desarrollaba la vida cotidiana tal como él la conocía: los coches pasaban tocando la bocina *a* los viandantes que invadían la calzada, mujeres apresuradas con las cestas de la compra, reconoció a alumnos del Colegio Mayor volviendo en pequeños grupos de las clases de la tarde, y en la librería de enfrente la aprendiza colocaba un cartel con el que seguramente se invitaba a alguno de los muchos pregones que últimamente se celebraban.

En el siglo pasado, esa casa también perteneció en su día a un judío, su padre se lo había contado. El tal Isaac Hess había sido un

hombre distinguido y respetado. Al principio, cuando se mudó de Lauchheim aquí, los ciudadanos de Ellwangen no le querían, pero más tarde fue recibido incluso por el rey de Württemberg por haberse implicado tanto a favor de los judíos pobres de Württemberg. En algún momento los ciudadanos de Ellwangen finalmente acabaron por aceptarle y la familia pasó a formar parte de ellos de un modo natural. El padre también le contó que ahora sus descendientes vivían todos en ciudades más grandes, pero que allá arriba en el cementerio aún descansaba uno de los hijos de Isaac Hess. Erich había pasado a menudo por delante de su tumba, cuando visitaban a su abuelo Elias. ¿Cómo le habrá ido aquí a ese Moritz Hess o a sus hermanos? ¿De verdad estuvieron integrados en esta sociedad o también ellos sufrieron comentarios despectivos, desplantes o incluso cosas peores? En mitad de sus pensamientos, Fanny abrió la puerta sin llamar previamente y dijo:

—¡Ha venido Helmut! —Erich se giró abruptamente con el corazón acelerado y vio al amigo en el umbral de la puerta.

Helmut se acercó.

—Vaya, tienes un aspecto estupendo. Pues sí que te han dejado fino.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha contado Kati. Ha ido a comprar al Kreuz. La buena de Marta Bieg estaba muy afectada. Tantos contra uno, eso sí que es una guarrada.

Durante un momento los dos se quedaron callados. Helmut amasaba la gorra que se había quitado al entrar, y Erich, que seguía de pie junto a la ventana, miraba al suelo. Pero entonces soltó la pregunta que le preocupaba más que la pelea delante del colegio.

—¿Por qué no me has esperado?

Helmut le miró, le mantuvo la mirada y luego dijo con firmeza:

—Porque estaba furioso. ¡De verdad, estaba realmente furioso contigo!

—¿Por haber copiado de vuestros libros?

Helmut asintió.

—Exacto. Al fin de cuentas también nos has traicionado a nosotros, a mi padre y a mí. Pero lo que más rabia me da es que tú mismo te has puesto fuera de juego. A Gremm y a Kampmann no les habría podido pasar nada mejor. Claro que es muy fuerte que te hayan dado una paliza, pero... —Helmut no acabó la frase, quedó colgada en el aire haciendo eco y parecía aumentar la distancia entre los dos chicos.

Erich acabó la frase para sí mismo:

—...Pero yo mismo me lo he buscado —y eso dolía mucho más que el ardor de su mejilla o los dolores de su estómago, la

incomprensión de su amigo, sí, tal vez incluso su desprecio.

También Helmut parecía sentir la tensión que se había creado entre ellos, porque de pronto se acercó a él y le preguntó casi suplicando:

—¿Por qué has hecho eso? Por favor, Erich, explícamelo. Yo te conozco. Tú no eres uno de esos trepas, ni nada por el estilo. Sólo quiero entenderlo.

Erich se encogió de hombros. ¿Cómo iba a explicarle algo que ni él mismo entendía realmente? ¿Cómo le iba a hablar de las experiencias de dolor que su amigo desconocía por completo y que siempre le serían ajenas? ¿Cómo iba a expresarle su deseo de volver a sentirse querido y respetado? ¿Y cómo le iba a hablar de la vergüenza que ahora formaba parte de su vida, y del miedo a que algo les ocurriera y sobre lo que ya no tenían influencia alguna? Simplemente se encogió de hombros y dijo como si nada:

—Yo tampoco lo sé muy bien. Pero tampoco es para tanto. Otros también copian.

Helmut parecía decepcionado.

—Sí, nos copiamos unos a otros. Eso es compañerismo. Pero en tu caso es diferente. Tú te lo has preparado de antemano. Desde mi punto de vista eso es un engaño, incluso hacia los demás. Si Gremm no se hubiera dado cuenta y te hubiera puesto una buena nota, en fin..., a mí no me habría parecido justo.

Erich miró fijamente a su amigo sin podérselo creer.

—Dudo que alguna vez pueda obtener de Gremm una buena nota, ¡no, más bien estoy completamente seguro de que no! Ya has oído lo que ha dicho.

—Pero yo también he recibido un «sobresaliente», a pesar de que no le he puesto ninguna de esas parrafadas suyas.

—¡Sí, claro, tú!

—Erich, aun así no estuvo bien. ¡Precisamente tú tienes que tener más cuidado!

A Erich le entró de repente mucho calor y sintió cómo le subía la ira, una ira incontrolada.

—¿Qué significa que precisamente yo tengo que tener más cuidado? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Tengo que ser especialmente bueno y sumiso, sólo porque soy judío? Sobre todo no llamar la atención, ¿es eso lo que quieres decir? Siempre callar y agacharse, ¿es eso, no?

—¡Erich, estás loco! Yo no me refería a eso,

—¿Entonces, a qué te referías?

Helmut titubeó.

—Pues a que tengas cuidado, porque Gremm la ha tomado contigo, eso es lo que quería decir.

—¿Y por qué la ha tomado conmigo? Porque soy judío. Y encima tú le defiendes, a él y a los demás. Y una cosa te voy a decir: a ti te ha comprado hoy con su buena nota. Me rio yo de lo de «aceptar otras opiniones». ¡Lo que pasa es que no te enteras de nada!

—¡Qué tontería! —Helmut se puso su gorra con mucho Ímpetu—. Hoy no hay quien hable contigo. Por lo menos di que lo sientes.

—Pero es que no lo siento en absoluto. ¡Tal vez simplemente yo sea así!

Sorprendido, Helmut se le quedó mirando.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tal vez realmente sea un estafador. Ya oíste a Gremm, lo tenemos en la sangre. ¿Lo has pensado alguna vez?

Por un momento Helmut se quedó petrificado, luego se dio media vuelta y salió de la habitación dando un fuerte portazo tras de sí.

Poco después asomó Fanny la cabeza por la puerta y preguntó:

—¿Pero qué le pasa hoy al joven Noli? ¿Si normalmente es la amabilidad personificada? Y ahora va y sale corriendo de la casa sin saludar siquiera. ¿Habéis discutido?

Erich no contestó enseguida. Miraba fijamente afuera, a la calle en la que poco después apareció Helmut. Con las manos metidas en los bolsillos iba prácticamente corriendo en dirección al centro de la ciudad. Sólo cuando Fanny se acercó, le dijo por encima del hombro:

—No pasa nada. Simplemente que, tal vez, ya no se sienta a gusto entre nosotros.

Fanny se quedó completamente atónita.

—¿Y eso qué significa? Si es tu mejor amigo. ¿Pero qué está pasando hoy?

En vez de contestar, Erich le preguntó:

—Fanny, tú que llevas ya tanto tiempo con nosotros, ¿qué opinas de nosotros?

—¿Pero qué clase de pregunta es ésa? Vosotros sois prácticamente mi familia.

—¿Y si nos comparases con las familias cristianas que conoces?

—Mira, Erich Levi, te juro que en toda mi vida no he conocido mejores personas que tu madre y tu padre. Y ya no hablemos de ti y de Max, aunque a veces sois unos verdaderos granujas...

Sorprendido, Erich notó que Fanny había empezado a llorar. Sus últimas palabras se habían entrecortado una y otra vez por sus sollozos. Se sentó en el borde de la cama y se sonó en su delantal. Cuidadoso, Erich se sentó a su lado y le echó el brazo por los hombros.

—Venga, Fanny, Fanny no llores. Te prometo que dejaré inmediatamente de hacerte preguntas tontas.

—No tiene nada que ver con eso —Fanny sollozaba cada vez más fuerte—. En realidad no debería decírtelo. Vuestros padres no quieren

decíroslo hasta poco antes.

—¿Pero el qué, Fanny? —ella se sonó la nariz con fuerza y con un soplido se apartó un rizo rubio de la frente.

Luego le cogió la mano a Erich y la apretó con fuerza.

—Erich, para el próximo día uno tengo que marcharme. Tus padres no pueden seguir pagándome. Seguro que no les ha sido fácil. Tu madre y yo hemos llorado mucho últimamente. Pero parece ser que no se puede. Incluso les he ofrecido trabajar por menos sueldo. Claro que algo tengo que ganar, porque de mis padres no recibo nada. Además, tu madre dice que eso no lo puede consentir. A Peter le tienen que seguir pagando porque tu padre le necesita para el negocio, así que tengo que irme yo.

Erich la escuchaba sin poder dar crédito. Miraba fijamente el dibujo de la alfombra y se sentía como si estuviera sumido en una pesadilla. Fanny debió de sentir lo que le estaba pasando, porque de repente dijo en un tono marcadamente alegre:

—¡Pero en cuanto los negocios vuelvan a ir mejor puedo volver! Eso me lo ha prometido tu madre firmemente.

Erich apretó su cabeza contra su hombro y susurró:

—¿Pero qué vas a hacer ahora?

—Ya he encontrado un nuevo puesto. Tu madre me lo ha conseguido. En Stuttgart, en casa de los Wolf.

Erich asintió. Conocía a la familia Wolf. El señor Wolf era tratante de aves y mantenía una relación de negocios con el padre. También habían estado un par de veces aquí de visita. Eran gente agradable, a pesar de que las tres hijas, que siempre estaban riéndose como bobas, le habían crispado bastante los nervios. Qué extraño que al parecer los negocios del señor Wolf aún seguían funcionando bien. Pero se alegró por Fanny, porque eran realmente buena gente y así se lo dijo a ella.

Ella asintió.

Ya. pero a mis Levi no les llega nadie ni a la suela de lo» zapatos. Escucha, a veces estaré los fines de semana arriba en Neunheim, en casa de mis padres, y entonces vendré a visitaros.

—¿Lo prometes?

—¡Claro que te lo prometo!

—Y a mí *bar mitzvá* vendrás en cualquier caso, ¿verdad?

—Palabra de honor, Erich. Y en Stuttgart me compraré para la ocasión el vestido más bonito, ¡sólo en tu honor!

Durante un rato, ambos siguieron sus propios pensamientos. Erich la veía entrando por la puerta, en el pasado, cuando llegó a su casa, con su caja de cartón en la mano, el cabello pulcramente peinado y con una sonrisa deslumbrante. El padre les había contado que se llamaba Francisca Werner. «Pero vosotros podéis llamarme Fanny», había añadido ella. Los chicos habían estado impacientes por conocer

a la nueva asistenta de la que les había hablado el padre. La había contratado de inmediato, tras cerrar con su padre un trato de ganado.

—La casa estaba tan limpia, que se podía haber comido del suelo —había contado, y el viejo Wemer le había dicho muy orgulloso que eso se lo debía a su Fanny, que era una muchacha muy trabajadora y que estaba buscando un puesto en una familia en la que aprender cómo llevar una casa distinguida.

Así fue fácil ponerse de acuerdo, ya que los Levi llevaban algún tiempo buscando una nueva chica, después de que Anita, la última ahijada de la casa, se casara y se mudara a Bavaria. Que le encantaría irse con la señora Levi—dijo, porque de ella sólo se escuchaban cosas buenas, y así fue cómo Fanny se mudó a la casa de los Levi y se hizo con los corazones de los chicos en un abrir y cerrar de ojos.

A pesar de su pena, Erich tuvo que sonreír al recordar cómo Max se colgaba de su espalda mientras ella fregaba el suelo de rodillas, o en cómo discutían los dos hermanos por quién podría casarse el día de mañana con ella. Ella había sido la consejera de sus grandes y pequeñas preocupaciones y también había sido su aliada, cuando alguna vez se había roto un plato, traían algún descosido en el pantalón para zurcir o si por la noche aún querían comer alguna golosina a escondidas. Una vida sin Fanny, su alegre y radiante Fanny, ¡era impensable!

De buena gana habría llorado con ella, pero no se lo podía permitir; en vez de eso, La abrazó con más fuerza. Ella, después de un rato, se levantó decidida, y dijo alegremente:

—Bueno, ya se ha llorado bastante, ahora tengo que preparar la cena. Pronto volverá tu padre de Lauchheim y algo tendremos que comer. Además, las lamentaciones no nos van a servir de mucho —le pasó cariñosamente la mano por el pelo como siempre hacía, y Erich tuvo que apretar los dientes con fuerza al pensar cuánto iba a echar de menos esos gestos.

Al cabo de un rato fue a ver a su madre al salón, donde Melanie Levi estaba sentada frente al piano en el que acababa de tocar algunos compases. Últimamente, la madre no había utilizado mucho su querido instrumento, de eso se dio cuenta Erich ahora, por eso dijo en voz baja:

—Madre, tranquila, continúa tocando un poco. Me encantará escucharte.

La madre sonrió y movió la cabeza.

—¡Con Wagner salís siempre todos corriendo! Y yo no quiero hacerte esto precisamente hoy.

Erich también tuvo que sonreír. En realidad, ese tipo de música no le decía nada en absoluto. Pero luego se acordó nuevamente de la conversación con Fanny y lo comentó con su madre.

—Así que ya te lo ha contado... Nosotros queríamos evitar, en lo posible, que os preocuparais y os lo íbamos a decir poco antes de que se marchara, aunque ya os habréis dado cuenta de lo preocupada que estaba Fanny últimamente.

—Madre, ¿es que no hay otra opción? —preguntó Erich, aun conociendo la respuesta de antemano.

La madre movió la cabeza.

—Ninguna, Erich, créeme. Si no fuera por necesidad, jamás dejaríamos que Fanny se marchara. Pero los negocios van cada vez peor.

—Aun así, Fanny ha ofrecido trabajar por menos dinero.

La madre movió la cabeza, con el semblante muy serio.

—En primer lugar, eso no estaría bien, Erich. Fanny necesita su sueldo, tiene que ahorrar algo, por ejemplo para su ajuar. Y en segundo lugar..., te lo voy a decir con toda franqueza. En estos momentos tenemos que mirar por cada céntimo. Temo que dentro de nada tampoco podamos pagar a Peter. Además... —y aquí la madre bajó la voz—, me alegro por Fanny, de que salga de aquí. Ella no nos ha contado mucho, pero sé algunas cosas, entre otras por Marta Bieg. Últimamente, nuestra Fanny ha sido molestada a menudo e insultada por trabajar para una familia judía.

—Ah, te refieres a Heeb —dijo Erich restándole importancia.

—No es solamente ella, hay unos cuantos más. Erich, debemos alegramos de que Fanny no tendrá que volver a pasar por eso. Aunque los Wolf también son de ascendencia judía, están bautizados, y en su caso no será tan grave. Por el bien de Fanny, aunque nos cueste mucho, debemos alegrarnos de que se marche.

Contra eso ya no había nada más que decir. Con todo el pesar de su corazón, Erich se levantó, abrazó un instante a su madre y luego volvió a su habitación y se sentó a la mesa. Tras un rato escuchó, a través de la puerta cerrada, el sonido bajo y difuminado de la música. La madre había comenzado nuevamente a tocar. Sonaba a Wagner, al que ella adoraba por motivos para Erich inexplicables, pero los tonos transportados atraparon finalmente al chico en contra de su voluntad.

Estaba sentado, mirando fijamente la pared de enfrente en la que había colgados algunos dibujos infantiles de Max y de él. Uno de ellos mostraba cinco monigotes pintados torpemente, en los que, no obstante, se distinguían un hombre, dos mujeres y dos niños. El hombre llevaba un sombrero enorme, las mujeres tenían unas faldas muy abultadas y el chico mayor agarraba al pequeño de la mano. Destacaban en las redondas caras las anchas bocas curvadas hacia arriba, todos reían y paseaban uno detrás de otro sobre un prado con flores de colores. Debajo, un niño, seguramente Max, había escrito con letra temblorosa y algunas faltas «Papá, Mamá, Fanny, Erich, Max».

Erich contemplaba el dibujo sin cesar y sin darse cuenta de que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Poco antes de la cena, el padre había vuelto a entrar en su habitación y le había pedido insistentemente que aún no le dijera a Max nada del despido de Fanny.

—Ya está sufriendo bastante con que le hayan dado una paliza a su hermano, y ahora esto sería demasiado en un día para él.

Cansado, Erich había asentido. Él mismo se sentía sin ganas de hablar de ello. En realidad, lo único que quería era dormir y olvidar las pesadillas de ese día. Dubitativo, el padre le había ofrecido escribirle una nota para disculparle de las clases del día siguiente.

—Nos hacemos cargo de que no quieras ir al colegio con el aspecto que tienes. Tal vez lo mejor sería esperar unos días hasta que se te haya curado.

«Hasta que se haya curado..., no puedo esperar tanto», pensó el chico, pero agradecido, le apretó la mano al padre.

—Gracias, papá, pero algún día tendré que volver allí, así que cuanto antes lo haga, mejor.

Julius Levi asintió.

—Yo también lo había pensado. Estoy muy orgulloso de ti, Erich. Y no lo olvides, también resistiremos esto.

Luego se marchó en silencio y poco después apareció Max en la habitación. Tímido, miró a su hermano, se acercó titubeante y preguntó con voz forzada:

—¿Aún te duele mucho?

—No mucho. Ya casi no noto nada.

Max tragó.

—Todos en la ciudad saben que te han dado una paliza. Muchos me han preguntado por ti, pero yo no les he contado nada. Y que te han dicho... esa palabra, también lo saben todos. Algunos también me lo han gritado hoy a mí, cuando estaba jugando con Willi. Pero yo he hecho como que no lo había oído.

—Bien hecho, Max —asintió Erich—. Lo que haremos es no hacer caso. Ven, vámonos a cenar.

Pero Max aún no había terminado. Con la punta de su zapato dibujaba curvas sobre la alfombra.

—Es que Willi también me ha contado que tú has hecho algo malo en el colegio y que por eso te han pegado. ¿Es cierto?

Por un momento Erich se lo pensó.

—Por desgracia es cierto, Max. He cometido una estupidez grandísima. Pero eso no es motivo para pegarle a alguien.

Max asintió con afán.

—Eso también se lo he dicho yo a Willi. Y encima todos contra uno. Además le he dicho que Erich no hace cosas malas porque a mi

hermano no le hace falta hacer eso.

Conmovido, Erich le dio un golpecito en el costado. Desde hacía algún tiempo las demostraciones cariñosas entre ellos estaban vetadas; aun así, Erich le habría cogido de buena gana en brazos, como antes, cuando Max era un niño pequeño y, a veces, corría hacia él y se abrazaba a sus rodillas susurrando cariñosamente «Erich bueno».

¿Marchamos?

A LA mañana siguiente, Erich se miró detenidamente en el espejo. La mejilla derecha seguía ligeramente inflamada y muy enrojecida; y le habían salido cardenales en los gemelos, espinillas y en el abdomen. Por eso se puso pantalones largos, a pesar de que afuera ya hacía una temperatura veraniega. En el desayuno no consiguió comer nada, a duras penas pudo tragar un poco de leche. Su corto trayecto hasta el colegio, hoy, le pareció interminable. Creyó sentir miradas posadas sobre él provenientes de todas partes, y casi le pareció que andaba por un sendero, creado exclusivamente para él, que marcaba una demarcación invisible. Kampmann y los demás ya estaban sentados en sus sitios y, por lo visto, enzarzados en una discusión con Reger, el delegado de clase, y algunos más. Al entrar Erich todas las conversaciones enmudecieron de inmediato y las miradas se dirigieron de repente hacia él. Por un momento se hizo el silencio y sólo poco a poco volvió a ganar terreno el ruido cotidiano, al ver que Erich se sentaba en su sitio aparentemente apático y sacaba en silencio libros, cuadernos y los utensilios de escritura. Erwin le observaba tímidamente de reojo y también los demás echaban miradas disimuladas hacia delante. Faltaba Helmut, eso fue lo primero que percibió Erich al entrar. Kurt estaba junto a Reger con el grupo que ahora continuaba en voz baja la conversación con Kampmann. Pudo pillar algunas palabras; al parecer se trataba de que una parte de la clase no estaba de acuerdo con la paliza.

Erich agudizó el oído y así fue cómo oyó a Kampmann bufar «¡...en ese caso vosotros seréis los siguientes!» cuando de repente se abrió la puerta y entró el Dr. Fetzer, su profesor de geografía. Fetzer era un profesor ya mayor, a punto de jubilarse. A Erich le caía bien, a pesar de que sus clases consistían esencialmente en un monólogo aburrido, que amenizaba acompañándolo con golpes rítmicos de su puntero contra el mapa colgado de la pared. Pero también tenía buen humor y una buena dosis de ironía, de la que no se libraba ni su propia persona; pero sobre todo era un hombre justo e insobornable. Y eso, según Erich, era lo más importante en un profesor, especialmente en estos tiempos. Fetzer se sentó a su mesa y contempló a la clase por encima de sus quevedos; su mirada se detuvo en Erich y, sin preámbulo ni saludo, comenzó de repente a hablar sin tapujos sobre la paliza del día anterior, opinando que últimamente las palizas se estaban poniendo de moda.

—Es una falta de educación y una vergüenza... —tronó.

Kampmann se levantó de inmediato y preguntó de malas

maneras:

—Señor catedrático, ¿qué quiere usted decir con eso?

Todos volvieron a mirar hacia delante a Fetzer, quien por un instante se quedó sentado en silencio. Luego se levantó y comenzó un paseo por la clase con las manos, como de costumbre, cruzadas en la espalda. Sin contestar directamente a Kampmann, habló de que la violencia en general no constituía un método de resolver problemas. Mientras tanto se quitó sus quevedos y los limpió minuciosamente con un pañuelo.

—Al contrario —continuó—, los problemas que con ello se generan son mucho mayores. Y lo más importante, a través de ello se destruyen muchas cosas, infinitamente más valiosas, que se pierden irrecuperablemente.

En la clase reinaba un silencio sepulcral. Todos sabían que el único hijo de Fetzer había caído muy joven en las trincheras de Verdún. También Kampmann lo sabía y por un momento parecía que ese conocimiento le sujetaba a su asiento, pero luego volvió a levantarse de un brinco y volvió a bufar:

—¡Eso no contesta a mi pregunta, señor catedrático!

—¡Ay, Kampmann! —Fetzer le miró cansado sobre el filo de sus quevedos—. ¡Kampmann, siéntate y abre tu atlas! Tienes aún mucho que aprender, al igual que todos vosotros. Por favor, señores, la depresión del alto Rin —al pasar por al lado de Erich, posó su mano sobre su hombro y lo apretó con fuerza; luego se sentó en su sitio de costumbre a la mesa.

De forma mecánica, el chico miraba fijamente el atlas que tenía delante con el mapa de la depresión del alto Rin, sin enterarse en absoluto de la exposición que estaba haciendo Fetzer. Por primera vez en mucho tiempo sentía algo así como alegría. Era una alegría comedida y pequeña, pero sentaba bien, calentaba y recorría su cuerpo. El apoyo de Fetzer, aunque indirecto, la crítica de Reger a Kampmann, los demás que habían estado junto a él, de alguna forma aquello sentaba bien y le ayudaba a pasar el difícil comienzo de aquel día escolar. El resto de la mañana transcurrió denso pero sin acontecimientos. Los demás profesores se comportaron como si nada hubiera ocurrido; ni siquiera la cara hinchada de Erich les mereció una atención o comentario. Sin embargo, durante el recreo, Erich observó que Kampmann estaba visiblemente excitado. Gesticulaba como un poseso y les hablaba a sus camaradas que le rodeaban. «Viejo estúpido» y «le voy a enseñar yo» fue lo único que pudo oír Erich, ya que él y Erwin se encontraban lejos.

Reger se había acercado a ellos nada más empezar la pausa y había dicho algo tímido:

—Lo siento, Levi, me refiero a lo que pasó ayer. Unos cuantos

más y yo hemos hablado con Kampmann de lo injusto que fue, tantos contra uno. ¡Pero ya sabes cómo es! Y como comprenderás, al tutor tampoco puedo ir...

La frase quedó en el aire, pero Erich asintió con la cabeza. ¡No, a Gremm no podía ir en absoluto! Le dio las gracias a Reger y se alegró aún más cuando poco después también se les acercó Kurt.

—¿Sabes lo que ocurre con Helmut? —le preguntó Erich enseguida, pero Kurt sólo movió la cabeza.

—Ni idea. No le he visto desde ayer —Kurt incluso regresó con ellos después del timbre a la clase, gesto que Erich tuvo en muy alta estima, porque ese día le tocaba a Gremm vigilar el patio del recreo y los observaba con desconfianza.

Después de clase, Erich se detuvo indeciso en mitad de la plaza. De buena gana habría ido a la majestuosa casa de ahí enfrente, la casa de los Noli, para averiguar lo que ocurría con Helmut. Pero no se atrevió. ¿Cómo iba a poder mirar al señor Noli a los ojos, si seguramente ya se habría enterado de su engaño?

¿Y qué haría si la señora Noli le prohibía la entrada, porque Helmut ya no quisiera verle? ¡A él, al estafador, al traidor de su amistad! Entonces vio de repente a Kati, que se dirigía cargada con dos pesadas bolsas de la compra hacia la puerta de la entrada. Él corrió hacia ella, le abrió cortésmente la puerta y le preguntó rápidamente qué pasaba con Helmut.

—Está enfermo —contestó lacónicamente—. Tiene fiebre y dolor de garganta, pero el doctor dice que no es nada grave. En un par de días podrá volver al colegio.

Erich le dio las gracias, añadió un rápido:

—Dele recuerdos de mi parte —y salió corriendo hacia su casa.

En el pasillo se encontró una maleta de piel grande, relucientemente nueva, de color marrón.

—Es nuestro regalo de despedida para Fanny —dijo la madre desde la puerta de la cocina al ver a Erich rodeando desconfiado la maleta—. Para que no tenga que volver a viajar con una caja de cartón. ¿Qué tal ha ido en el colegio?

—No del todo mal —dijo Erich echándole un último vistazo a la maleta, a la que de buena gana le habría dado un puntapié. Se fue a la cocina a ver a su madre, que debía de haber estado cortando cebollas, porque ese olor dulce y fuerte todavía flotaba en el aire. En la cacerola sobre el fogón había algo hirviendo. «A partir de ahora ya siempre será así, Fanny ya nunca más estará aquí cuando yo vuelva al mediodía del colegio y mi madre tendrá que hacer todo el trabajo.»

—¿Dónde está Fanny? —le preguntó y la madre le explicó que había ido al Ayuntamiento a recoger algunos papeles.

—Pero cuéntame lo del colegio —le pidió, y Erich le contó todo,

lo de Fetzer y de Reger y los demás.

—Eso está bien —la madre estaba visiblemente aliviada—. ¿Pero no se ha disculpado nadie contigo?

—¡Disculpado! —resopló Erich—. Mamá, ¿cómo se te ocurre? Con un canto en los dientes puedo darme de que me dejen en paz.

—De todas formas —insistió la madre—, tampoco entiendo a los profesores. Tu padre dice que en esto no podemos hacer nada. Le pedí insistentemente que fuera a quejarse, pero dijo que contra esto no podemos combatir. Después de su última visita al director se ha desanimado tanto que no le puedo entender —muy pálida, se dejó caer sobre una silla de cocina.

—Si a mí no me importa... —aseguró Erich pensando para sí que eso era una mentira como una catedral, pero la madre parecía tan abatida que debía animarla a toda costa—. Lo que pasa es que aquella vez padre se dio cuenta de que los nazis ahora tienen la voz cantante en el colegio. Y contra Gremm, por ejemplo, no puedes hacer nada.

—¡Pero no pueden permitírselo todo! —la madre parecía no podérselo creer.

—Por lo visto sí. Aunque quién sabe, tal vez el tío Süssel acabe teniendo razón, y después de un tiempo todo se calma.

La madre únicamente movió cansada la cabeza. Durante un rato ambos callaron, Melanie sentada a la mesa de la cocina, contemplando sus manos entrelazadas en el regazo, y Erich apoyado contra la encimera, las piernas cruzadas. De repente la madre dijo inesperadamente:

—Desde hace algún tiempo pienso que tal vez sería mejor que nos marchásemos.

Erich se irguió y miró a su madre sin poder dar crédito.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me ha escrito la tía Mina diciendo que Siegfried lleva algún tiempo presionando para que ella e Use se vayan con él a América. Está muy preocupado por ellas. Y Erna, Herta y Trudel también insisten incesantemente en que emigren con ellas a España.

Siegfried era el único hijo de la tía Mina y el tío Louis, que vivía desde hacía algún tiempo como exitoso hombre de negocios cerca de Chicago. Las tres hijas mayores vivían en Barcelona, donde Erna, la mayor, regentaba con su marido una pequeña fábrica metalúrgica.

—¿Entonces nosotros nos iríamos a América o a España? —preguntó Erich atropellado—. Pero si nuestro hogar está aquí. Y aquí es donde papá tiene su negocio. Y además... —de repente no se acordó de nada más.

Lo único que sabía es que nunca jamás querría irse de allí, a pesar de Kampmann, a pesar de Gremm, a pesar de los demás. Ése era su hogar y nadie podía echarlos de allí.

De pronto, la madre parecía muy inquieta. Se levantó de un brinco y se pasó la mano por la frente, como si quisiera espantar un mal sueño. Rápidamente comenzó a trastear con los fogones y dijo por encima del hombro:

—Erich, no te preocupes, sólo era una idea tonta. Uno llega a pensar las cosas más disparatadas cuando no encuentra soluciones. Y en este momento se nos junta todo.

Durante unos instantes, Erich miró fijamente la espalda de su madre, ligeramente curvada hacia delante. ¡Si ella ya pensaba en algo así...! Tal vez todo fuera mucho peor, tal vez los mayores le estaban ocultando algo. ¿Podría haber cosas que él desconocía? Se propuso leer regularmente el periódico, a pesar de que su padre decía que uno ya no podía creer todo lo que ponía en el bueno y viejo Periódico Oficial.

—Los redactores están bajo una tremenda presión, en todas partes hay censuras —había contado durante el desayuno después de repasar los titulares.

Y a la pregunta de Max sobre qué era «censura» y si a los redactores también les ponían notas como a ellos en el colegio, le había contestado que en efecto era algo parecido, sólo que con consecuencias mucho peores.

—Los artículos que no les gustan a los nazis simplemente no se imprimen y los reporteros que los escriben son despedidos. El herrero me ha contado que el redactor jefe de nuestro Periódico Oficial incluso está siendo amenazado. En ese nuevo periódico cizañero de los nazis incluso ponía algo sobre una inminente detención.

Erich conocía el nuevo «periódico cizañero», como lo llamaba el padre. La redacción se había instalado en Oberamtsstrasse, en una oficina completamente nueva en cuya entrada habían colocado una caja expositora. En ella colgaban la última edición del *Nationalzeitung* y el padre de Kampmann era el que imprimía ese «panfleto», lo que significaba que le habían salido bien las cuentas.

Durante la comida todos picotearon desganados del plato, a pesar de que su madre había preparado un estofado riquísimo. La inminente marcha de Fanny pesaba como una sombra sobre la familia; únicamente Max seguía despreocupado y contaba una graciosa historia de la clase de inglés.

Los siguientes días transcurrieron con ese tenso ambienté que se crea cuando uno espera la llegada de un acontecimiento indeseado, pero que inevitablemente sigue acercándose. Luego, un día antes de que Fanny se marchara, el padre cogió a Max aparte y le contó todo. Los dos se fueron al salón y Erich ayudó una vez más a Fanny a fregar los cacharros, por última vez, pensó con tristeza. De repente escucharon a Max gritar, hubo golpes, como si se volcase una silla, y

luego se abrió la puerta con violencia y ahí estaba Max, blanco como la cal.

—¡Yo no quiero que te vayas, Fanny! —gritó llorando y se echó en sus brazos.

Fanny se arrodilló asustada en el suelo y acarició con la mano mojada la cabeza de Max para tranquilizarle.

—¡Que Fanny se quede! —entre fuertes sollozos repetía una y otra vez esta frase.

Erich se había quedado petrificado, el paño de secar los cacharros se le había escurrido de las manos, y la madre se apoyaba aturdida en el umbral de la puerta contemplando la escena. Por fin llegó el padre, separó a Max de Fanny y le dio una fuerte bofetada. Erich se estremeció, pero al parecer esa terapia funcionó, porque Max dejó de llorar de inmediato. Por un instante miró fijamente a su padre, su cara rebosaba tristeza y terquedad, luego corrió a su habitación.

—No sabía que se lo iba a tomar tan a pecho —le dijo el padre suspirando a Fanny—. Por favor, Fanny, perdona esta escena. Es que te tiene mucho cariño.

Aterrado, Erich vio que Fanny y su madre también comenzaban a llorar. «Como esto siga así yo también me voy a echar a llorar», pensó el chico y huyó al desván. Enterró su cabeza entre las rodillas. Sentado sobre el polvoriento suelo, esperó a que se pasara el ardor en su garganta. Finalmente volvió a bajar para consolar a Max y distraerle.

Precisamente en Sabbat tuvo lugar la última cena juntos en casa de la familia Levi en honor a Fanny. Una vez más, ella había organizado los preparativos junto a la madre, había puesto la mesa, cocido los *challoth*, preparado la comida, encendido los candelabros. Julius se había ido a misa y les había pedido a Max y Erich que le acompañaran. Pero ambos lo habían rechazado. Querían saborear cada minuto que les quedaba con Fanny. Después de la cena, abundante y suculenta como siempre la noche del Sabbat, el padre dio un pequeño discurso en el que le daba a Fanny las gracias por todo.

—Cuánto echaré de menos todo esto —suspiró Fanny dejando volar su mirada por encima de la mesa, de la vajilla buena que ella había cuidado con tanto esmero, por los candelabros de plata, el plato de Sabbat, sobre el que aún quedaban las migas de *challoth*—. *Los* Wolf están bautizados, así que allí ya no habrá Sabbat. A mí todo esto siempre me ha parecido especialmente ceremonioso y bonito, señora Levi. Y he aprendido tantas cosas de ustedes... —en ese punto su voz se quebró y tuvo que echar mano del pañuelo.

«De un momento a otro estaremos otra vez todos llorando», pensó Erich alarmado y comenzó enseguida a contar una historia alegre, en la que Fanny y un vendedor ambulante eran los protagonistas. Visto y no visto volaron los recuerdos de un lado a otro («¿Te acuerdas,

Fanny?... ¡Ay, eso sí que fue gracioso!... ¿Recuerdas cuándo...?»). Erich destacó sobre todo como imitador y Fanny y los demás tenían que sonreír o incluso se reían a carcajadas aunque en realidad no les apetecía nada.

A la mañana siguiente el padre cargó la maleta nueva en el carro. La familia estaba reunida en el pasillo de la casa rodeando a Fanny. Estaba muy elegante con su nuevo vestido estampado de flores y cuello de puntilla que le había comprado, especialmente para su nuevo trabajo, a la señorita Clara Osterlein, que regentaba una pequeña tienda de ropa en el Apothekerweg.

—En la ciudad hay que ir más arreglada que aquí en provincias —le había confiado a Erich, enseñándole dos blusas y una falda nuevas que había adquirido también de la señorita Osterlein.

Erich sonrió con picardía. «Dentro de nada les habrás vuelto a todos los jóvenes de Stuttgart la cabeza del revés. Van a hacer cola ante la puerta de los Wolf...» Ella se había reído y le había dado un cariñoso empujón en el costado, como siempre hacían cuando se metían el uno con el otro.

Ahora únicamente se dieron la mano sin mediar palabra. Fanny abrazó a la señora Levi, achuchó también a Max y se fue siguiendo a Julius, que ya se había adelantado con el carro en dirección a la estación. Los tres siguieron con sus miradas al carro, rodando ruidoso con la maleta nueva sobre él, y contemplaron a Fanny, el balanceo de sus rizos y el vaivén de su falda, hasta que, girando por el arco del Colegio Mayor, desapareció definitivamente de su vista. De la tienda de menajes, situada en el bajo del inmueble, salió María, la aprendiza, y se unió a los tres que seguían inmóviles.

—¿Qué le pasa a Fanny? —quiso saber de Melanie—. ¿Por qué se va?

—¡Mana, no seas tan cotilla, que eso no es asunto tuyo! —la más joven de las señoritas Pfisterer, a las que pertenecía el negocio y la casa, se había unido a ellos y amonestó a María de forma ruda, le ordenó que volviera a la tienda y apretó por un instante el brazo de la madre—. Es una pena que Fanny se marche. La apreciaba mucho. ¡Una muchacha alegre y trabajadora! Pero estos tiempos no son fáciles. Me da usted mucha lástima, señora Levi.

La madre asintió agradecida.

—Sí, y que lo diga. De todas formas, gracias, señorita Pfisterer.

Junto a Max, Erich recorrió la pequeña cuesta hasta la entrada principal del Colegio Mayor. Hoy llegarían tarde a la primera clase, pero eso les daba igual. Lafrentz, el profesor de Historia, le anotó en el libro de clase e hizo algún comentario despectivo que Erich, sin embargo, ni siquiera registró. Se sentó en su sitio y captó de pasada que Helmut había vuelto de nuevo a clase. El pronóstico optimista de

Kati había resultado equivocado. Después de algunos días, Kurt había ido a casa de los Noli y había vuelto con la noticia de que Helmut tenía anginas y que iba a tener que guardar cama durante algún tiempo. Una y otra vez había merodeado Erich por los alrededores de la casa de los Noli, con una carta para Helmut en la mano. Pero al final nunca tuvo el valor de entrar. De modo que cada noche rompía la carta para después escribir una nueva al día siguiente. ¡Y ahora Helmut había vuelto! En el recreo esperó con el corazón acelerado, observando a Helmut de reojo. Y efectivamente, Helmut caminó hacia él y le ofreció la mano.

—Hola, viejo, cuánto tiempo sin vemos —dijo fingiendo un tono jovial.

Erich estaba contento, pero también notó que su amigo tenía la cara bastante delgada y pálida. A su pregunta, Helmut contestó quitándole importancia.

—Sí, sí, me ha pillado fuerte. Pero ahora al menos vuelvo a tener hambre —dubitativo añadió al final—. Oye, Erich, ¿podemos hacer algo juntos este fin de semana? Mis padres se van a Stuttgart. Mi padre visita uno de esos horrendos encuentros de su hermandad. ¿Te apetece?

—¡Pues claro que sí! —Erich se sintió como si le hubieran quitado de encima el famoso peso.

No discutieron y su amigo ya no estaba enfadado con él. Quedaron en verse ya avanzada la tarde, porque la señora Levi, en Sabbat, le daba mucha importancia a una extensa comida. También contaron con Kurt, que explicó que intentaría escaparse de casa. Casi como en los viejos tiempos, pensó Erich, mientras volvía a casa, e incluso consiguió olvidarse un poco de su pena por lo de Fanny.

Por la tarde, Erich se encontró con Helmut en la Plaza Colegial y con sus bicicletas subieron la empinada cuesta al castillo. Una vez arriba atravesaron las puertas del muro exterior sobre el escabroso empedrado y aparcaron las bicicletas. Por una puerta estrecha entraron a un angosto camino que bordeaba el castillo. Aquí había prados y jardines y ante ellos yacía la ciudad como sacada de una caja de juguetes y esparcida a sus pies. Se sentaron sobre un pequeño murete y comenzaron a tirar piedrecillas contra blancos imaginarios.

Erich esperaba ansiosamente que Helmut por sí mismo llevara la conversación hacia la discusión que habían tenido, pero tras un titubeante silencio, Helmut comenzó a contar la historia de un pariente lejano suyo que iba a trabajar para una empresa alemana en Buenos Aires.

—¡Imagínate, Argentina! Dentro de tres días viajan desde Bremerhaven directamente hacia Sudamérica.

Helmut estaba completamente eufórico, pero a Erich se le había

encogido el corazón, porque de repente, había recordado los pensamientos de su madre de abandonar Alemania. Fue él quien finalmente sacó la conversación sobre el viejo Fetzer y su comportamiento a la mañana siguiente de la paliza, para así conducir al amigo sobre el tema. Pero Helmut sólo dijo de pasada:

—Debe tener cuidado con lo que dice. Mi padre ya ha oído campanas acerca de una posible jubilación anticipada, aunque eso sería lo mejor que le podría pasar. A más de uno de por aquí le está crispando bastante los nervios y ya hay que empezar a preocuparse por él.

Alertado, Erich se giró hacia él.

—¿Qué quiere decir con tener cuidado? Si él no dice nunca nada directamente en contra de los nazis.

—Pero indirectamente sí, y muy clarito. En su clase de quinto está Grimminger, nombrado hace poco Führer de las Juventudes Hitlerianas de Ellwangen, y Kampmann es el segundo de a bordo. Esos dos están al acecho de cualquier comentario que haga. Cada vez que Grimminger aparecer con su uniforme de las Juventudes Hitlerianas, Fetzer se vuelve realmente descarado. Con nosotros al menos se contuvo medianamente.

Ahí Erich tuvo que sonreír.

—Bueno, la verdad es que siempre nos deja muy claro que en general nos tiene a todos por bastante tontos, y a los nazis, en particular, por supertontos. Tenías que haber visto la cara de Kampmann...

Entonces Helmut también tuvo que sonreír.

—Aprecio mucho a ese viejo. Aunque un poco excéntrico, es un buen hombre. Y tiene valor, eso no se le puede negar.

De repente los dos chicos se pusieron serios de nuevo.

—Empiezo a preocuparme seriamente por él —dijo Erich en voz baja, mirando al amigo de reojo, pero Helmut no reaccionó, inerte, contemplaba la ciudad que yacía a sus pies y comenzó nuevamente a lanzar piedrecillas.

Poco después apareció Kurt, corriendo y sin aliento, contando, jadeando, que su padre no le quería dejar salir. Que le había tenido que jurar y perjurar que evitaría verse con Levi.

—No te ofendas, Erich, pero mi viejo está cagado, está esperando que le asciendan y para eso tiene que mantener contentos a los amigos del partido.

—Claro, y has tenido que echar mano de una mentira piadosa, ¿no? —sonrió Helmut con malicia.

—Más o menos. Para ser exactos no le he dicho nada de Erich, sólo le he contado que había quedado contigo. Y eso ni siquiera es mentira.

Condujeron colina abajo hacia los estanques del castillo. Helmut llevaba a Kurt, que no tenía bicicleta, sobre la parrilla. Erich iba por delante. La decepción y la vergüenza le corroían por dentro y condujo tan rápido que Helmut, que tenía que ir frenando más, ya no fue capaz de seguirle. No reaccionó ante sus llamamientos. Emperrado, condujo su bicicleta por el empinado camino hacia abajo. Si por él hubiera sido, habría seguido pedaleando así infinitamente, alejándose, cuanto más mejor, incluso de sus amigos. El abismo estaba ahí, evidente e inequívoco. Helmut ya no hablaría abiertamente con él nunca más y Kurt, bueno, él al menos era sincero.

Llegados a los estanques, observaron durante un rato las corpulentas carpas que nadaban pesadas por las verdosas y quietas aguas. Sin mucha convicción, Kurt hizo algunas propuestas sobre lo que podían hacer, hasta que Erich, sin venir a cuento—dijo de repente que se tenía que ir a casa. Cogió su bicicleta y se marchó, sintiendo las mirada de sus sorprendidos amigos en su espalda. «Qué estarán pensando ahora», meditó testarudo mientras conducía por el pueblo, previo al castillo. Pero realmente daba igual. De todas formas ya no era como antes y nunca volvería a serlo.

A la semana siguiente, Gremm informó a la clase de que para finales de junio se había planeado organizar una fiesta juvenil con campeonatos deportivos, que incluía también un gran desfile por la ciudad. La clase explotó en júbilo y excitación y en medio de aquel creciente ruido, Gremm añadió de forma escueta:

—Erich Levi, Erwin Levi, vosotros estáis excluidos de la participación en este evento.

Erwin se estremeció por un instante y giró la cabeza hada Erich, que le susurró:

—¿Acaso esperabas otra cosa?

Tras ese último anuncio había vuelto por un momento el silencio a la clase, pero luego continuaron las conversaciones, como si fuera lo más normal del mundo que los dos Levi no pudieran participar en algo.

Durante la clase de Educación Física, Kuhn, un joven y atlético profesor interino, comunicó los equipos para las carreras de relevos y el campeonato de fútbol. Era un profesor bondadoso aunque también algo ingenuo que entre los alumnos deportistas era muy querido y entre los menos deportistas casi odiado, por ser considerado un fanático del culto al cuerpo. Los chicos se dieron cuenta bien pronto de que la política no iba con él, sin embargo veía con buenos ojos la política del «ejercicio», como él lo llamaba, porque con los nazis la Educación Física se había convertido en una asignatura troncal. A Erich no le extrañó en absoluto que Kuhn, al dar la alineación del equipo de fútbol—dijera su nombre, al fin y al cabo, él era su mejor

delantero y eso era lo único que contaba.

—Levi, Erich, tú jugarás de interior izquierda. Procura atacar siempre por las bandas y envía tus pases hacia Heidt al centro.

—Disculpe, profesor... —Erich sonreía divertido—. Yo estoy excluido de participar en los eventos deportivos.

—¿Por qué? ¿Estás enfermo o herido? —Kuhn parada sorprendido —. Mira, eso no puede ser, yo no puedo prescindir de ti.

Erich le miró fijamente.

—Profesor, no puede ser, de verdad. El catedrático Gremm me ha prohibido estrictamente la participación en la fiesta.

—¿Pero por qué...? —en ese momento Kuhn parecía extremadamente tonto.

El grupo de Kampmann se mofaba, los demás miraban abochornados al suelo. De repente, pareció caer en la cuenta.

—Ah, ya, bueno... —Kuhn empezó a tartamudear, pero se recuperó enseguida y decidió que sería el pequeño Lutz el que jugara de interior izquierda.

Precisamente Lutz, pensó Erich. Con ése perderán todos los partidos. Se sintió un poco orgulloso de que Kuhn apostara tanto por él, tanto, que hasta se había olvidado de que era judío.

A mediados de junio llegó la primera carta de Fanny. Decía que estaba bien, que los Wolf eran buena gente pero que sentía nostalgia de Ellwangen y de sus Levi. Contaba que en la gran casa de los Wolf había mucho trabajo y que algunas cosas aún eran nuevas para ella, por lo que por ahora no podía pensar en una rápida visita de fin de semana. Con un saludo especial para «sus dos chicos» terminaba la carta, que la madre leyó en voz alta sentada a la mesa durante el almuerzo.

Erich recorrió la cocina con su mirada, vio la fregadera ante la que tantas veces había estado ayudando a Fanny a fregar los cacharros, vio la silla en la que se sentaba a las horas de las comidas. Luego dirigió su mirada a la madre, que guardaba de nuevo la carta en el sobre y que en las últimas semanas había adelgazado y estaba más pálida. No era de extrañar, ya que ahora había más trabajo que hacer, tenía que hacerse cargo ella misma de todas las faenas de la casa y por las noches, a menudo, se sentaba junto al padre a repasar los libros de la contabilidad.

La noche después de la marcha de Fanny, Julius había llamado aparte a sus dos hijos y les había advertido con serio semblante que a partir de ahora tendrían que ayudar más en la casa. Erich y Max siempre habían tenido obligaciones en las tareas domésticas, pero ahora éstas iban a aumentar notoriamente, les había explicado el padre, y había elaborado con ellos un plan semanal que abarcaba también tareas tan poco apetecibles como la limpieza de zapatos,

fregar el suelo e ir a la compra. Los dos se esforzaban por cumplir esa planificación, pero solía ocurrir que la una o la otra tarea simplemente se olvidaba o se adjudicaba al hermano, quien se defendía cargado de razón diciendo que a él no le tocaba. Cuando Erich volvió una tarde del colegio y vio a su madre arrodillada restregando enérgicamente las baldosas e incorporándose una y otra vez con la cara desencajada por el dolor de espalda, se propuso avergonzado cumplir la planificación a rajatabla y hablar también seriamente con Max sobre esto.

En el colegio a Erich le parecía que le habían concedido una tregua. La vejación de no poder participar en la fiesta juvenil aún dolía, sobre todo cuando veía a sus compañeros entrenarse con tanta dedicación, pero también agradecía que después de la paliza, con excepción de los típicos comentarios e insultos, le dejaran en paz. Claro, como ahora estaban todos tan ocupados, pensó el chico con ironía, mientras desfilaba junto a Erwin y los demás a una de las muchas fiestas públicas que se organizaban en el pabellón de deportes. Ya fuera por el aniversario de la muerte de algún alto cargo nazi para Erich completamente desconocido, cuyo nombre por otro lado volvía a olvidar de inmediato, o las actividades de una asociación que últimamente había tenía mucha afluencia y que se llamaba *Kampfbund fúr das Deutschtum im Ausland*[15], a los chicos siempre se les presentaba el mismo escenario de banderas de color rojo sangre, uniformes marrones, coros y discursos interminables.

Ahora Gremm tenía un grupo de teatro, al que pertenecían casi todos los alumnos organizados en las Juventudes Hitlerianas. Kurt le había confesado finalmente, en uno de los escasos encuentros que tenían últimamente, que su padre le estaba presionando para que él también participara.

—Salir corriendo para participar en el grupo de teatro de Gremm se ha convertido casi en una distinción —dijo apretando los dientes—. Hasta ahora he ido una vez, por complacer a mi viejo, a echar un vistazo, pero antes de ir allí otra vez, dejo que me apaleen.

—¿Qué es lo que interpretan? —quiso saber Erich.

—La obra se titula *Pueblo sin espacio*[16]. La verdad es que no entiendo muy bien de qué trata. Se pasan todo el rato hablando sobre que los alemanes necesitan más espacio porque nos hemos «rebosado». ¿Te lo imaginas?

Erich deslizó su mirada por encima de la ciudad y sobre las frescas y verdes colinas entre las que yacía.

—¡No, la verdad es que no!

—Pues eso. Además, ¡yo, interpretando una obra teatral! Y la mitad de Ellwangen sentada allí abajo mirando cómo bobos. Conmigo que no cuenten.

Los chicos cortaron con sus navajas ramas finas y comenzaron a

tallar silbatos con ellas. De pasada, Kurt le preguntó por Helmut.

—No entiendo lo que ha pasado entre vosotros. Como no quiere hablar de ello... ¿Todavía colea el asunto de tu redacción?

Erich asintió.

—Se molestó bastante conmigo, porque pedí prestados los libros de su padre.

—Pues a mí no me pareció tan grave. Al fin y al cabo, anteriormente Gremm te había machacado bastante. Mucho peor me pareció lo que hicieron Kampmann y sus compinches.

Los dos tallaron afanosamente y muy pronto las virutas cubrían todo el suelo del bosque a su alrededor. Erich meditó si contarle a Kurt algo más sobre su disputa con Helmut, pero ¿cómo podía hacerle entender lo que había ocurrido entre ellos dos? En vez de eso, le preguntó a Kurt por su padre y por cómo iba su relación.

—Le tengo constantemente dándome la paliza con que entre de una vez en las Juventudes. Como él mismo participa con entusiasmo en el partido... Hitler ha salvado Alemania, suele decir siempre —dejó caer su navaja y miró fijamente la punta de sus zapatos, cubiertos de virutas. Al parecer, algo le preocupaba—. Oye, Erich, por favor no te enfades conmigo si ya no ando contigo en el colegio o en la ciudad, pero cuando me ven contigo les falta tiempo para contárselo a mi padre y entonces tengo problemas.

—¿Y quién se lo cuenta a tu padre?

—¡Yo qué sé! Amigos del partido, Gremm por ejemplo, conocidos... Jo, Erich, a mí todo esto también me parece una mierda, al fin y al cabo sigues siendo mi amigo, pero... —Kurt se detuvo en seco y parecía de repente tan contrariado, que Erich sintió lástima por él—. Ay, Erich, ¿qué es lo que está pasando? Me dicen que no vuelva a ver a mi mejor amigo. «La salvación de Alemania», ¡que no me hagan reír! —miró al amigo de reojo, pero Erich no reaccionó.

En vez de eso, cogió su casi terminado silbato e intentó sonsacarle algunos tonos. Sonó tan estridente y tan mal, que Kurt hizo una mueca.

—Ni siquiera esto somos ya capaces de hacer bien —dijo Erich con una amarga sonrisa.

Juntos permanecieron un rato sentados sin mediar palabra, contemplando los árboles meciéndose con el viento del atardecer y el rojo destello que translucía entre las verdes hojas haciéndolas brillar. Se había hecho ya demasiado tarde y ambos lo sabían. Aun así permanecieron sentados como si fueran a perderse algo irrecuperable si alguno de los dos se marchara ahora. Pero tras un rato, Kurt se levantó sin decir nada, guardó el silbato y la navaja y echó a correr a su casa en dirección a Rotenbach, exclamando por encima del hombro a Erich:

—¡Adiós!

Erich siguió durante unos instantes sentado y luego también él volvió hacia la ciudad.

A la mañana siguiente llamaron muy temprano al timbre de la puerta. La madre, que aún estaba en bata, mandó a Max, que volvió seguido por Helmut. Estaba pálido y muy nervioso. Instintivamente Erich se levantó de un brincó y se acercó a su amigo.

—Fetzer ha muerto —dijo éste sin saludar siquiera—, ayer por la noche. Acaban de traer el féretro. He venido en cuanto me lo ha contado mi padre.

Melanie Levi se dejó caer sobre una de las sillas.

—¿Pero de qué?, si todavía no era tan mayor.

—Casi sesenta. El doctor Uhl dice que ha sido el corazón. Ha llamado esta mañana a mi padre a una hora intempestiva. Como Fetzer, al igual que mi padre y Uhl, era un viejo centrista.

Sumido en sus pensamientos, Erich observaba la mesa del desayuno con su rebanada de pan mordisqueada sobre el plato. En los últimos días había visto repetidas veces cómo Fetzer se echaba la mano al pecho izquierdo. Parecía cansado, cansado y también... sí, de alguna forma, asqueado. Erich se acordó espontáneamente de aquella expresión al observar durante la última clase de geografía una disputa entre Kampmann y Fetzer.

Desde que defendiera a Erich después de la paliza y mostrase tan abiertamente su desprecio por los nazis, se había iniciado una guerra más o menos abierta entre los alumnos nazis y Fetzer. Preguntas provocadoras, interrupciones y negativas a trabajar, adornadas sutilmente con amenazas de «dar parte a los de arriba» habían estado a la orden del día. En la clase tutelada por Fetzer, la de quinto, aún había sido mucho peor, porque en ella era Grimminger, el Führer de las Juventudes Hitlerianas, el que tenía la voz cantante.

Todo aquello le pasó al muchacho por la cabeza, mientras corría con Helmut escaleras abajo, sin hacer caso del llamamiento de la madre de que por favor se comiera al menos su rebanada de pan. Juntos subieron corriendo por la Hindenburgstrasse a la calle Adolf Hitler. Fetzer vivía en diagonal, enfrente de la abuela Babette. Allí, a cierta distancia del piso de los Fetzer, se detuvieron. En ese momento se abrió la puerta y el Rex, el director del Colegio Mayor, el Dr. Kaiser, salió de la casa. Iba vestido de negro y sus cabellos blancos despuntaban en todas direcciones, como si con las prisas hubiera olvidado peinarse. Sin percatarse de la presencia de los chicos, refugiados tras un saliente de la pared, caminó en dirección al colegio. Completamente sumido en sus propios pensamientos, no advirtió siquiera los amables saludos de algunos paseantes y más de uno se quedaba sorprendido mirando tras él.

En pocos minutos comenzaría la primera hora de clase y estaba claro que llegarían tarde, pero en aquel momento a Erich le daba igual. Junto a Helmut miraba fijamente hacia la puerta marrón de enfrente y luego hacia arriba, a la primer hilera de ventanas con las cortinas blancas de encaje. Esperaba que en cualquier momento apareciera la familiar cara en alguna de las ventanas o que se abriera la puerta y pasara apresuradamente por delante de ellos la figura del viejo profesor, siempre un poco inclinado hacia delante, con las manos entrelazadas en la espalda.

Le han partido el corazón, pensó Erich con amargura, literalmente le han partido el corazón. No pudo soportar que todo aquello a lo que se había aferrado desesperadamente tras la muerte de su hijo, sus ideales sobre el honor y la decencia que tantas veces les había inculcado, se desvaneciera. Y las ofensas y las amenazas habían sido demasiado para su enfermo corazón.

—Oye, ¿por qué estarnos aquí? Je susurró después de un rato a Helmut, que también se había quedado mirando fijamente la casa.

De todos los profesores, Fetzer era el más valiente, les había demostrado a los nazis claramente lo que opinaba de ellos. Y precisamente él... Me imagino que la puerta va a abrirse *en* cualquier momento y que él va a salir por ella.

—A mí me ocurre lo mismo. Hoy habríamos tenido geografía con él, a tercera hora.

En silencio se pusieron en camino hacía el colegio. Precisa' mente llegarían tarde a la clase de Gremm.

Dispuesto a recibir una vez más una sonora bronca, acompañada en esta ocasión por alguna que otra tarde con Karzer como propina, Erich subió las escaleras. La puerta del aula estaba abierta, custodiada por Reger, que espiaba el pasillo.

—Reunión de profesores —les anunció a los dos a su pregunta—. El viejo Fetzer ha muerto esta noche. ¿Y vosotros de dónde venís a estas horas?

—No es asunto tuyo —le contestó Helmut pasando de él y entrando a la clase, donde los demás estaban desperdigados en pequeños grupos.

Al parecer había habido una acalorada discusión, a juzgar por el griterío que, al entrar ellos, empezó a disminuir.

—Vaya, los señores Noli y Levi, probablemente de profundo luto —berreó Kübler, y Erwin, que estaba solo, apartado junto a una de las ventanas, le hizo disimuladamente señas para que se acercara a él.

—No se te ocurra abrir la boca, quieren provocar. Kampmann ha estado vociferando por ahí que ahora había un enemigo menos en contra del movimiento, y claro, algunos de la clase se han enfurecido.

Helmut parecía tener una contestación iracunda en la punta de la

lengua, pero en ese momento Reger avisó:

—¡Que viene Gremm! —y todos corrieron a sus pupitres.

Con pocas palabras, Gremm anunció que el señor catedrático Fetzer había fallecido durante la pasada noche y que el sábado iba a tener lugar el funeral. Por supuesto el colegio iba a participar en su honor, pero la participación iba a ser libre.

Es que sólo faltaba eso, los uniformados siguiendo el féretro, pensó Erich y meditó sobre si se podía participar en un funeral en Sabbat. Decidió preguntarle más tarde al rabino, aunque tenía claro que participaría de todas formas. Por desgracia, acto seguido, Gremm también anunció que hasta nuevo aviso él se haría cargo de las clases de geografía.

El sábado, mucha gente sembraba la calle que conducía hacia el cementerio de San Wolfgang. Algunos únicamente cotilleaban, pero muchos se mostraban realmente afectados y tristes, porque Fetzer había sido un ciudadano muy estimado por todos. Erich distinguió muchas caras conocidas, la mayoría ex alumnos y también importantes personajes públicos de la ciudad, mayoritariamente gente del partido centrista embutidos en fracs negros con tiesos sombreros de copa. Tras el féretro iba la señora Fetzer, una delicada y pequeña figura, a la que el negro sombrero con el velo, signo de viudedad, parecía casi aplastar. Tras los familiares y personajes honoríficos, seguía el grupo de profesores y alumnos del Colegio Mayor y Erich comprobó con satisfacción que al final habían ido muchos compañeros de clase, incluso algunos del grupo de Kampmann, como por ejemplo el pequeño Lutz, vestido para la ocasión completamente de civil.

Siguiendo la usanza de la ciudad, el féretro estaba cargado sobre un carro negro, los caballos llevaban unas caperuzas negras con plumas decorativas balanceándose sobre sus cabezas. Antes, cuando Erich, cogido de la mano de su madre, había visto alguna vez un desfile mortuorio como éste, le había resultado muy divertido, casi como el desfile de un circo, y siempre se había extrañado de que la gente pareciera tan solemnemente seria. Él iba en la misma fila que Helmut, en el grupo de sus compañeros de clase; nadie se lo había prohibido, ni siquiera Gremm, a pesar de que él también estaba entre los profesores. Kampmann y los demás no habían ido, pero tampoco Erwin. «Cobarde», pensó Erich despectivo y sintió por primera vez en mucho tiempo de nuevo esa silenciosa complicidad con Helmut, la comprensión sin palabras, que constituía la base de su amistad. Aun así una barrera invisible permanecía entre ellos y en los oídos del muchacho seguían resonando una y otra vez las mismas palabras, su propia, desvanecedora y furiosa exclamación, nacida de la rabia por la incomprensión del amigo: «¡Tal vez yo sea así!» Mientras el ataúd se deslizaba lentamente a la tumba, le preguntó a Helmut en voz baja:

—¿Crees que uno se puede morir de corazón roto?

Helmut sostuvo su mirada fija sobre la señora Fetzer, que sollozaba desconsoladamente y que ahora estaba junto a la tumba, sostenida por el Rex y por un familiar. Se había levantado un fuerte viento que tiraba enérgicamente de su velo e hinchaba la bandera de la hermandad «Alemannia» que un estudiante del cuerpo sostenía sobre la tumba abierta.

—Si —resopló Helmut apretando los dientes—, sí que lo creo.

Y después de un rato, cuando todo el claustro de profesores se había acercado a la tumba, añadió:

—Esta mañana mi padre me contó que si Fetzer le temía tanto al futuro era por nosotros. Y que la muerte de su hijo no le había parecido inútil hasta ahora. ¿Puedes entenderlo?

Erich no le contestó, porque en ese instante se había acercado Gremm. El chico esperó conteniendo el aliento y, efectivamente, la mano se alzó estirada para el saludo hitleriano y así se mantuvo un momento inmóvil. Le ofende incluso después de su muerte, pensó Erich. Tiró a Helmut de la manga y los dos se despegaron del gentío y volvieron sin mediar palabra hacia la ciudad.

El cadáver

EL SIGUIENTE lunes tuvo lugar la fiesta juvenil en el cuartel a las afueras y Erich y Max observaron desde la ventana la riada de compañeros que se dirigían a la ciudad. Naturalmente los Jungvolk y las Juventudes Hitlerianas portaban consigo sus banderas. La banda de música encabezaba el desfile junto a los altos cargos del partido nazi. También algunos profesores habían aparecido en uniforme, como siempre en ocasiones de esta índole, y Gremm, Erich estiró el cuello para encontrarle entre la muchedumbre, Gremm vestía sin embargo como de costumbre: un traje tan sólo con la insignia del partido muy visible colocada en la solapa. Max le dio suavemente en el costado y dijo:

—No sé, pero a mí esto me parece espantoso.

—¿A qué te refieres?

—Siempre esas banderas y los uniformes, no me gusta nada.

—A mí tampoco —asintió Erich—. Alegrémonos de no tener que participar.

Para sus adentros sin embargo se extrañó de que su hermano se tomara el asunto tan bien. Bueno, Max no era demasiado deportista y la Educación Física siempre había sido para él un castigo; no obstante, pensaba que la exclusión de la fiesta juvenil le afectaría. Sin embargo Max se había encogido de hombros y había dicho que él prefería tener un día libre.

—Además —Erich señaló con el dedo hacia arriba, donde en el cielo azul, desde el norte, se acercaban unas nubes grises—, va a llover y su bonita fiesta va a quedar literalmente pasada por agua, ya lo verás.

Y así fue. Por la tarde, efectivamente, comenzó a llover. Pequeñas cascadas de agua caían por las ventanas y de repente el creciente ruido en la calle anunció que los participantes a la fiesta habían tenido que interrumpirla precipitadamente.

Por la noche, Helmut se acercó; de camino a su casa había llamado con fuerza a la puerta trasera y, sentados en el oscuro pasillo entre los cartones vacíos de la tienda de menaje, le contó a Erich el desarrollo de la fiesta.

—Cuando empezó a llover, corrían como los conejos. Gremm estaba dando un discurso desgarrador sobre lo de ser alemán y eso, y entonces empezaron a caer truenos y relámpagos. Muy apropiado... ¡Ah!, y una cosa más: en el partido de fútbol nos hemos caído con todo el equipo. Eliminados nada más empezar en la primera ronda. Kuhn estaba deprimido. ¡Contigo eso no habría pasado!

El siguiente Sabbat, el primero de julio, fue un día caluroso y seco. Erich y Max se habían ido por la tarde a nadar al Jagst, en el baño para chicos. Últimamente temían tener problemas también allí, así que habían inspeccionado antes bien todos los alrededores. Curiosamente no había mucha gente; al menos de los Jungvolk y las Juventudes Hitlerianas no había ni rastro.

—Se han ido hoy de campamento a Hohenloh —le contó Helmut, que se unió a ellos más tarde—. Por cierto, Kurt también ha ido.

—¿Ya se ha asociado? —preguntó Erich con el corazón en vilo.

—Aún no. Pero no tardará mucho, te lo digo yo. Su padre está continuamente dándole la paliza. Y hoy ha tenido que ir para ver de qué va todo eso.

Erich se dejó llevar flotando en las verdosas aguas. De vez en cuando sentía un leve y frío roce en las piernas, peces que nadaban sigilosamente entre los bañistas. Los alisos y los sauces yacían inmóviles en la orilla, untando sus ramas en el agua fresca, que reflejaba su imagen, y en el cielo no había ni una nube. Olía un poco a humedad, disfrazado por el aroma a paja y, a veces, incluso los alegres rayos del sol parecían tener su propio olor. Olía a verano. El chico recordaba los veranos pasados, que habían sido tan ligeros como él se sentía ahora en el agua, ligero y seguro, arropado en lo conocido. ¿Por qué uno no podía simplemente cercar su trozo de mundo de todo lo demás, tal como era antes y tal como lo había vuelto a encontrar ahora en la imagen de la serena corriente del Jagst, de los alisos y los sauces, en el olor del verano?

Por suerte pronto llegarían las vacaciones de verano y eso significaba Oedheim, la tía Mina y el tío Louis, otro trozo de su antiguo y conocido mundo. Y también significaba no tener colegio, ni a Gremm, ni a Kampmann. ¿Y después? El chico no quería pensar en eso, lo único que quería era dejarse llevar, ligero e ingrávido, en las frescas aguas del Jagst.

Por la noche, después de celebrar el final del Sabbat, el padre leyó, como de costumbre, el periódico en voz alta, y Max y Erich tuvieron que recoger la mesa y fregar, pero Erich remoloneaba mientras recogía la mesa para poner la oreja y enterarse de lo que hablaban sus padres. Muy pronto ya no podría leer su querido periódico, se quejaba Julius.

—A partir de hoy, ese periodicucho de pacotilla, o mejor dicho ese periódico cizañero de los nazis será, a todos los efectos, el periódico oficial —contó—. Bieg me ha contado en confianza que Gabele está recibiendo amenazas de su inminente detención. Anteayer, en la redacción de la Spitalstrasse, les rompieron las ventanas. Le llaman a eso «merecida justicia popular». ¡Pero todos saben quién ha sido!

El señor Gabele, del que hablaba el padre, era el redactor jefe del periódico al que los padres se habían suscrito hacía ya muchos años. Erich le conocía del Goldenen Kreuz, donde de vez en cuando se bebía su copita o pasaba a merendar, un hombre amable, con el que al padre le gustaba conversar. Dentro de poco, el periódico *Ipf-Zeitung* iba a ser prohibido, continuó contando el padre.

—¿Y sabes qué periódicos podremos comprar como único noticiero en todo Ellwangen? —el padre los enumeró con los dedos—: *Vólkischer Beobachter, Der SA-Mann, Die Brennnessel*, y no nos olvidemos de ese panfleto colgado en la fachada del zapatero, veneno puro todos ellos, cada cual peor que el otro.

A Erich, el señor Gabele le daba lástima; se acordó de su mujer y de los niños. Por suerte todavía eran pequeños; la mayor acababa de empezar el colegio, pero tal vez sí se enteraban de algo, del miedo de la madre, de las preocupaciones del padre. Mientras fregaba la vajilla también pensaba en que, hacía aproximadamente dos semanas, en el periódico del señor Gabele se había publicado una estadística sobre el colegio en la que por primera vez se destapaba la «procedencia de los alumnos», como se decía en él. Helmut se lo habla contado a su padre y éste después de comer habla buscado enseguida el periódico y había encontrado el artículo correspondiente. Ahí estaba, más claro que el agua, que entre el Colegio Mayor y el instituto había 339 alumnos y que de ellos «tres» eran «no arios». Lo había leído, más claro que el agua, «no arios», y naturalmente todos sabían que eran los chicos Levi. También se enteraba uno de que los no arios suponían el 0,5% de todos los alumnos, tal vez eso lo había hecho añadir el Dr. Kaiser, el Rex, porque ahora era importante que no hubiera muchos alumnos judíos en los colegios, como le había escrito el tío Ludwig a la madre, y también que en Pirmasens algunos colegios ya estaban rechazando a alumnos judíos. No era mucho, un 0,5%, y por el momento no iba a haber más.

Junto a Max, Erich contaba los días hasta que comenzaran las vacaciones de verano. Habían planeado pasar las tres últimas semanas en Oedheim y la primera mitad de las vacaciones en casa. Y eso significaba nada de madrugar, nada de deberes, nada de exámenes y, sobre todo, nada de vejaciones. Helmut también viajaría con sus padres en las últimas semanas a alguna parte del Mar del Norte, según le contó a Erich, y la forma en la que lo hizo hacía sospechar que no se alegraba mucho de ello.

—Podríamos hacer alguna excursión con las bicis o ir a bañarnos —propuso algo titubeante, y Erich por primera vez en mucho tiempo volvió a sentirse verdaderamente contento.

La perspectiva de pasar las vacaciones exclusivamente con Max y con Erwin no le hacía precisamente feliz. ¡Tal vez se podía parchear la

brecha en su amistad de alguna manera! Al preguntarle a Kurt sobre sus planes de vacaciones, éste no terminaba de soltar prenda: que todavía no sabía exactamente lo que querían hacer sus padres, que seguramente tendría que ir otra vez a casa de su madrina... Tampoco se mostró muy comunicativo cuando Helmut le sacó el tema del campamento del primer fin de semana de julio.

—Pronto le veremos vestido de uniforme, me apuesto lo que quieras —le había dicho Helmut a Erich.

Lo importante era que al menos aún no iba a participar en la gran marcha para la «bendición de los estandartes» anunciada en el periódico. Una gran muchedumbre llenó nuevamente las hileras de las calles entre la iglesia Wolfskirche y el pabellón de deportes, entre las que serpenteaba el gran desfile. Delante de la iglesia se había montado un escenario, ante el cual ondeaba un bosque de banderas, y Erich, que junto a Max y Erwin observaban el espectáculo a escondidas desde arriba, junto al cementerio, pensaba todo el rato en qué estandartes iban a ser bendecidos y en cómo se llevaría a cabo. La cuestión es que Kolbe, el voceras mayor, daba nuevamente uno de sus temidos discursos y sus frases marcadas tronaban por media ciudad acompañadas por los gritos entusiastas de «Heil Hitler».

—Quien no sea Nacional Socialista es nuestro enemigo y será arrollado —vociferaba—. ¡No hay sitio para la gente que se oponga al Movimiento!

—Gremm debería darle clases particulares, su dominio de la lengua alemana es horrible —susurró Helmut en su intento fallido por ser gracioso.

Erich zanjó ese comentario con una discreta sonrisa y se propuso llevarse de allí cuanto antes a Max, que no hacía más que tirarle asustado de la manga.

Aquella tarde, una tormenta desperdigó rápidamente la reunión. Julius, que miraba plácidamente por la ventana y observaba a los apresurados grupitos dirigiéndose a sus casas—dijo con una amplia sonrisa que «allí arriba» había alguien al que no le caían muy bien los nazis. Pero al domingo siguiente pasó lo mismo durante un encuentro de una festividad bien distinta, que en realidad le debería ser más afín a ese «Alguien de allí arriba».

Los insistentes repiques de las campanas de la iglesia despertaron a Erich y Max a primera hora de la mañana del domingo. Ellwangen celebraba sus setecientos años. Días antes ya se habían estado adornando todas las casas del centro de la ciudad con ramas de pino, por todas partes ondeaban banderas, también las rojas sangre con la cruz gamada. Por la noche, se dejó caer de repente un aguacero sobre la procesión de luces que serpenteaba hacia el monte Schonenberg y Max le preguntó a su padre por qué el supremo celestial se

comportaba también en esta ocasión tan poco amigable. Julius contestó con significativa seriedad:

—Posiblemente participen demasiados uniformes marrones y demasiadas banderas rojas. ¡Y demasiados hipócritas!

Por fin tuvo lugar la tan ansiada fiesta de fin de curso. Durante los días previos habían tenido casi exclusivamente clases de historia, pero no de la «normal». Gremm, Lafrentzy los demás se habían pasado horas y horas parafraseando sobre la guerra mundial, la «traición de Versalles» y la «liberación de la nación alemana». Brich, al que le hubiera gustado mucho más escuchar algo sobre la edad de piedra, que es lo que tendrían que haber dado normalmente, dejó que los actos cayeran sobre él sin participar en ello. Prefería pensar en las salidas que iba a organizar con Helmut y en si de verdad iban a poder visitar a Fanny en Stuttgart.

Durante la primera semana de las vacaciones, Helmut fue a recogerle con la bicicleta y propuso conducir Jagst arriba para bañarse en un lugar recóndito. Erich respiró aliviado, porque para sus adentros temía que el baño de chicos estuviera ahora más concurrido y le insultaran o cosas peores. Y tampoco se libraba del todo de la idea de que también Helmut pensaba lo mismo y que le quería proteger de ello. Aunque también podría ser que no quisiera que le vieran con él continuamente. Pero de eso no habló; había cosas que era mejor no hablar con su mejor amigo.

Marcharon por la mañana temprano. Erich se había llevado una abundante merienda y una jarra de té de menta, porque iban a pasar todo el día fuera. Iba a ser un día muy caluroso, a esas horas el calor ya caía entre las hileras de las casas como un cálido muro. Su madre había cerrado las contraventanas para dejar al sol en el exterior y, mientras el chico pedaleaba por el centro de la ciudad, comprobó que en las demás casas habían hecho lo mismo. Como si la ciudad hubiera cerrado los ojos y estuviera dormitando. Se veían pocas personas, y éstas se apresuraban por la calle para volver cuanto antes a sus frescas y oscuras habitaciones. Erich se acordó furtivamente del poema sobre la Alemania durmiente que habían leído con el viejo Wagner y le dio vueltas a la cabeza sobre el nombre del poeta, del que ya no se acordaba. Eso le hizo acordarse un instante de Wagner, quien por lo visto estaba viviendo ahora con su hija en Schwäbisch Gmünd. Sin falta, tenía que preguntarle luego a Helmut.

Se buscaron un lugar sombrío detrás del camino que llevaba a Schwabsberg. Aquí se estaba muy solitario y sólo de vez en cuando llegaban hasta ellos los altibajos del traqueteo de un coche o de un carruaje tirado por caballos.

Dejaron colgando los pies en el fresco Jagst y bebieron té. Después de un rato, Helmut se levantó y anunció que tenía que ir a

orinar, pero no tardó nada en volver corriendo. Lo primero que escuchó Erich fue su jadeante respiración, los pasos eran absorbidos por la tierna hierba de la orilla. Nada más ver aparecer a su amigo tras los sauces llorones junto al recodo del río, se dio cuenta enseguida de que algo había ocurrido. En los ojos de Helmut había una expresión que jamás había visto, su faz estaba blanca como la cal y cuando se encontró ante Erich, que se había levantado asustado de un brinco, no pudo hablar de inmediato.

—¡Ahí delante hay... algo!

—Helmut, por Dios, ¿qué ocurre?

—¡Ven conmigo! —Helmut le agarró de la manga. Poco a poco volvió a serenarse—. ¡No te asustes! Es una persona, creo que se ha ahogado.

Erich le miró petrificado. Las palabras no terminaban de llegar hasta él. Lo repitió mecánicamente:

—¿Ahogado?

—Sí, ven de una vez. Tenemos que hacer algo. Lo que sea.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Sí, claro —Helmut comenzó de nuevo a correr. Tras el recodo se detuvo de repente y señaló con el dedo a algo que flotaba en la orilla del río—. ¡Ahí! Pero no te acerques demasiado. No... no tiene buen aspecto.

Erich dio unos pasos hacia delante, hasta que sintió de pronto que le temblaban las piernas. ¡Ahí delante yacía un cadáver humano! Era una persona porque se distinguían inequívocamente los contornos. En la suave curva del río, donde se había ido acumulando arena, yacía el tronco del cuerpo, las piernas flotaban en el agua y las olas las movían suavemente. Como si una parte de él aún estuviera vivo, pensó el chico, y de repente se estremeció al ver el enjambre de moscas negras y gordas que se habían posado sobre la cara. Las moscas parecían molestas por su presencia y comenzaron a susurrar como locas y a volar en círculos por encima del muerto.

—¡Venga, vámonos de aquí! —Helmut agarró a Erich, que seguía petrificado.

—¿De verdad está muerto? —Erich observaba fascinado los suaves balanceos de las piernas—. Tal vez sólo esté desmayado.

Helmut le agarró con más fuerza y elevó el labio superior como si quisiera gruñir mostrando los dientes.

—Tío, ¿es que no lo hueles?

Ciertamente había un olor raro en el aire. Sin que se pudiera definir, se entremezclaba ahora con el conocido olor a verano. Olía a algo dulce, curiosamente extraño y a la vez familiar; cuando Fanny había cocinado caldo de carne olía parecido. De repente, a Erich se le revolvieron las tripas, tenía náuseas y no podía respirar.

Sin saber muy bien lo que hacían, los chicos echaron a correr, corrieron hacia sus bicicletas y ni siquiera recogieron sus cosas. Solo querían alejarse de allí, de ese olor, de ese cuerpo sin vida, de las moscas. Pedalearon de forma mecánica sin que se hubieran puesto previamente de acuerdo en la dirección. Poco antes de llegar al baño de chicos se toparon con Kóbele, un cazador curtido por las inclemencias del tiempo. Empujaba tranquilamente su bicicleta a lo largo del Jagst y miró con hostilidad a los dos chicos, que dejaron caer sus bicicletas sin más y contaron con frases en— t recortadas y casi sin aliento una historia muy extraña acerca de un cuerpo, de moscas y piernas nadando en el agua. Al principio no quería creerles, al fin y al cabo pertenecían al grupo de los «chicos sucios», por Levi, el hijo del judío del ganado. Pero finalmente se subió a su bicicleta y les ordenó a los dos que fueran por delante de él. Poco antes de llegar al recodo, saltaron de las bicis.

—Es ahí detrás, señor Kóbele —dijo Helmut y movió compulsivamente la cabeza al igual que Erich cuando Kóbele les gritó que fueran ellos por delante y le enseñaran el lugar exacto.

Por nada en el mundo querían volver a ver esa imagen, volver a percibir ese olor, que ahora ya subía hasta ellos. Los dos chicos se estremecieron, el viento parecía haber cambiado de dirección, porque ahora ya se percibía el olor incluso allí.

Al poco rato volvió Kóbele, él también estaba muy pálido, como se podía vislumbrar bajo el color moreno de su cara.

—Vosotros os quedáis aquí hasta que yo vuelva. Voy a ir a buscar al doctor y a la policía, y entonces tendréis que declarar —lo dijo en un tono tan amenazante que los chicos se quedaron allí anclados y no se atrevieron a apartarse un poco más del lugar, a apartarse de la peste y del sonido de las moscas.

Transcurrió un buen rato, a los chicos les pareció casi una eternidad, y por fin oyeron el traqueteo de un coche y luego otro que se dirigía hacia ellos. Varios hombres saltaron de los coches, entre los que reconocieron al policía local y al médico. Éstos no se entretuvieron con los chicos, sino que, guiados por Kóbele, marcharon directamente hacia la orilla del río. Más atrás apareció un carruaje tirado por caballos que se acercaba a una velocidad moderada y los chicos reconocieron con espanto que en la parte trasera portaba un ataúd.

—¿Quién ha encontrado el cadáver? —increpó rudamente Maier, el jefe de la policía local, a los chicos, que observaban cómo descargaban el ataúd.

Helmut levantó la mano. A trancas y barrancas le contó su excursión y cómo había encontrado el cuerpo. Le costaba decir «cadáver», era algo tan definitivo...

—Y ahora —Maier sacó una libreta—, nombre y dirección.

Cuando Helmut le indicó su dirección, asintió escuetamente. El apellido Noli era conocido. El tono de Maier se tornó un poco más amable.

—Bueno, señor Noli, es posible que tengamos que volver a hacerle algunas preguntas —Helmut asintió con la cabeza y Maier se dirigió a Erich.

Al oír el apellido de Levi, bajó el lápiz, le echó una mirada desconfiada con el ceño fruncido, y no dijo nada más. De repente llegó otro coche del que se apearon dos hombres vestidos con uniformes marrones. Erich conocía a uno de ellos. Era Hofer, el nuevo dirigente del grupo local de las NSDAP, desde que Kolbe hiciera carrera en Stuttgart. Maier y los demás se cuadraron ante él, hasta que Hofer le indicó a Maier con un movimiento de cabeza que se acercara a él. Erich escuchó frases entrecortadas, palabras sueltas, «...cadáver de hombre... ahogado..., judío Levi implicado...», y sintió cómo le rozaba una hostil mirada. De repente sintió calor y frío a intervalos. ¿Y si de alguna forma le implicaban en este asunto? Para la gente como Hofer, los judíos eran malvados y se les podía culpar de cualquier cosa. ¿A su edad se podía ir a la cárcel? En mitad de sus pensamientos se acercó el doctor Uhl, quien a pesar del tremendo calor que hacía vestía un traje negro, que no obstante y dadas las circunstancias parecía extrañamente apropiado.

—Probablemente se ha caído al Jagst. Estaría borracho. También ha podido ser un suicidio. Lleva en el agua al menos dos semanas. La corriente le habrá arrastrado hasta aquí debido a que el Jagst lleva poca agua.

—¿Pudo ser provocado? —dijo Hofer en tono rudo.

El doctor Uhl movió la cabeza negativamente.

—Yo lo descartaría. Era un hombre fuerte, un trabajador, alguien que no se deja empujar así como así al agua y luego se hunde sin más. Además, por lo que he podido observar, no tiene heridas.

Por un momento Hofer parecía decepcionado, luego dejó que Uhl se marchara, indicándoselo con su habitual movimiento de cabeza, y gritó a los chicos:

—¡Id a casa! Y permaneced localizables. Es probable que haya que haceros más preguntas.

Por la noche, Erich le pidió a su madre insistentemente que les permitiera adelantar el viaje a Oedheim.

—A lo mejor así podemos ir a Stuttgart a visitar a Fanny durante la última semana.

Melanie movió la cabeza negativamente.

—Fanny aún no ha contestado a mi última carta. No podemos atropellarla de ese modo. Y con la tía Mina y el tío Louis también

hemos fijado ya la visita y tampoco podemos cambiarlo a la brava. Erich, ¿qué te pasa?

Por nada en el mundo hubiera podido contar nada sobre el cadáver que flotaba en el agua, las moscas... ¡No, no en su casa! Sólo quería irse, alejarse de esa imagen, del olor. ¡Ahora ya no tenía casi ningún refugio! Incluso aquel pedacito de mundo que aún le pertenecía se había quebrado. Estaba en todas partes ese siniestro animal llamado miedo, y ahora incluso la muerte. Tal vez en otro lugar olvidaría esas imágenes, se desvanecerían y desaparecerían. Aquí únicamente le quedaba su hogar, las familiares paredes con los signos de sus vidas, las fotos, la pequeña mancha del sofá, el dibujo del papel pintado de la pared y la vitrina con los candelabros, el plato..., en fin, sus signos de identidad.

En la siguiente celebración del Sabbat, ayudó a su madre a poner la mesa. Como siempre, fue a por la vajilla buena, las servilletas de lino, colocó velas nuevas en el candelabro, tomó el plato y lo colocó en el centro sobre el paño bordado. Durante un momento observó el plato, como tantas veces antes. «No es más que un plato corriente, con colores aburridos, sin valor alguno», pensó Erich. «Y los ojos de Dios, ja, triángulos raros, eso es lo que son, nada más.»

Unos días después Julius le enseñó a su primogénito el periódico desplegado en el que ponía: «Recuperado del Jagst el cadáver de un hombre desconocido».

Erich asintió.

—Lo encontró Helmut. Avisamos a Kóbele y luego vino la policía. ¿Cómo sabes que...?

El padre volvió a doblar meticulosamente el periódico. Sin mirar a Erich dijo:

—Algo he oído por ahí. ¿Lo pasaste mal?

De nuevo Erich asintió.

—¿Y la policía?

—Preguntó cómo lo habíamos encontrado. Puede que también vengan aquí para interrogarme.

Curiosamente Julius no quiso indagar acerca de la razón por la que su hijo no le había contado nada. Pero sí dijo:

—No lo creo. En el periódico pone que ha sido un suicidio. También han averiguado quién era. Un oficial de un taller de los alrededores de Crailsheim.

El doctor Uhl tenía razón pues. Le hubiera gustado saber si ese hombre tenía familia, personas que ahora le estarían llorando. Pero su padre tampoco lo sabría. De pronto algo explotó en su interior:

—Papá, no me puedo quitar esa imagen de la cabeza, hasta evito dormir por miedo a tener pesadillas. Y en el Jagst tampoco me volveré a bañar, nunca más.

El padre posó una mano sobre su hombro.

—Lo entiendo muy bien. Por eso anoche mismo telefoneé a Oedheim. Puedes irte antes. Pasado mañana viajaremos a casa de los tíos. Mamá y yo también nos quedaremos dos días allí. Use ya está impaciente, me ha dicho que te dé muchos recuerdos. Por cierto, ahora tiene novio, me lo ha contado la tía Mina.

El carro traqueteaba por el empedrado, pasando por delante del majestuoso edificio del Colegio Mayor que se alzaba inalcanzable hacia el cielo. Max iba cabalgando sobre las maletas, como siempre que había que llevar o recoger a alguien de la estación. Pasando por delante de la caja negra con las ilustraciones de hombres con narices grandes y curvadas y los feos títulos que le saltaban a uno literalmente a la vista. Ante la puerta de la casa estaba el viejo zapatero. Al ver acercarse a la familia Levi escupió en los adoquines y miró de forma provocadora en su dirección. Los Levi no le prestaron atención, el carro traqueteó y por fin llegaron a la entrada de la estación, donde ya los estaba esperando Peter. Como los padres querían acompañar a sus hijos, él se encargaría de devolver el carro.

Profundas grietas

EL TÍO LOUIS ya estaba esperándolos ante la pequeña estación de Oedheim. Para celebrar el acontecimiento había enganchado dos caballos al tiro. Erich los reconoció enseguida: Rosi, una yegua castaña, y la fogosa Mali, cuyo pelaje negro brillaba maravillosamente al sol. Condujeron colina arriba hacia el pueblo, ya que la estación estaba un poco apartada, junto al rio Kocher. Aquí todo era más estrecho, pequeño y bajito que en Ellwangen, no había majestuosas residencias, sólo pequeñas casas con entramados de madera y puntiagudos tejados a dos aguas que se apretaban unas a otras. Pero a los chicos eso no les importaba, se alegraban de ello, porque eso también era un pedacito de hogar. Erich observaba atentamente los alrededores para advertir todos los cambios que se habían producido y contárselos enseguida a Max. En la pequeña plaza del mercado seguían las mismas familiares casas, viejas conocidas. Los nombres de los comercios se descascarillaban de la fachada como de costumbre y delante de la casa del «Maestro Pintor Johann Fuchs» dormitaba un gran gato blanquinegro al sol. Ante ellos se alzaba la iglesia gris, con sus majestuosas torres con sus cúpulas con forma de cebolla, pero enfrente, en diagonal, en el Ayuntamiento, ahí también colgaba ahora la bandera, roja sangre con la cruz gamada. Durante los siguientes días el chico se fue percatando de que incluso este paraíso, su paraíso de vacaciones, había sufrido grietas, profundas grietas.

A la mañana siguiente de su llegada fue con Max a buscar a los amigos de años anteriores. Otras veces habían estado ahí, como un clavo, pasando a recogerle nada más llegar el primer día para ir a bañarse al río, ir a construir presas o ir a jugar al escondite allá en el Castillo. Pero esta vez no vino ninguno. Un silencio sepulcral reinaba en el paso entre la casa y las cuadras, donde antes corrían los niños de la vecindad, entre risas y gritos, porque todos sabían que a la tía Mina no le gustaban esas carreras. Sólo de vez en cuando veía el pico de una falda o un trozo de coleta al vuelo de Lina y Marie, sus más antiguas amigas del lugar, y escuchaba sus cuchicheos y risitas.

—En algunos comercios ya ni nos atienden —contó la tía Mina el segundo día, cuando después de cenar se sentaron tranquilamente a charlar frente a una botella de vino Heilbronner.

Los padres asintieron, a ellos les ocurría lo mismo. Se intercambiaron historias sobre humillaciones y traición, historias amenazadoras, historias que daban miedo.

—En la junta municipal ya sólo hay nazis —contó Julius—, y al viejo alcalde le han mandado al diablo.

La tía Mina miraba fijamente sus entrelazadas manos que yacían sobre su regazo y preguntó preocupada:

—¡Si al menos supiéramos lo que podemos hacer! Los chicos no hacen más que escribir que nos marchemos de aquí, pero ¿qué voy a hacer yo en España o en América? Louis y yo nos estamos haciendo mayores, somos como dos viejos árboles que han echado profundas raíces. Cómo se nos va a poder trasplantar así como así.

Erich lo entendía muy bien. Él aún era joven, pensó, pero también tenía raíces: «A mí me dolería tener que irme de mi hogar, aunque nada sea ya como antes y ya no pertenezcamos a esto».

—Use ahora tiene novio, un cristiano —continuó contando el tío Louis—. Al principio estábamos tristes, Mina y yo, y algo preocupados. ¿Cómo iba esto a cuajar? ¿Y si Use se aparta de las creencias de sus padres...? ¡Pero ahora nos alegramos! Si Martín se casa con ella, será algo así como una protección para ella, ¿no? Aunque su familia está en contra. Pero Martín es un buen chico.

A Marta la iban a enviar a otra parte, siguieron contando. Marta era su asistenta, aunque para los Straussen era una hija más. A Erich siempre le recordaba un poco a Fanny, porque era guapa y alegre.

—Se irá a España, con Herta. Está esperando su segundo hijo y le vendrá bien tener ayuda. Queremos alejar a Marta de aquí, ya os podréis imaginar por qué. A vuestra Fanny le ocurrió algo parecido, ¿no?

Los padres de Erich se marcharon a la mañana siguiente y el muchacho se esforzó, a pesar de todo, en disfrutar las vacaciones y de animar a Max, que no hacía más que preguntar por los viejos amigos de juego. A menudo se montaban con el tío Louis en el carro tirado por caballos para viajar campo a través a visitar a los granjeros con los que hacia negocios. A él le iban las cosas un poco mejor que al padre. Un par de viejos clientes le seguían manteniendo la fidelidad, ¿pero por cuánto tiempo?

—Gracias a Dios que la tía y yo hemos ahorrado algo, y que pronto podré jubilarme. Pero todo lo demás... —dejó la frase en el aire, pero Erich sabia aun así a lo que se refería: todo lo demás... se mantenía incierto.

Los restantes días los pasó con Max junto al río Kocher. Lo hacía por su hermano, porque la orilla sembrada de alisos y sauces, y esa agua verdosa le recordaban al Jagst. A veces le entraba tal miedo que salía aterrado del agua, sobre todo cuando algún resbaladizo y frío cuerpo de un pez le rozaba. Entonces, Max se reía de él y gritaba: «¡Cobardica!, ¿le has cogido miedo al agua?», y le salpicaba. Erich se reía y le salpicaba también, reía mecánicamente, sin saber realmente lo que hacía. Por la noche, cuando Use volvía de su trabajo en Heilbronn, se sentaban en el salón a jugar al parchís o a la escoba o al

rabino. La mayoría de las veces dejaban que ganara Max, que se alegraba mucho y fingía no darse cuenta. A veces, también se unía a ellos Martín, el novio de Use, un apuesto joven, elegantemente vestido y con una atractiva perilla. Use y él bromeaban y tonteaban y Erich, que lo observaba todo con atención, se preguntaba qué podría llevar a dos personas adultas a comportarse como bobos.

Por la noche, mientras observaba el cielo, sentado sobré él poyo de la ventana porque no podía dormir, escuchó desde abajo risitas y susurros. Se inclinó hacia fuera reteniendo la respiración y vio a Use y Martín de pie delante de la puerta de entrada. El joven la acariciaba y se besaban apasionadamente. Erich miraba fijamente los cuerpos estrechamente entrelazados y sus caras, que parecían fundirse la una en la otra. De pronto sintió la expectación a algo que la vida le estaba reservando, algo desconocido, nuevo, profundamente atractivo. Pero también había envidia, envidia por la despreocupación de ese amor. «A Martin no parece importarle que ella sea judía», pensó. Se quieren, y eso es lo único que importa. De repente cayó en la cuenta de que no estaba bien que los observara. Se volvió a meter en la cama escuchando la respiración de Max. Desde la cercana iglesia se oían las contundentes campanadas que sonaban en periodos regulares y el chico las iba contando de forma mecánica. Allí estaba, tumbado, la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados e invocando una y otra vez la imagen de los amantes. En su fantasía, tomaba el puesto de Martín y la chica no tenía cara, intentó ponerle rasgos y atraparlos en sus sueños, hasta que finalmente se le desvanecieron.

Erich y Max volvieron a casa la última semana de agosto. Sus padres los recogieron de la estación y Erich se dio cuenta de que ambos tenían un aspecto fresco y descansado.

—Ay, si es que cuando no están nuestros dos traviesos chicos dándonos problemas... —el padre le dio cariñosamente con el dedo en la nariz, al hacer Erich un comentario al respecto.

De camino a casa, Julius le contó que habían intentado pasárselo lo mejor posible.

—Por las noches hemos vuelto a salir a dar una vuelta, casi como en los viejos tiempos, al Kreuz o al café Schimmel. Los Bieg y el viejo Schimmel se han alegrado mucho de vernos. Antes eran sus locales preferidos y los dueños de ambos habían mantenido una amistosa relación con la familia Levi incluso después de enero de 1933, a pesar de que el señor Schimmel había tenido problemas debido a su hospitalidad con esa «gentuza judía», según le contó el padre a Erich.

—Lleva ya mucho tiempo intentado que le concedan el permiso para la venta de bebidas alcohólicas —contaba Julius—. Acaba de recibir otro rechazo, con una indicación más o menos clara de que debería elegir mejor a su clientela.

—¿Y ahora qué va hacer?

—Dice que todos esos nazis mal nacidos pueden irse al diablo, que si es así, que no vende alcohol y ya está, pero que nosotros seguiremos siendo sus clientes. Y nuestro cuadro sigue colgado allí, en el local, ahora con más motivo que nunca, dice. Espero que no tenga aún más problemas.

El cuadro era una talla en madera que el señor Schimmel había mandado hacer hacía ya tiempo. Mostraba a Melanie y .Julius Levi, sus dos clientes habituales, y al sereno de Ellwangen, el señor Rathgeb, indicándoles que había llegado la hora de recoger, porque el padre había sido un verdadero juerguista, a menudo el último cliente del local, al que su mujer tenía que insistir delicadamente, porque no veía el momento de emprender el camino a casa. Un poco de esa picaresca que el cuadro había inmortalizado tan divinamente brillaba en sus ojos cuando le susurró a Erich al oído:

—Con concesión o sin ella, Bruno siempre tiene una buena botella preparada para nosotros.

Erich sonrió levemente:

—Más vale que no se deje pillar.

Julius se puso serio.

—Es una sensación extraña pensar que les estás causando problemas a los viejos amigos sólo por mantener el contacto con ellos. Pero le he dicho a tu madre que no nos vamos a dejar intimidar, si así fuera, dentro de poco ya no podríamos ir a ninguna parte. Bueno, mañana irás a ver al viejo Kugler para probarte tu traje. El otro día me encontré con él y me comentó que ya casi lo tenía terminado. Creo que has vuelto a crecer.

Efectivamente, el sastre Kugler tuvo que sacar las mangas y alargar un poco el pantalón. Cuando se lo probó, Erich se contempló sorprendido en el espejo. Con aquel traje se veía como un adulto y también el viejo Kugler hizo un comentario al respecto.

Las invitaciones para su *bar mitzvá* fueron enviadas y la madre rebuscó por la noche entre sus viejos libros de cocina para preparar un manjar digno de la ocasión.

—Erich, ¿qué te parece pato asado? ¿O deberíamos escoger mejor lomo de ternera relleno y acompañarlo con verduras, pasta y albóndigas de patata?

—Me da igual —gruñó Erich—. Por cierto, ¿ha contestado ya Fanny?

Suspirando, Melanie cerró un viejo y desgastado libro que ya había pertenecido a su abuela. *La cocina cashrut*[17] ponía con letras doradas en la portada, y en los márgenes del interior, a mano, habían añadido las mujeres de tres generaciones de los Süssel comentarios o añadiduras a las recetas. «Un día lo heredará tu esposa, o la de Max.

El primero que se case recibirá el libro», había dicho la madre en una ocasión.

—No, aún no —contestó Melanie en voz baja—. Seguramente tendrá mucho trabajo.

Después de las primeras cartas, sólo había llegado una postal que mostraba el viejo castillo de Stuttgart; luego, a pesar de que la madre le había escrito varias veces, ya no hubo señales de vida de Fanny. También Erich le había escrito una larga carta, que incluía saludos especiales escritos con la letra grande e insegura de Max, en la que la invitaba personalmente a su *bar mitzvá*, pero tampoco a eso había habido reacción alguna. Además, había otra cosa que inquietaba a Erich. Marta Bieg le había cuchicheado en confianza a la madre, durante una de sus compras, que Fanny ya había estado dos veces de visita en su casa en Neunheim. Por la noche, Melanie se lo había contado al padre y Erich había sido espía involuntario de esa conversación, porque la puerta del salón se había quedado entreabierta. Él se estaba poniendo los zapatos y al escuchar el nombre de Fanny se había incorporado y, manteniendo la respiración, había escuchado atentamente. Que no estaba muy contenta en casa de los Wolf, había continuado la madre contando y que quería buscarse otro trabajo. ¿Pero entonces por qué no pasa por aquí?, había pensado Erich en aquel momento.

Por lo visto, ahora la madre tampoco sabía muy bien qué decir.

—¿Y si padre sube a Neunheim y le pregunta a su familia por Fanny? —propuso Erich.

—Ay Erich, ¿de qué serviría? Tendremos paciencia. Ella es una muchacha joven, tal vez haya conocido allí a alguien.

—Aun así, no es propio de Fanny.

Pero el día de la *bar mitzvá* se acercaba sin que llegaran noticias de ella. Erich pensaba a menudo en el vestido nuevo que ella había dicho que se compraría expresamente para él y en su despedida, en la última mirada, en la ligera falda y sus rizos balanceándose. Así que ahora ella también ha salido zumbando de nuestras vidas, pensó, como tantos otros.

A primeros de septiembre comenzó el colegio y el grupo de Kampmann, al igual que muchos otros alumnos, se habían presentado vestidos de uniforme. Erich esperaba inquieto a Kurt, quien, sin embargo y para su alivio, apareció vestido completamente normal. En los recreos, los Jungvolk y las Juventudes Hitlerianas fanfarroneaban a voz en grito sobre el Día del Partido en Nürnberg al que habían asistido la pasada semana: que habían visto al Führer y que Heidt y Müller incluso habían estado a pocos metros de él, cuando éste pasó con el coche por delante de las entusiastas y jubilosas masas del partido. Ensalzaban las paradas, la música y todo... Sin querer, la

mirada de Erich se encontró con la de Kurt, sentado un poco apartado, pensativo y mordiendo malhumorado su bocadillo de embutido. No se habían vuelto a ver desde el comienzo de las vacaciones. Erich inspiró profundamente y recorrió decidido los pocos pasos hasta él.

—Bueno, ¿qué has hecho todo este tiempo? —preguntó exageradamente alegre.

Kurt no contestó enseguida. Como ausente miraba su mordisqueado pan de centeno y acabó envolviéndolo de nuevo en el papel.

—Es mejor que te lo diga ya. Me he incorporado a las Juventudes Hitlerianas. Mejor dicho, en los Jungvolk, porque en las Juventudes entraré cuando cumpla los catorce —evitó mirar a Erich mientras pronunciaba aquellas palabras.

Durante un momento muy largo hubo silencio entre ellos, un silencio agobiante que Kurt parecía no poder soportar más, porque de repente comenzó a hablar, se le trababa la lengua, buscaba las palabras adecuadas, que luego escupía casi sin respirar: que ya no había podido soportar más la presión de su padre, que qué importancia tenía, que era mejor que entre ésos también hubiera algunos sensatos, que tampoco era para tanto, bueno, sí, Kampmann y Grimminger eran unos fanáticos que podían crisparle a uno los nervios, pero que también había otros...

Erich no comprendía lo que el amigo intentaba decirle. De repente Kurt se calló, se había hecho un lío con la última frase, diciendo que también había otros. ¿Qué otros?, pensó Erich, ¿de qué manera son diferentes?

De pronto se les acercó Kampmann. Erich escuchó su vociferante voz como de lejos.

—¡Levi, veo que estás molestando a nuestros amigos durante el recreo!

Erich no contestó. Le pasó por la cabeza que Kurt no llevaba uniforme. Tenía que preguntarle enseguida por qué no lo llevaba; tal vez eso signifique algo, tal vez sólo se había incorporado a prueba, tal vez aún se podía remediar... Pero entonces sintió cómo le agarraban por la camisa, con tanta fuerza, que se le saltaron dos botones. La cara de Kampmann apareció ante la suya de forma que podía sentir su aliento, olía un poco a cebolla, no era desagradable, pero sí olía ligeramente a cebolla.

Erich se acordó del verso de un libro que antiguamente solía ojear a menudo con su madre. El autor era Wilhelm Busch y, justamente después de la tan querida historia de Max y Moritz, había ilustraciones en las que estaba dibujado el alfabeto, y una de esas ilustraciones mostraba a un hombre muy feo con la nariz curvada, que se asemejaba mucho a los hombres de la caja que colgaba ante la casa

del viejo Schubert y también había un verso que la madre nunca leía. Ella siempre había pasado rápido esa página. Más tarde, cuando ya sabía leer por sí mismo, había descifrado el verso, pero no lo entendió: «La cebolla, alimento de judío es». De eso se acordaba ahora el chico, al oler el aliento de Kampmann, olor a cebolla, pero no desagradable.

—La cebolla, alimento de judío es.

—Levi, tú no abres la boca hasta que yo no te lo permita, ¿entendido?

Erich escuchó a su lado la silenciosa y algo cansada voz de Kurt.

—Déjale, si no ha hecho nada.

Kampmann no le prestó atención. Entre tanto, los demás habían formado un círculo a su alrededor, eran básicamente alumnos vestidos con uniforme, algunos incluso de las clases superiores, los demás se mantenían apartados y cuchicheaban nerviosos. Kampmann seguía sujetando a Erich por la pechera. ¿Dónde estaba el profesor de guardia? ¿A quién le tocaba hoy estar de guardia en el recreo?

Grimminger entró en el círculo, Grimminger, el Führer de las Juventudes Hitlerianas, y furtivamente Erich se acordó de pronto del viejo Fetzer.

—Este mierda de judío está molestando a nuestros amigos —bufó Kampmann en dirección a Grimminger sin esperar a que éste preguntara.

—Vaya, vaya —Grimminger se plantó ante ellos dos con los brazos en jarras.

Luego le dio a Erich un puñetazo en el estómago de forma que se dobló hacia delante. Kampmann le soltó y el chico cayó sobre el asfalto donde se quedó tirado retorciéndose.

—Eso ha sido por lo de hoy, y por cada motivo habrá un golpe más, no lo olvides, cerdo judío. Por cierto, ¿dónde están los demás?, hay dos más de esta calaña, ¿no?

La mirada de Grimminger sobrevoló buscando a su alrededor. Erwin, que se había escondido detrás de Reger y los demás, fue acercado a rastras entre alaridos hacia él.

De repente Helmut se interpuso entre ellos.

—Grimminger, ya basta.

Éste le dirigió una mirada de mofa.

—Será mejor para ti que no vuelvas a meterte donde no te llaman, de lo contrario tú serás el siguiente. Y dirigiéndose a Erwin, que seguía revolviéndose intentando liberarse de las implacables garras de quienes lo sujetaban—dijo—: Por última vez, en los recreos estad juntos y sin mezclaros. Ningún alemán decente quiere tener que ver con los de vuestra calaña —recalcó lo de «alemán decente»—. El que no se atenga a ello tendrá que asumir las consecuencias, ¿entendido? Y vosotros dos tenedlo muy presente, por cada vez que

molestéis, habrá un golpe más.

Erich, que seguía luchando contra las asfixiantes náuseas, se levantó con mucho esfuerzo. Cuando se hubo incorporado le pareció por un instante como si los demás hubiesen reculado un paso atrás. Se tambaleaba un poco y buscó con la mirada por el patio. ¿Dónde estaba Max? Si por lo menos dejaran en paz a Max... Gracias a Dios, ahí estaba, al otro lado del patio, y Grimminger parecía haberse olvidado de él, porque se giró y volvió con sus compañeros. Desde alguna parte muy lejana se escuchó el timbre del recreo y Erich se arrastró escaleras arriba, acompañado por Erwin y Helmut.

—Adelántate tú, que si no tendrás problemas —le dijo jadeando a Helmut, pero éste movió la cabeza.

A lo lejos Erich reconoció a Lafrentz que paseaba tranquilamente tras los últimos grupos de alumnos hacia la entrada. Lafrentz era el que tenía la guardia en el recreo, y no había hecho nada, aunque no era de extrañar. Después de la última clase, todos los compañeros de aula pasaron rápidamente por su lado y por el de Erwin mirando hacia otro lado. Las clases que habían tenido después del recreo, Erich las había vivido como a través de un muro de niebla, un muro de dolor y vergüenza. Ni siquiera los venenosos comentarios de Gremm lograron traspasar ese muro de niebla. Él, que normalmente ignoraba sistemáticamente los intentos de Erich por participar, hoy le había nombrado varias veces y Erich se levantaba con mucho esfuerzo colocándose al lado del pupitre y siempre repetía apático la misma frase:

—No lo sé, señor catedrático —luego se volvía a sentar en su sitio.

Desde el fondo se escuchaban las silenciosas risas de burla, pero curiosamente él tan sólo oía siempre la misma frase en su cabeza: «La cebolla, alimento de judío es»; y veía a Kampmann ante sí, Kampmann con la boca abierta de par en par.

Al pie de la escalera esperó a Kurt y, sin prestar atención a las furiosas miradas o a las aterradas caras de los demás, le agarró de la manga y soltó con voz ronca su pregunta:

—¿Por qué no llevas uniforme?

Kurt se quedó por un momento petrificado, luego agarró la muñeca de Erich y la apartó bruscamente. Movió la cabeza y echó a correr a través de la Plaza Colegial como si alguien le estuviera persiguiendo.

«Otro que sale de mi vida», pensó el chico, y se arrastró hasta la casa de sus padres, al cobijo del oscuro rellano y de los familiares sonidos.

Los siguientes días demostraron que las amenazas de Grimminger y Kampmann habían sido efectivas. Durante los recreos, Erich y Erwin

estaban solos, al principio observados con timidez y miedo, pero más tarde fueron ignorados por completo. Únicamente Helmut se ponía al principio junto a ellos, hasta que un día Grimminger y unos cuantos más de los cursos superiores, tipos grandes y fuertes, se plantaron ante él y le amenazaron.

—De qué va a servir si también te apalean a ti, es mejor que te mantengas alejado de nosotros —le pidió Erich casi suplicando.

Habían vuelto a quedar y estaban sentados al pie de un gran roble. Desde este sitio tenían unas amplias vistas de la ciudad y de los bosques que la rodean. Últimamente, éste se había convertido en su refugio ya que los demás compañeros de juegos evitaban el lugar y a las riberas del Jagst no querían ir. El recuerdo del cadáver, asomando entre el agua, de las moscas y del olor estaba aún demasiado reciente.

—No me entra en la cabeza que Kampmann y Grimminger puedan decidir dónde colocarse en el recreo. ¿Y si tu padre...?

—¡Olvídalo, Helmut! —Erich recuperaba el recuerdo de ¡a curvada figura del padre, el paso cansado y la cara desencajada de cuando volvió de hablar con el Rex, impotente y humillado, aquel día, cuando Gremm le había intimidado—. Ya no podemos hacerles frente. Gremm y los demás le contarían al Rex cualquier mentira sobre que nosotros molestamos a los demás y eso. Además, tú ya sabes que Kaiser tiene miedo. Sólo tienes que escuchar sus discursos.

Helmut se calló. Ahí estaba, sentado con las piernas encogidas, la cabeza apoyada sobre las rodillas. Después de un rato dijo en voz tan baja que Erich apenas pudo entenderle:

—Mi padre y sobre todo mi madre me han pedido insistentemente que no me muestre contigo en público. Al parecer ha habido avisos concretos al respecto.

Erich se dejó caer de espaldas en la hierba, que a esas alturas del verano ya olía un poco a paja. Las coronas de los árboles sobre él lucían en tonos dorados bajo los rayos del sol de septiembre. Se quedó tumbado inmóvil, de vez en cuando traspasaba un rayo de luz las hojas y rozaba su cara, entonces cerraba los ojos. Ése era el momento que tanto había temido.

«Menos mal que no le he invitado a mi *bar mitzvá*», pensó Erich. «Al final todo ha ocurrido como yo pensaba. Ahora también se marcha Helmut...» De repente se dio cuenta de que su amigo había seguido hablando.

—Perdona, no te he entendido —Erich se giró tumbándose boca abajo y comenzó metódicamente a arrancar la hierba y a trocearla.

—Decía, que mi padre debe tener muchísimo cuidado. Los nazis le tienen fichado. Ya sabes que, como antiguo centrista, no es precisamente uno de los suyos. Y nunca ha tenido pelos en la lengua. Ayer por la mañana llamaron a la puerta y mi madre casi se vuelve

loca. Pensábamos que ya venían a buscarle para llevarle a prisión preventiva. Pero gracias a Dios sólo era el carbonero, ¡menudo chiste! El despacho tampoco va tan bien. Cantidad de clientes se han echado atrás. En estos momentos no es muy recomendable ser defendido por Noli —Helmut intentó sonreír, pero parecía que fuera a echarse a llorar de un momento a otro.

—Y que el hijo de Noli sea amigo del hijo del judío Levi

—Sí, complica aún más la situación. Por favor, Erich, intenta comprenderme.

Los chicos evitaron mirarse. De repente un muro de silencio se interpuso entre ellos. Ninguno de los dos sabía qué hacer, querían decir algo, pero no sabían el qué. Después de un rato Helmut rompió ese silencio opresor y su voz sonó desesperada:

—De verdad que no sé cómo va a acabar esto. Maldita sea, tengo un miedo espantoso, Erich. Miedo por mi padre, por ti, miedo a lo que está por venir. Mi tío abuelo Hertwig dijo el otro día que está «gobernando la chusma», y tiene razón. ¡Jo, Erich, estoy muerto de miedo!

Erich jamás había visto así a su amigo. De buena gana le habría abrazado, pero eso no podía ser, ya eran casi dos hombres. Se incorporó y dijo casi para sí mismo:

—El otro día mi madre dijo que deberíamos irnos de Alemania.

Helmut se le quedó mirando fijamente.

—¿Adónde?

Erich se encogió de hombros. Comenzó a esparcir las hierbas arrancadas en círculo a su alrededor.

—No sé. Tal vez América. Allí ya tenemos parientes.

De repente volvió a ver a la madre ante sí, tan indefensa y ensimismada sentada sobre la silla de la cocina. Escuchó de nuevo cómo hablaba de marcharse, y pensó en lo furioso que él se había puesto. ¡Cómo podía siquiera pensar algo así! ¡Aquí estaba su hogar! Su hogar... Corrió hacia la cima del monte Kugelberg y miró fijamente abajo, a la ciudad. Estaba de pie y contemplaba incesantemente las iglesias, las reducidas casas y el majestuoso cuadrado del castillo de allí arriba, sobre el monte de enfrente. Sintió que tenía que memorizar esa imagen en su alma y en su corazón. Entre tanto Helmut se había acercado a él y juntos comenzaron a bajar en silencio por el camino. Junto al Jagst se detuvieron un instante.

—Te acuerdas... —comenzó Helmut y Erich le interrumpió en mitad de la frase,

—Pienso constantemente en ello. La forma en que estaba ahí tirado. Creo que jamás volveré a poder bañarme en el Jagst.

Helmut asintió.

—A veces sueño con ello.

Yo también.

Al final la policía no volvió. Mi padre se informó. Al parecer fue un suicidio.

Mi padre también me lo contó. Venía en el periódico. Era un oficial de un taller.

—¿Qué le ocurriría?

Los chicos se miraron mutuamente durante un instante, luego Helmut preguntó:

—¿Puedes entenderlo?

—¿El qué?

—Qué alguien haga algo así.

Erich lo meditó durante un momento.

—Aún no había pensado en ello, pero creo que sí.

A su derecha yacía ante ellos la ciudad, las primeras casas se elevaban tras los arbustos de la ribera e instintivamente los dos se detuvieron. Se miraron durante un instante y luego Helmut dijo con voz ronca:

—Podríamos vemos a escondidas, ¿tú qué dices?

Erich movió levemente la cabeza.

—¿Y si alguien nos ve, Kóberle o alguno de nuestra clase?

—Nos podemos haber encontrado por casualidad...

—Eso no se lo va a creer nadie.

—Aun así, Erich. Tenemos que encontrar alguna forma.

Él no era tan optimista como su amigo. Pero tal vez había que agarrarse a algo, aunque fuera una esperanza vana y testaruda. Se despidieron como siempre, como si no hubiera ocurrido nada. En cualquier caso, mañana se volverían a ver en el colegio.

Bar mitzvá

HABÍA llegado el otoño. En los locales de la ciudad se celebraba el santo del patrón y los taberneros anunciaban que ese día había *metzelsuppe*[18] y *hitzkuchen*[19]. Los padres continuaban yendo alguna que otra vez al café Schimmel o al Golde— ne Kreuz, aunque las visitas eran mucho menos frecuentes, ya que la madre hablaba cada vez más a menudo de tener cargo de conciencia, porque no quería causar problemas a los dueños y amigos. Intentaban, dentro de lo posible, salvar un pedacito de normalidad en el día a día que cada vez se ponía más difícil. En los periódicos se acumulaban los ataques más o menos directos contra el «maligno espíritu judío».

Ahora Erich se adelantaba por las mañanas a leer a escondidas el periódico antes del desayuno y además pasaba diariamente por delante de la vitrina de la redacción de la Oberamtsstrasse, donde exponían el periódico del partido, para echar una ojeada rápida a los artículos, con la bicicleta apoyada contra la pared. Los textos estaban todos cortados por el mismo patrón: historias de comerciantes judíos que habían engañado a sus clientes. Se explotó ampliamente el hecho de un tratante de ganado de Oberdorf, que había vendido a un ganadero del lugar un toro que estaba ciego de un ojo. Como había dicho el padre, en todas partes cuecen habas. Además, incluso a un experimentado tratante de ganado le podía ocurrir haber proporcionado un animal que no estuviera del todo sano. Pero el periódico insistía en estas historias para después añadir oscuras amenazas como coletilla, y así fue cómo Erich un día tuvo que leer que «el tema de los judíos era una cuestión de supervivencia de Alemania». El artículo rebosaba expresiones rebuscadas y Erich memorice algunas; por ejemplo se decía que el «espíritu alemán» estaba siendo «víctima de una dominación antialemana, usurera y capitalista». Sin entender realmente lo que aquello significaba, constató con preocupación que el tono era cada vez más subido y venenoso, y en su cabeza escuchaba una y otra vez la voz contenida de Helmut, «Tengo miedo, Erich», y veía a su madre sentada sobre la silla de la cocina, hablando de irse de Alemania. Pero a pesar de todo, intentaba mostrarse ilusionado por su cercana *bar mitzvá*. La madre y la tía Lea se estaban esforzando tanto con todos los preparativos.

El martes por la mañana, el tres de octubre, día de su cumpleaños, se encontró en el centro de la mesa con una tarta enorme con catorce velas, era la fantástica tarta de avellanas de la madre, que únicamente hacia para ocasiones muy especiales. La mesa de cumpleaños resultó más humilde que en años anteriores, pero

tampoco esperaba otra cosa. Había calcetines nuevos hechos de punto y un jersey gris y blanco con dibujo noruego, chocolate y un sobre con dinero de la abuela Babette y un libro de parte de Max, con las letras doradas en el lomo de piel. *Mitología alemana sobre héroes*, leyó Erich y tuvo que tragar saliva.

—Lo he comprado con mis ahorros —Max se veía visiblemente orgulloso—. Como te gustaba tanto leerlas y el viejo libro se rompió...

Además de la abuela, vinieron a merendar por la tarde también la tía Lea, el tío Sigmund y Erwin, que tendría cumpleaños dos días después. Se evitaron las conversaciones sobre política y todos los temas que tanto les preocupaban. Ese día pertenecía a Erich y debía ser lo más alegre posible, a pesar de las preocupaciones.

El sábado por la mañana, el día de su *bar mitzvá*, Erich se despertó temprano. Durante un rato se quedó inmóvil tendido en la cama, observando el estrecho y cada vez más luminoso rectángulo que los rayos del sol dibujaban en el suelo al entrar por la rendija de las cortinas cerradas. Ese primer sábado de octubre, el día de su *bar mitzvá*, iba a ser un día soleado, sin lluvia. Del armario colgaba su traje, especialmente confeccionado por el señor Kugler para este evento. Su aspecto era elegante y festivo, y en la última prueba, cuando el señor Kugler le colocó ante el gran espejo de pared, Erich no se había reconocido a sí mismo.

—Ahora parece usted un distinguido caballero —dijo orgulloso el sastre—. Le sienta como un guante.

El señor Kugler le había tratado de «usted», un efecto seguramente provocado por el traje. Ya era un hombre, al menos según las normas de su fe. El traje había sido entregado puntualmente, justo antes de la festiva cena del comienzo del Sabbat que tuvo lugar en casa del tío Sigmund y la tía Lea. A cambio, la comida de celebración de la *bar mitzvá* iba a tener lugar en casa de Julius y Melanie. Por la tarde habían juntado todas las mesas disponibles en el salón, ya que iba a haber un gran banquete. Todos los familiares habían venido: la tía Mina y el tío Louis con Use, la tía Betti y el tío Sansón desde Ulm, los dos tíos por parte de los Süssel desde Pirmasens y Eickel Wanne y los parientes de la tía Lea desde Markelsheim. Trajeron muchas cajas de vino que ahora se apilaban en el cuarto de baño. Las botellas de vino blanco las había colocado el padre dentro de la bañera, que iba rellenando continuamente con agua fría. Y, naturalmente, también estaba la abuela Babette, vestida como siempre de seda negra, cuyo sonido al andar siempre le había parecido que le daba un toque de distinción.

Cautelosamente salió de la cama y se dirigió al cuarto de baño, cuyo paso no sólo estaba cortado por las cajas de vino, sino también por bandejas con carpas en adobo, canapés y finísimas lonchas de

asado. Con cuidado se abrió paso hasta el espejo y allí se miró largo y tendido. Vio una cara estrecha con las inequívocas orejas de los Levi, silgo separadas de la cabeza, aunque no tanto como las del padre o las de Max. Lo más bonito en él eran sus ojos, juzgó el chico en un acto de autocrítica, grandes ojos castaños, y también su cabello espeso y oscuro que mojó para hacerse una raya perfecta y luego peinarlo ladeado hacia atrás. Cómo solía decirle siempre Fanny, era el chico más vanidoso que conocía.

¡A propósito de Fanny! Anteayer había llegado una carta; en realidad había sido sólo una cartita, unas pocas líneas escritas de mala manera, como si la redactora tuviera mucha prisa o como si hubiera querido escribir la carta sin que nadie lo descubra. No, ella no podía venir, ponía en la carta, sin especificar ninguna razón en concreto, y que lo sentía mucho. Junto a la carta había adjuntado una docena de pañuelos blancos en los que había bordado las letras «E.L.». La madre había acogido la negativa sin comentarios, tachando el nombre de Fanny de la lista de invitados con pulso firme. Y a la preocupada pregunta de Max de «¿Y por qué no viene?», ella tan sólo había respondido «no sé», aunque luego había añadido: «Será mejor que no contemos con que nos visite por ahora».

«Con esto parece que se cierra también este capítulo», pensó el chico mientras se ponía la camisa blanca que la madre le acababa de comprar. ¡Pero Fanny, su Fanny...! ¿También ella tendría miedo, como los demás? Se metió en el pantalón y la americana y volvió a inspeccionarse en el espejo. Ahora parecía realmente un adulto o *casi* adulto, se corrigió a sí mismo. Sobre su labio superior se había formado últimamente una oscura pe— lusilla que, no obstante, crecía más bien penosamente, como comprobaba una y otra vez de forma crítica. Además, nunca sería tan alto como Kampmann, y eso que en los últimos meses había vuelto a crecer. Pero de forma global estaba satisfecho, el traje nuevo le sentaba como un guante y por un día él sería un honor para su familia.

Poco a poco iba entrando vida en la vivienda. La madre avivaba el fuego de la cocina y llamaba a Max. Desde la antigua habitación de Fanny, en la que ahora estaban ubicados la tía Mina y el tío Louis, se escuchaba el chirrido de las puertas del armario y alguien llamaba suavemente a la puerta del cuarto de baño. Era el padre.

—¿Puedo entrar? —contempló detenidamente a su hijo—. Vaya, estás estupendo, muy elegante. Bueno, siempre has sido un chico vanidoso. Ya sólo te falta la corbata —dijo, entregándole a Erich una corbata de seda de color claro.

—Gracias, padre. Pero ahora también vas a tener que enseñarme cómo se ata un chisme de éstos. Al fin y al cabo, a partir de hoy, ya soy adulto.

Julius le amenazó con el dedo.

—Para eso aún te falta un trecho, pero tienes razón, ahora voy a tener que enseñarte cómo se anuda una corbata. Aunque no vas a tener muchas oportunidades de llevar algo así. Anda ven aquí —le colocó a Erich la corbata alrededor del cuello y, ante el espejo, le fue explicando minuciosamente todos los pasos—: Mira, coges este lado y lo cruzas; no, éste de aquí, y el otro lo pasas así, por aquí.

Erich se movía impaciente, pero por fin habían acabado y padre e hijo se contemplaron con semblante serio en el espejo.

—No está mal, hijo mío, estás muy guapo —entonces, Julius giró a su hijo hacia sí cogiéndole de los hombros y durante un instante le miró seriamente a los ojos—. Escucha, Erich. Cuando hace años hablábamos sobre lo orgullosos que estaríamos tu madre y yo cuando celebrásemos la *bar mitzvá* de nuestros hijos, no pensamos ni por asomo que celebraríamos esta fiesta en estas circunstancias. Ya sabes a lo que me refiero. Y vosotros, los jóvenes, tú especialmente, os estáis enterando de tantas cosas, tenéis que soportar tantas cosas. Eso es lo que más nos duele, sobre todo a tu madre. ¿Pero recuerdas lo que te dije en primavera, cuando todo comenzó? ¿Cuándo íbamos a las cuadras?

Erich asintió e intentó desesperadamente retener las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos.

—No permitiremos que nos hundan. Y nuestro orgullo y nuestro honor no nos los van a arrebatar, ¿Lo oyes, Erich?

«¡Ay, padre!, tantas cosas nos han arrebatado ya, incluso los amigos, y a Fanny..., tantas cosas perdidas», pensó el chico. «Ya sólo quedan la esperanza y unos cuantos sueños.» Pero eso no se lo podía decir al padre, que le miraba con insistencia, casi implorando; el padre, que parecía agarrarse a esa convicción como a un clavo ardiendo.

—Sí, padre —contestó el chico, e inspiró profundamente—. Te prometo que tendré tus palabras siempre presentes.

—Bien —dijo Julius, y besó a su hijo en la frente—. Ah, te deseo todo lo mejor para tu gran día. Hijo mío, estamos muy orgullosos de ti.

Después del desayuno subieron todos por la Bergstrasse hacia la sala de oración. Era una pequeña y solemne comitiva, los hombres en sus trajes negros y sus blancos y almidonados cuellos, las mujeres, con elegantes abrigos con altos cuellos de piel, los sombreros colocados hacia la frente según la moda. Erich descubrió con orgullo que la que mejor iba, por supuesto junto a Use, era su madre. Aunque vestía traje y abrigo del año pasado, pues no había dinero para ropa nueva, estaba preciosa, esbelta y alta, con su cabello minuciosamente peinado, castaño, como el de Erich. Él mismo encabezaba junto a Envin la

pequeña comitiva, seguidos por la abuela, que caminaba muy dignamente del brazo del tío Sigmund, el hijo mayor.

Algunos viandantes se detenían y cuchicheaban en voz baja, pero la mayoría pasaba rápidamente de largo apartando la mirada. Delante del bar de la estación había un grupo de camisas marrones que al parecer iban a tomar unas copas. Les gritaban con desvergüenza, armando bulla tras el pequeño grupo. Erich vio bocas abiertas, desfiguradas bocas sonrientes y burlonas, manos señalándoles, risas, palabras que no quería entender. Extrañamente, mientras continuaba andando de forma mecánica, se acordaba una y otra vez de la misma frase, resonando en sus oídos, el recuerdo de su infancia, cuando la frase aún contenía una inocencia basada en la ignorancia del niño: «La cebolla, alimento de judío es».

«Ahora lo entiendo», pensó. «Para ellos somos basura, simple basura, devoradores de cebolla, malolientes», y miró temeroso las caras de la abuela, del padre, de la madre y de los demás, que seguían caminando. Sólo el tío Sansón hizo amago de *orarse* con el puño en alto, pero la tía Betti tiraba de él. Max volvía una y otra vez la cabeza y parecía querer preguntar algo a la madre, pero Melanie le sujetaba fuertemente su mano y también tiraba de él. Así llegaron arriba, a la Bergstrasse.

El rabino, el Dr. Berlinger, que había venido expresamente desde Schwäbisch Hall, y el cantor ya los esperaban y los recibieron en el umbral de la puerta. Todas las familias judías de Ellwangen habían venido, los Heinrich, los Neuburger, sí, incluso el viejo Neuburger había venido, apoyado sobre su bastón, la cabeza temblorosa. Era una pequeña comitiva, pero todos hacían piña para él y para Erwin, los dos miembros más jóvenes de la comunidad, su esperanza. Como había dicho siempre el viejo señor Neuburger, gracias a ellos las cosas iban a mejorar en la comunidad, incapaz de reunir un *minián* y siempre dependiendo de invitados de fuera. De repente, Erich sintió que todo estaba bien, al menos en esta parte de su mundo, donde pertenecían los unos a los otros y se respetaban y se alegraban conjuntamente. La madre había adornado con la tía Lea la sala de oraciones con ramas y flores tardías de verano cuyo dulce y pesado olor impregnaba la sala como un recuerdo lejano.

Luego fue llamado primero Erich, por ser el mayor, a acercarse al *bima*[20], donde yacía la Torá enrollada. Mientras caminaba lentamente, con mucho cuidado y piernas temblorosas, sentía las miradas de la familia en su espalda. Ahora, sobre todo no cometer ningún error, no enredarse ni equivocarse al hablar. Lenta y solemnemente leyó en voz alta el apartado semanal, escuchó sus palabras haciendo eco en la sala:

«Al comienzo, Dios creó el cielo
y la tierra, y la tierra era árida y desértica
y la oscuridad yacía sobre la superficie del abismo y el espíritu de Dios flotaba sobre la superficie
de las aguas...»

Le conmovió de forma extraña que su texto fuera precisamente el comienzo de la Biblia, la narración sobre la creación de la tierra, como extraño era también que la última frase coincidiera exactamente con la inscripción de su plato de Sabbat: «Y de la noche y la mañana se hizo el sexto día.»

Cuando tras su lectura se volvió a incorporar para volver a su sitio, lentamente, para saborear al máximo ese momento, el rabino asintió amablemente con la cabeza. Vio el orgullo en las caras del padre y de la madre, vio los labios de Use que suavemente le lanzaron un beso, vio la sonrisa del tío Louis y a la tía Mina limpiándose disimuladamente una lágrima de los ojos. Y también vio a su hermano Max mirándole con admiración y al señor Neuburger, que afirmaba con la cabeza transmitiéndole sus buenos deseos. Ya era mayor, pertenecía de veras a ellos, se sentía orgulloso y, por unos momentos, feliz, él, Erich Levi, miembro de la comunidad judía de Ellwangen; entonces dejó de pensar en el mundo que había allí fuera, al otro lado de la puerta de la pequeña sala de oraciones.

Después de que Erwin y él recibieran las felicitaciones de la comunidad y los sobres con las tarjetas y el dinero de regalo, volvieron a casa. En el piso olía de forma muy prometedora. Marta Bieg estaba trasteando en la cocina con la cara encendida, se había traído a una de las vendedoras como ayudante, que estaba colocando en ese instante un gran caldero con sopa solire el fogón. Al principio Melanie no quiso aceptar su ofrecimiento.

—Marta, no queremos que tengas problemas... —pero Marta denegó cualquier oposición y además se encargó de que Eli, su mejor ayudanta tuviera que ayudarla. —¿Y si ella no quiere? —había preguntado la madre dubitativa, pero Marta tampoco aceptó esos miramientos.

—Va a tener que querer, de eso ya me encargaré yo —y en efecto, Eli no parecía muy contenta de que la hubieran obligado a ayudar «en casa de los judíos» y la reverencia ante Melanie y los demás durante el saludo fue más bien reticente; sin embargo Marta estaba contenta, pellizcó a Erich y a Erwin en la mejilla y preguntó bromeando si ahora había que hablarles de usted.

Erich se echó a reír por compromiso y luego brindó con todos. Era su primera copa de vino, uno especialmente bueno, que habían traído los parientes de la tía Lea y que normalmente sólo se bebía en fiestas

muy señaladas, según les contó a todos con orgullo el hermano de la tía Lea. Pesado y dulce bajaba el vino por su garganta extendiendo rápidamente un cálido bienestar por todo su cuerpo. Un suave y agradable sueño le sobrevino y su cabeza no volvió a aclararse hasta que no hubo comido de los aperitivos y la sopa.

Fue una bonita fiesta. Se intentó dejar fuera todo lo preocupante, todo el miedo; se apoyaban los unos en los otros, se agarraban a los recuerdos, a todo lo que lo que compartían y les unía. Hubo vítores para Erich y Erwin, se contaron chistes y anécdotas de tiempos pasados, y luego Use se sentó al piano y tocó música de baile. Erich bailó alternativamente con la madre y con la tía Lea, que aquel día estaba tan desenvuelta como nunca antes la había visto. Bailaba desenfrenadamente y sin saberse los pasos, pero el ritmo se había apoderado de su cuerpo y la madre y la tía se adaptaban entre risas a sus movimientos. Cuando Use fue reemplazada por el tío Ludwig, que entonó una polca, Erich también bailó con Use, alocado, y de repente, se acordó de la noche en Oedheim, de los susurros y las silenciosas risas y de las caras derritiéndose la una en la otra. Mantener el cuerpo de una mujer abrazado contra el suyo era una sensación extraña y desconocida, un sentimiento tan fuerte que Erich soltó de repente a Ilse.

¿Qué te pana? exclamó riendo, pero entonces se escucharon golpes contra lo puerto, de entrada a la vivienda.

Por tinos instantes todos se quedaron petrificados, especialmente gracioso estaba el lío Ludwig, cuyas manos se habían quedado suspendidas encinta del teclado del piano, en el que se disponía a tocar un acorde.

En aquel silencio sepulcral Julius dijo en voz baja:

Voy a ver se liberó de la mano de la madre que intentaba retenerle y lentamente se dirigió hacia la puerta del salón cruzando el pasillo.

Erich estaba de pie, muy pegado a Use, a la que se le habían formado pequeñas gotitas de sudor sobre el labio superior. Respiraba muy rápido y miraba incesantemente al pasillo, como todos los demás. La abuela se había dejado caer en uno de los sillones de piel y la tía Mina se acercó a ella y empezó a acariciarle la mano.

El padre abrió lentamente la puerta y en la oscuridad del rellano de la escalera distinguió dos figuras, inequívocamente policías. Erich reconoció a uno de ellos; también estuvo aquella vez, junto al Jagst, cuando encontraron el cadáver. Entraron al iluminado pasillo prácticamente apartando a Julius a un lado. En las puertas del salón y la cocina se apiñaban los familiares, Max y el pequeño Heinz-Victor, el hijo de la tía Betti y el tío Sansón. El más alto de los policías, ése que había estado también en aquella ocasión, un hombre grande y

corpulento, sobrevoló con su mirada a la gente, que le miraba con miedo, o con escepticismo. Aparte de Julius, ninguno se atrevía a salir al pasillo, se quedaron en el umbral de las puertas, como si se hubiera trazado una línea invisible que no debían cruzar. El otro policía, un tipo joven y delgado, se quedó tras su compañero; daba la impresión de que de algún modo todo aquello le incomodaba.

Sin saludo previo, su compañero comenzó a hablar: que había habido quejas, que algunos vecinos les habían llamado, que había demasiado ruido, que qué se habían creído... Habló de infracción del orden público y de denuncia, y al final su voz sonó alta y amenazadora. Erich no escuchaba, fascinado contemplaba cómo se abría y cerraba la boca. Curiosamente, aquel policía tan robusto tenía una boca con trazos suaves, casi femeninos, que no le pegaba nada con su aspecto ni tampoco con lo que decía. De aquella boca salpicaban pequeñas burbujas de saliva que se acumulaban en estrechos hilos en las comisuras de la boca. Al Analizar su discurso, el hombre, instintivamente, echó mano de su pañuelo y se limpió la cara.

Julius intentó entonces explicarse, habló de una fiesta familiar muy especial y de un evento alegre.

Además, señor agente, aún no son las diez y le aseguro que ya no volveremos a tocar música. Seremos muy silenciosos. Y por favor, tenga en cuenta también que es sábado por la noche.

El más corpulento de los policías se estiró la chaqueta del uniforme colocándosela debidamente.

—Ya sabe lo que hay. A partir de ahora aquí no se oirá ni una mosca, de lo contrario...

Ese «de lo contrario» se quedó clavado en la habitación como un enorme poste que acababa de ser hincado en el suelo..., un poste que más valía tener en cuenta, o de lo contrario uno podía chocar dolorosamente contra él. Significaba peligro. Ni siquiera las propias paredes ofrecían ya cobijo, estaban siendo observados, todo lo que ocurría entre estos muros era registrado minuciosamente, y al menor motivo podían volver los representantes de ese poder que ahora lo controlaba todo. Los uniformados se fueron hacia la puerta sin saludar, pero entonces el más menudo se giró y dijo tímidamente y en voz baja:

—Buenas noches.

Aquel amable saludo fue como una palabra mágica, liberadora para la familia que seguía petrificada en el umbral de la puerta. El grupo se disolvió y regresó al salón, pero de repente todo era más silencioso y apagado. Ya no había música, no había risas e incluso al hablar todos bajaron el tono. La madre se aseguró rápidamente de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Después de un rato los familiares se despidieron, que estaban cansados, decían, y mañana

había que madrugar para volver a sus casas. Sólo la tía Mina y el tío Louis se quedaron un rato más sentados en el salón y bebieron coñac de las redondeadas y barrigudas copas que la madre había sacado en silencio de la vitrina. A Max lo enviaron a la cama a pesar de sus protestas, pero Erich pudo quedarse un rato más, al fin y al cabo ya formaba parte de los mayores. Hablaron sobre cosas banales y volvieron a admirar los regalos de Erich. Además de los Noli había habido algunos más que se habían acordado de su día. Naturalmente le habían regalado algo los Biegy también las dos señoritas Piisterer y unos cuantos más, como por ejemplo la señora Osterlein, a la que la madre le compraba la ropa, y también el Dr. Schlegel, desde hace muchos años su dentista.

La mirada de Erich se quedó prendida de la pequeña mesa junto al piano sobre la que se habían colocado todos los regalos. Al final sólo había hecho falta una mesa pequeña, y durante los últimos días el chico no había dejado de pensar en cómo habría sido la mesa si su *bar mitzvá* se hubiera celebrado el año pasado. Tal vez..., no, con toda seguridad tendría que haber colocado una mesa mucho más grande y ¡habría estado repleta! Pero ahora había sido suficiente con la pequeña y en el centro de los regalos, expuestos allí con tanto cariño, destacaban los pañuelos de Fanny. Cada vez que el chico contemplaba esos pañuelos sentía un fuerte dolor, un dolor que no quería permitirse, pero que estaba ahí, en lo más profundo de su ser.

Después de un rato, el tío Louis y el padre habían comenzado a hablar de política a pesar de las maniobras de distracción de la madre y de la tía. Erich se acercó a la mesa y colocó disimuladamente el libro que le había regalado Max encima de los pañuelos. Al dar las buenas noches, la tía Mina le abrazó con fuerza y le susurró al oído:

—Ha sido una bonita *bar mitzvá*, Erich, a pesar de todo.

Erich asintió. Sí, sus padres y familiares se habían esforzado mucho. Y la sala de oraciones se había decorado con un aire muy festivo. Pero ni siquiera así lograban escapar de ellos, del poder, del miedo y la vergüenza.

Januká

DOS SEMANAS más tarde, un lunes, el padre entró completamente blanco en la cocina. Melanie estaba preparando los bocadillos para Max y Erich, que estaban sentados a la mesa tomándose su desayuno soñolientos y desganados. Le mostró a la madre el periódico que acababa de recoger del buzón en el rellano de la vivienda.

—¡Mira, lee!

La madre se limpió las manos en el delantal y cogió el periódico.

—Alemania sale de la Sociedad de Naciones —Melanie bajó el periódico y le miró con cara de interrogante—. Julius, ¿qué significa esto?

El padre, nervioso, comenzó a andar de un lado a otro de la cocina.

—Pues, en resumen, lo que yo y algunos otros siempre hemos pensado de esa gentuza. El otro día me dijo el herrero que todo esto acabaría desembocando justamente en esto.

—¿Pero en qué, Julius? ¿A qué te refieres?

El padre se quedó mirando a sus hijos y apartó un poco a la madre para decirle algo en voz baja. Erich, al que se le había despertado la curiosidad, miró fijamente al padre y vio por el movimiento de sus labios que pronunciaba una única palabra. Aquella palabra pronunciada de forma inaudible y con desprecio, más que oírla, la leyó en sus labios: GUERRA.

Para Erich la guerra era algo abstracto, intangible. Lo relacionaba con la imagen de hombres luchando unos contra otros como los héroes de sus amadas leyendas. La guerra significaba naturalmente también muerte. Cerró los ojos y recordó aquel cadáver en el Jagst, pero como decían siempre los profesores y sobre todo Gremm, morir en la guerra era un sacrificio y por lo tanto algo especial. «Morir por la patria es dulce y honorable», ponía el otro día en la pizarra. Y ahora su padre hablaba de la guerra que Hitler quería iniciar. ¡Y qué si fuera así!, pensó el chico amargado, si contra los judíos ya está en guerra...

Comenzaron los días grises de otoño; por las mañanas el Jagst a menudo amanecía cubierto de una densa niebla y la madre había sacado ya los gruesos calcetines de lana, porque el frío había entrado sin aviso. A finales de octubre el «bocazas mayor» fue nombrado finalmente alcalde de Ellwangen, tal como Helmut había pronosticado hacía tiempo, ya que su infalible oráculo, su padre, le había contado algo acerca de ciertos planes. A Erich esta noticia no le afectó demasiado. Ahora los nazis estaban por todas partes y nada podía hacerse contra ellos. Su problema era otro: tenía que sobrevivir el día

a día en el colegio, fingirse sordo frente a las provocaciones y comentarios hirientes, soportar la soledad de los recreos cuando se ponía en uno de los rincones con su bocadillo, aguantar el miedo a ser atacado cuando de repente se le plantaba delante algún tipo fuerte de las JH, insultándoles a él y a Erwin con intención de provocarles. Tenía que esquivar los empujones provocados a propósito cuando corrían por las escaleras o pasillos hacia el aula. Tenía que soportar injusticias, a profesores que le hacían sufrir, soportar malas notas injustificadas y caprichosas. Tenía que aceptar la desconsideración de sus compañeros, aceptar que le dejaran solo, le evitaran, le abandonaran en un rincón del patio como si fuera un mueble olvidado, un mal recuerdo del que uno se quería desprender.

El último lunes de octubre, Gremm reunió a su clase en la Plaza Colegial.

—El Führer, en su vuelo hacia Stuttgart, volará por encima de Ellwangen —había anunciado en tono pomposo.

Y así fue cómo acabaron pasando la mañana en la plaza con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones y las gorras enfundadas hasta las orejas, ya que soplaba un cortante viento otoñal, que hacía levantar una y otra vez la hojarasca caída de los castaños y les soplaba el polvo y los granitos *de arena a* la cara. Al más mínimo ruido lejano, los chicos levantaban sus brazos señalando hacia el cielo gris de octubre, pero allí no había nada que ver y finalmente Gremm decidió que volvieran al aula.

Erich, que como siempre estaba con Erwin apartado de los demás, intercambiaba de vez en cuando miradas furtivas con Helmut, que merodeaba por los alrededores del grupo más grande y dándole a entender a través de muecas lo absurdo que le resultaba todo aquello. Para sus adentros se divertían observando a Kampmann y a los demás, viendo sus estúpidas caras con sus puntiagudas narices apuntando hacia el cielo, boquiabiertos, y contemplando sus histéricas carreras de un lado a otro. «Ahí, ahí está... ¿Dónde?... ¡Ahí, mira... ahí arriba...!»

Como si viniera el Mesías, pensó Erich divertido y estremeciéndose al darse cuenta en aquel instante de que Hitler, en realidad, era eso para Gremm, Kampmann y muchos otros.

El otoño fue pasando con una interminable sucesión de desfiles, bendiciones de banderas, llamamientos para formar y conmemoraciones en el pabellón de deportes. En aquellos días de otoño de 1933 siempre había algo que celebrar. Erich ya ni atendía cuando por cualquier motivo se pronunciaban aquellos interminables discursos y algo similar empezaba a ocurrirles a algunos otros compañeros del colegio. Mucho más importante era el examen de biología, en el que casi todos habían pinchado, o la pregunta sobre si

el boxeador Max Schmeling llevaba dentadura postiza. Tal afirmación la había lanzado Müller el gordo durante uno de los recreos, ocasionando con ello tal polémica que incluso acabó en una pelea entre Müller y algunos ardientes seguidores de Schmeling.

—Ten cuidado, no vayas a ser tú el próximo en necesitar una dentadura postiza —le había bufado Schlufii a Müller el gordo antes de subir con los demás a ver al Rex para recibir su castigo, cuatro horas por la tarde en la sala de estudio, ya que la vigilancia del recreo inmediatamente había dado parte de su pelea.

En momentos así Erich deseaba de todo corazón volver a ser uno de ellos para animar a los amigos o simplemente comentar con Helmut lo sucedido. ¡Ay, Helmut!, eso era lo peor de todo, la pérdida de su amistad, que intentaban mantener a pesar de las adversidades, al menos algunos trozos de ella, como el que mantiene guardados trozos de una valiosa vasija rota, por si algún día consigue volver a unirlos. Ahora que se hacía de noche pronto, Helmut a veces se escabullía por delante de las casas de la plaza del mercado hacia la casa de los Levi, donde se encontraba con Erich en la puerta trasera.

Después de su *bar mitzvá*, Erich había ocupado la antigua habitación de Fanny. Lo había hecho lleno de rencor, ella ya no volvería nunca más y él se estaba haciendo mayor, así que por qué no iba a tener su propia habitación. De ese modo Max podría leer por las noches hasta que se le cerraran los párpados sin molestarle y él se libraría de las incesantes preguntas del hermano. Para combatir los recuerdos, cambió los aparadores y el armario de sitio y pidió a la madre que le colgara cortinas nuevas.

—Unas que no sean tan femeninas como las viejas —le había dicho malhumorado a Melanie, y ésta, en silencio y esforzándose por reprimir una contestación, había descolgado las cortinas de color azul claro con dibujos de flores y había rebuscado en el baúl de las ropas hasta encontrar unas cortinas que a Erich le parecieron aceptables.

Eran de algodón y en tonos tostados que según Erich pegaban más en la habitación de un joven casi adulto.

Después de la cena, casi siempre se retiraba a su habitación y dejaba, a pesar del frío, la ventana abierta durante un rato. Algunas noches oía el conocido silbido, su señal secreta, y Erich corría abajo para abrir la puerta de la entrada trasera. Luego se sentaban en los escalones de la estrecha escalera que conducía a los sótanos, entre las cajas y cartones de la ferretería y la tienda de menaje, y cuando llegaba una de las hermanas Pfisterer para cerrar el sótano con llave, les guiñaba un ojo en señal de complicidad indicándoles que ya volvería más tarde. Las dos eran buenas personas de verdad; a Erich le parecían bastante mayores debido a su aspecto de solteronas, con sus trenzas recogidas y esos vestidos largos. Pero Marie, la más joven,

tenía unos ojos alegres y jóvenes, y Augusta tenía un gran corazón, aunque casi siempre miraba tan seria y severa que irremediablemente le entraba a uno cargo de conciencia.

Julius había contado a la familia hacía poco que algunos «honorables ciudadanos», como él les llamó irónicamente, les habían exigido con más o menos claridad que les rescindieran el alquiler del piso en su casa. Las dos les habían contestado con igual claridad que no pensaban ni por asomo poner en la calle a sus viejos y conocidos inquilinos y, ¡que se abstuvieran de meterse en sus asuntos!

Eso es lo que recordaba cada vez que veía a una de las dos señoritas, y lo contento que debía sentirse de que todavía hubiera gente que mantuviera su amistad inquebrantable en medio de tanta enemistad. Esas personas les ayudaban a soportar la vida, a pesar de todo, igual que las visitas esporádicas de Helmut, a pesar de las muchas cosas que ya no podían compartir. Pero sentaba bien hablar de los pequeños y los grandes sucesos del día, porque Helmut seguía siendo para él muy importante, y en momentos así, cobijados en la oscuridad del rellano de la escalera, mantenían al menos la ilusión de que todo podría volver a ser como antes. Después, cuando Erich volvía a subir, veía a su madre sentada a la mesa de la cocina bajo el foco de la lámpara zurciendo calcetines o cosiendo botones. Tras la marcha de Fanny, tenía mucho más trabajo. De vez en cuando los padres se permitían alguna salida al café o a la taberna, pero nadie se sentaba ya a la mesa con ellos y Julius, al que antes le gustaba tanto ir a echar una partida a las cartas, ya no encontraba pareja para jugar y se quedaba casi siempre en casa.

Se acercaba la Navidad y los comercios decoraban sus escaparates con ramas de abetos y bolas de cristal, y la madre sacó del fondo de la vitrina el candelabro de Januká[21] para limpiarlo hasta que la plata volvía a relucir. Durante las clases, las miradas de los chicos se perdían más a menudo que de costumbre por las ventanas, donde un cielo azul grisáceo pendía sobre las torres de la iglesia. Pero tampoco este año quería nevar, las calles estaban cubiertas de barro que salpicaba y empapaba los calcetines de lana. Hacía un verdadero «tiempo de perros», como incluso decían en el periódico. En la plaza del mercado se colocaba por primera vez un árbol de Navidad, un acontecimiento con el que los nazis se daban mucha importancia: porque la fiesta de Navidad, en su origen, no había sido una festividad cristiana, aleccionaba Gremm durante su clase, sino que tenía su origen, una vez más, en los antiguos germanos y, por lo tanto, también el árbol de Navidad era una herencia suya. Erich ni siquiera atendía a lo que decía, sólo pensaba que los nazis no se detenían ni siquiera ante el viejo y entrañable árbol de Navidad, al que Gremm consecuentemente llamaba árbol de Jól[22].

En casa de los Levi siempre había habido un árbol de Navidad, pero este año Erich decidió pedirle a su madre que no lo pusiera. Si también el árbol de Navidad tenía un origen germano, no se le había perdido nada en un hogar judío. Los padres estuvieron de acuerdo, pero Max protestó tanto que unos días antes de Nochebuena Julius volvió con un esmirriado arbolillo que colocaron, como cada año, en un rincón del salón.

—Pero los otros eran mucho más grandes —refunfuñaba Max, que también estaba enfadado por el tipo de regalos, que esta vez habían resultado bastante más humildes, y la escasez de ellos.

—Cierra el pico de una vez —le había increpado Erich al oído, mientras Max, durante la fiesta de Januká, abría visiblemente descontento sus paquetitos colocados entre el árbol de Navidad y el candelabro de Januká.

Aun así, la fiesta de Januká, que siempre se celebraba unos días antes que la fiesta cristiana de Navidad, fue muy bonita. La noche anterior, el rabino, que como siempre había llegado desde Schwäbisch Hall, había dado una bonita misa en la sala de oraciones y el señor Silbermann le había acompañado con cánticos. El Dr. Berlinger recordó el origen de la fiesta, habló del milagro que había realizado el Todopoderoso para dar una señal a su oprimido pueblo y el chico, de pie entre su padre y su tío Sigmund en la primera fila, pensó para sus adentros qué bien les vendría ahora uno de esos milagros. A pesar de ello, se sintió aliviado por el sermón del Dr. Berlinger y cuando estuvieron todos reunidos a la luz de las doce velas y las luces de cera del pequeño árbol de Navidad, casi se volvió a crear la despreocupada y alegre atmósfera que cada año sentían durante la fiesta. Naturalmente, Erich abrió sus regalos más despacio y comedido que Max, porque él ahora ya casi era adulto y no le daba la misma importancia. Eran más bien cosas prácticas, calcetines de punto, jerséis y ropa interior cálida. De lo que más se alegró fue del regalo de la abuela, que les había dejado a cada uno un nada despreciable sobre con dinero, porque ella se había ido a Ulm con la tía Betti.

El segundo día festivo según el calendario cristiano, Max fue a la habitación de Erich. Se había puesto el abrigo y se estaba poniendo el gorro con el dibujo nórdico.

—¿Te vienes? —le preguntó al hermano, que estaba tumbado en la cama leyendo.

Erich se estiró perezoso y bostezando.

—¿Adónde?

—Pues a casa de Willi, a jugar a los trenes.

La visita a casa del amigo de Max se había convertido casi en un ritual durante los días de Navidad. El padre de Willi le había regalado ya hacía años un circuito de trenes que cada año se completaba

generosamente, de modo que había reunido una impresionante instalación para la que en la época navideña había que vaciar una habitación en la buhardilla. Erich sospechaba que el padre de Willi se lo regalaba a sí mismo, porque jugaba muy a menudo con los trenes. Para los chicos Levi la visita a casa de Willi era todo un acontecimiento, porque su instalación ferroviaria de juguete no se podía comparar con la de Willi. Admiraban las piezas nuevas, con un poco de envidia, y luego jugaban toda la tarde hasta que el anochecer oscurecía la habitación haciendo relucir los farolillos de la instalación.

Erich se lo pensó durante un instante, pero luego se levantó de un brinco. Había celebrado su *bar mitzvá* pero el juego con los trenes aún no había perdido su encanto. De cualquier forma era mejor que estar todo el día tirado encima de la cama.

—De acuerdo, espera un momento.

Mientras subían la cuesta, le preguntó a Max:

—¿Y de verdad que la señora Mendler te ha invitado a ir hoy? —Max asintió, sin mirarle—. Y entonces, ¿por qué no habías dicho nada hasta ahora?

—Se me había olvidado. Además, todos los años es así.

Erich empezó a sospechar. Algo en el comportamiento de Max le irritaba. Cuando llamaron al timbre, se abrió la puerta después de un rato y Erica, la hermana pequeña de Willi, se asomó por una rendija de la puerta. Indecisa se quedó mirando a los dos visitantes, pero luego se giró y gritó:

—¡Mamá, mamá, ven, corre!

La señora Mendler apareció en la puerta sosteniendo una cafetera en la mano. Al ver a Max y a Erich, apartó a Erica a un lado y les cortó la vista del pasillo a los chicos colocando su generosa delantera entre el marco y la puerta. Se había ruborizado y parecía visiblemente incómoda.

—¡Ay, Dios mío, Max y Erich! Ya no me acordaba de vosotros. Hoy tenemos visita y...

Erich la cortó en mitad de la frase; estaba estrujando el gorro que se había quitado al abrirse la puerta.

—Por favor discúlpenos, señora Mendler. No queríamos molestar. Era sólo por jugar con los trenes, pero seguramente Max lo entendió mal.

La señora Mendler asintió con tanta fuerza que los bucles que se había recogido empezaron a tambalearse.

—Sí, un malentendido. Ha sido un malentendido. Es que este año no va a poder ser, ya se lo dijimos a Willi. Por favor, tenéis que entenderlo. Tal vez el próximo... —ahora, la señora Mendler se había terminado de liar.

Erich se puso la gorra y agarró a Max por el brazo.

—Bueno, pues disculpe otra vez las molestias, señora Mendler. Y que tenga unas felices fiestas.

La señora Mendler se mostró visiblemente aliviada, aunque seguía algo incómoda.

—Sí, gracias. A vosotros también. ¿Queréis llevaros unos cuantos panecillos de Navidad...?

—¡No, gracias! —exclamó Erich ya marchándose.

Seguía agarrando con fuerza a Max, que no había dicho ni mu. Anduvieron unos cuantos pasos cuesta abajo sin cruzar palabra. Había comenzado de nuevo a llover, era una lluvia fría, aguanieve, que cubría las calles con una película resbaladiza y gris. De pronto le sobrevino una rabia inmensa, una ira ciega y bulliciosa, que casi parecía querer estallar. Sin saber muy bien lo que hacía, empujó a Max al suelo sobre el barro y comenzó a darle patadas. Tenía que desahogarse, inmediatamente, patalear, romper y destruir, al igual que pataleaban, rompían y destruían cada vez más su vida. No cesó de dar patadas y golpes hasta que se fijó en la mirada de Max. Ni un solo sonido había salido de su boca, únicamente le miraba. Esa mirada aterrada de aquellos ojos abiertos de par en par y ese siniestro silencio le hicieron por fin recapacitar.

Se acurrucó al lado de su hermano y comenzó a acariciarle desconsoladamente el pelo. De repente Max comenzó a llorar, era un llanto insonoro, un llanto mudo, y de vez en cuando su cuerpo se estremecía con compulsivos sollozos. Erich sintió cómo también a él le comenzaron a caer las lágrimas por las mejillas, goteaban sobre el revés de su mano y sobre el cabello del hermano, que había enterrado la cabeza en la chaqueta de Erich.

—¿Por qué nos has hecho pasar por esto? —susurró Erich, que seguía acariciando de forma mecánica la cabeza de Max.

Durante un rato hubo silencio, los sollozos seguían estremeciendo el cuerpo de Max, pero luego se soltó y miró fijamente a Erich.

—No lo pensé, sólo quería que todo fuera como siempre. Willi no me dijo nada. Pero yo lo deseaba tanto. Erich, ¿por qué no pueden ser las cosas como antes? ¿Por qué no, Erich?

Erich contempló a su hermano. Las lágrimas seguían cayéndole por la cara, mezcladas con mocos, los párpados hinchados y sobre la mejilla izquierda se marcaban unas estrías rojas, donde él le había golpeado. De repente se acordó del cuadro que colgaba en el dormitorio de los padres, sobre el tocador de la madre. El padre lo había hecho pintar inspirado en una fotografía que mostraba a Max y a Erich de pequeños ante un viejo paisaje, con pinos y cabañas de montaña. Vestían un traje regional, pantalones de cuero y chaqueta a juego, y Erich se acordaba aun vagamente de la creación del cuadro. Se habían ido por unos días a los Alpes, le parecía que había pasado

una eternidad desde entonces. Allí los padres habían comprado los pantalones y las chaquetas y el padre estuvo tan encantado con sus dos niños cogidos de la mano, sobre un prado florido, que había pedido que les hicieran la foto en el estudio de un fotógrafo local. Claro que el prado de la foto era artificial, al igual que las montañas y los pinos, un fondo en el estudio del fotógrafo; sin embargo eso no le restó encanto ni para el padre, ni para la madre. Erich se acordaba de pronto de todos los detalles, veía nuevamente ante sí al fotógrafo, oculto bajo una sábana negra y grande, y volvió a notar ese extraño olor a pintura y productos químicos. De repente volvió a sentir la suave presión de aquella mano pequeña que le agarraba con confianza su mano izquierda, y cerró por unos instantes los ojos para ahuyentar aquellas imágenes.

Cuando los volvió a abrir, sintió inamovible la mirada de Max sobre sí, sintió la fría humedad que trepaba por sus ropas y se levantó haciendo un esfuerzo, tirando también de su hermano hacia arriba. Sin mirarle—dijo con voz firme:

—Max, las cosas nunca volverán *a* ser como antes, al menos durante mucho tiempo. Es mejor que lo asumas. Y ahora ven, vámonos a casa, que si no vamos a ponernos enfermos. Y una cosa más... —se detuvo y miró al hermano a la cara llorosa—, a papá y mamá no les diremos nada, ¿me has oído? Siento lo que ha pasado, pero es mejor que no les cuentes nada. Pondría a mamá muy triste.

Max asintió débilmente. Mientras caminaban cuesta abajo esforzándose por no resbalar sobre el barro, Max dio de repente un tirón de su mano para no caer y Erich volvió a recordar el cuadro de los dos niños sobre aquel prado. Apretó con más fuerza la mano de Max para sujetarle y pensativos caminaron por la ciudad, de vuelta a casa.

Formar parte o no

A PRIMEROS de enero tuvo lugar en Ellwangen una gran feria de caballos y ganado que venía celebrándose en la ciudad desde hacía cientos de años. Para la familia del ganadero Julius Levi siempre había sido un acontecimiento muy importante. Durante esos días el padre pasaba mucho tiempo fuera y por las tardes solía traer a su casa a clientes y a ganaderos amigos de las regiones más alejadas. Entonces se sentaban en el salón, bebían y fumaban gordos y grandes puros, hasta que la habitación se veía inundada por columnas de humo y la madre por la noche, a pesar del intenso frío, abría todas las ventanas de par en par para, como solía decir medio en broma medio en serio, «...que al menos podamos volver a vemos las caras».

El grupo que el padre trajo el lunes por la noche, el primer gran día de mercado, fue más reducido que de costumbre, y entre ellos no había clientes, sino únicamente colegas judíos.

A Erich también le llamó la atención que parecían más preocupados y serios que otras veces. Aunque hicieron sus bromas con Erich y Max y le entregaron algunos billetes como regalo tardío por su *bar mitzvá*, se retiraron enseguida con un murmullo contenido al salón de los Levi. La madre llevó unos vasos y vino tinto y después cerró cuidadosamente la puerta del salón. Hubo menos risas y menos conversaciones distendidas que antes.

La madre le había contado a Erich que el viejo señor Neumeister de Oberdorf había abandonado definitivamente su actividad y se había ido a vivir con sus hijos a Stuttgart. Al final ya casi no podía cerrar ningún trato. Y Salomón Hirsch, que tenía una gran ganadería cerca de Gaildorf, hablaba abiertamente de venderlo todo y emigrar antes de que no le dieran ya nada por ello. Erich sintió un fuerte pinchazo al escuchar a su madre decir aquello; ahí estaba de nuevo esa terrible idea de que ellos también tendrían que marcharse algún día. Pero él intentó reprimir rápidamente aquel pensamiento y ayudó a la madre a subir más botellas de vino del sótano. Cuando entró al salón para llevarles nuevas provisiones, los hombres habían juntado las cabezas para charlar.

—Y por todas partes campan a sus anchas esos cerdos —oyó decir al entrar al joven Bamberger, que era el único que fumaba cigarrillos.

Se había hecho cargo hacía poco de la ganadería de su padre y estaba a punto de formar una familia. Su mujer esperaba su primer hijo, según le había contado el padre la noche anterior.

—¡Por todas partes nos rodean esos uniformes y las banderas! — Salomón Hirsch dio un golpe en la mesa que hizo tintinear los vasos,

mientras los hombres asentían.

El joven Bamberger añadió:

—Esta noche los miembros del partido han reservado casi todas las mesas del Lamm. Uno ya no puede ir a ninguna parte. Y me hubiese gustado ver a Haase —silenciosos murmullos de acuerdo acompañaban sus palabras.

Erich había leído en el periódico que el famoso cómico Paul Haase, de Sajorna, iba a actuar en la taberna Lamm, y podía imaginarse lo decepcionado que estaría su padre, ya que seguramente también le habría encantado ir a esa actuación. Le encantaban los humoristas. Pero entre tantos nazis... ¡era impensable!

—Nos quitarían las ganas de reír, nunca mejor dicho —comentó con una amarga sonrisa Isidor Schlossberger, un lejano pariente, dándole una palmadita en la espalda a Erich, que le acababa de rellenar el vaso de vino.

—Y tú, hijo, ¿cuándo vas a entrar en el negocio de tu padre? Estoy impaciente por recibirte aquí en nuestras tertulias.

—Yo quiero estudiar, tío Isidor. En tres años habré terminado el Bachillerato —contestó Erich y se mordió el labio inferior.

«Tres años para terminar el Bachillerato», retumbaba en su interior. Un largo camino hasta llegar ahí, pero él lo andaría, a pesar de todas las vejaciones, costase lo que costase.

—¡Ah, es cierto, si vas al Colegio Mayor! Así que eres un chico listo, ¿eh? ¿Y qué tal te va?

—Bueno, tío Isidor, voy tirando. Nosotros ahora no lo tenemos fácil.

Isidor Schlossberger y los demás asintieron pensativos.

—Erich es muy valiente, y eso que continuamente tiene que soportar vejaciones y palizas —dijo de repente el padre con voz tranquila, cortando el silencio—. Hasta ahora Max ha tenido más suerte. En su curso están dando clase casi exclusivamente los profesores antiguos, y ésos le dejan en paz. Algunos amigos ya no le invitan, pero en general está mejor que Erich. Pero como ya he dicho, Erich lo está soportando con valentía —Julius miró a su hijo cariñosamente—. Estamos muy orgullosos de él.

Erich estaba de pie en la puerta y notó cómo se ponía colorado. Los hombres le miraron benevolentes e intercambiaron en voz baja experiencias similares de sus hijos o nietos.

En la cocina Erich depositó las botellas vacías y se acercó a la ventana donde apoyó la frente contra el frío cristal. Afuera ya se había hecho de noche y únicamente podía distinguir las pocas ventanas iluminadas de las casas de enfrente. Se acordó del mercado del año pasado, del ambiente distendido, Fanny con la cara acalorada preparando rebanadas de pan con embutido y la madre luciendo un

vestido nuevo con un broche en el escote que todos habían admirado. Hoy llevaba un delantal y parecía cansada y preocupada. El chico también pensó en los tres años hasta que acabara el Bachillerato, aquellos tres interminables años. ¿Y luego qué? ¿Qué ocurriría dentro de un año?, ¿en la próxima feria de ganado? Abrió la ventana e inspiró el cortante aire. Saboreó el conocido olor a humo y nieve y pensó que probablemente aquello era lo único que no había cambiado, que seguía igual, los olores de su niñez.

A lo largo de la semana siguiente, Gremm parecía muy nervioso. El estreno de la obra que habían estado ensayando se acercaba. Unos días antes del gran acontecimiento, un viernes, se suspendieron las clases después de la tercera hora y Gremm se dirigió con su clase al pabellón de deportes, donde les permitieron asistir al ensayo general. Todos los miembros de los Jungvolk y de las JH actuaban en ella, incluso Kurt. Aunque sólo se movía por el escenario como comparsa, actuaba a fin de cuentas. Erich pensó con amargura lo mucho que lo había rechazado hacía tan sólo unas pocas semanas. No habían vuelto a hablar desde aquella mañana en Ja que le había confesado a Erich que había cedido a las presiones de su padre. En el colegio le evitaba como la mayoría, esquivaba bus miradas y mantenía tanta distancia como si temiera Ja cercanía corporal de Erich. Se habían encontrado algunas veces por casualidad en la ciudad y a Erich le había parecido que Kurt hacía ademán de dirigirse hacia él, pero luego siempre había pasado de largo apresurado y con la mirada fija en el suelo. Y ahora estaba con los demás ahí arriba en el escenario, y la protagonista, una rubia despampanante, recitaba sus versos con tono monótono, y Gremm, con el libro de texto en la mano, estaba tenso, de pie, entre las hileras de sillas. Probablemente con tantos nervios se había olvidado de la presencia de sus alumnos judíos, porque de lo contrario los habría echado de la sala; eso al menos pensó Erich con ironía, ya que ellos eran incapaces de entender esa «obra maestra de la cultura alemana».

Y era una obra maestra tan aburrida... Los actores actuaban sin naturalidad, soltaban sus textos con teatralidad al espacio. Erich, que se había colocado en uno de los extremos de la sala con Erwin, comprobó que algunos de sus compañeros de clase bostezaban disimuladamente. Aun así, al final todos dirigieron falsos elogios a Gremm y sus compañeros. Erich se alegró de que no esperaran tal cosa de él y se escabulló junto a Erwin fuera de la sala sin que nadie se diera cuenta; se encaminó a su casa.

El martes finalmente fue el estreno. Erich observaba desde la ventana del salón las riadas de espectadores que se dirigían hacia el pabellón de deportes. Los uniformes marrones y también algunos uniformes negros de las SS que cada vez crecían en *número* dominaban

el panorama. Prácticamente se presentó el grupo del partido local al completo, incluido el alcalde, aunque éste apareció en coche y, al torcer con gran estruendo por la esquina de la Hindenburgstrasse, respetuosamente los paseantes le iban abriendo paso. Erich reconoció a muchos compañeros del colegio y también a muchos ciudadanos de los que creía que no estaban muy de acuerdo con los nazis, pero al parecer era aconsejable no perderse esa actuación sobre la «Lucha Confederada de la Cultura Alemana» bajo la dirección del señor catedrático Dr. Gremm. Y a buen seguro iba a tener un gran éxito, de eso Erich no tenía ninguna duda. Quién iba a osar criticar una obra basada por completo en la línea propagandística nazi, y además puesta en escena por uno de los *más* destacados miembros del partido local.

Con un brusco movimiento cerró las cortinas y se fue a su habitación, donde se tiró encima de la cama. En realidad tenía que haber hecho ya los deberes, algunos ejercicios de matemáticas y una redacción. El cuaderno de lenguaje yacía abierto sobre la mesa y Erich sentía una punzada cada vez que veía las páginas blancas y el título, que recorría igual que una viga negra la primera línea de la página izquierda. «Ser leal significa no pertenecerse a uno mismo», ése era el tema que Gremm había escrito hacía unos días en la pizarra.

—La mejor redacción será leída el veintitrés de febrero —había añadido casi en tono amenazador—. Espero que todos sepáis lo que significa esa fecha.

Naturalmente que lo sabían, se lo sabían de memoria, incluso en sueños recordaban todas las fechas de las «nuevas grandezas», datos de personas de cuya existencia hasta hacia poco no sabían nada, acontecimientos insignificantes y desconocidos hasta aquel treinta de enero de 1933. Era el cuarto aniversario de la muerte de Horst Wessel, un joven de las SA que había sido asesinado durante los altercados políticos al final de la República de Weimar. Una y otra vez Gremm les había contado su historia, que había sido un mártir y que hombres como él deberían servir de ejemplo. Y ahora este título: «Ser leal significa no pertenecerse a uno mismo».

«¡Valiente tontería!», pensó el chico. «Qué clase de memeces escribirán los demás. ¡Tanta mentira y tanta hipocresía!» Se levantó de la cama de un brinco y se dirigió directamente hacia su mesa, untó en la tinta la pluma y dibujó una raya en diagonal tan grande y negra que saltaron pequeñas gotitas de tinta sobre el impoluto papel blanco. «De todas formas mi nota ya está decidida; este año Gremm posiblemente ni siquiera me ponga un suficiente. Y tampoco pienso hacer los ejercicios de matemáticas. Y el miércoles que viene, el treinta y uno de enero, simplemente me quedaré en la cama», decidió. Nuevamente iba a celebrarse una fiesta conmemorativa en el colegio, para recordar

su llegada al poder. Como siempre habría discursos interminables, coros y canciones. «Arriba la bandera...» Siempre esos interminables y penetrantes chillidos, exclamaciones y cándeos.

De ahora en adelante, se alejaría de todas esas tiestas—dijera lo que dijera su madre, qué más daba, si de todas formas él ya no formaba parte de aquello.

Desde hacía algún tiempo, Kurt llevaba la voz cantante en el grupo de los Jungvolk de su clase. En enero habían estado en el cine. La película que habían ido a ver se titulaba *Quex, el chico de Hitler*, y obviamente aquella proyección cinematográfica había causado en él una impresión permanente.

—De buenas a primeras habla con mucho entusiasmo de que los nazis en realidad ya han conseguido muchas cosas buenas y de que van a cortar de una vez las viejas ataduras —le confesó Helmut durante uno de sus encuentros secretos sentados en la escalera del sótano.

—¿Y qué quiere decir exactamente con eso? —quiso saber Erich.

Helmut se encogió de hombros.

—Yo tampoco estoy muy seguro. Habla de que ahora todos somos una gran comunidad y que ya no importa de qué familia proceda uno; que por fin da igual que seas pobre o rico y que por ejemplo ahora él tiene las mismas oportunidades que yo —aunque estaban a oscuras, Erich notó que su amigo al decir aquellas palabras estaba sonriendo, pero era una sonrisa amarga—. Entonces yo le contesté que, si se empleaba con dedicación y entusiasmo al partido, lo más probable era que tuviera muchas más oportunidades de futuro que yo. Y de Erich, le dije, de Erich mejor ni hablemos.

—¿Y qué contestó a eso?

—Nada, hizo como si no lo hubiera oído. ¡Ah!, y luego me contó que los nazis locales estaban planeando una nueva acción y que muy pronto vendría publicada en el periódico.

Erich miró expectante a su amigo, quien sin embargo esperó unos segundos antes de contestar, mirándole sonriente de reojo.

—Venga, dilo de una vez, ¿qué están planeando?

—A partir de este año, se acaba con los baños separados. En el Jagst habrá un baño familiar mixto. Incluso van a colocar cabinas para cambiarse y qué se yo cuántas cosas más; lo contó Grimminger en uno de sus últimos encuentros.

A pesar de todo, ahí, Erich tuvo que reírse.

—¿Te acuerdas de cuántas veces habíamos deseado eso antes, por lo de las chicas y eso?

—Claro. Ahora ya no tendremos que ir de puntillas al baño de chicas a espiarlas, y arriesgarnos a que nos pille Kóberíe y nos dé una paliza.

Erich asintió.

Mirándolo así, casi es una pena. Era emocionante. Pero en ese punto sí que tiene razón, me refiero a Kurt. Eso sí que era una vieja atadura.

Helmut añadió pensativo:

—Ya verás cómo lo celebran. ¡El triunfo de «la saludable forma del nacionalsocialismo de ver el mundos o algo parecido!

Erich se calló preocupado. De repente pensó en cómo sería el próximo verano. ¿Podrían él, Erwin y Max seguir bañándose en el río tranquilamente? El tío Ludwig había escrito que, desde no hacía mucho, en algunos lugares ya habían colocado carteles diciendo: «Aquí no se admiten judíos.» El tío abuelo Otto, que tenía en Speyer una carnicería que llevaba funcionando desde tiempos inmemorables, se había ido al Mar del Norte a un balneario, y en los prospectos de algunos lugares de baño incluso ponía que la comunidad estaba «libre de judíos». Y el hotel en el que se había alojado muchas veces anteriormente con la tía Hanna de repente no había aceptado su reserva. Dijeron simplemente que ya no quedaban habitaciones libres, y eso a mediados de marzo, que todavía no era ni siquiera temporada alta. ¿Y si en Ellwangen de pronto también aparecía esa clase de letreros? Si les echaban del baño con un: «Aquí no se admiten judíos».

Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y se esforzó por dar a su voz un tono firme. Con voz ronca le dijo a Helmut:

—No tenía ni idea de que le importara tanto.

Helmut se giró hacia él y preguntó sorprendido:

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a Kurt. Que sufriera tanto por venir de una familia humilde. Al fin y al cabo nosotros antes también teníamos más dinero y, comparado con tu familia, bueno, vosotros, socialmente estabais muy por encima de él.

Helmut se quedó un rato pensativo repasando con el dedo índice las rendijas de los escalones y murmuró dubitativo:

—Pero nosotros nunca se lo hicimos notar.

—Aun así. El complejo estaba ahí. Sólo que nosotros no lo notábamos.

—Pues no lo entiendo —insistía Helmut—: cómo ha podido caer en la propaganda de ésos.

Durante un rato los dos muchachos se mantuvieron callados sin saber qué hacer, ni qué decir.

—Habrá que aceptarlo. A Kurt parece gustarle formar parte de ese grupo. Allí se le respeta y se siente integrado.

«Integrado, formar parte de un grupo», pensó Erich. «Mirándolo así, puedo entender a Kurt.»

La pequeña venganza

EFECTIVAMENTE, al día siguiente venia en el periódico un largo artículo que hablaba sobre la abolición de los baños separados del Jagst. Días después se publicó en el *Naáonalzátung* la carta de un lector, un «catedrático del lugar» que no quería ser nombrado, felicitando a la Junta Municipal por esa «decisión valiente». Seguro que ha sido Gremm, pensó Erich apoyando su bicicleta contra el puesto de venta del *Naáonalzeitung* y estudiando el ejemplar expuesto allí. En la ventana apareció la corpulenta figura de uno de los redactores, al que Erich había visto un par de veces desde lejos en eventos oficiales. Vestía el uniforme marrón y sostenía una taza de café en la mano. Al ver a Erich pareció sacudirle una descarga por el cuerpo. Abrió rápidamente la ventana y golpeó con la taza sobre la repisa, haciendo salpicar el café.

—¡Oye tú, golfo judío —gritó apoyándose con las manos en la repisa—, lárgate de aquí o te sacudo!

Erich no lo pudo remediar, le sacó la lengua y puso pies en polvorosa dándole a los pedales para escapar de la vista de ese hombre. Éste le gritó todavía algunas amenazas que Erich no entendió. Sonriendo para sus adentros, torció hada la Adolf-Hitler Strasse para irse a casa. Había sido una pequeña venganza, muy pequeña, pero aun así le hada sentir bien.

Pocos días después el periódico anunció otro acontecimiento que dejaba todo lo demás en la sombra: «Heinrich Himmler viene a Ellwangen. ¡El Führer de las SS del Reich visita nuestra ciudad!» Gremm parecía conmovido por el inminente y trascendental acontecimiento y se explayó acerca del «gran honor» y el «momento histórico». Erich escuchó ausente el discurso interminable e intentó captar alguna mirada furtiva de Helmut, pero éste sólo miraba aburrido por la ventana. Ese gran día todas las casas se adornarían con banderas e iba a haber fuegos artificiales y un desfile con antorchas organizado por los Jungvolk y las JH.

—Espero que cada uno de vosotros dé lo mejor de sí mismo en este día tan especial —finalizó Gremm su discurso barriendo la clase con la mirada.

Se detuvo por un momento en Erwin y Erich y abrió la boca como si quisiera decir algo, pero Erich le mantuvo la mirada impasible y Gremm debió de pensárselo mejor, porque comenzó por fin con la lección de clase. Suspirando, Erich abrió su libro y comenzó automáticamente a leer las líneas que el pequeño Lutz estaba leyendo en voz alta por orden de Gremm.

—La felicidad no ha de marchitarse bajo mi yugo. ¡Vos mismo, vos debéis continuar siendo persona bajo mi protección! —le decía el viejo rey de España, en *Don Carlos*, al joven y atrevido marqués, según leía el pequeño Lutz entrecortadamente.

Inconscientemente Erich movió la cabeza. Aquellas líneas había que leerlas de forma bien distinta: el rey estaba completamente impresionado por ese marqués. Había que leer el texto con mucha más calidez y profundidad. Y aun así, ¿no era como para echarse a llorar de tristeza que el rey tuviera tanto poder que pudiera asegurarle a una persona, que él mismo había elegido, una vida honorable y feliz? ¿Qué pasaba con los demás?, pensó Erich amargamente, y se sintió vacío y triste.

El viernes siguiente la ciudad hervía de agitación. Erich había ido a visitar a la abuela Babette, que se estaba recuperando de una fuerte gripe y todavía se encontraba un poco débil. Su madre le había preparado un buen caldo de carne que Erich transportó con cuidado en un jarro. Estuvieron un rato en la ventana, la abuela y él, mientras Babette bebía a pequeños sorbos el fuerte caldo de una taza. A través de los visillos de encaje observaban el mar de banderas colgadas a izquierda y derecha de la calle. Los Jungvolk y las JH se habían posicionado a ambos lados con sus banderines y, entre ellos, muchos espectadores estiraban el cuello mirando hacia la entrada de la ciudad, a ver si aparecía el convoy de coches con el célebre invitado.

La abuela había adelgazado en las últimas semanas; sobre sus enjutas mejillas se marcaban unas manchas rojizas que le daban un aspecto enfermizo. «Mejillas febriles» las llamaba la madre, y había comentado a su marido que había que cuidar más de la abuela. También hablaba abiertamente de que sería mejor llevarla a casa de la tía Mina a Oedheim, que podría ocuparse mejor de la abuela, ahora que sus hijos ya eran mayores.

Además, en Oedheim seguramente las cosas estarán más tranquilas; Oedheim es más pequeño —había añadido la madre a media voz—. Todo lo que está pasando aquí la pone muy nerviosa.

—Después de todo lo que me ha contado Louis por teléfono, dudo que en Oedheim las cosas estén mejor —el padre no solía contradecir a menudo a Melanie, pero esta vez lo hizo con firmeza—. Por otra parte, a un viejo árbol no se le puede trasplantar tan fácilmente; posiblemente eso sería aún peor para ella. Tú y la tía Lea os iréis turnando y todos echaremos una mano.

Erich rememoraba esa conversación entre sus padres mientras estaba junto a la abuela ante la ventana. Le echó el brazo por encima de los hombros e intentó apartarla con cuidado de la ventana.

—Ven, abuela, esto sólo va a hacer que te alteres, y el médico ha dicho que debes cuidar de tu corazón.

Suspirando, la abuela se dejó caer en el sillón. Desde fuera se escucharon de repente gritos de «Heil» y ella, con la cara desencajada, se echó la mano al pecho.

—Erich, mis gotas para el corazón, allí, encima de la mesita pequeña. Échame veinte gotas en una cuchara.

Erich, asustado, obedeció. Mientras se apresuraba hacia la mesita, lanzó una furtiva mirada a la calle. Los gritos habían cesado. Al parecer había sido sólo una falsa alarma. Se quedó un rato junto a la abuela Babette sosteniéndole la mano entre las suyas con fuerza. Tenía los ojos cerrados y en la frente se le habían formado pequeñas gotitas de sudor. De repente dijo inesperadamente:

—Estoy tan preocupada por vosotros...

—¿Por quién, abuela?

—Por vosotros, hijo. Por ti, por Erwin y por Max. Por Use y el pequeño Heinz-Victor. Los demás nietos, gracias a Dios, ya no están aquí. Sois todavía tan jóvenes... ¿Qué va a ser de vosotros?

Erich calló. ¿Qué podía contestarle a eso? Durante un rato se mantuvieron así, abuela y nieto, sin mediar palabra. Después volvieron a escuchar desde fuera el creciente bullicio y los gritos de «Heil» anunciando la importante visita.

Se hizo de noche y Erich se acercó a la puerta para encender la lámpara. Una cálida luz se extendió por encima de la gran mesa y las sillas tapizadas de terciopelo rojo que estaban en el centro de la habitación. Erich se acordó de cuando se reunían allí alrededor de la mesa a merendar. Max y él se sentaban sobre los almohadones que normalmente adornaban el sofá de altas patas y retorcidos brazos. Max siempre había necesitado dos cojines más que él e incluso así apenas llegaba con la nariz al canto de la mesa, una circunstancia que antes siempre había sido motivo de todo tipo de bromas y rabietas. Una vez Erich le había hecho rabiar tanto, que Max golpeó enfurecido con su cuchara en el plato con tanta fuerza que la nata y los trozos de tarta se desperdigaron por toda la mesa y dejaron una gran mancha en el vestido de seda gris de la madre. ¡Cómo les había regañado el padre aquella vez! Como castigo, los dos tuvieron que sentarse en el sofá y mirar cómo los demás terminaban de merendar y tomaban café.

Desde fuera, el griterío de la gente, que asustaba a la anciana en su sillón, les llegaba cada vez más alto.

—Ven, abuela, vamos a la parte de atrás, al dormitorio. Allí podrás echarte un rato.

Erich condujo a la abuela delicadamente hasta allí, donde no oiría el ruido y donde, tal vez, pudiera dormir un poco, al menos hasta que la gente se hubiera dispersado y hubiera vuelto la calma. Después de echar a la abuela con cuidado sobre la cama y taparla, bajó silencioso la escalera y abrió sigilosamente la puerta de la entrada trasera.

Gracias a Dios que no estaba cerrada con llave, porque de lo contrario tendría que haber salido por la parte delantera directamente a la Adolf-Hitler-Strasse, en medio de las jubilosas masas. Se apresuró por las calles vacías del casco antiguo de la ciudad, pasando de nuevo por delante de la redacción del *Nationalzeitung*.

Al lado de la entrada había una bicicleta apoyada, era del redactor que el otro día le había echado de allí. Erich le había visto un par de veces montado en ella. Estaría por allá, delante del Ayuntamiento, donde iba a tener lugar la recepción. «¡Ellwangen le otorga a Heinrich Himmler el título de Ciudadano de Honor!», habían puesto en el periódico y seguramente estaría presente la redacción al completo para inmortalizar el gran momento. Erich se detuvo un instante y de repente volvió a escuchar en su mente: «¡Golfo judío, lárgate de aquí!».

Miró a su alrededor sigilosamente. La oscuridad se había tragado todo excepto la silueta gris de las casas con algunas ventanas iluminadas. A lo lejos se escuchaban vítores y aplausos y, cada vez con más fuerza, los sonidos rítmicos de los tambores y las trompetas. La banda se había colocado en la Plaza Colegial. Erich se agachó y trapicheó en la rueda trasera en busca de la válvula. Con cuidado la giró hasta sacarla. Luego se levantó y siguió andando tranquilamente. Le faltó ponerse a silbar, pero eso se lo reprimió. Sonriendo, se imaginaba la cara de bobo que se le quedaría al redactor y las maldiciones que lanzaría.

Una vez en la Plaza Colegial, tuvo que abrirse paso entre los grupos de personas que allí se agrupaban; temía que alguien le reconociera y le insultara, pero la gente estaba demasiado entretenida con el espectáculo de la plaza y no le prestó atención. Entre tanto, los Jungvolk y las JH se habían concentrado formando un gran círculo delante de la iglesia, iluminada por las llamas de sus antorchas. Sin mirar atrás, Erich siguió corriendo hacia la casa de sus padres, pero pasó de largo y bajó hacia el Jagst. Con cuidado se sentó en la orilla del río, la hierba estaba húmeda y fría. Desde las cuadras de su padre, a su espalda, salían los sonidos leves y amortiguados de los animales; eran sólo unos pocos, algunos temeros y dos vacas lecheras. Arriba en el pequeño piso sobre las cuadras había luz. Peter aún estaba levantado. Así que él tampoco había ido a la ciudad. «¡Con ésos no se me ha perdido nada!», había asegurado una vez gruñendo y había escupido con aire de desprecio en el suelo. ¿Cuánto tiempo más podría su padre seguir pagándole?, pensó el chico y rebuscó en el bolsillo en busca de la válvula. Entre su pañuelo y una cuerda la encontró finalmente, durante un momento la sostuvo entre sus dedos, pero luego la lanzó al Jagst.

—Esto es por lo de «golfo judío» —murmuró a media voz y sintió

una amarga alegría.

Una semana después tuvo lugar la fiesta de fin de curso del Colegio Mayor. Con indiferencia Erich contempló el cuaderno de notas que Gremm le había entregado sin comentarios. ¡Qué nervioso había estado hacía tan sólo un año! Nervioso y orgulloso, lleno de alegría. Ahora únicamente contaba una cosa: había pasado otro curso y le quedaba un año menos en su camino hacia su gran meta. Tübingen, Berlín y Leipzig, eso seguía creyendo firmemente. Por supuesto le habían puesto un cinco en lenguaje, en historia y en matemáticas. Una luz en el camino había sido la nota de latín, un ocho del viejo Richter, y también el seis de Immig en música estaba bien. Disimuladamente Helmut se había acercado a su lado y le había susurrado al oído:

—¿Qué tal ha ido?

Erich echó una mirada por el aula, donde sus compañeros se habían reunido alrededor de Kampmann y de Kurt, quienes al parecer tenían la voz cantante. Erwin estaba sentado ensimismado en su sitio y esnifaba sospechosamente. En voz baja Erich contestó:

—Como era de esperar. Lo importante es que he pasado. ¿Y tú?

Helmut sonrió discretamente.

—¡Igual! Hay que ver de lo que es capaz la Revolución Nacional. Creo que tenemos nuevos cerebros en la clase.

En efecto, Kampmann y los demás parecían muy satisfechos. Kurt explotaba de orgullo. De repente Erich sintió la mirada del antiguo amigo, desafiante. Erich agarró a Erwin y lo levantó del sitio.

—¡Vámonos! Larguémonos de aquí. No tengo ganas de pelea. Erwin sorbió muy ruidoso, pero salió con él sin rechistar.

En el exterior, poco a poco, se fueron reuniendo los estudiantes del Colegio Mayor alrededor del mástil de la bandera. La bandera ondeaba movida por un frío viento de primavera que soplaba cortante en las caras. Erich se pegó con Erwin tiritando contra la grisácea pared y le indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiera hacia la Hindenburgstrasse. En la zona alta de la plaza los de primero comenzaban a cantar alto y desentonando: «Hacia el país del este queremos cabalgar...» Dentro de poco arriarían con solemnidad la bandera y luego volvería a entonarse la inevitable canción de Horst Wessel. Era mejor desaparecer antes de eso, evitar cruzarse con los demás, sobre todo con Kampmann y Kurt, que seguramente querían saborear su triunfo. Erich respiró aliviado al alcanzar la pesada y marrón puerta de entrada de la casa.

Al lado en la tienda «Ferretería y Menajes Pfisterer» había gran actividad. Marie, la más joven de las dos hermanas Pfisterer, se acercaba en ese momento a la puerta acompañando a una dienta a la salida.

—Vaya, Erich. Hoy os han dado las notas, ¿no? ¿Estás contento?

—Gracias, señorita Marie. No... ha ido mal.

Erich abrió la puerta y entró al cobijo del familiar rellano. Otro año más, un año menos hasta su gran meta.

Ese año la tía Mina y el tío Louis no se reunieron con ellos para la fiesta del Pésaj. Julius acompañó a la abuela a Oedheim, donde pasaría unas semanas. Seguía estando muy débil y no comía bien. La tía Mina quería «ponerla en forma» según ponía en su última carta y Julius finalmente tuvo que ceder. De Oedheim volvió preocupado. La boda entre Use y Martin se había pospuesto por tiempo indefinido. Su familia estaba poniendo muchos problemas, contó Julius, y añadió que probablemente esa boda no se celebrase nunca.

—Pero si ellos se quieren mucho —contradijo Erich a media voz recordando la imagen de la pareja estrechamente abrazada bajo la ventana.

Julius se echó a reír despectivamente.

—Como si eso les importara —sin precisar si se refería a la familia de Martín o a los nazis en general—. Tal vez algún día hasta lo prohíban directamente...

—¿Papá, a qué te refieres?

—Pues a casarse entre judíos y cristianos. No me extrañaría en absoluto.

Erich se quedó consternado.

—Pero no se puede prohibir a la gente que se quiera sólo porque tengan diferentes religiones.

—¡Ya lo creo que sí, hijo! Eso ya ha ocurrido antes y, tal como van las cosas, volvemos a encaminamos hacia ello, al menos eso creo yo. Quién sabe, tal vez incluso tengamos que volver al gueto —Julius vio los ojos abiertos de par en par de su hijo y rectificó asustado—: Perdona, Erich, me he dejado llevar. No me hagas caso, no será para tanto, es que estoy furioso. La tía Mina y el tío Louis están muy preocupados e Use..., ya te puedes imaginar.

Así, la fiesta de Pésaj resultó silenciosa. La noche del *sedería* pasaron en casa del tío Sigmund y la tía Lea. De buena gana aquella noche Erich se habría metido en su habitación. La mesa preparada y las comidas típicas del *séder* de repente le resultaron ridículas, como si se hubieran convertido en símbolos sin sentido que los ataban a una tradición que ya no significaba nada para él. Vagamente recordaba la alegría y la solemnidad con las que había vivido la última fiesta de Pésaj, y tuvo que reírse de sí mismo. Vale, ellos eran judíos, eso no tenía remedio y él se sentía orgulloso de su familia, pero de repente sentía una rabia indefinida por esos rituales de tiempos lejanos, esas palabras y fórmulas que le parecían anticuadas. En definitiva era eso lo que les hacía «distintos». Tal vez si uno abnegaba de todo eso... Para él Jerusalén era un lugar lejano y desconocido, más lejano que la

luna. Aquí es donde quería vivir y volver a pertenecer a su grupo.

Gertraud

NUEVAMENTE, al final de las vacaciones de Semana Santa, la madre cosió la correspondiente banda de cuarto curso sobre el gorro. Eso sonaba casi a adulto, uno ya pertenecía a los admirados mayores. El primer día del nuevo curso se quedó observando a sus compañeros medio oculto tras la gris escalera de piedra que llevaba a la puerta de entrada del Colegio Mayor. Escuchaba sus risas, gritos y preguntas, vio a Kurt vestido de uniforme para celebrar ese día, como ahora ya hacía la mayoría de los alumnos. La mirada de Erich recorrió la plaza. Ahí venía Helmut cruzando la Plaza Colegial con los hombros encogidos y las manos en los bolsillos, esforzándose por abrirse paso entre los distintos grupos. Con un leve movimiento de cabeza saludó a Erich. Erich miraba insistentemente en dirección a la Hindenburgstrasse, porque Erwin aún no había aparecido. Estaba preocupado. Tal vez su primo había vuelto a caer enfermo o, al igual que él, temiera a ese primer día, las ofensas y las humillaciones.

De repente la vio. Al igual que él, la chica estaba un poco apartada de los demás. Un grupo de primero había salido corriendo hacia el mástil para la bandera, donde Kampmann, Grimminger y otros estaban izando la bandera rojo sangre, dejándola a ella a la vista. Era más bajita que él y muy delicada. Llevaba el cabello castaño oscuro retirado con un pasador y le caía en suaves ondas sobre los hombros. Vestía una chaqueta gris y una falda de tablas con cuadros azules y rojos. La cartera la llevaba a modo de escudo protector apretada contra el pecho y observaba asustada y tímida la bulliciosa y fogosa multitud. Erich nunca la había visto. Seguramente sería nueva en el colegio, posiblemente se acababa de mudar con sus padres a Ellwangen, como le ocurrió a Kurt. cuyo padre, natural de la zona de Heilbronn, había sido trasladado a la Audiencia Provincial.

Erich no podía apartar su mirada de ella y de repente le pareció que la conocía, que había visto su cara en alguna parte, hacía mucho tiempo; cuando un grupo de alumnos de sexto, paseando orgullosos por la plaza con sus bandas blancas, le tapó la vista, se lanzó a abrirse paso entre la multitud dando codazos a diestro y siniestro. Cerca de la entrada a la iglesia colegial, se encontró con un grupo de compañeros de clase que no habían venido de uniforme. Reger estaba entre ellos y Erich le agarró apartándole un poco de los demás, a pesar de su resistencia.

—¡Erich, que nos van a ver!

—Me da igual. Sólo dime rápidamente quién es esa chica, la del pelo castaño —Reger buscó a su alrededor y Erich disimuladamente le

giró hacia el lugar donde estaba—. Ahí abajo.

Ella seguía allí sin moverse. Reger la observó durante un rato, pero luego se volvió encogiéndose de hombros.

—Ni idea. Debe de ser nueva.

—¿Sabes si va a ir a nuestra clase? —Erich sintió de repente latir su corazón en el cuello.

—¿Y yo qué sé? ¿Qué es lo que te pasa?

Desconfiado, Reger lo observaba de reojo. Erich sintió que se estaba poniendo colorado, así que giró la cara hacia otro lado.

—Nada. Pensaba que la conocía de algo.

Ella no se incorporó a cuarto, como hubiera deseado Erich. A cambio, Gremm anunció que ese año también sería su tutor y profesor de lenguaje.

—Queremos dar continuidad a los buenos cimientos del año pasado y una de mis prioridades seguirá siendo mostrar a las dañinas influencias sus limitaciones —una venenosa mirada rozó a Erich y Erwin mientras dijo aquello.

Los demás profesores también eran casi todos los mismos que el año anterior. Al menos volvía *a* darles latín el viejo Richter, un ápice de esperanza. Como contrapartida, Eisele les daría biología y eso no auguraba nada bueno. A Stólzle, su antiguo profesor de biología, le había costado mucho dar Estudio de las Razas, que se había incluido en el plan de estudios y que por lo visto era extremadamente importante, ya que casi no habían dado otro tema en todo el curso. Stólzle se había explayado sobre los humanos del norte, este y oeste, y había estudiado con ellos intensivamente dibujos y cráneos, perfiles y esqueletos, pero muy metido en la materia no estaba, eso se le notaba claramente, porque continuamente se pasaba el pañuelo por su roja y brillante cara mientras su mirada se escapaba melancólica hacia la puerta de clase como si deseara estar en cualquier otro lugar. «Al menos a Erwin y a mí nos dejaba en paz y no tuvimos que escuchar nada sobre la inferioridad de nuestra raza», pensó Erich agradecido. Eso seguro que con Eisele iba a cambiar.

Después de clase merodeó por detrás del edificio de la Audiencia Provincial. A lo mejor ella todavía seguía en el colegio, a lo mejor podía volver a verla e incluso averiguar a qué curso iba. Esperó durante un buen rato. Los alumnos habían emprendido el camino a casa y tan sólo quedaban unos pocos grupitos desperdigados por la plaza. Justo iba a marcharse a casa resignado cuando la vio. A su lado estaba Lotte Richter, la hija de su profesor de latín, que cursaba quinto como única chica. Así que estaba un curso por encima de él. Tenía que averiguar a toda costa cómo se llamaba y dónde vivía. Como las chicas se encaminaban directamente hacia él, se apretó contra la pared del edificio del Juzgado. De repente se detuvieron y la

desconocida le ofreció a Lotte, más alta y robusta que ella, la mano en señal de despedida. Luego se quedó parada, mirando por la plaza, como si intentara memorizar con exactitud cada uno de los edificios. Erich tuvo que tragar saliva varias veces, porque su garganta se había quedado de repente completamente seca. Si ahora pasara por su lado muy tranquilo, como si se encontraran por casualidad, tal vez pudiera decir simplemente «Hola» y preguntarle si buscaba algo. A lo mejor él...

En mitad de sus reflexiones ocurrió algo inesperado. La puerta de entrada del Colegio Mayor se abrió y Gremm salió seguido de Eisele, Gumprecht y Lafrentz. A excepción de Gremm, todos iban de uniforme. Se detuvieron un momento al pie de la escalera. Erich podía oír sus risas, la ronca de Lafrentz y la profunda y fuerte de Gumprecht. Sólo Gremm no se reía en voz alta, sino que elevaba un poco las comisuras de la boca hacia arriba. Luego se despidieron todos con un apretón de manos y se separaron. Pero Gremm no tomó el camino habitual a través de la Plaza Colegial, sino que se dirigió directamente hacia él. Al chico casi se le para el corazón. ¿Le habría descubierto? ¿Le había visto a pesar de apretarse tanto contra la pared? Erich no se atrevía ni a respirar. Dentro de nada escucharía su voz, fría y directa: «¿Qué..., Levi? Merodeando por aquí y espiando a la gente, ¿no? Eso es muy típico en vosotros...».

Transcurrieron unos minutos interminables, pero no ocurrió nada. Sigilosamente giró la cabeza hacia la derecha e intentó captar la plaza de una mirada. Casi le da un infarto. Gremm estaba lejos, no le había visto, pero estaba hablando con la chica y, después de cruzar unas cuantas palabras, la cogió ligeramente por el brazo y los dos continuaron su camino, de manera que juntos atravesaron la Plaza Colegial. ¡La chica tenía alguna relación con Gremm! Ese descubrimiento le alcanzó como un golpe en el estómago.

De repente escuchó la familiar voz de Marta Bieg, que se había asomado a la puerta de la carnicería.

—Erich, ¿qué haces ahí apretujado contra la pared? Ni que fueras un delincuente. Bueno, no te preocupes —dijo restándole importancia al acercarse y ver la palidez del chico—. ¿Qué es lo que has visto que te has quedado tan pálido?

—No ha sido nada, señora Bieg.

Pensativa, Marta Bieg se quedó mirando las dos figuras que se alejaban hasta desaparecer tras el castaño situado en mitad de la plaza.

—Te estabas escondiendo de ése, ¿verdad? Tranquilo, admítelo. Es de armas tomar. Ya me imagino que estarás pasándolo especialmente mal con ése. Tu madre me ha contado algunas cosas.

Erich agachó la cabeza. Marta Bieg lo hacía con buena intención,

pero de repente volvió a sentirse tan avergonzado que de buena gana habría salido corriendo.

Sin percatarse de su reacción ella continuó hablando:

—A mí sólo me da pena la chiquilla.

La cabeza de Erich se levantó en un abrir y cerrar de ojos:

—¿Usted la conoce?

—Eso sería decir demasiado. Sólo sé, por la señora Munk, que limpia en casa de los Gremm, que es su sobrina. Creo que es de Stuttgart y que ahora vive con los Gremm. Yo tampoco sé más, como a mí no me compran, ya te puedes imaginar por qué. Seguro que él se lo ha prohibido a su mujer —dijo guiñándole un ojo a Erich de una forma que a ella le debía de parecer de complicidad, y luego añadió—: ¿Te apetece un trozo de embutido, Erich?

Un trozo de embutido, el remedio contra todos los males tanto en buenos como en malos tiempos. Sin quererlo, Erich tuvo que sonreír. Marta Bieg era simplemente un cielo de persona.

—Muchas gracias, pero tengo que irme a casa. Ya es casi la hora de comer.

—Ya entiendo. Se me había olvidado que ahora que has hecho tu confirmación ya eres un chico mayor —Marta Bieg decía conscientemente «confirmación», porque era incapaz de recordar *bar mitzvá*, esa «palabra tan rara», como ella decía.

Erich movió la cabeza negativamente.

—Su embutido siempre me gustará, pero ahora tengo que irme, de verdad —se separó de la pared y caminó los pocos pasos hasta la entrada trasera.

Marta Bieg aún exclamó tras él que diera recuerdos en casa. En el rellano se encontró con María, la aprendiza que se disponía a bajar algunas cajas por la escalera del sótano. Educadamente le sostuvo la puerta abierta y la miró tan ensimismado, que ella se sonrojó y comenzó a reírse con timidez; claro que María no sabía que continuaba viendo ante sí la delicada y tierna imagen de aquella muchacha del cabello castaño y los ojos grandes y tristes de color... ¡Tenía que averiguar a toda costa de qué color eran sus ojos!

En su siguiente encuentro con Helmut le preguntó por la chica, pero éste no sabía mucho.

—Dicen que es la sobrina de Gremm. Ahora vive con él y con su mujer. Anoche la vi con su tía yendo al Wilden Mann, a la reunión de la asociación femenina ¡a hacer ganchillo para el Führer! Como sea tan fanática como su tío, ¡apaga y vámonos! ¿Por qué te interesa?

Erich se alegró de que en la oscuridad de la escalera el amigo no podía verle bien, porque de repente sintió como le ardían las mejillas.

—Me recuerda a alguien —dijo intentando que su voz sonara firme—. Nada importante —añadió, y comenzó a hablar sobre la

última redacción que les habían pedido.

Por la noche mientras estaba tumbado en la cama, reflexionó acerca de por qué había mentido a su amigo. ¿Tanto le interesaba esa chica? Era mejor que no perdiera un solo pensamiento en ella, ya que era sobrina de Gremm, y si pensaba igual que su tío, entonces él, Erich Levi, ni siquiera existía para ella. Con el propósito de no volver a pensar en ella nunca más, se giró abruptamente hacia el lado derecho e intentó, durante mucho tiempo sin éxito, dormirse.

Dos días después, en un miércoles, la volvió a ver. Los alumnos habían sido reunidos para una conmemoración y como tantas otras veces marchaban en largas filas hacia el pabellón de deportes. A pesar de que se había jurado no volver a participar en actos como ése, pasando de las medidas disciplinares que pudiera provocar con ello, se colocó con Erwin al final de la fila. La vio pasar esta vez vestida con el uniforme de las *BDM*[23] y por un instante él creyó que ella le había echado una mirada tímida pero interesada. Imaginaciones, se corrigió a sí mismo, pero aquel corto instante había sido suficiente para echar por tierra sus propósitos de las últimas noches.

Después de la celebración, que como siempre soportó sin pena ni gloria, los alumnos se reunieron en formación delante del colegio para izar la bandera. Allí vio cómo Kampmann hablaba con ella e incluso posó su mano encima de su hombro. Erich cerró los puños. De buena gana habría ido hasta allí y le habría apartado esa manaza, esa pezuña con esos pelitos rubios, y le habría golpeado en esa amplia sonrisa que tenía en la cara. Pues vaya confianzas. Pero no era de extrañar. Seguro que su tío veía esa amistad con buenos ojos. Apretando los dientes dio media vuelta y se fue corriendo a casa sin atender a Max, que repetidas veces gritó su nombre jadeando tras él. Poco antes de llegar a la entrada de la casa le alcanzó.

—¿Por qué corres tanto? Para de una vez, que tengo que contarte algo.

Erich se giró y notó que Max estaba muy nervioso. Las comisuras de su boca temblaban como si se fuera a echar a llorar.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su hermano pequeño tirando de él hacia el interior del pasillo.

Max se sentó sobre el primer escalón de la escalera.

—Lafrentz me ha dicho que a partir de ahora tengo que ir

contigo y con Erwin al final de todo. Ya no puedo caminar con mis compañeros de clase, y también me ha apartado de Willi. Ahora estoy sentado delante del todo, solo.

Cansado, Erich se sentó al lado de su hermano y le echó el brazo por encima de los hombros. Así que ahora también le había tocado a él. Pues sí que empieza bien el curso, pensó. Aunque no era de extrañar, con Lafrentz como nuevo tutor. Max se sorbió los mocos

ruidosamente y Erich le entregó ensimismado su pañuelo.

—Max, escucha. Ahora las cosas están como están. No se ¡puede hacer nada para remediarlo. No dejes que se te note y haz todo lo que te digan —agacharse, pensó, no llamar la atención y agacharse. Y dejar que los años transcurran. Tal vez así se consiga—: Lo mejor será que ahora en los recreos te vengas con Erwin y conmigo. Ya sabes que estamos siempre en el rincón de abajo. Va a ser lo mejor.

Max dejó caer la cabeza.

—Willi me ha dicho que ahora ya no podemos vemos tan a menudo. Y que tampoco vaya más a su casa. Su madre dice que es por los vecinos.

—Por eso, en los recreos te vendrás conmigo. No necesitamos a nadie —Erich le apretó la mano derecha al hermano y luego tiró de él para que se levantara.

—¡Ahora ven! Y que no se te note nada cuando estemos arriba. Ya nos las apañaremos.

A finales de esa semana Gremm leyó una ordenanza en voz alta por la cual había que saludar ante los estandartes de las divisiones de las SA.

—Son un signo de nuestra patria y hacer el saludo es mostrar nuestra lealtad a Alemania —les aleccionó deteniéndose como por casualidad delante del pupitre de Helmut y acompañando las últimas palabras con golpes secos con la mano abierta sobre la tapa del pupitre.

«Le está amenazando», pensó Erich preocupado. «Alguien como Helmut seguro que no lo va a hacer, y Gremm lo sabe.»

Gremm continuó comunicando que el Día del Trabajo, el uno de mayo, se había convertido para todos en un día festivo más «gracias al amor incondicional del Führer por el pueblo trabajador». En Ellwangen iba a celebrarse ese año con una gran fiesta: una procesión de luces hacia el monte Schonenberg y baile hasta el amanecer en la Plaza Colegial al que toda la juventud estaba invitada para dar la bienvenida al mes de mayo. La clase lo recibió con aplausos y gritos de aprobación y en la mayoría de ellos la alegría parecía sincera. Por una vez ocurría algo diferente, bailar en la plaza y luego al día siguiente, ¡sin colegio! Pero Gremm aplacó un poco el furor al continuar hablando:

—Yo, por mi parte, tendré el gran honor de dar un discurso ese día. Naturalmente espero que cada chico alemán y cada chica alemana participen en el pregón de la Plaza Colegial después de la misa —y al pronunciar «chico alemán» había mirado fijamente a Erich a la cara.

«Yo también soy un chico alemán», pensó Erich testarudo. «No permitiré que me quite eso. Pero no se preocupe, señor catedrático, no pienso participar en su gran pregón.»

Sin embargo, cuando el martes por la noche sonaron los compases de la música y por las ventanas abiertas entraron las risas y los alegres murmullos de voces, Erich no pudo aguantar más en casa. Sigilosamente, salió al pasillo con los zapatos marrones de entretiempo en la mano, que no se puso hasta llegar al final de la escalera para que el ruido de los tacones no le delatara. A su madre le había contado que estaba cansado y que quería leer un poco en la cama. Julius se había retirado malhumorado al salón cerrando la puerta de un portazo como si de ese modo pudiera hacer callar aquel bullicio que llegaba hasta ellos. Seguro que sus padres le habrían prohibido ir *a* un evento nazi, pero el chico se sentía atraído por el ruido, la música, las risas. Sus compañeros de clase estarían allí, con excepción de Helmut quizá. Y naturalmente también estaría ella... Erich se prohibía a sí mismo pensar en eso, pero su corazón se aceleraba con sólo pensar en que podría volver a ver a la chica a la que tan desesperadamente intentaba desterrar de sus pensamientos.

En la Plaza Colegial reinaba un gran barullo de gente. Muchos uniformes, negros y marrones. En el centro de la plaza habían levantado un escenario adornado con ramas de pino y flores sobre el que se sentaba la banda de música, que acababa de cambiar de la música marcial al vals. Se acordó de Use y del baile que compartieron aquella noche de su *bar mitzvá*. Reconoció a algunos de sus compañeros de clase, la mayoría con el uniforme de los Jungvolk y los más mayores con el de las JH. A lo lejos vio a Kampmann, como cabecilla de los mayores, intentando dirigir a un grupo de Jungvolk paro que se colocasen ordenadamente la fila. El ocaso hizo su aparición formando largas sombras en la pinza sobre la que se extendía un cielo azul aterciopelado. Los castaños en flor que abundaban en ella desprendían un aroma dulce que se entremezclaba con el olor a comida y a cerveza. Por fin los cabecillas habían conseguido formar en una larga fila a los chicos y chicas que, con antorchas en mano, cruzaron la plaza en un desfile casi interminable en dirección al Schonenberg. Erich se escondió a la sombra de uno de los enormes árboles. Si le hubieran visto, le amenazarían con pegarle y le echarían por la fuerza de la plaza. Y si ella lo viera... Por eso se quedó atrás, pero después de un rato, cuando los gritos y las risas de la columna ya no se escuchaban, se puso en camino hacia arriba, hacia la ermita. Ni él mismo hubiera sabido decir por qué.

Entre tanto, la oscuridad se había posado sobre la ciudad y, cobijado por ella, Erich se apresuró monte arriba, preocupado por mantener suficiente distancia, caminando por el borde del pisoteado sendero, entre árboles y arbustos, deteniéndose finalmente jadeando a la orilla del gran rellano que se extendía delante de las torres dobles de la ermita en la cima del monte. No pudo acercarse más, porque por

toda la explanada había chicas y chicos agrupados alrededor de los montones de madera que iban a ser prendidos de un momento a otro.

Erich reculó más hacia los arbustos y a los pocos minutos un multitudinario alboroto y griterío señaló que los fuegos de mayo habían sido prendidos. Un brillo dorado y titilante se asomaba entre los árboles y Erich espiaba las alturas, pero sólo veía sombras bailando al lado de enormes montones de madera ardiendo. Durante un rato se quedó allí, conteniendo la respiración, pero luego suspiró y volvió a ponerse en camino hacia abajo, cuidando de no pisar el sendero, desde el que podía ser visto.

De repente, unos extraños ruidos llegaron a su oído. No provenían de arriba, de donde seguían llegando en altibajos los gritos y las risas, sino que eran ruidos muy cercanos, la respiración de alguien que andaba rápido y el silencioso roce de las piedrecillas soltadas por las pisadas. Erich se detuvo al cobijo de un arbusto de espino blanco en flor y tuvo que reprimir con todas sus fuerzas un estornudo, porque el arbusto desprendía su típico olor desagradablemente fuerte. Al parecer ese alguien también se había detenido, porque por unos instantes el silencio fue absoluto. Luego, Erich escuchó una voz susurrando con miedo:

—¿Hay alguien ahí?

Era una chica y al parecer había oído su reprimido estornudo. Él no quería asustarla porque parecía estar sola, así que retiró con cuidado algunas ramas del arbusto y dijo en el tono más tranquilo del que fue capaz:

—Estoy aquí, pero no tengas miedo.

La chica seguía inmóvil en mitad del camino mirándole con los ojos asustados, abiertos de par en par. Erich notó que el corazón se le paraba. ¡Era ella, la chica misteriosa, la sobrina de Gremm! De un salto salió del arbusto y se detuvo a cierta distancia. Carraspeó hasta que finalmente fue capaz de pronunciar dos frases:

—Sólo soy yo. De verdad, no tienes que tener miedo —aunque pensó «qué tonterías estoy diciendo, si ella no me conoce».

Por lo visto, sin embargo, a la chica no le pareció mal su reacción, porque sonrió al distinguirle en la oscuridad e incluso se acercó unos pasos hacia él.

—¿Y tú quién eres?

Erich tragó saliva. Ella descubriría que era judío por el nombre, el judío Levi. A lo mejor hasta había oído hablar de él. No le resultaba difícil imaginarse a Gremm criticándole durante la comida, hablando sobre Levi, ese sucio y tramposo judío...

—Me llamo Erich, Erich Levi —susurró con voz ronca.

—¿Ah, eres tú? —y no se dio media vuelta, no le dio la espalda para continuar su camino, sino que le observó con curiosidad; incluso

la sonrisa en sus labios continuaba ahí.

—¿Me conoces?

—Bueno, indirectamente sí. Tengo que confesarte algo: he leído tus redacciones.

Erich calló, esta vez completamente sorprendido.

Insegura, ella continuó hablando después de titubear. Posiblemente estaba esperando una respuesta por su parte.

—Naturalmente Gremm no debe saberlo. No me delates, pero me gusta ojear los cuadernos de las redacciones que se trae a casa para corregir. A escondidas, cuando él no está. Tus redacciones me han gustado mucho, por ejemplo la última sobre *Don Carlos*. Lo que escribiste sobre el viejo y solitario rey me pareció realmente bueno. Y él te pone notas tan malas... Es una injusticia.

—Soy judío.

—Ya lo sé —lo dijo con objetividad, como si se tratara de la confirmación de un hecho de lo más normal—. Pero eso no justifica que te ponga notas tan malas, porque tú escribes muy bien y Gremm es tan testarudo. Mi padre también lo dice.

«Habla de su tío como si se tratara de un extraño», pensó Erich. «¡No le cae bien!» De repente se sintió tan contento y liberado que de buena gana habría dado saltos de alegría. Pero en cambio se quedó mirándola fijamente, petrificado y boquiabierto. «Di algo, lo que sea», se dijo.

Ella le preguntó insegura:

—¿Te has enfadado conmigo por lo de las redacciones?

—No, no —se apresuró Erich en contestar—. Me alegro de que te gusten.

Lentamente fueron bajando juntos por el camino, que ahora caía muy empinado. Erich se quedó muy cerca de ella. Después de un rato le preguntó:

—¿Eres la sobrina de Gremm?

—Sí. Perdona, aún no te he dicho siquiera mi nombre. Me llamo Gertraud. Gertraud Seidel.

Erich dudó un instante, pero luego dijo:

—¿Y ahora estás viviendo con tu tío y tu tía?

Ella se detuvo en seco. Pequeñas piedrecillas rodaron sobre el camino hasta que titubeantes se detenían. A mitad de camino había un banco desde el que se ofrecía una vista preciosa sobre la ciudad. Allí relucían ya algunas luces. Todo estaba en silencio, únicamente desde arriba se escuchaba el jaleo amortiguado y entre los árboles aún se veía traslucir el titilar del fuego. Gertraud se dirigió hacia el banco y, después de pensárselo, Erich se sentó a su lado. Gertraud estaba sentada muy rígida con sus manos casi agarrotadas sobre el regazo. Sus pensamientos parecían estar muy lejos y también su voz parecía

muy lejana:

—Mi madre ha fallecido, ¿sabes? En Navidad. Mejor dicho en Nochebuena. Ella, ella... llevaba mucho tiempo enferma.

Erich se calló. No sabía qué decir.

—Por eso me marché —lo dijo señalando con el dedo hacia la cumbre del monte— de allí arriba. Todos están tan alegres. Y yo... también tengo que poner cara de alegría y me cuesta tanto. Prefiero estar sola.

Erich asintió.

—Lo entiendo muy bien —titubeante añadió—: A mí me ocurre lo mismo. Los demás no se dan cuenta de cómo se siente uno. Como ellos no saben cómo es.

Ella lo miró un rato de reojo.

—Sí. Y siempre esperan que de una forma u otra te mantengas firme.

Erich volvió a sentir con fuerza.

—Mi padre está mucho de viaje. Es un hombre de negocios y no quería que me quedara sola con Mónica en el piso.

—¿Mónica?

—Nuestra asistenta. Y eso que durante la enfermedad de mamá estuvimos continuamente solas. Pero ahora se preocupa por mí —parecía enfadada al decir aquello—. Por eso tuve que venirme con mis tíos. Gremm es el hermano de mamá —añadió casi disculpándose.

—¿Y tú no querías venir?

Movió la cabeza enérgicamente.

—Habría preferido quedarme en Stuttgart, en nuestro piso y en mi antiguo colegio.

—¿Así que no te gusta estar aquí entre nosotros?

—Es que es todo nuevo. Y Gremm... —se detuvo para luego añadir—: Bueno, ya sabes cómo es. Es tan... severo. Mi tía es muy cariñosa y buena, pero contra él no puede hacer nada. Hasta le ha prohibido ir a la iglesia. «¡No corras siempre a la primera de cambio con esos beatorros», le grita siempre. Y entonces ella llora a escondidas. Ella es muy creyente. Lo necesita. Hace muchos años perdieron a su hijo pequeño. ¡Se ahogó!

Sorprendido, Erich se la quedó mirando. De modo que el inaccesible y severo Gremm también tenía una pena, una muy grande.

De repente ella se levantó.

—Ahora tengo que bajar a la Plaza Colegial. Los demás seguro que bajarán enseguida y si Gremm descubre que yo no estaba con ellos se liará una gorda.

Los dos comenzaron casi a correr cuesta abajo, y torcieron jadeando por uno de los estrechos callejones que llevaban a la ciudad. La calle paralela por debajo de la Plaza Colegial estaba desértica, pero

se escuchaba música y alboroto de risas. A la sombra de una de las antiguas y señoriales casas, cuyo mirador sobresalía bastante, se detuvieron inconscientemente.

Titubeando Erich dijo:

—Ahora es preferible que me vaya. Es mejor que no aparezca por la plaza, ya me entiendes.

Ella miró hacia el suelo y dijo casi para sí misma:

—El doctor Rosenfeld fue durante muchos años nuestro médico de familia. Trató a mamá con cariño y delicadeza, desde el principio de su enfermedad. Y luego de repente Gremm insistió para que ella fuera a otro médico. A uno ario. Y a ella ése no fe caía nada bien. El pobre doctor Rosenfeld ahora ya casi no tiene pacientes —miró a Erich a la cara—. Lo siento —añadió, dejando abierto si se refería al doctor Rosenfeld o a él, Erich Levi, qué ahora no podía ir con ella a la Plaza Colegial, ni juntarse con los demás.

Ella continuaba mirándole intensamente y Erich pensó de repente que en la oscuridad no podía reconocer el color de sus ojos. De pronto se escuchó decir algo y sintió palpitar su corazón aceleradamente hasta notarlo en el cuello.

—Si te gusta estar sola..., yo conozco aquí sitios muy bonitos, donde uno puede estar sin que nadie le moleste. Si quieres te los enseño.

Él sintió cómo ella le cogía la mano derecha y la apretaba.

—Encantada. Me gustaría acompañarte, pero...

Claro, ¿cómo iba a arreglárselas? Si Gremm se llegara a enterar de esto... De pronto ella añadió:

—Pero el próximo viernes podría ser. Gremm quiere ir con nosotras a Aalen, a una gran fiesta de convivencia de la hermandad. Simplemente le diré que me duele la cabeza.

Erich le preguntó enseguida:

—¿Cuándo?

—Se irán a las seis. ¿Digamos a las seis y media? ¿Dónde quedamos?

Erich lo pensó unos instantes.

—Sabes dónde está el pabellón de deportes, ¿verdad? —ella asintió—. Detrás del pabellón. Si hubiera alguien por allí, haremos como si no nos conocemos. Entonces yo me adelantaré un poco y te esperaré. ¿De acuerdo?

Nuevamente ella asintió y sin mediar más palabra se separaron, Gertraud hacia arriba, hacia la festivamente iluminada plaza, y él hacia la oscuridad de las calles colindantes.

De repente Erich se detuvo de nuevo y preguntó a media voz:

—¿De qué color son tus ojos?

—¿Qué? —ella también se detuvo y miró fijamente en la

dirección de donde había escuchado llegar su voz.

—¿Que de qué color son tus ojos?

—¡Azules! ¿Por qué lo quieres saber?

—No, por nada.

Él siguió andando. En su voz había identificado claramente una leve sonrisa, de eso estaba seguro.

Secretos

UNA VEZ en casa, al abrir la puerta de la vivienda lo más sigiloso que pudo, fue de pronto deslumbrado por una fuerte claridad. Toda la parte delantera de la vivienda estaba iluminada, pero al entrar por la parte trasera, él no lo había insto. En la puerta del salón se encontró a la madre, la cara blanca de miedo y de cansancio.

—Erich, por Dios, ¿dónde estabas? ¡Estábamos preocupadísimos por ti!

Tras ella apareció el padre. Erich notó enseguida que Julius había bebido más de la cuenta. Tenía la cara colorada y hablaba con dificultad.

—¡Erich, dinos de inmediato dónde has estado! Tu madre está enferma de preocupación. Tres veces he recorrido toda la ciudad para buscarte.

A Erich le entró cargo de conciencia. Estaba convencido de que su escapada nocturna no iba a ser descubierta, pero, claro, su madre a menudo echaba un vistazo para comprobar que todo estaba en orden. La puerta de su antigua habitación se entreabrió y Max asomó la cabeza entre la puerta y el marca Tenía pinta de adormilado, el cabello alborotado despuntaba de su cabeza.

—¿Ha venido ya Erich?

—Sí, Max, vuelve a la cama —Melanie condujo a su benjamín de nuevo a la habitación.

En la iglesia colegial sonaron las doce campanadas. Desde la plaza se escuchaban exclamaciones multitudinarias. Y de repente los vítores fueron superados por una exclamación nítida: «Ha llegado el mes de mayo».

Los Levi escucharon durante un instante, luego Julius se fue con paso cansado a su dormitorio y Melanie condujo a Max con delicadeza a su habitación. Erich, contento de no ser sometido a más preguntas y de haberse librado del sermón, se fue a su habitación. Las ventanas estaban abiertas de par en par y Erich se sentó delante, la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre el marco. Desde enfrente llegaban ahora los tonos distorsionados de la banda de música, dando comienzo al baile de mayo. Miraba fijamente hacia el cielo azul aterciopelado y no dejaba de pensar: «el viernes la volveré a ver».

A la mañana siguiente Julius estaba sentado a la mesa de la cocina con los ojos enrojecidos. Al amanecer habían sido despertados por salvas, y cuando Erich se levantó rápidamente para cerrar las ventanas, comenzó a tronar la voz de Gremm. Con sonido a hojalata, distorsionada por los grandes altavoces, su discurso se retransmitía

desde las honorables casas barrocas que rodeaban la plaza del mercado. «Cree en el futuro de la patria...», resonaba en el momento en que Erich se sentaba junto a su malhumorado padre. Por un segundo, ambos se quedaron en silencio. Julius parecía avergonzado, tal vez porque la noche anterior había bebido demasiado. «Como si a mí eso me importara», pensó Erich y le entregó a la madre con una leve sonrisa su taza, en la que ella le sirvió cacao.

«Nuestro amor al Führer...», escucharon decir, y Julius torció la boca como si el café fuera un brebaje asqueroso.

—Escucha, Erich, no vuelvas a salir de casa sin pedimos antes permiso. ¿Me has entendido? —dijo Julius finalmente en mitad del tímido silencio—. Hemos estado muy preocupados.

Desde fuera seguía tronando: «Esperanza en la victoria de la clase alemana...» La voz de Gremm casi se atropellaba de tanto gritar en el micrófono. «Ni que estuviera en una carrera», pensó el chico cansado. «Además, ¿qué es eso de la victoria de la clase alemana?»

—¿Erich, me estás escuchando? —oyó decir en tono severo a su padre.

Erich se encogió de hombros.

—Sí, padre.

—¿Lo prometes?

¿Qué es lo que tenía que prometer? Ah, sí, que iba a pedir permiso cuando saliera de casa. Asintió con la cabeza y pensó para sus adentros que muy pronto tendría que romper esa promesa. El próximo viernes sin ir más lejos. La voz de Gremm ahora aceleraba aún más y gritaba con voz ronca: ¡Alemania tiene que vivir, aunque nosotros tengamos que morir!» Y la multitud le contestó con gritos de «Heil Hitler».

Julius se levantó con tanto ímpetu que su silla se volcó hada atrás.

—¡Es que ya no va a tener uno paz en ninguna parte! —gritó y su cara se tomó roja; en un tono más bajo añadió—: Me voy a las cuadras. No aguanto más aquí. Uno ya no puede escapar de ellos ni en su propia casa.

La puerta golpeó pesadamente. Melanie se acercó en silencio a su sitio, volvió a colocar la silla con cuidado y comenzó a recoger la vajilla del desayuno de Julius. Erich volvió a poner su rebanada mordisqueada sobre el plato. «No se puede escapar de ellos», escuchaba de nuevo las palabras del padre en su cabeza, y nuevamente trepaba el miedo en él, aquel animal indomable que devoraba incluso los recuerdos de la noche anterior. «No se puede escapar de ellos...»

Al día siguiente, Erich intentó con temor no cruzarse con Kampmann, Kurt y los demás. Merodeaba con Erwin en la parte de

abajo de la plaza, por si tuvieran que escapar por la calle Hindenburg en caso de peligro, a pesar de que los alumnos tenían estrictamente prohibido abandonar el patio del recreo. Pero Gertraud no debía ser testigo de los insultos y humillaciones, no debía enterarse de nada, tenía que evitarlo a toda costa. Si al menos Max viniera también con ellos, pero éste, desoyendo las indicaciones de Erich, estaba siempre con sus compañeros de clase, a pesar de que varias veces había aparecido en casa con la nariz sangrando y los pantalones rotos. Ante la madre lo explicaba cómo una pelea normal entre chicos, pero Erich sabía lo que ocurría. Helmut le había contado que varios compañeros de clase y también otros mucho mayores de las JH, dos cabezas más altos que Max, de vez en cuando le pegaban, y Erich notaba en los ojos de su madre que ella no se había creído las historias de Max. En noches así, la madre se acostaba temprano y Erich oía a través de la puerta cerrada sus silenciosos sollozos que intentaba a toda costa reprimir.

Por fin, llegó el viernes por la tarde, aquella añorada y esperada tarde de viernes. Él había echado mano de una mentira piadosa: había dicho algo preocupado que tenía que ir a casa de Erwin por un ejercicio de mates que no terminaba de entender. La mirada desconfiada de la madre, que decía algo así como «si tú nunca vas a ver a Erwin, ¡Jorque a pesar de todo no os lleváis bien», le alcanzó de lleno. Pero Melanie no dijo nada; únicamente preguntó tras un instante de mirar inquisitivamente a su hijo:

—Pero para el comienzo del Sabbat estarás puntualmente de vuelta, ¿verdad, Erich?

Él asintió con fuerza. Ahora el sol se ponía más tarde y, si no llegara a tiempo, ya se le ocurriría algo.

Salió de casa corriendo. Al menos tomó la misma dirección que para ir a casa del tío Sigmund, por si la madre se asomaba a la ventana para comprobar hacia dónde iba; en el puente del Jagst ella ya no podría verle. Delante de las cuadras estaba Peter apoyado sobre su horca para el estiércol, saboreando gustoso el luminoso sol de mayo. Erich se escabulló sigilosamente a lo largo de la barandilla del puente y luego echó a correr lo más rápido que pudo hacia el pabellón de deportes. Una vez allí se sentó de forma que pudiera mantener el puente vigilado.

¿Y si ella al final no venía? Tal vez Gremm no se haya marchado o ella ha tenido que irse con ellos a pesar del dolor de cabeza. Desde la iglesia colegial sonaban las seis. Pocos peatones caminaban por allí, la mayoría había terminado su jornada y se apresuraba a sus casas; de vez en cuando se veía un grupito de alumnos sueltos vestidos con sus uniformes dirigiéndose al centro de la ciudad. Seguramente esa noche habría algún encuentro allí. Mejor que mejor, así no habría muchos de

sus compañeros por la calle. Esperó unos minutos interminables. Finalmente, tras un grupo de Jungvolk, poco antes de las vías del tren, apareció una menuda y delicada figura. A pesar de la temperatura veraniega, se había puesto una chaqueta de lana, prácticamente se había envuelto en ella, como si tuviera frío. Poco antes del pabellón se detuvo y miró buscando a su alrededor.

Erich apareció tras las sombras del edificio y la llamó con voz reprimida:

—¡Gertraud, Gertraud!

Al principio ella no reaccionó, sólo cuando él se colocó las manos alrededor de la boca formando un embudo y la llamó un poco más alto, ella se giró hacia él. Se acercó con paso inseguro mientras Erich miraba nervioso a su alrededor; gracias a Dios que nadie más le había oído. Estaba pálida y parecía un poco agobiada, pero a la pregunta preocupada de Erich, ella le restó importancia.

—No es nada, sólo que irónicamente me duele un poco la cabeza, pero eso me pasa a menudo, no es nada serio —luego le contó que Gremm había estado insistiéndole mucho—. De todos modos no tenía intención de llevarme consigo a Aalen, pero esta tarde hay un gran encuentro de las Juventudes Hitlerianas y las BDM por la festividad del día de la madre.

A Erich le entró cargo de conciencia. Dentro de una semana era el día de la madre y él ni siquiera se había acordado.

—Este año le van a dar mucha importancia —continuó contando —. El sábado que viene también habrá una gran fiesta en nuestro colegio. El que yo no tenga el cuerpo para celebrar el día de la madre a mi tío le da completamente igual. Le he dicho que iría a la reunión de la BDM, por eso llevo esto —se abrió la gruesa chaqueta de lana y Erich vio que vestía el uniforme, falda negra, blusa blanca, pañuelo negro.

—¿Y si se entera de que no has estado allí? —preguntó Erich preocupado.

Ella sonrió.

—De eso seguro que se va a enterar. Ya se encargará Kampmann, que en este momento debe de estar con el dedo pegado en el timbre de casa. Quería pasar a recogerme. Les contaré simplemente que yo ya me había ido y que a mitad de camino me empecé a encontrar tan mal que me di media vuelta.

—¿Y te creerán?

Ella se encogió de hombros.

—Primero tendrán que demostrarme lo contrario —de repente se echó a reír, y Erich escuchó encantado cómo se reía, alegre y desenfadada—. Se podrán imaginar cualquier cosa... —le echó una mirada de complicidad—, pero no que me estoy viendo a escondidas

con Erich Levi, en eso seguro que no caen.

Entonces también Erich se echó a reír. De repente se sintió aliviado. Todo el miedo parecía haberse desprendido de él, había ahuyentado al animal. Compartían un secreto, algo que sólo les pertenecía a ellos dos. ¡Y ella confiaba en él! Con un movimiento de cabeza señaló hacia arriba, a la cuesta del Kugelberg que subía desde la parte trasera del pabellón.

—Es ahí arriba.

Ella le siguió y por un instante, cuando enfilaron hacia el sendero Hohlweg, que llevaba hasta la Benzenruhe, a Erich le sobrevino una ligera preocupación: ¿y si les viera alguien? Entre semana eso estaba muy solitario, tan sólo los domingos algunos paseantes frecuentaban este camino. Aun así, ¿y si por ejemplo, el viejo Kóberle hiciera precisamente ahora su ronda por ahí? Pero luego su preocupación se esfumó, Gertraud se adelantó a él corriendo despreocupada, de vez en cuando un rayo de sol que se colaba entre los árboles, muy juntos unos a otros, alcanzaba sus rizos castaños y los hacía relucir en un tono rojo dorado.

Cuando llegaron arriba, Erich señaló la pequeña isla boscosa de la Benzenruhe:

—¡Aquí es!

—Precioso.

Ella contempló los viejos robles y las hayas y Erich le contó la historia del pequeño Lutz, cómo se había quedado colgado allí arriba en el roble. Riendo se sentaron sobre la verde hierba y las fresas silvestres que cubrían el suelo del bosque. A sus pies se alzaba la familiar silueta de la ciudad. Sin mediar palabra se quedaron allí sentados, observando las formaciones de nubes dirigiéndose lentamente hacia el castillo, que se alzaba en el monte de enfrente. Ella le habló de su madre.

—Las últimas semanas viví prácticamente en el hospital. Me iba nada más terminar el colegio, hacía allí mis deberes y al final incluso dormía allí. Ella tenía tanto miedo a estar sola y mi padre tenía tan poco tiempo...

Le contó que su padre, contratado por una gran empresa de montajes de maquinaria, tenía que viajar mucho. Y después de titubear un poco, también le habló del cáncer de su madre, que la había devorado lentamente como un animal; así es como lo había descrito la madre.

Erich pensó en el animal, el miedo, que se había alojado en él, y en lo terrible que debía de ser saber que ese animal terminaría matándote. También hablaron de la muerte, y Erich le contó lo del cadáver del Jagst del pasado verano, las moscas y la peste.

—Al final mi madre parecía estar en paz —dijo Gertraud

pensativa—. Ni siquiera tenía ya miedo. Yo le sostenía la mano. ¿Tú tienes miedo a morir?

—No lo sé —Erich dudó—. Desde entonces, quiero decir, des— de que encontramos a ese hombre, a veces pienso en ello. La verdad es que me gustaría envejecer. ¡Y antes de eso vivir bien!

los dos se rieron—. Pero... tal como están las cosas ahora... continuó Erich pensativo, y clavó sus dientes en su labio inferior intentando no ponerse a llorar.

«Y ahora, por favor, Gertraud, no digas nada, ahora no digas nada.»

Gertraud no dijo nada.

Después de un rato, sintió cómo de repente una mano se posó sobre la suya y la apretó con suavidad. Así permanecieron en silencio, observando las blancas montañas de nubes. «Ahora mismo sólo nosotros dos deberíamos existir en el mundo, nosotros dos y esas nubes», pensó Erich. Más tarde le enseñó la cueva del Rübezahlweg y le habló de las fantásticas historias que Kurt, Helmut y él se habían inventado. De repente Erich se dio (tienta de que los rayos de sol entraban ya casi horizontalmente entre el follaje de los árboles.

—Me tengo que ir —dijo enseguida—. El Sabbat está a punto de comenzar. De lo contrario tendré problemas y mi madre se pondrá triste.

—Creía que el Sabbat era siempre en sábado...

—No, no, comienza el viernes por la noche —le explicó Erich con pesar—. Cuando cae el sol —titubeó un instante—. ¿Quieres que nos volvamos a ver pronto?

Ella asintió.

—Te avisaré. En cuanto sepa que Gremm y la tía vuelven a marcharse —ella posó su mirada en sus ojos—. Ha sido muy bonito, Erich. Muchas gracias —y volvió a apretarle un instante la mano.

Con voz ronca Erich contestó:

—Sí, ha sido bonito. Yo también te doy las gracias. Yo... ya casi no puedo hablar con nadie. Aparte de con Helmut, y sólo de vez en cuando.

Ella asintió.

—Esperaré aquí un rato —continuó Erich—, hasta que tú estés abajo. Después te seguiré lentamente. Bueno, adiós.

Ella le asintió nuevamente con la cabeza y se apresuró monte abajo, una figura delicada envuelta en una chaqueta de lana demasiado grande que volvía a cruzarse estrechamente al cuerpo, como si tuviera frío.

«Ciertamente tiene los ojos azules», pensó Erich. «Tan azules

como... como...» Reflexionó pero no se le ocurrió nada adecuado. Ella simplemente tenía unos preciosos ojos azules.

Cuando llegó, la familia acababa de sentarse a la mesa, y la madre estaba encendiendo los candelabros. Después de haber estado tanto rato fuera, Erich esperaba preguntas incómodas, pero el padre únicamente le saludó con un escueto movimiento de cabeza y malhumorado comenzó a pronunciar la bendición. Así que no habían llamado por teléfono a casa del tío Sigmund para preguntar por él y su engaño no había sido descubierto. Aliviado, Erich echó mano de un trozo de *challah* que estaba encima del plato de Sabbat, y nuevamente tuvo que sonreír al recordar el supersticioso miedo del niño que una vez fue. Los ojos de Dios que observan... ¡Las tonterías que uno cree cuando es un niño tonto e ignorante!

No pudieron verse durante dos semanas. Gremm la tenía bien vigilada y a los encuentros de las BDM la acompañaba casi siempre su tía o Kampmann, como le contó a Erich más tarde, quién apretó furioso los puños al oírlo. Kampmann le había echado el ojo, eso estaba claro. ¡De qué forma la había mirado aquel día en el recreo! Durante esas dos semanas Erich había esperado cada vez más impaciente una señal por su parte. Ni siquiera podía hablarle, ¡dónde iba a hacerlo! En el colegio era imposible con las miradas desconfiadas de Kampmann y los demás. Al final fue Helmut el que le trajo una nota muy doblada a uno de sus encuentros nocturnos, con una sonrisa de oreja a oreja. «Para Erich Levi», ponía en letras desequilibradas, como si el escritor hubiera escrito el mensaje con mucha prisa o a oscuras.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo Helmut todavía sonriendo, y acto seguido añadió de repente muy serio—: Oye, ¿tú te has vuelto loco? Sabes que es la sobrina de Gremm, ¿verdad?

Erich no le contestó. Nervioso le quitó a su amigo el papel de la mano.

—¿Cuándo te lo ha dado?

—Ayer, después de clase. Muy lista la damisela. Me cazó justo cuando estaba abriendo la puerta. Hizo como si me quisiera preguntar algo y me puso ese pequeño y romántico mensaje de amor en la mano. No te preocupes que no lo he leído. ¡Jo, Erich, ten mucho cuidado!

Erich golpeó suavemente a su amigo en el hombro para tranquilizarle.

—No te preocupes. Además quién ha dicho que sea un mensaje de amor. No es eso.

Helmut le miró de reojo.

—¿Y qué es entonces?

Erich titubeó. En realidad él tampoco lo sabía. Lo único que sabía

es que tenía que volver a verla, hablar otra vez con ella; y que desde que ella había llegado, algo había cambiado. ¿Pero cómo podía explicarle eso a su amigo? Dudoso dijo:

—Nos gusta conversar. Ella... no es muy feliz en casa de Gremm. Su madre murió.

Helmut seguía mirándole.

—Hace mucho tiempo existió una pareja de enamorados que ahora son mundialmente conocidos. En Italia, concretamente en Verona. Se llamaban Romeo y Julieta, como seguramente recordarás. Desgraciadamente no sobrevivieron a su amor—le dio a Erich unas palmaditas en el hombro e insistió en voz baja—: Una vez más, Erich, ¡ten cuidado! Esto no es un juego —luego se giró y cerró la puerta sigilosamente tras de sí.

No, pensó el chico, no era un juego, y volvió a oír la voz de su padre: «No se puede escapar de ellos». Finalmente desdobló el papel y con no poca dificultad descifró lo que ponía en él a la luz de la farola que entraba desde fuera.

—El sábado por la tarde a las siete, pero no en el pabellón de deportes. En el banco del Schonenberg.

El «no» estaba tres veces subrayado y de repente Erich supo dónde, con toda seguridad, iba a estar Gremm. En el pabellón de deportes actuaba Willy Reichert, el famoso humorista que había sido invitado por la KdF[24]. Allí es donde seguramente estaría. De pasada pensó en lo decepcionado que estaría su padre, que admiraba mucho a Reichert, del que no se perdía ni un programa de radio. ¡Y ahora no iba a poder ir!

El sábado Erich estaba en ascuas. A las siete el sol aún no se habría puesto y la cena para celebrar el *havdalá*[25] sería muy tarde. ¿Qué podía decirles? Las comidas tanto del comienzo como del fin del Sabbat eran desde siempre sagradas para la familia. Únicamente una grave enfermedad, por ejemplo, podía valer como motivo de ausencia. Pero si se echaba en la cama, la madre iría continuamente a ver qué tal estaba. Gertraud no sabía nada de las costumbres de una familia judía. Y de todas formas él quería verla, tenía que verla a toda costa. Erich reflexionó durante toda la tarde, pero no se le ocurrió nada. Finalmente fue a ver a su madre a la cocina, que justamente estaba introduciendo con mucho cuidado una carpa en agua hirviendo. En realidad eso habría sido la labor de Fanny, ya que la madre no debería trabajar en Sabbat, pero qué se le iba a hacer.

Erich se apoyó en el marco de la puerta y susurró con voz débil, esperando que sonara también enfermiza:

—Mamá, me encuentro mal. Me duele muchísimo la cabeza, ya no puedo ni mirar a la luz.

Se lo había copiado a la tía Lea, que de vez en cuando sufría de lo

que Julius denominaba despectivamente «las migrañas típicas de Lea». Erich no sabía a ciencia cierta si los hombres también eran susceptibles de sufrir esa enfermedad, pero no le quedaba más remedio que arriesgarse. La cuestión es que el paciente necesitaba tranquilidad absoluta y no se le debía molestar, eso lo sabía de su tía.

Melanie se acercó alarmada y le puso la mano en la frente, como hacía siempre que uno de sus retoños se quejaba de algún mal.

—No parece que tengas fiebre. ¡Qué raro! ¿No estarás incubando de repente tendencia a las migrañas?

Al ver la mirada de preocupación de su madre, Erich sintió remordimiento de conciencia. Al menos le permitió retirarse enseguida a su habitación y Melanie prometió que se encargaría de que ningún miembro de la familia le molestara, aunque no quedó claro si eso la incluía a ella. Daba igual, tenía que arriesgarse. Como no podía saltar por la ventana, demasiado alta, tuvo que recorrer el peligroso camino a través del pasillo y la escalera antes de la cena. Por suerte, una circunstancia favorable vino a ayudarle. El tío Sigmund se presentó de visita para comentar algo con los padres y, así, todos se retiraron al salón. Max parecía estar sumido en uno de sus libros, ni se le oía ni se le veía. A punto estuvo Erich de formar con ropas un bulto imitando un cuerpo debajo de la manta, pero eso se habría parecido demasiado a un fraude. Así, si le descubrían siempre podría decir que ya no aguantaba más y había tenido que salir a tomar el aire.

Cubrió a la carrera el largo camino hacia el Schflnenbergy no se detuvo hasta que la vio sentada en el banco. Ella, al verle, caminó hacia él.

—¡Empezaba a pensar que ya no venias! —le dijo mientras se acercaba, pero no en tono de reproche, sino más bien aliviada.

Pasearon monte arriba, a lo largo del cementerio, junto a la ermita, y se perdieron por un pequeño bosque cuyo suelo musgoso se tragaba el sonido de sus pasos. Aquí seguro que nadie los observaría, no un sábado por la tarde. A veces los campesinos, montados en sus tractores o sus carros, pasaban por la parte alta del bosquecito, para llegar hasta sus campos. Erich afinaba el oído de vez en cuando con atención, pero todo estaba en silencio a excepción del piar de los pájaros, a los que ellos alteraban con su presencia.

Cuando volvió a casa sobre las nueve y media, todo parecía tranquilo. Se oía la voz de Julius desde el salón, leyéndole a la madre el periódico. Erich también percibió el familiar olor de los cigarros que el padre se permitía en Sabbat. Respirando fuertemente se dejó caer sobre la cama. ¡Su marcha no había sido descubierta!

Cerró los ojos y pensó en su paseo, en cómo ella había caminado junto a él y le había contado cosas de Stuttgart, de su antiguo colegio, de su profesora preferida, que ahora había sido despedida porque los

nazis habían decretado que las funcionarías casadas ya no podían trabajar.

—Le pregunté a Gremm si eso es justo, que si para los nacionalsocialistas las mujeres valemos menos. ¿Y sabes lo que me contestó? —se había girado abruptamente y se había detenido delante de él, en ese momento sus ojos estaban muy oscuros—dijo: «¡Al contrario!» Que por fin íbamos a dedicamos a nuestro cometido natural, el de ser madres, y que ésa era la más noble de las profesiones. Él se opone completamente a que yo vaya al Colegio Mayor. Sólo lo consiente porque era el deseo de mi madre y también mi padre quiere que así sea —reflexionó durante un momento—. Yo también quiero tener hijos algún día, pero primero quiero aprender e ir a la universidad —se había sentado encima de una mullida alfombra de musgo, el aire olía a resina y a madera húmeda.

—¿Qué quieres estudiar? —le había preguntado Erich.

Ella había dudado, pero enseguida, como si se hubiera acordado de un sueño lejano ya casi olvidado, había dicho más para sí misma:

—Quiero estudiar medicina, ser médico. Cuando estuve en la clínica con mamá vi cómo se le podía ayudar a la gente. Y yo siempre observaba al doctor Rosenfeld. Creo que es la profesión más bonita de todas, curar a otras personas o al menos aliviarles el dolor. Aunque ahora ya puedo olvidarme de eso.

—¿Por qué?

—Porque desde el año pasado sólo puede haber un diez por ciento de estudiantes mujeres en la universidad. ¿Cómo voy a conseguirlo? ¡Un diez por ciento!

—¿Cómo sabes eso? —le había preguntado asombrado.

—Me lo contó Gremm. Pero yo le dije que a pesar de todo haría el Bachillerato, ¡al menos eso!

«En ese caso yo también puedo ir olvidándome de mi sueño», pensó Erich. «Si es así para las mujeres, ¿qué porcentaje de judíos admitirán en la universidad? ¿El cinco por ciento? ¿El tres por ciento? ¿A ninguno?»

Él le había estado contando sus planes justo antes de eso:

—Me gustaría estudiar Derecho, ser juez. Por eso de la justicia... ¡Quiero ser un juez justo e insobornable!

—Me parece muy bonito —le había dicho ella—. ¡Juez! Seguro que se te da bien. Tienes una visión tan clara sobre tantas cosas.

Él se había ruborizado y no pudo mirarla en unos minutos.

Ahora, aquí, en su oscura habitación, pensaba en ello, en que probablemente los dos tendrían que enterrar sus sueños y en lo incierto que era el futuro. Tres años, dos años más, ¿y luego qué? Habían permanecido mucho rato sentados sin decirse nada, hasta que Gertraud finalmente había susurrado:

—¡Tal vez al final sí se arregle todo!

—¿De verdad lo crees?

Ella se había encogido de hombros.

—No lo sé. Tal vez Hitler se muera. ¿Crees que es injusto que uno rece para que alguien muera? —ella se había sentado más cerca de él y había acercado su boca muy cerca de su oído—. Porque eso es lo que yo hago. Todas las noches rezo para que él muera.

Estupefacto, él se la había quedado mirando.

—Yo... no sé. Aparte de él también hay otros.

Pero ella había movido la cabeza negativamente.

«Tal vez yo también debiera rezar para que se muera Hitler», pensó. ¿Le gustará eso al señor Silbermann, el rabino, y sobre todo al Todopoderoso? Cerró los ojos y volvió a sentir su cara cerca de la suya y percibió su olor a flores y sol.

De repente notó una presencia; su madre había entrado sigilosamente en la habitación y estaba junto a su cama.

—Erich, ¿dónde has estado? —preguntó con insistencia—. Vine a traerte una pastilla y algo para beber y tu cama estaba vacía.

Erich se giró hacia la pared y se clavó los dientes en el labio inferior. ¿Qué debía decir? No quería mentirle a su madre, sería sencillamente ridículo decir que se había ido a dar un paseo. Ella no le creería.

Con un leve suspiro ella se sentó en el filo de la cama e intento cogerle la mano, que él inconscientemente retiró.

—¡Erich, mírame! Estaba muy preocupada. A tu padre no le he dicho nada, ya lleva bastante carga sobre sus hombros. ¿Por qué no me miras?

En vez de dar una respuesta, se giró del todo hacia la pared, dándole la espalda a la madre. Ella se quedó sentada y esperó. De repente no lo soportó más. Apretando los diente soltó:

—¡Déjame en paz!

No había hecho más que decirlo cuando se asustó de sí mismo. Nunca le había hablado así a su madre. Esperó su respuesta, una tremenda bronca, un castigo, tal vez incluso una bofetada, y eso que Melanie jamás había pegado a sus hijos. Ella continuó sentada durante un momento, luego se dirigió con cansados pasos hacia la puerta, que instantes después volvió a cenarse. Erich abrió la boca para decir algo, pero ya era demasiado tarde; ella ya se había marchado.

Él se dejó caer de espaldas en la cama y miró fijamente al techo. Se avergonzaba. No era justo hablarle así a su madre. Pero muy dentro de él había algo más, un pensamiento que no quería terminar de concebir, que quería reprimir. Aunque finalmente tuvo que reconocerse a sí mismo que estaba enfadado, con los dos, su padre y su madre. Estaba furioso con ellos y no sabía exactamente por qué.

Pero ahí estaba esa idea, que ni siquiera estaba preconcebida y que ahora incluso quería salir de sus labios. Atónito pronunció la frase:

—¿Y si yo no fuera judío?

Cristales rotos

AL DÍA siguiente, el domingo, Julius desapareció en su dormitorio sin mediar palabra nada más terminar de comer y volvió después vistiendo su mejor traje, un traje cruzado, de rayas finas. En la mano sostenía su mejor sombrero, un sombrero gris de fieltro suave al que le pasaba incesantemente el dorso de la mano derecha como si tuviera que despojarlo de pelusas invisibles. Evitó mirar a su mujer, que en ese momento se disponía a colocar la cafetera en la mesa, y dijo de pasada:

—Voy a acercarme al pabellón de deportes. Esta tarde, Willy Reichert vuelve a dar una actuación. Y ésta no me la quiero perder.

Erich, que acababa de entrar de la cocina con los restos de la tarta de avellanas, casi suelta la bandeja con la tarta.

—¡Papá! —exclamó despavorido—. Es un espectáculo nazi, ¡no puedes ir!

—¿Por qué no? —el tono de Julius se tornó muy agresivo—. ¿Por qué no?, me pregunto. Soy un ciudadano intachable de este país. Puedo ir adónde me plazca. Al fin y al cabo lo han anunciado por todas partes, invitando a los ciudadanos de esta ciudad. Y eso es lo que soy: ¡un ciudadano de esta ciudad!

Melanie se había quedado petrificada. Continuaba con la cafetera en la mano.

—Julius —lo dijo rogando, casi suplicando—, no puedes ir. ¡Razona!

Con un abrupto movimiento se colocó el sombrero en la cabeza y caminó decidido hacia la puerta, pasando por delante de Ktich y de Max, que acababa de entrar en la habitación.

¡Ahora mismo voy a ir allí! Y no voy a permitir que nadie me diga lo que tengo o no tengo que hacer. ¡Al fin y al cabo no he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme! —la puerta de la casa se cerró de un portazo y Max comenzó de repente a sollozar.

—¡Cállate! —le increpó Erich y puso rápidamente la bandeja con la tarta en la mesa.

—Erich, Erich, ve tras él. Corre, que si no va a ocurrir una desgracia. ¡Intenta detenerle! —Melanie corrió al salón para mirar desde la ventana.

Erich se ató los cordones de sus zapatos a toda prisa y bajó corriendo las escaleras, saltando los escalones de dos en dos. La Hindenburgstrasse estaba muy concurrida. Muchos paseantes domingueros rondaban por allí y algunos posiblemente también iban hacia el pabellón de deportes ante cuya puerta ondeaban las banderas

de color rojo sangre. Erich corrió un trecho en dirección al puente del Jagst. ¿Dónde estaba su padre? Entonces le vio, cruzando el puente con paso firme. Erich se chocó con algunos paseantes, colándose entre ellos.

—¡Papá, papá, detente! ¡Espérame!

Julius se detuvo y miró hacia su hijo.

—¿Qué haces aquí? ¡Vuelve a casa!

—Papá, entra en razón. Por favor, vuelve conmigo. ¡Mamá está asustada!

—Erich, por última vez, vete ahora mismo a casa. Iré a ver esa actuación, ¡ya podéis decir lo que queráis!

—¡Pero, papá, si no te van a dejar entrar!

—Eso ya lo veremos —escupió Julius entre dientes—, ya lo veremos —y reanudó su camino.

Erich se quedó pegado a sus talones tirándole una y otra vez de la manga. Con un movimiento disgustado, Julius le rechazaba, pero Erich no paró.

—Papá, por favor, ven conmigo.

Entonces sintió de repente un fuerte golpe en la mejilla que le hizo girar bruscamente la cabeza hacia un lado. Atónito se quedó fijo mirando a su padre, que, pálido y con la mano alzada, estaba frente a él. Algunos paseantes se habían detenido y comenzaron a murmurar o incluso a reír. A Erich le pareció oír fragmentos: «el judío Levi..., típico..., esa chusma»... Por un instante padre e hijo se miraron, pero luego Julius se giró abruptamente y continuó su camino.

Erich se había quedado petrificado, sentía el ardor en su mejilla. De repente se dio cuenta de que la gente continuaba observándole. Instintivamente hizo amago de ir a casa para alejarse de allí, pero luego volvió a pensar en el padre, pensó en él con resentimiento y una ira salvaje, pero también pensó en la cara de preocupación de la madre y recordó su súplica.

Siguió corriendo hacia el pabellón de deportes, donde ahora vio al padre esperar ante la entrada. Miembros de las SA estaban con las piernas abiertas ante la puerta de entrada. Erich reconoció a algunos, y vio con horror que Bartie, el antiguo profesor de Primaria de Max, también estaba entre ellos.

—¿Vaya, señor Levi, dónde se cree que va? —preguntó uno de los porteros con una risa descarada, y Julius le contestó con voz firme que quería ver la actuación de Willy Reichert.

—¿Tiene usted entrada?

—No, pero se decía que todavía quedaban plazas suficientes —Julius señaló hacia el interior de la sala—. Compraré una.

—Lo siento, pero se han agotado —a través de las puertas abiertas, se podía vislumbrar parte de la sala, muchas de las filas de

sillas aún estaban vacías.

Sin mediar palabra las señaló con el dedo e hizo ademán de continuar hacia delante, pero el hombre de las SA le empujó a un lado.

—¿Es que no me ha oído? ¡Se han agotado! O mejor dicho, ¡para usted están agotadas!

Julius dio un paso atrás.

—Me va a dejar entrar ahora mismo, de lo contrario...

—¿De lo contrario...? —el hombre de las SA se volvió a plantar ante él con aire provocativo, mientras los demás se reían y se daban mutuamente codazos.

Bartie, visiblemente abochornado, se acercó a Julius y le cogió por el brazo.

—¡Señor Levi, sea razonable!

Julius ni siquiera le oía. Se liberó de la mano de Bartie, con la mirada clavada en el hombre de las SA que tenía ante sí. Luego dio un paso hacia él, decidido a pasar por su lado.

Y de repente todo ocurrió muy deprisa. Los otros miembros de las SA se acercaron de un salto, agarraron a Julius y le tiraron al suelo, donde por un momento se quedó encogido tirado sin moverse.

—¡Papá! —gritó Erich y corrió hacia él—. Papá, ¿estás herido?

Julius se fue levantando lentamente, apoyándose en el brazo de Erich. Tosía, y Erich temía que fuera a vomitar de un momento a otro, pero únicamente escupía la porquería que le había entrado en la boca, hasta que, finalmente, se puso en pie algo tambaleante. En la entrada volvían a posicionarse los hombres de las SA restregándose las manos, como si acabaran de tocar algo especialmente sucio. Bartie se había retirado atrás del todo. Algunos visitantes pasaban por su lado moviendo la cabeza, muchos se habían detenido nuevamente para observar gustosos aquel espectáculo.

—¡Padre, ven! —Erich recogió el sombrero de Julius del suelo y se lo entregó a su padre, quien haciendo un esfuerzo se sacudía el polvo de la ropa.

Luego, padre e hijo regresaron.

Julius, aún algo aturdido, se tambaleaba. Al principio agarró la mano de Erich, como antes, cuando todavía era un niño pequeño, pero luego la soltó, se apoyó discretamente en su hombro y se dejó llevar a casa por su hijo.

La familia jamás volvió a hablar de ese incidente, ni durante aquel día ni en los siguientes. Fue como si nunca hubiera sucedido. A veces Erich observaba a su padre de reojo, veía las arrugas alrededor de los ojos y la boca cada vez más profundas, las mejillas hundidas y su delgada figura que ya no caminaba tan erguida como antes, sino inclinada, como si llevara a sus espaldas una pesada carga. El

orgulloso tratante de ganado Julius Levi se había hecho viejo y débil. Y aunque Erich se avergonzara de ello, no podía deshacerse de aquella imagen, la imagen del padre humillado tirado en el fango delante de él, y le despreciaba, y por ello se despreciaba a sí mismo.

Un día de junio muy caluroso, Erich volvió del colegio a casa una hora antes que de costumbre. Lafrentz había enfermado y se había suspendido la clase de inglés. Encontró a la madre en el salón de rodillas ante el gran aparador de roble, los cajones de abajo estaban abiertos y su contenido estaba extendido en el suelo: dos cajas grandes con los pesados cubiertos de plata, algunos candelabros, unas pequeñas bomboneras, anillas para las servilletas... Sabía que todo era de plata maciza, y algunas de las pie— estaba orgullosa de esas cosas y Erich recordaba que antes entre ella y Fanny a menudo lo sacaban todo para limpiarlo minuciosamente. Por eso en un primer momento pensó que tocaba la limpieza general de todos los años. Después descubrió la gran maleta que yacía abierta al lado de la madre y en la que ahora metía algunas fuentes de plata envueltas en paños. Ella estaba tan ensimismada en su tarea que no se había dado cuenta de su presencia, así que él carraspeó.

Melanie se giró asustada.

—Erich, ¿ya estás aquí?

—Sí, se ha suspendido el inglés. Mamá, ¿qué estás haciendo?

Melanie se sonrojó ligeramente. Se levantó con esfuerzo y se dejó caer en uno de los blandos sillones de cuero.

—Ay, Erich. En realidad, tú y Max no tendrías que enteraros de todo esto, pero en fin, ya casi eres adulto y... de todos modos no creo que podamos ocultarlo por mucho más tiempo. Tu padre irá mañana a Würzburg, a la Asistencia Judía para la Clase Media[26], para vender algunas cosas de plata. Él... apenas saca ya beneficios y tenemos que pagar el alquiler y la comida para el ganado, el salario de Peter y también tenemos que comer. Estamos... viviendo desde hace algún tiempo de una de las libretas de ahorro, pero tu padre no quiere tocar las otras. Son nuestro último recurso en caso de necesidad. Por eso vendemos algo de la plata. Tu padre dice que esto no se puede comer.

Erich se sentó en el apoyabrazos del sillón y apoyó su mejilla en la cabeza de la madre.

—¿Tan grave es?

Ella asintió.

—Pero tu padre no quiere saber nada. Dice que ya cambiarán las cosas. Cree en ello firmemente. Dice que es época de apretarse el cinturón, que simplemente tenemos que resistir —con voz comprimida añadió—: Temo que se esté creando falsas esperanzas. ¡Ay, Erich, estoy tan preocupada! —a Melanie le cayeron de repente las lágrimas por las mejillas y se las limpió ensimismada con el delantal, como lo

había hecho Fanny, aquella vez, en la habitación de Erich cuando le contó que tenía que irse por el dinero.

Esto no va a parar, cada vez es peor, pensó el chico. Y de nuevo el miedo hizo su aparición. ¿Y si las cosas no mejoraban nunca?, ¿qué ocurrirá cuando hayan vendido todo?, ¿cuándo ya no les llegue ni para pagar el alquiler...?

En voz alta Erich propuso a la madre:

—¿Y si yo ganase algo para ayudar? Quiero decir, trabajar después del colegio.

Melanie abrazó a su primogénito con fuerza.

—Eres un buen chico, ¿pero en qué quieres trabajar? Prefiero que termines el colegio como Dios manda. Eso es mucho más importante. Lo único que debemos hacer es no perder la esperanza.

Ayudó a la madre a guardar en la maleta los diversos objetos y las cajas con los cubiertos. Pesaba mucho, y Erich no se imaginaba cómo iba el padre a poder transportar la maleta él solo.

Mientras la madre en la cocina empezó a preparar la comida, Erich se quedó sentado en el sillón de cuero mirando fijamente al techo. Su madre tenía razón, ¿qué iba a hacer él? ¡Si hubiera algún trabajo de ayudante! ¿Pero quién iba a contratarle a él, un judío? Tal vez las señoritas Pfisterer, pensó. Tal vez podría cargar cajas, hacer recados, ese tipo de cosas. Claro que los escasos céntimos que se ganaban con eso eran como una gota en el desierto. De la cocina le llegaba el olor a tortitas y eso le recordó otra vez a Fanny. Fanny, de la que hacia tanto tiempo que no sabían nada.

Debía tranquilizarse, porque enseguida llegaría Max del colegio. Seguro que Max volvería a protestar por la comida. Había crecido mucho en los últimos meses y de repente aborrecía los dulces que antes tanto le gustaban. Quería comer carne, pero la carne se había convertido en un bien escaso en casa del ganadero Julius Levi. Sólo en Sabbat ponía la madre un asado sobre la mesa. Y si esto seguía así..., reflexionó Erich amargado. Pero en eso no debía pensar. Su madre tenía razón, había que mantener la esperanza. No obstante, cruzó a la cocina para poner la mesa con el ánimo bajo.

Dos días después Julius volvió de Würzburg. Si bien la maleta estaba vacía, caminaba más encorvado que antes de su marcha. Los billetes y monedas que contó delante de la madre encima de la mesa de la cocina eran por lo visto mucho menos de lo que los padres habían esperado, porque Melanie preguntó completamente pálida:

—¿Esto es todo? ¡Si valían mucho más!

Julius se echó a reír con amargura.

—¿Qué te crees? ¿Qué somos los únicos judíos que tienen problemas? ¿A cuántos comerciantes judíos les han dejado de comprar? ¿Cuántos abogados judíos ya no tienen clientes? ¿Cuántos

médicos judíos no tienen pacientes? ¿Y cuántos funcionarios judíos han sido despedidos? ¡Podemos damos con un canto en los dientes de haber sacado algo!

A partir de ese momento el miedo por lo que iba a ocurrir con ellos ya no soltó a Erich. Únicamente en los escasos ratos que pasaba con Gertraud olvidaba sus preocupaciones y podía reír con alegría y sin presiones. Ella había puesto al corriente de su relación a Lotte Richter, al principio en contra de la opinión de Erich, y ahora Lotte actuaba de mensajera entre ellos.

—¿Crees que no se van a dar cuenta si me ven con Helmut? —había argumentado ella contra sus objeciones—. A Gremm tu amigo le cae casi tan mal como tú, mientras que Lotte es de confianza.

Así que Lotte le hacía entrega de cartitas, deteniéndose en el recreo ante él como por casualidad, por ejemplo para atarse los cordones. En verano se veían casi siempre en la Benzenruhe, ya que Gertraud adoraba ese lugar. Había tanta sombra bajo las majestuosas copas de los árboles que se abovedaban sobre ellos como un escudo protector; y si alguna vez pasaba un paseante o algún agricultor por allí, se podían retirar sin ser vistos entre los tupidos arbustos que abundaban en los alrededores. Allí se sentaban entonces sobre la jugosa y verde hierba. Erich casi siempre se echaba a su lado, de costado hacia ella, para poder contemplarla siempre, sentada a su lado con el tallo de una hierba entre los dientes. Contaban las nubes, que pasaban por encima de ellos, les ponían nombres y reflexionaban sobre adónde volarían. Soñaban viajes que querían emprender y se inventaban una vida en la que todos sus sueños se hicieran realidad. Pero sus encuentros se hacían cada vez más difíciles, porque Gremm deseaba que Gertraud fuera con su tía a menudo a bañarse. «Una mujer alemana necesita un cuerpo sano», solía decir, según le contaba Gertraud entre risas. Y luego también estaban los numerosos encuentros de las BDM, a los que difícilmente podía faltar, ya que Gremm se enteraría de inmediato. A la tímida pregunta de Gertraud de si Erich no iba a ir al menos de vez en cuando al Jagst a bañarse, él le había contestado muy decidido:

—Allí sólo les provocaría. ¿Qué crees que Kampmann y los demás harían conmigo? Además, de todas formas allí tampoco podríamos dirigirnos la palabra.

Helmut le había preguntado un par de veces con la boca pequeña si quería que se vieran en algún otro rincón recóndito de Jagst, lejos del lugar de baño oficial, pero Erich había notado siempre la preocupación de su amigo y lo había rechazado. El padre de Helmut seguía estrechamente vigilado, eso al menos le había contado Helmut, y las amenazas y las intimidaciones incluso habían aumentado. En esa situación él no quería causarle a su amigo aún más problemas.

Además, también pensaba continuamente en el cadáver que habían encontrado en el Jagst y suponía que a Helmut le ocurría lo mismo.

A primeros de julio se produjo finalmente el desastre que tanto había temido Erich. Gertraud y él se habían citado un domingo, el primer domingo de julio. El sol ya estaba muy bajo en el cielo cuando Gertraud por fin subió corriendo desde la ciudad. Él estaba al borde de la Benzenruhe, buscándola con la mirada, asustado y lleno de preocupación. Al verla corrió a su encuentro y ella comenzó a contarle, jadeando, que había tenido que acompañar a su tía a tomar café con unas señoras, cuando de repente se les acercó desde abajo una moto con gran estruendo. Petrificados del susto, se quedaron parados. En el lugar en el que se encontraban era imposible esconderse y además ya les habrían visto. La moto se acercó con rapidez y Erich reconoció al conductor. Era un amigo de Grimminger, precisamente. Erich los había visto ya un par de veces juntos en la ciudad. No iba al Colegio Mayor, sino que trabajaba como aprendiz en Aalen. Al parecer la moto era nueva y el joven debía de estar probándola en aquel lugar recóndito, a pesar de que tan sólo era un sendero peatonal. A la altura de Gertraud y Erich se detuvo y les gritó algo, pero los rugidos del motor se tragaron sus palabras.

Erich agarró a Gertraud del brazo y, tirando de ella, corrieron hacia abajo sin echar la vista atrás. No dejaron de correr hasta que los rugidos de la moto fueron alejándose.

—Se ha ido —dijo Erich a duras penas y vio que Gertraud le miraba con los ojos muy abiertos.

—Nos ha visto —susurró casi ausente—. ¡Nos ha visto! ¿Y si ahora lo cuenta por ahí...?

Erich intentó calmarla.

—No creo que se haya imaginado gran cosa. Estaba ocupado con su moto —él mismo se dio cuenta de que aquello no había sonado muy convincente.

—¡Erich, se ha parado y nos ha gritado algo! —nerviosa, ella le agarró del brazo—. Tengo mucho miedo. Si mi tío se entera de esto... —le miraba casi suplicando.

¿Qué podía decirle a eso? Si él mismo estaba indefenso. De todos modos intentó hablarle para tranquilizarla.

—También podríamos habernos cruzado por casualidad.

Desesperada ella susurró:

—¡Es que yo le he dicho a Gremm que iba a casa de Lotte! ¡Y encima hemos salido corriendo juntos!

—Mira, ahora te vas a casa y disimulas, que no se te note nada. Simplemente di que no has encontrado a Lotte y que te has ido a dar un paseo —él retiró con delicadeza su mano, que le seguía agarrando con fuerza de la manga—. Tranquila, ¿me oyes? —ella asintió y se

dirigió titubeante en dirección a la ciudad, pero continuamente miraba hacia atrás echándole una mirada de súplica.

Erich se sintió tan mal como hacía mucho que no se había sentido.

El lunes por la mañana observó detenidamente al grupo de Kampmann y se fijó en los recreos sobre todo en Grimminger. Pero se comportaban como siempre; ninguno se dirigió hacia él plantándose ante él de forma amenazadora y gritando «¡Levi, cerdo judío!»... Incluso Gremm se comportó como siempre. Aliviado se marchó aquel día a casa; tal vez el motorista no contara nada, aunque por otra parte, era pronto aún para sentirse seguro.

Ya desde el rellano escuchó que el padre tenía la radio a todo volumen. La excitada voz del locutor le golpeó de frente al entrar en el salón, donde Julius estaba sentado en el sillón apoyado hacia delante con la oreja pegada al altavoz.

—Está hablando Goebbels —exclamó hacia Erich—. ¡Escucha!

Erich se dejó caer desganado en el sofá. ¿Qué le importaba a él Goebbels? Como si no tuviera ya bastantes problemas.

—|Se están matando entre ellos! —exclamó Julius superando el griterío de la radio.

Padre, ¿quiénes?

—Los nazis. Hitler ordenó anoche que ejecutaran a varios dirigentes de las SA y Róhm está detenido. Por lo visto estaban planeando un levantamiento contra Hitler[27]. ¡Ja, y yo me lo creo! —el padre estaba excitado como un niño—. Ahora ya se parten el cráneo entre ellos. Es la mejor noticia desde hace tiempo.

Erich se levantó abruptamente y se marchó a su habitación. «¡Ay, padre!, tú y tus esperanzas. Un par de nazis menos, ¡eso no es nada! No va a cambiar nada.»

Dos semanas después se montaron en la plaza del mercado unos grandes altavoces. Se iba a radiar un discurso del Führer por todo el país. Seguro que se trata de Róhm, pensó Erich, cuando desde una distancia prudencial observaba por la tarde cómo la gente se dirigía en riadas hacia la plaza, donde ya se había colocado la inevitable banda de música. Alrededor de la plaza, al igual que en toda la ciudad, ondeaban las banderas de color sangre. Poco después, tronó la voz desde las orgullosas casas barrocas que sembraban la Plaza Colegial, esa voz perruna, chillona, atropellada. Erich corrió a casa, se apresuró a subir y se resistió al impulso de continuar hasta arriba del todo, al desván, donde solía refugiarse cuando era niño. Acurrucado en un rincón, con los ojos cerrados, las manos tapándose los oídos para no oír nada, para dejar fuera todo lo que le daba miedo. Pero de esta voz que penetraba en el piso algo más amortiguada, pero perfectamente audible, no había escapatoria.

«...El destino ha vuelto a enseñarme que con gran preocupación y con cada pensamiento debo rodear con garra lo más valioso que se nos ha dado en este mundo, el pueblo alemán, y el Reich.»

«En eso tiene razón para variar», pensó el chico con la mirada perdida hacia la desértica Hindenburgstrasse y con la frente pegada contra el cristal. «¡Tiene entre sus garras al pueblo alemán!»

Aquella noche le despertó un zumbido, poco después escuchó el tintineo de cristal. Erich saltó de la cama y corrió a la ventana. Miró a la calle pero en la oscuridad no podía adivinar nada. De repente escuchó muy cerca de sí un estallido agudo; algo voló casi rozándole a través del cristal, que cayó hecho añicos al suelo.

Se quedó paralizado, era incapaz de moverse. En ese instante se abrió bruscamente la puerta y Julius entró corriendo.

—¡Erich, apártate de la ventana, están rompiendo los cristales!

Tiró con tanta fuerza de él en dirección a la puerta que Erich se cortó con uno de los cristales que había por el suelo. Cojeando y con el talón sangrando a chorros, caminó al pasillo, donde estaba la madre, las manos tapándole la boca como si tuviera que evitar a la fuerza el gritar.

—¡Rápido, rápido, id a por Max!

Julius corrió hacia la puerta de la habitación del niño, que daba a la Hindenburgstrasse, y apareció acto seguido con un adormilado Max frotándose los ojos.

—Nos quedaremos en el pasillo. Quién sabe qué más tienen previsto hacer.

Julius zarandeó la manilla de la puerta de entrada, para comprobar que de verdad estuviera atrancada y luego se apoyó contra la pared del recibidor respirando fuertemente. Por unos momentos todo se quedó sumido en un silencio sepulcral. La familia escuchaba atentamente, pero desde el exterior ya no entraban ruidos.

De repente escucharon la voz del tabernero del Krone:

—Pero qué espectáculo es éste en mitad de la noche. ¡Silencio, o llamaré a la policía!

Luego, se cerró una ventana con gran portazo y de nuevo se hizo el silencio. El terror parecía haber acabado.

Erich se fue cojeando al cuarto de baño para vendarse, porque se había formado ya un pequeño charco de sangre alrededor de su pie. Melanie le siguió, todavía con una mano tapándose la boca. El chico vio que tenía fuertes temblores.

—Mamá, déjalo, ya lo hago yo —dijo intentando calmarla, al ver que ella tiraba con dedos tembloroso indistintamente todo tipo de cosas del armarito de baño en busca de una gasa para él.

Pero de repente el chico tuvo que sentarse en el bordillo de la bañera, porque sentía que le flojeaban las piernas. Se sintió mal,

tremendamente mal.

Julius se agachó hacia él.

—¿Erich, te duele mucho?

Apretando los dientes, movió la cabeza negativamente. Por fin Melanie había encontrado una tirita e intentaba ponérsela a Erich en el lugar adecuado del pie.

—Han roto todas las ventanas que dan al patio trasero. Supongo que con un tirachinas —Julius sostenía una piedra no muy grande pero puntiaguda en la mano—. No quiero ni pensar si te hubiera dado en la cabeza, Erich.

Sin mediar palabra miró a su padre. llevaba un pijama de rayas, el cabello de punta. «Qué pequeño es en realidad, pequeño y delgado», pensó el chico. «Y parece tan cansado.»

—¿Quién crees que ha sido? —preguntó Erich a pesar de que en realidad conocía la respuesta.

Julius se rió con amargura:

—¡Quién va a ser! Esa pregunta se contesta por sí sola.

Preocupaciones

A LA mañana siguiente las dos señoritas Pfisterer pasaron a ver los daños. Julius las había ido a buscar a primera hora de la mañana, cuando se disponían a abrir la tienda, y ahora estaban en mitad de la habitación de Erich mirando en silencio la ventana, donde aún colgaban los picos de cristal en el lateral. Los añicos del suelo los había barrido Melanie aquella misma noche, ya que de todas formas no habrían podido pegar ojo. Trasnochado y malhumorado, Max se había puesto en camino hacia el colegio, pero Erich se había quedado en casa. Casi no podía andar, el pie se le había hinchado y le dolía. La madre había tenido que sacarle con una pinza algunos trocitos de cristal y había dicho preocupada que si la infección no remitía pronto, tendrían que ir al médico. Estaba tumbado en el sofá del salón con la pierna en alto encima de unas almohadas y de vez en cuando venía la madre para cambiarle los paños fríos.

A través de la entreabierta puerta del salón oía el murmullo de Julius y de las dos hermanas. Augusta estaba diciendo:

—Esto es un atropello, señor Levi, un verdadero atropello.

Erich no pudo evitar sonreír. La señorita Augusta no tenía pelos en la lengua, pero sí más valor que un regimiento de artillería entero, al menos eso es lo que decía siempre Julius en broma, «y testaruda como veinte mulas juntas» solía añadir a continuación. Sin embargo, eso ahora los beneficiaba.

—La señorita Augusta y la señorita Marie quieren poner una denuncia en la policía; luego vendrá el cristalero para colocar cristales nuevos —le contó Melanie, que había entrado a cambiarle el paño frío.

Bien —dijo Erich contemplando la pálida cara de su madre —¿Pero crees que los cogerán? —en realidad la pregunta debería haber sido si de verdad querrían pillarlos, pensó, pero no dijo nada.

Melanic se sentó a su lado.

—Gracias a Dios que las señoritas Pfisterer se van a hacer cargo de los desperfectos. La señorita Marie dice que lo cubrirá el seguro. Ah... y te envían muchos recuerdos y esto —metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una tableta de chocolate con leche que le puso a Erich en la mano.

De repente sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Últimamente ninguna vejación, ni ninguna ofensa le había hecho llorar, tenía que resistir, endurecerse contra la maldad, pero este gesto de ternura le robaba la compostura. Rápidamente giró la cabeza hacia un lado para que la madre no pudiera ver sus lágrimas. «Aún quedan

personas buenas», pensó apretando la tableta de chocolate con tanta fuerza que empezó a reblandecerse bajo sus dedos.

Al mediodía vino el cristalero, un malhumorado joven que no dijo ni una palabra. A la tímida pregunta de Melanie de si le apetecía un café o alguna otra cosa para beber, contestó con un brusco movimiento de rechazo de la mano. Pero al menos trabajó rápido y concienzudamente y cuando salió del piso, sin despedirse siquiera, los cristales volvían a resplandecer como antes. La madre los había limpiado a fondo y por la tarde Erich pudo mudarse a su familiar habitación.

Tumbado en la cama intentó dormir un poco. Estaba muerto de sueño, pero únicamente se giraba inquieto de un lado a otro, en la medida en que su herido pie se lo permitía. Tormentosos pensamientos le pasaban por la cabeza, pensamientos que no podía apartar. Eso no había sido una trastada de niños, en eso el padre tenía toda la razón. Había sido un acto dirigido contra la familia Levi. ¡Por otra parte, en casa de los Heinrichs, de los Neuburger y del tío Sigmund no había ocurrido nada semejante! ¿Y si este suceso tenía que ver con Gertraud y con él? ¿Y si el motorista finalmente había hablado de ello? ¿Y si a través de Grimminger había llegado a oídos a Kampmann? En ese caso sólo tenía que atar cabos. Y si lo sabían Grimminger y Kampmann, entonces también lo sabría Gremm. Erich cerró inconscientemente los puños. Estaba preocupado por Gertraud. Y encima ahora se encontraba inmovilizado en casa con ese pie que seguía doliendo y martilleando por dentro. Y no había nadie al que pudiera enviar a verla; tenía que esperar, solamente podía esperar, por mucho que le costara. Tal vez esa noche se acercara Helmut. Seguramente habría oído lo sucedido y advertido su falta en el colegio, tal vez Helmut podría ayudarle...

Con ese pensamiento finalmente se quedó dormido y no se despertó hasta que escuchó el familiar silbido desde abajo. Aturdido se incorporó. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero en el exterior ya se extendía un nocturno cielo azul sobre la iglesia colegial y sobre la plaza del mercado. Nuevamente se escuchó el silbido, esta vez más fuerte, y Erich se acercó cojeando a la ventana. Por suerte ya podía apoyar el pie, aunque únicamente con precaución, porque la herida seguía molestándole. Con cuidado se asomó al oscuro patio trasero y vislumbró la figura de Helmut escondida entre cajas y cartones.

—Espera, que bajo —dijo a media voz, y salió con dificultad al pasillo.

El piso estaba a oscuras y en silencio, posiblemente los padres y Max ya se había ido a dormir. Bajó las escaleras descalzo, con cuidado, arrastrando la pierna con el vendaje tras de sí. Como no

hacía frío, no importaba, de todas formas tampoco hubiera podido ponerse ningún calzado con el talón tan hinchado.

Abajo le recibió Helmut muy nervioso.

—¿Qué es lo que ha ocurrido en tu casa? ¿Y qué te ha pasado en la pierna?

Entre susurros Erich le contó los acontecimientos de la pasada noche y vio de repente confirmadas todas sus sospechas al oír a Helmut decir:

—¡Han sido Kampmann y compañía, seguro!

—¿Cómo lo sabes?

—He podido oír algún que otro comentario esta mañana en el recreo: que por la noche le habían dado una lección a ese cerdo judío, ¡y sobre todo a ti! El que no fueras al colegio lo identificaron como una buena señal. Yo ya te creía medio muerto. Pero luego vi a Max y pensé que en ese caso no podía ser tan grave.

—¿Y qué más?

—No he oído nada más. Juntaban las cabezas cada dos por tres cuchicheando. Ah, bueno sí, y Gremm estaba hoy de muy buen humor, ha machacado a tu primo de tal manera que en el recreo se ha ido llorando al servicio y allí uno de los de quinto le ha agarrado y le ha zarandeado, gritándole que no quería mear con un cerdo judío al lado y que esperara afuera a que él terminara.

Helmut lo contó todo en un tono neutral, sin tomar partido. Pero de repente enganchó el brazo del amigo y Erich sintió la verdadera excitación de Helmut.

—¡Erich, se está cociendo algo, lo huelo!

—¿Y Gertraud? —le interrumpió Erich.

—No ha ido hoy al colegio. A Lotte sólo la he visto de lejos, no ha habido oportunidad de hablar con ella.

—Gertraud... —susurró Erich aturdido y el miedo le agarró con más fuerza que nunca, apretándole la garganta, carcomiéndole por dentro.

Que se hubiera quedado en casa podría ser casualidad, tal vez estaba enferma de verdad o tenía dolor de cabeza..., pero el chico sentía que eso era lo que él quería creer. Se había descubierto que se habían estado viendo a escondidas, y Helmut pensaba exactamente lo mismo, aunque no lo reconocía. «Si al menos pudiera hablar con Gertraud, si supiera cómo está, qué le habían hecho», pensó desesperado.

—Erich —Helmut le seguía agarrando con fuerza del brazo—, el otro día mi padre me contó que, cuando termine este curso escolar, Kaiser se jubila. Mi padre dice que hasta ahora él ha evitado lo peor, a pesar de sus discursos de doble filo. Pero el que venga después...

—¿Ya se sabe quién...? —susurró Erich asustado, aunque ya sabía

la respuesta.

—Por lo que se oye, Gremm es un firme candidato, y eso significa... —su amigo no terminó la frase, pero Erich sabía lo que quería decir.

—Pero él no puede echamos. ¡No, si no hacemos nada malo!

Helmut se echó a reír.

—¿Bromeas? Hace mucho que deberías haber entendido cómo van las cosas. ¡Ésos pueden hacer lo que quieran!

Erich estaba mareado. Ya no sentía su dolorido pie y tampoco el frío que le subía lentamente por el cuerpo desde el cada vez más fresco asfalto. Naturalmente que entendía la situación, lo había temido en silencio, pero se había aferrado a una vaga esperanza. Agacharse, no resaltar, tal vez así uno podía resistir, de alguna manera... ¡Qué tonto había sido! Tonto, ignorante y estúpido. Tal vez la historia con Gertraud ya había acabado. Tendría que abandonar el colegio, su colegio, de eso se encargaría Gremm. Fugazmente se acordó de sus sueños: pensó en Tübingen, se veía con una pila de libros bajo el brazo, libros como los que había visto en casa del padre de Helmut, libros gruesos con textos refundidos de leyes. Y veía a Gertraud venir hacia él, riendo y saludándole con la mano, sus rizos balanceándose al son de sus pasos, caminando cada vez más rápido, corriendo hacia él... Apretó las manos contra sus ojos, como si necesitara arrancar esa imagen de su interior, destruir ese sueño. En voz baja dijo:

—Tengo que ver a Gertraud, hablar con ella. Tengo que saber lo que está pasando.

Helmut aflojó su garra y le dio una palmada en el hombro. —Lo siento, pero no puedo ayudarte por mucho que quiera. Erich agarró la mano de su amigo.

—Puedes hablar con Lotte. Por favor inténtalo. El lunes volveré al colegio aunque tenga que apoyarme sobre un bastón. Si oyes algo, dímelo cuanto antes.

Helmut sólo asintió con la cabeza y, sin más, se separaron.

El lunes siguiente Erich fue cojeando hasta el colegio. Más o menos podía apoyar el pie, con dolor. Melanie había estado en contra de que fuera al colegio, quería llevarle a toda costa al médico. «¡Erich, tengo miedo de que la infección te envenene la sangre!» Pero él se había negado rotundamente. Tenía que comprobar a toda costa si Gertraud volvía al colegio y si estaba bien. También tenía que ver la cara de Kampmann, la cara de los demás y también tenía que ver a Gremm, ver con sus propios ojos cómo se comportaban.

El aula se quedó en silencio cuando él entró. La mayoría retiró la mirada, ninguno preguntó por su maltrecho pie. Helmut estaba en una de las bóvedas de la ventana con las piernas cruzadas y parecía tener la mirada perdida. Kampmann y los demás juntaron sus cabezas. Erich

temía una lluvia de comentarios malvados y de gritos venenosos, pero todo quedó extrañamente en silencio, un silencio casi sepulcral. Entonces Kurt se retiró del grupo y se sentó en su sitio, y poco a poco los demás le siguieron.

De repente Erich se sintió agarrado por el cuello de la camisa, sintió la cálida respiración de Kampmann en su nuca y escuchó las palabras que éste siseó en su oído:

—Contigo ya saldaré yo las cuentas, Levi. Los de vuestra calaña no conocen sus limitaciones. Pero voy a acabar contigo, te voy a machacar, cerdo. ¡Lo de la semana pasada no ha sido más que el comienzo!

En ese momento entró Gremm en el aula. Los chicos saltaron de sus asientos. Kampmann soltó de repente su garra y Erich se cayó hacia delante sobre el pupitre. «Lo saben, todos lo saben. ¡Oh, Gertraud tengo tanto miedo! Y él también lo sabe.» Sin embargo, Gremm pareció no haber advertido el incidente y con voz monótona comenzó a dar su clase.

Erich estaba aturdido, sentado en su sitio, seguía sintiendo la respiración de Kampmann, cálida y con un suave olor a cebolla, y esperaba como un delincuente espera su ineludible castigo. Enseguida llegaría un comentario, le citaría para esa tarde... pero Gremm se comportó como si él no existiera. De repente Erwin le pisó sin querer, precisamente en el pie malo, y el dolor se disparó con tal fuerza que los ojos se le llenaron de lágrimas. Tenían que abrir los libros de lectura y él estaba ahí sentado y no podía, precisamente ahora, que lo más importante era no cometer ningún error, no destacar. Gremm continuaba aparentando no notar que un alumno, Erich Levi, seguía rebuscando en su cartera, mientras Müller el gordo ya había comenzado a leer a trompicones un poema: «Nosotros somos los venerables, ¡abrid paso, abrid paso!».

De repente Erich notó que Gremm se había detenido junto a él. Mantuvo la cabeza inclinada sobre su libro, pero Gremm no continuó su camino. Estaba tan cerca de él que Erich percibió el olor a su loción para después del afeitado, muy jabonoso y muy limpio.

«¡Abrid paso a los germanos o moriréis!», leía Müller el gordo y luego se sentó en su sitio con un suspiro. La clase se mantuvo en silencio y a la expectativa.

«¡...O moriréis!», tronaba en los oídos de Erich.

De pronto no pudo soportarlo más y al levantar abruptamente la cabeza se encontró con los ojos de Gremm. Le miraba desde arriba, ojos fríos de color azul agua que le atrapaban. Tras esos ojos surgió algo que Erich no hubiera sabido describir, algo peligroso, algo que auguraba desgracias. Como el gato con el ratón, pensó el chico aturdido, así es como le miraba, como el gato que juega con el ratón

poco antes de matarlo y comérselo. No pudo mantener la mirada de esos ojos, y Erich volvió a concentrarse en su libro, en el poema que Müller el gordo acababa de leer: «¡Abrid paso a los germanos o moriréis!».

Después del colegio corrió a casa tan rápido como pudo. Tenía que idear algo inmediatamente para ayudar a Gertraud. ¿Pero qué podía hacer? Cuando torció en la esquina para llegar por el patio trasero a su casa, se encontró de golpe delante de él, como salida de la nada, a Lotte Richter. Le estiró bruscamente de la manga sin mediar palabra y los dos se apretaron contra la pared, medio ocultos entre cubos de basura y cajas vacías de vino. Erich sintió la mano de Lotte en la suya, estaba ardiendo y temblorosa, y sentía cómo le entregaba un pequeño papel doblado varias veces.

—Toma, es para ti. Gertraud está castigada sin salir de su habitación hasta nueva orden. Me lo ha dado esta mañana en el colegio.

—Gracias, Lotte —susurró Erich—. ¿Y tú qué tal?

—Gremm se imagina algo. Incluso ha hablado con mi padre, pero naturalmente lo estoy negando todo. Ahora tengo que irme. Erich, cuídate.

—Gracias de nuevo. Eres... —Erich se detuvo y luego continuó susurrando—: ...eres una amiga fantástica.

Ya casi marchándose ella dijo por encima del hombro:

—No hay de qué. Lo hago por Gertraud. Y también por ti.

Con esas palabras le echó una mirada algo misteriosa, que por un momento dejó a Erich atónito. Pero luego siguió corriendo, ahora no tenía tiempo para reflexionar sobre Lotte Richter.

Ya en casa saludó escuetamente a su madre. Melanie estaba en la cocina removiendo ausente en una olla. Comentó que el padre se había ido a Rosenberg, al parecer allí aún había un agricultor que hacía negocios con él. Tal vez le podía vender uno de los terneros. Erich la escuchó sólo a medias.

—Voy a subir ya a hacer deberes —murmuró, porque se moría por entrar de una vez en su habitación.

—Comeremos dentro de una hora —contestó ella—. Esperaremos a tu padre. Si tienes hambre come un poco de pan con algo.

Pero Erich ya estaba en su habitación e intentaba desplegar el arrugado papel. Sintió remordimiento de conciencia, porque desde la noche de las ventanas rotas su madre tenía los ojos como perturbados. Tampoco dormía bien; a veces la oía por la noche caminar inquieta por el piso. Una y otra vez se acercaba a la puerta para comprobar que todo estaba bien cerrado y corría las cortinas de las ventanas al milímetro. A menudo se acurrucaba en el sillón atenta al más mínimo ruido. A pesar de su negativa, Julius la había enviado al Dr. Uhl y éste

había descubierto que tenía la tensión preocupantemente alta y le había recetado unas gotas. Al salir de la consulta, el médico la retuvo un instante y, tras varios rodeos, finalmente le dijo que prefería que ni ella ni nadie de la familia Levi volviera a su consulta, que si había alguna urgencia le avisara y entonces por la noche entraran por la puerta trasera a su consulta. La madre había contado esta conversación a su familia con voz temblorosa. ¡Cómo no iba a caer enferma!

«Debería quedarme en la cocina y charlar con ella, distraerla un poco, contarle chistes, imitar a los profesores como hacía antes», pensó Erich, pero ahora para él lo más importante era saber cómo estaba Gertraud. Con dificultad fue descifrando su carta. Había escrito con una letra minúscula, para que le cupiese todo en aquel papel.

Al parecer Gremm lo sabía todo, ponía allí escrito con rapidez y con letras muy torcidas como si se fueran a volcar y entremezclar de un momento a otro. La había sometido varias veces a un interrogatorio, pero naturalmente ella no había dicho nada —y «nada» estaba subrayado tres veces—, sino que insistía en que su encuentro en el Hohlweg había sido completamente casual.

«Kampmann también me ha estado preguntando —seguía escribiendo—, pero a ése sí que le he dejado planchado. Que a ver quién se creía que era, le dije. ¡Incluso a Lotte le han preguntado por mis compañías! ¡Lotte es estupenda! Ha fingido no saber nada. Su padre se puso como una furia después de que Gremm se marchara de su casa. Ha amenazado a Lotte con todo tipo de castigos si descubre que ha mentido. Gremm ha dicho que me meterá en un internado como vuelva a enterarse de algo. Pero yo no tengo miedo, porque eso lo decidirá mi padre. Yo lo único que quiero es no irme de aquí, ¡por ti! Mi tía llora muchísimo. Por ella tengo cargo de conciencia, porque Gremm está siempre regañándola. Le echa la culpa a ella, por no haber estado más atenta. ¡Erich, tengo que verte! Estoy castigada sin salir de casa, pero el sábado viene un camarada del partido desde Stuttgart, un cargo muy alto. Y Gremm ha dicho que la tía también tiene que ir. Me dejarán encerrada, pero puedo saltar por la ventana de la cocina. ¿Podrás venir tú a pesar del Sabbat? Nos vemos en el Schonenberg, donde nos vimos por primera vez. Avisa mañana a Lotte. Tengo que verte a toda costa. Tu Gertraud.»

Erich dejó caer la carta. Lo peor que podía pasar había ocurrido finalmente, el de la moto lo había contado. ¿Pero qué era lo peor? Siempre podía ocurrir algo aún peor. ¿Qué será lo que está tramando Gremm? Esa mañana le miraba de una forma... Erich recordó lo que le había contado Helmut. Pero aun así, al lado del miedo que le carcomía, había otra cosa, algo que le sentaba realmente bien, un sentimiento indescriptible. Releyó al vuelo nuevamente la carta. ¿Qué

es lo que había escrito? «¡No quiero irme de aquí, por ti!» ¡Por ti! Eso compensaba casi todo.

El sábado por la tarde, en el momento más propicio, se fue a ver a la madre a la cocina. Julius se había ido con el tío Sigmund a la sala de oraciones. Max tuvo que acompañarle, ya que tenía que ir preparándose para su *bar mitzvá*.

—Mamá —comenzó Erich titubeante—, tengo que pedirte un favor muy grande. Es muy importante, de lo contrario no te lo pediría.

Melanie, que estaba metiendo unas palomas en el homo, se giró con la cara acalorada y miró con preocupación a su primogénito.

—Erich, ¿qué ocurre?

—¿Podría salir esta tarde excepcionalmente? ¿Antes de cenar? Ya sé que vosotros le dais mucha importancia a que en Sabbat estemos todos juntos, pero es muy importante, créeme.

Melanie miró a su hijo y, sumida en sus pensamientos, se retiraba repetidas veces una mecha de pelo que le caía a la frente.

—Erich, ¿por qué no me cuentas de una vez lo que está pasando? ¿Tiene que ver con esa chica, la sobrina de Gremm? La gente ya habla de ello. Me lo contó Marta Bieg.

Erich se puso rojo como un tomate. ¡Si la gente ya hablaba de ello...!

—Mamá, ahora no te lo puedo contar, pero es muy importante. Por favor, deja que me marche.

Melanie le agarró por los hombros.

—Erich —susurró suplicando—, yo no me lo quería creer, ¿cómo iba a reunirse precisamente la sobrina de Gremm contigo? Pero empiezo a creer que hay algo de verdad. ¿Erich, es cierto? ¿Eres consciente de lo que estás haciendo?

Erich agachó la cabeza. No podía soportar la penetrante mirada de su madre. Entonces Melanie empezó a zarandearle, al principio suavemente, pero al ver que no le contestaba, cada vez con más fuerza.

—¡Erich, por lo que más quieras, di que no es verdad!

Él se liberó de sus manos que le presionaban cada vez más y dio unos pasos atrás.

—¿Y qué si fuera verdad? —le bufó a la madre—. ¿Por qué no iba *a* poder tener amistad con una chica?

—¡No con ésa! Y tampoco con otras. Por Dios, Erich, ¿de verdad tengo que decirte por qué no puede ser?

Testarudo, Erich irguió la cabeza.

—Antes venían muchas chicas a casa. Max y yo siempre traíamos a chicas para jugar. Tú siempre te alegrabas de ello, porque siempre habías querido tener una hija, al menos eso decías.

Melanie se dejó caer en una silla.

—Antes, Erich, antes —de repente parecía muy cansada—. Era diferente y eran otros tiempos —susurró—. Pero eso ya lo sabes.

Erich vio cómo le resbalaban las lágrimas por las mejillas a la madre sin que ella siquiera intentara limpiárselas. Sólo permanecía sentada en la silla, infinitamente cansada.

Erich agachó la cabeza. «Pero qué burro soy, como puedo entristecer así a mi madre. ¿Por qué habré empezado siquiera esta discusión tan absurda? Tal vez porque otra vez estaba ahí, en su interior, esa ira, indomable y salvaje. ¿Y si no fuera judío...?» Abruptamente escuchó la voz de su madre.

—Erich, creo que no va a servir de nada pedirte que no vayas. Te vas a encontrar con ella, ¿verdad? —Erich asintió sin mirar a los ojos —. Prométeme acabar con esto, Erich. Por favor, prométemelo. Si lo haces, le contaré *a* tu padre cualquier cosa justificando que no estás, pero únicamente hoy y sólo por esta vez. Después no podrás volver a quedar con ella nunca más, ¿me oyes? ¡Haré todo lo que esté en mi mano para evitarlo!

Sin decir una palabra, Erich se alejó hacia la puerta. Entonces escuchó tras de sí un sonido ahogado y asustado:

—Erich, ¿me lo prometes? —de nuevo sin mirarla, él asintió.

En ese momento hubiera prometido cualquier cosa con tal de marcharse.

El último encuentro

LLEGÓ al Schonenberg demasiado temprano. Jadeando se sentó en el banco para coger aliento, pero después de un rato ya no aguantaba más y desanduvo el empinado sendero para después volverlo a subir. Cada vez que llegaba arriba se detenía y cerraba los ojos, para después girarse abruptamente como si así pudiera invocar al destino y ella, de repente, apareciera. Al final llegó, sin que él la viera acercarse. Había oído voces desde arriba y, preocupado, había subido un trecho en dirección a la ermita. Un pequeño grupo de señoras mayores se había reunido en el borde del acantilado para contemplar las vistas a la ciudad. Él las observaba con recelo, pero luego volvieron a dirigirse paseando hacia la ermita.

Cuando se giró suspirando aliviado, Gertraud estaba justo delante de él.

—¡Erich! —por un instante le miró sonriendo y luego hizo algo completamente inesperado: le echó los brazos al cuello y se abrazó a él—. Erich, estoy tan contenta.

No pudo evitarlo, después de un momento de titubeo, él la abrazó también y la apretó contra sí. De esa manera se quedaron inmóviles por un instante. Miles de ideas le pasaron por su cabeza, ideas que fueron superadas por un sentimiento completamente nuevo que no habría sabido describir. Él percibía su olor a flores y sol, y mantuvo todo el tiempo los ojos cerrados, como si así pudiera sujetar esa sensación en su interior para siempre. ¡De repente se acordó de por qué ella le había resultado tan conocida desde el principio! Era de locos, pero ella era la chica de sus sueños.

Finalmente ella se liberó de su abrazo y ambos se mantuvieron quietos, tímidos, sin mirarse,

—Me alegro de que haya salido bien —susurró.

Se sentaron en el banco, como aquella primera vez en el mes de mayo. Rápidamente y con voz acelerada le habló de la rabia de Gremm, de sus interrogatorios y sus amenazas, y que finalmente él la había hecho prometer que cortaría cualquier contacto con él.

—Al final le habría prometido cualquier cosa —dijo ahora ya exultante—. Las promesas sacadas a la fuerza no valen. ¡Eso es un chantaje!

Erich cerró por un momento los ojos y oyó el aterrado «¿Erich, me lo prometes?» de su madre. ¿Era eso también un chantaje? ¿Qué sabía la madre de ellos dos?

Entre tanto, Gertraud había cogido su mano y le hablaba casi suplicando. Que tal vez si funcionara, con la ayuda de Lotte y si tenían

mucho cuidado... Como Gremm tenía tantas obligaciones... y de su tía ya se encargaría ella. Tan sólo tenían que ser cautelosos. Erich la escuchaba absorto. Él no creía en la posibilidad de que su relación pudiera continuar tan fácilmente. ¡La mirada de Gremm de esta mañana! Como el gato al ratón, volvió a pensar. Pero curiosamente ya no sentía ningún miedo, tan sólo sentía su cercanía y su mano entre las suyas.

De pronto ella se levantó de un brinco.

—Ahora es mejor que me vaya. Después de estas reuniones normalmente se quedan un rato tomando algo, pero más vale prevenir. ¡Debemos tener cuidado!

Efectivamente el sol ya estaba muy bajo y las sombras de los árboles y los arbustos se habían alargado. Erich no se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. En casa estarían comenzando ya a cenar, la madre seguramente había encendido las velas y los *chaüoth* estarían sobre el plato en mitad de la mesa. Su padre estaría pronunciando la bendición para despedir el Sabbat. ¿Qué le habrá contado la madre? Lentamente Gertraud deslizó su mano y bajó titubeante un par de pasos monte abajo, en dirección a la ciudad. Él se quedó allí de pie, inmóvil, mirándola marchar.

De repente, ella se giró y volvió a cubrir el corto trecho corriendo hacia él. Instintivamente Erich abrió los brazos para cogerla y entonces ella chocó contra él y, para su inmensa sorpresa, apretó su boca contra la suya. Erich se quedó por un instante petrificado, pero luego la abrazó con más fuerza y la besó también él.

El tiempo parecía haberse parado, pero, tras esa inmensa felicidad que le llenaba por completo, sintió un peligro desconocido, acechando. El miedo trepó por él haciendo desaparecer cualquier otro sentimiento, de forma que apartó a Gertraud casi violentamente de sí. Y entonces fue consciente de ese peligro, lo vio con terror, un terror que le bombeó toda su sangre al corazón, impidiéndole casi respirar.

¡Algo más arriba estaba Gremm! Inmóvil. Llevaba como siempre el traje gris, en la solapa el escudo del partido y en la mano sostenía un sombrero. Erich registró la escena casi automáticamente y también notó que Gertraud había empezado a temblar. Gremm se acercó a ellos con unos pocos pasos rápidos, apartó violentamente a Gertraud de su lado y levantó la mano como si fuera a pegarle. Instintivamente él se agachó y Gertraud gritó, pero entonces Gremm bajó la mano y se giró llevándose a remolque a Gertraud monte arriba. Mientras se alejaba soltó unas pocas palabras en voz baja que Erich no entendió.

Poco después Erich escuchó desde la gran plaza de la ermita cerrarse la puerta de un coche y luego el ruido de un motor que lentamente se alejaba. Al parecer Gremm había ido con más gente, porque él no tenía coche. Seguramente era algún compañero del

partido al que le había pedido llevarle hasta allí.

Qué tontos habían sido Gertraud y él, tontos e ignorantes. Sin darse cuenta habían caído en la trampa que él les había tendido. Posiblemente había estado observando a Gertraud desde el principio. Había visto la huida de Gertraud por la ventana de la cocina, la había visto correr en dirección al Schonenberg y entonces se había dirigido en coche hacia allí. ¿Cuánto tiempo habrá permanecido allí arriba observándolos?

Más tarde, Erich no recordaba cómo había llegado a casa. Allí le había recibido el familiar olor a puro y a cera de las velas, en el salón se escuchaba silenciosamente la radio, una voz de hombre interpretaba un aria. Seguramente era música de Wagner, que tanto apreciaba la madre y que también los nazis adoraban. Melanie asomó la cabeza por la puerta del salón justo cuando él intentaba entrar sigilosamente en su habitación. Posiblemente habría estado todo el tiempo esperando temerosa su regreso a casa.

Ella cerró meticulosamente la puerta tras de sí, se apresuró tras Erich a su habitación y se dejó caer con un suspiro de alivio en la silla junto al escritorio.

—Gracias a Dios que has llegado, Erich. Estaba tan preocupada.

Erich se había quedado parado en la habitación como si estuviera ciego y había mirado fijamente a su madre, pero luego se giró y apoyó la cara contra el cristal de la ventana. «Cristales nuevos, ¿cuánto tiempo durarán enteros?», pensó.

Melanie se acercó a él.

—Erich, tienes un aspecto horrible. ¡Estás blanco como la pared! —estiró la mano hacia él para acariciarle el pelo, pero él se apartó contrariado.

—¿Qué le has contado a papá?

—Le he dicho que estabas invitado en casa de los Noli.

Erich giró la cabeza.

—¿Y te ha creído?

La madre sonrió levemente.

—Quería creerlo. Ya sabes cómo es tu padre.

Erich asintió lentamente. Sí, así era Julius Levi, que no quería ver lo que de verdad estaba sucediendo, que se aferraba a sus ilusiones como a un clavo ardiente.

—Erich, ¿qué ha pasado? Tienes... un aspecto horrible.

Volvió a mirar por la ventana al exterior. Desde afuera se escuchaba una amortiguada risa, una chica chillaba y una risa de hombre superaba el jaleo.

—Déjame. No es nada. Sólo que vuelvo a tener dolor de cabeza.

—¿Y tú promesa, Erich? —preguntó la madre insistente.

—No te preocupes, mamá, el problema está resuelto —Erich

sonrió y notó cómo de repente un sollozo le anudaba la garganta—. Ya no tienes por qué preocuparte. Mantendré mi promesa.

Melanie salió silenciosa de la habitación y Erich se dejó caer sobre su cama y enterró la cabeza en la almohada. No tendría más remedio que mantener su promesa. ¡No la volvería a ver nunca, nunca más! Esa certeza sacudía su cuerpo y apretó su cabeza con más fuerza contra la almohada para que sus fuertes sollozos no se pudieran oír desde fuera.

El lunes por la mañana mientras caminaba hacia el colegio, se sentía como un delincuente de camino a su ejecución. Estaba seguro de que le llamarían de inmediato al rectorado. Esperaba los ataques de Kampmann, Grimminger y los demás, aunque no estaba seguro de cuánto sabían. Gremm seguro que no iba contando por ahí que su sobrina y un judío se...

A primera hora tenían biología con Eisele, que se extendió dilatadamente sobre un discurso que había tenido lugar el sábado por la noche en el pabellón de deportes. Al parecer se trataba del discurso al que quería haber asistido Gremm a toda costa. Un miembro del partido llamado Stähle, de Stuttgart, se había explayado sobre la «pureza de la raza como máximo mandamiento de nuestro pueblo» y había hablado sobre los llamados «profanadores de la raza». Eisele utilizó esa expresión para extenderse diciendo que la «separación de razas» estaba basada en una ley natural biológica y que la mezcla de razas, sobre todo entre razas inferiores y superiores, se debía prohibir por el simple hecho de que los «mestizos» representaban un verdadero peligro para la «salud corporal del pueblo» y que de todas formas tendrían que sucumbir.

Llegado a ese punto Helmut pidió la palabra y preguntó bastante indignado qué prueba científica avalaba esas teorías, envolviendo con ello a Eisele en una discusión. Al final ya no supo cómo salir del embrollo más que haciendo una anotación en el libro de clase en contra de Helmut y añadiéndole un castigo de tres horas por la tarde.

—Noli es obstinado y molesta en clase —le dictaba Eisele al delegado de clase, que escribía titubeante esas palabras en el libro de clase, al parecer demasiado titubeante para el gusto de Eisele, porque inmediatamente después soltó algunos comentarios cínicos contra Reger y algunos más de la clase, de los que sabía que seguían participando en las Juventudes Católicas.

Eisele criticó a los que llamaba «cristianos patentados», quienes sobre todo se seguían resistiendo al problema de la «herencia enfermiza de los descendientes».

Erich escuchaba sólo a medias. Únicamente podía pensar en la ironía del destino, pues el sábado por la noche él había vivido la experiencia de la que hablaban. ¡En ese caso él era un «profanador de

razas»! Tal vez Eisele sabía ya algo y se había puesto de acuerdo con Gremm. Pero también la clase de alemán con Gremm pasó sin que ocurriera nada de lo que él estaba temiendo. Aunque Gremm parecía estar de peor humor que de costumbre, curiosamente le dejó en paz.

Durante el recreo no vio ni rastro de Gertraud y tampoco pudo ver a Lotte por ninguna parte, al menos desde el rincón en el que estaban él, Erwin y Max solos. Por la tarde huyó hacia la Benzenruhe, recorriendo los lugares en los que había estado con ella. Era incapaz de calmarse, los pensamientos se agolpaban en su mente. ¿Qué había ocurrido con Gertraud? ¿Qué iba a hacer Gremm? Era terrible, estar esperando algo que se sabía que iba a llegar, aunque no se supiera realmente cuándo ni qué iba a suceder. Una y otra vez aparecía ese pensamiento en su cabeza: «Gremm está jugando conmigo, como el gato con el ratón. Me sujeta, aparentemente afloja un poco, para después volver a agarrarme con rapidez, igual que hacen los gatos. La pregunta es, ¿cuándo va a darme el zarpazo decisivo, final, el zarpazo destructor?»

Julius pensaba que Max y él irían como todos los años a pasar las vacaciones de verano a Oedheim.

—La abuela Babette está impaciente por volver a veros —les comentó al mediodía sentado a la mesa y doblando la carta de la tía Mina que acababa de leer en voz alta.

La abuela se había mudado definitivamente a casa de su hija mayor, el alquiler de la Adolf-Hitler-Strasse había sido rescindido y los enseres habían sido repartidos. Algunas cosas se habían transportado a Oedheim, como el sillón preferido de la abuela, los cuadros y algunos objetos que tenían un valor sentimental para ella. El resto fue repartido entre los hijos. Erich había recibido el anticuado reloj del abuelo Elias que tanto le gustaba de niño porque la tapa se abría sola al apretar un pequeño muelle. Como el nieto mayor, Siegfried, vivía ya desde hacía mucho tiempo en América, la abuela había decidido que el segundo, Erich, que de todas formas era su ojito derecho, recibiera esa valiosa y tan celosamente conservada joya. Ahora yacía sobre su cómoda y de vez en cuando la tomaba en su mano ensimismado, abriéndolo y cerrándolo y pensando en cuánto le darían por él sí lo vendiera. Porque a pesar de que sus padres intentaban ocultárselo escrupulosamente, sabía bien que habían ido desfilando más cosas hacia Würzburg. Para sorpresa de Julius, aquella tarde Erich le comunicó que este verano no quería ir a Oedheim.

—¿*Y* eso por qué? —quiso saber Julius, y en su voz ya se notaba un tono malhumorado.

—Porque no me apetece —le contestó Erich mirando firmemente a su padre a la cara—. Pronto cumpliré quince años y los juegos en el rio ya no me divierten. Además, de todas formas ya nadie quiere tener

nada que ver con nosotros. ¡Allí las cosas tampoco son diferentes de aquí!

Por un momento, Julius le miró con ganas de pelea, pero luego bajó la mirada. Desde aquel suceso en el que quedó tendido en el suelo delante del pabellón de deportes, insultado por los hombres de las SA, su relación se había vuelto más tensa. A menudo Erich tenía la sensación de que el padre tan sólo se enfadaba y protestaba porque era lo que se esperaba de él, porque formaba parte del papel que siempre había asumido. Pero en realidad estaba cansado y enfermo de preocupación. Por ello Erich no se extrañó de que Julius dijera enseguida:

—Es evidente que no podemos obligarte, pero la tía Mina y el tío Louis se sentirán muy decepcionados. Tienes que escribirles y explicárselo.

Erich asintió. Ya se le ocurriría algo.

—¿Y tú, Max? —continuó el padre preguntando con cautela.

—Yo iré seguro —dijo, y murmurando en la dirección de Erich añadió a media voz—: ¡Aguafiestas!

Pocos días después comenzaron las vacaciones de verano. Max preparó su pequeña maleta y caminó con el padre a la estación. Julius iba a volver dentro de dos días.

Erich tenía la sensación de que la madre quería decirle algo que le pesaba en el alma, pero que no se atrevía a pronunciar. Y así, se quedó en un fugaz «¿Erich, cómo estás?» tanto por las mañanas como por las noches. A lo que él respondía siempre de forma automática: «Bien, mamá, no te preocupes.»

Julius volvió serio y malhumorado. Les hizo saber que la abuela estaba mejor, que se había quedado muy decepcionada por no haber ido Erich, y que, por lo demás, los negocios del tío Louis iban mal, casi tan mal como los suyos propios.

—¿E Use y Martín? —preguntó Erich expectante, pero Julius se encogió de hombros.

—Están hablando de irse con los demás a Barcelona, aunque la situación política allí también está cada vez peor. Trudel incluso escribe que están pensando en emigrar a Sudamérica.

—¿Y qué van a hacer la tía Mina y el tío Louis? —continuó Erich preguntando, pero nuevamente Julius se encogió de hombros.

—Quieren quedarse aquí. Sobre todo Mina. Y eso que Siegfried les está insistiendo continuamente para que se vayan con él a EE.UU. Insiste en pagarles los billetes del barco.

Poco después llegó una nueva carta de la tía Betti. A Heinz-Victor, que ahora iba a segundo de Primaria, le insultaban y pegaban continuamente. Y tenía que aprender unas cosas muy extrañas. No especificaba qué cosas eran, pero Erich ya se lo imaginaba: cantar

canciones nazis, y probablemente ya les empiezan a enseñar a los pequeños esas estupideces de la raza. ¿Qué es lo que ponía el otro día en el cuaderno de Max? «Los judíos son sanguijuelas y usureros. Son enemigos a muerte de nuestro pueblo.» ¡Y eso en un ejercicio de ortografía! El hermano se lo había enseñado sin decir una palabra y Erich se lo había devuelto encogiéndose de hombros.

—Ten cuidado de que no lo vea mamá —le dijo.

A ese tipo de cosas no había nada más que añadir.

Cruelmente fueron pasando los días de vacaciones. La incertidumbre era lo peor, la incertidumbre de lo que habría pasado con Gertraud, la incertidumbre de lo que aún tenían por delante. Y no tenía a nadie con quien compartir sus preocupaciones. Helmut se había ido con sus padres a la playa. El señor Noli quería recuperarse allí en un balneario, debido a su delicada salud.

—El corazón —le había contado Helmut de forma escueta el último día de clase cuando, escondidos en el sótano, se habían despedido—. Parece que todo esto ha sido demasiado para mi viejo padre. El Dr. Uhl dice que ha de tener cuidado, aflojar el ritmo, pero eso es fácil decirlo. A nosotros tampoco nos van muy bien los negocios y eso le está matando, eso y sobre todo, bueno, ya te lo imaginarás.

Los dos chicos se miraron sin mediar palabra. Erich sabía perfectamente de lo que hablaba su amigo.

Tras la primera semana de vacaciones durante la cual se había extendido por encima de Ellwangen un cielo azul grisáceo y la lluvia golpeaba de forma monótona contra las ventanas, Erich bajó a la tienda para hablar con las dos señoritas Pfisterer. Preguntó con timidez si podía ayudar en la tienda y, tras pensarlo un poco, la señorita Marie le dijo que podía echar una mano a la aprendiza, para llevar cajas, desembalar, barrer la tienda, llevar cosas a correos, e incluso se ganaría unos cuantos céntimos. Erich se sintió aliviado. Eso era mucho mejor que pasar todo el día metido en su habitación contemplando las gotas de lluvia golpeando rítmicamente contrarías ventanas. También era mejor que acudir, en el momento que cesaba la lluvia, a los lugares que tanta importancia habían cobrado para él, ya que los recuerdos le sobrevenían de tal modo que llegó a creer que no podría seguir soportando esa presión. Quería trabajar con ahínco para no tener que pensar tanto.

En el transcurso de ese tiempo escuchaba a menudo alguna pregunta o comentario lanzado a media voz y con malicia, de por qué trabajaba en una tienda tan honrada ese «judío sinvergüenza», pero sobre todo la señorita Augusta despachaba ese tipo de comentarios de forma rápida, y la señorita Marie incluso le daba de vez en cuando alguna moneda de más y decía preocupada que parecía demasiado triste, que dónde se había quedado el Erich alegre y siempre dispuesto

a hacer alguna travesura.

El primer jueves de agosto ondearon de repente todas las banderas a media asta y en la tienda se especulaba abiertamente sobre lo que habría pasado. Erich, que estaba apilando unas cajas, pensó con el corazón acelerado en el comentario de Gertraud, de que ella rezaba por la muerte de Hitler. Pero al final no había sido Adolf Hitler el que había fallecido, sino el anciano presidente Hindenburg, según anunciaron al día siguiente los titulares de los diarios.

—Ahora Hitler ya tiene vía libre del todo —opinó Julius aquella mañana decaído, y la madre cerró poco después rápidamente las ventanas, porque por debajo pasaba la banda de música de las SS, en dirección al pabellón de deportes, donde se iba a organizar un gran desfile de duelo.

A Erich la muerte del viejo presidente le dejó frío, qué más podía empeorar, y tampoco se extrañó cuando el padre leyó a finales de agosto en el periódico que el noventa por ciento de los alemanes había votado a favor de la presidencia de Hitler, que ahora «sí era el Führer del pueblo alemán». Sus padres no habían participado en el referéndum, porque según Julius todo eso era «una verdadera pantomima». Por lo menos en Ellwangen, seiscientos dieciséis votaron en contra de la presidencia de Hitler. Eso era un récord en la región y dio esperanza a la familia Levi. Al parecer aquí todavía no estaban las cosas tan mal como en otros lugares. Mucho más importante que todos estos acontecimientos era para Erich sin embargo el paseo al buzón. Algunas veces, cuando tenía algo que hacer delante de la tienda, interceptaba al cartero y revisaba ansioso el correo, pero nunca había carta de Gertraud. De vez en cuando Erich intentaba hacer algún pacto con el Todopoderoso, prometiéndole vaciar las cajas en tiempo récord, limpiar a fondo el mostrador por la noche, ayudarle a su madre durante el fin de semana, pero nada.

«Seguramente estará muy vigilada y no tiene oportunidad de escribirme ni de echar la carta al correo sin ser vista», pensaba Erich preocupado. Sabía por Marta Bieg que los Gremm se habían ido de viaje y que no volverían hasta finales de agosto. Pero no sabía si se habían ido con su sobrina, y la señora de la limpieza de los Gremm, su principal fuente de información, tampoco sabía nada, ni siquiera adónde se habían ido de viaje. Se decía que a alguna parte de la Selva Negra, y por eso, a veces, por las noches, Erich contemplaba ensimismado su atlas en el que estaba dibujada la Selva Negra, y reflexionaba acerca de dónde podría estar en ese momento Gertraud. De Helmut llegó una postal, escueta y lacónica, saludos cordiales desde Ostseebad Zingst. En la última semana de vacaciones el tío Sigmund les hizo una visita. La tía Lea seguía con Erwin en Markelsheim, donde estaba visitando a sus padres. El tío parecía más

preocupado que de costumbre y aceptó gustoso el coñac que Melanie le ofreció en silencio.

—Ayer estuve con los demás presidentes de las comunidades judías en Schwäbisch Hall para ver al Dr. Berlinger —contó.

El rabino tenía que atender un territorio extenso y por ello dependía mucho de la colaboración de los presidentes de las distintas comunidades judías, con los que se reunían periódicamente.

—De todas partes llegan las mismas quejas —dijo el tío Sigmund y se tomó un buen trago—. Ofensas, ataques, pero sobre todo graves perjuicios económicos, porque la gente que compra en nuestros establecimientos se enfrenta después a muchos problemas. El señor Lewkowitz incluso contó que habían colocado una lista negra en el Ayuntamiento en la que figuraban todos los ciudadanos que hacen negocios con los comerciantes judíos.

Melanie se indignó:

—¡Pero si es como en la Edad Media!

—Pues aún falta lo peor —el tío Sigmund volvió a beber un buen trago y posó la copa con cuidado sobre la mesa. Con la punta de los dedos recorría cuidadosamente el pie de la copa y luego, sin mirar a sus oyentes, que le observaban expectantes—dijo—: Hay indicios que indican que las comunidades judías van a ser disueltas. Y por lo que han dicho, nuestra sala de oraciones, por ejemplo, va a ser destinada a «otros usos» —todos le miraron con incredulidad.

Melanie susurró:

—¿Pero dónde vamos a ir a rezar? ¿Dónde vamos a celebrar nuestras festividades? ¡Dentro de dos años Max celebrará su *bar mitzvá*! ¡Eso no puede ser!

Sigmund calló. Seguía recorriendo el pie de la copa con los dedos de arriba abajo.

Julius le preguntó con voz apesadumbrada:

—¿Y qué es lo que va a pasar con nuestra sala de oraciones?

Sigmund seguía manteniendo la mirada agachada.

—Quieren dársela a las Juventudes Hitlerianas. Dicen que necesitan más espacio.

Por un momento todo quedó en un silencio sepulcral, pero luego Julius exclamó indignado:

—¡Esto se pone cada vez mejor! ¿Es que ahora también nos quieren ridiculizar?

Melanie rellenó con mano temblorosa las copas de coñac, sin prestar atención a que unas cuantas gotas habían caído sobre la pulcramente pulida mesa.

El tío Sigmund movió la cabeza negativamente.

—Naturalmente el Dr. Berlinger se va a oponer con todas sus fuerzas, ¿pero qué puede hacer? Estos asuntos, a fin de cuentas, van a

ser decididos a otros niveles. Esperamos que la Federación Central consiga algo.

Erich sabía sólo más o menos lo que era la Federación Central, la representación de los judíos alemanes, según le había explicado el padre hacía ya tiempo.

«¿Qué van a conseguir los judíos alemanes contra los nazis?», reflexionó Erich cuando durante la noche no hacía más que dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, rememorando las palabras del tío Sigmund. «Y ahora nos quitan también la sala de oraciones. Mis padres vendiendo a escondidas pieza a pieza nuestro hogar... Como esto siga así, dentro de poco ya no tendremos nada.» De pasada se acordó de las palabras que el padre le había dicho una vez, aquella vez, de camino a las cuadras, cuando el padre todavía era tan orgulloso y optimista: «No vamos a permitir que nos roben nuestro honor!».

¿Qué es lo que quedaba de ese honor de la familia Levi?, pensó Erich amargamente. «Y cuando nos lo hayan quitado todo, ¿qué tocará entonces?» Poco a poco fue cayendo en un sueño inquieto, en el que intentaba alcanzar a Gertraud inútilmente, sin conseguir llegar hasta ella, porque por más que intentaba avanzar, él seguía anclado en el mismo sitio.

Rabia y vergüenza

EL PRIMER día de clase, tras las vacaciones de verano, Erich buscó con el corazón encogido a Gertraud por todo el patio del recreo. Se iba abriendo paso a través de los numerosos grupos de alumnos del Colegio Mayor, agolpados unos a otros, empujando con ello a más de uno y arriesgándose a que le gritaran e insultaran. Pero de quienes más tuvo que aguantar fue de los que habían ido vestidos con los uniformes de Jungvolk y de las Juventudes Hitlerianas, hecho que por otra parte le daba igual, aunque sí pensó fugazmente que la imagen que un día había sido tan colorida y variopinta se había vuelto peligrosamente monótona debido a los colores marrón y negro que ahora predominaban. Apoyado en la pared del edificio escolar con aire chulesco, vio a Kampmann rodeado de sus seguidores. De hecho, más que verlo, Erich sintió sus miradas malvadas. Al parecer, Kampmann había dicho algo que iba dirigido a él, porque le pareció escuchar su nombre, pero no se preocupó más por ello. Por supuesto, un coro de risas y carcajadas contestó a Kampmann. Erich, sin embargo, avanzó hacia la entrada principal en su empeño por encontrar a Gertraud.

De repente descubrió a Lotte Richter sola junto a la escalera. Al ver a Erich dirigirse hacia ella, la joven movió la cabeza de forma casi inapreciable señalando en dirección a la iglesia, donde Grimmíger se había erigido ante la entrada con los brazos en jarras, igual que un guerrero victorioso, vigilando desde allí el bullicio en la plaza. Finalmente abrieron las puertas del Colegio Mayor y se formaron las largas filas de alumnos, los más pequeños saltaban de impaciencia, mientras que los mayores no mostraban ninguna prisa por entrar. Erich descubrió a Helmut y |e saludó con un movimiento de cabeza No había vuelto de las vacaciones hasta el día anterior y aún no habían tenido oportunidad ríe hablar. Erwin tiró a Erich de la manga y los dos se colocaron al final.

Gertraud no estaba, y todo giraba en torno a ese pensamiento en la cabeza del joven. Así que finalmente se la habían llevado lejos de allí, tal como ella temía. Tenía que hablar sin falta con Lotte; era la única que podía decirle algo,

Gremm dirigió su saludo oficial a la clase y enseguida anunció que el jueves no iba a ser un día de clase normal, sino que los alumnos tendrían que ir a escuchar la retransmisión del discurso del Führer con motivo del día del partido del Reich en Nürnberg. Erich apenas atendía a lo que decía. Algunos miembros especialmente destacados de los Jungvolk y de las Juventudes Hitlerianas —y se dirigió a

Kampmann y a Kurt— incluso podrían viajar a Nürnberg para participar en el día del partido.

Erich hizo una mueca despectiva con la boca y giró disimuladamente la cabeza hacia atrás para poder ver a Kurt en ese preciso momento. ¡Qué rápido podía cambiar una personal

—Levi, la mirada al frente —escuchó decir con dureza desde el rincón en el que se encontraba Gremm, y Erich se encogió.

«¡Ten cuidado!», se amonestó a sí mismo. A su espalda oyó la voz de Gremm, cortante, escupiendo cada silaba de unas palabras que volaban por la habitación como afilados cuchillos. De repente empezó a hablar de los «enemigos a muerte de nuestro pueblo». Después les pidió súbitamente que sacaran sus cuadernos y que escribieran lo que les iba a dictar. Se escuchó el sonido de papel, las tapas de los pupitres, y Erich rebuscó nervioso para coger su pluma, que introdujo con demasiado ímpetu en el tintero, ocasionando con ello de inmediato una fea mancha en la tapa de su cuaderno. Disimuladamente miró hacia arriba, a la mesa elevada a la que se había sentado Gremm, pero gracias a Dios no se había dado cuenta y Erich intentó absorber cuidadosamente la tinta con la hoja secante. Esa misma tarde volvería a forrar el cuaderno.

Con voz monótona, Gremm comenzó a dictar:

—Fragmento de un escrito de Benjamin Franklin del arto 1789.

Erich suspiró aliviado, no podía tratarse de nada malo, al menos no sería lo que estaba esperando después de oír la charla sobre los judíos traidores. Al fin y al cabo Benjamin Franklin era americano, eso lo sabía, y que había tenido algo que ver con la fundación de los Estados Unidos. Pero entonces cayeron sobre él unas frases que fue incapaz de escribir.

Bajó su pluma y escuchó con incredulidad lo que Gremm estaba dictando:

—Allí donde hay judíos, baja el nivel de moralidad y se debilita el poder de negociación comercial. Ellos forman un Estado dentro del propio Estado...

Erich escuchaba el ruido de las plumas arañando con rapidez el papel, un ruido que resonaba de forma casi insoportable en sus oídos. Se giró y vio que todos estaban escribiendo, todas las cabezas inclinadas sobre los cuadernos y todos escribiendo, ¡también Helmut!

—...Porque los judíos son vampiros —finalizó Gremm su cita instando a los alumnos a volver a leer el texto cuidadosamente y corregir posibles fallos.

—Levi, ¿por qué no lo has escrito? —Gremm se había detenido de repente ante Erich, que seguía petrificado con la pluma en la mano.

Se inclinó un poco hacia un lado y miró en el cuaderno de Erwin. ¡Él también había escrito únicamente el comienzo!

—¡Vosotros dos, cuando hable con vosotros os levantáis! —la voz que al comienzo había sonado tranquila y suave, de repente cambió, y por primera vez escucharon a Gremm gritar.

Erwin se levantó como una flecha, seguido por Erich, al que le costó un poco más deshacerse de su rigidez. En la clase había un silencio sepulcral.

—¿A qué estáis esperando? ¿Por qué no habéis escrito lo que he dictado? ¡Quiero una respuesta!

Erich sintió que Erwin le miraba de soslayo. Tragó varias veces saliva y luego susurró con voz ronca:

—Nosotros... no podemos escribir eso.

—¡Más alto por favor! —gritó Gremm.

Erich carraspeó y después dijo con voz firme:

—No podemos escribir eso.

—¡Has olvidado añadir «señor catedrático»! ¡Otra vez!

Erich se agarraba compulsivamente con las dos manos al borde del pupitre. La ira hizo su aparición en él, una ira furibunda que no podía controlar y que en esos momentos le inundaba—dijo en voz alta, pronunciando cada sílaba de forma parecida a Gremm:

—No podemos escribir eso, señor catedrático —las dos últimas palabras se las había escupido literalmente a Gremm a la cara; sonó a una declaración de guerra.

Nuevamente Gremm se quedó tan cerca de él que pudo oler su loción de afeitar.

—¿Y por qué no?

—Porque es una ofensa contra Erwin y contra mí, y contra todos los demás.

—¿Todos los demás? —Gremm sonrió, una sonrisa leve, fría y malvada—. ¿Te refieres a los de vuestra calaña?

Erich no dijo nada más. Esperó. Aquello era una trampa, eso lo tenía claro. Estaban el uno frente al otro, Gremm y él, y él intentó mantenerse firme frente a esa mirada y a esa leve sonrisa en la que despuntaba el triunfo del vencedor.

—Vosotros dos vais a copiar esta tarde este texto veinte veces y luego os lo vais a aprender de memoria. Y mañana os permitiré que lo recitéis ante la clase. Ése será vuestro castigo por vuestra falta de obediencia y disciplina. Si no lo cumplís ... —Gremm dejó transcurrir una larga pausa mientras miraba en torno a la clase y su sonrisa se hacía más amplia—. En fin, en ese caso ya veremos.

Durante un momento más la clase continuó en silencio, pero luego comenzaron a reírse. Se reían y aplaudían. Claro que no todos, Reger y unos cuantos más mantenían las cabezas agachadas y Helmut apretaba los puños y miraba a Gremm como si quisiera saltar sobre él de un momento a otro. Pero la mayoría se reía, y los que más alto se

reían eran Kampmann y Kurt, al que le había dado tal ataque de risa que parecía no poder contenerse. Eso fue lo que más le dolió.

En mitad de esas risas sonó de repente el timbre del recreo que las cortó de inmediato, y en el creciente ruido Erich escuchó el susurró de su primo:

—¿Erich, qué vamos a hacer? Yo no puedo hacer esto.

Erich seguía intentando tragarse su ira, que se había anclado en su garganta y amenazaba con asfixiarle. ¡Si en ese momento se hubiera acercado Kampmann a él o cualquier otro, hubiera dicho algo...! Pero todos pasaron de largo; únicamente Helmut titubeó un rato junto a la ventana.

—Como que no lo vamos a hacer. ¡Ven! —tiró de Erwin hacia fuera y asintió con la cabeza a Helmut, que le estaba haciendo señales con la mano, indicándole que tenía que hablar urgentemente con él.

Por la tarde se acercó el tío Sigmund un rato por su casa para comunicarles que el Dr. Kaiser le había concedido una cita. Había acordado con Julius que iría solo a ver al director, no únicamente en su calidad de padre, sino también como representante de la pequeña comunidad judía de Ellwangen, de la que al fin y al cabo era presidente.

—¡Porque ese texto nos ofende a todos nosotros! —había dicho golpeando con la mano abierta sobre la mesa, haciendo tambalear peligrosamente el jarrón de cristal de la madre.

Después de que se marchara, Erich se metió en su habitación. No soportaba ver la cara de su madre, que seguía mostrando señales de haber llorado. Le había entrado un verdadero ataque de llanto después de que Erich les contara muy alterado en la cocina lo que había ocurrido en el colegio. No llamar la atención, escabullirse, ése había sido su lema hasta entonces. Pero esto ya no se podía tolerar. Esta humillación ya no la podían aceptar, daban igual las consecuencias. Estaba acostumbrado a que le insultaran, había tenido que escuchar una y otra vez, tanto en biología como en otras asignaturas, cosas acerca de la inferioridad de su raza. Con todo aquello había tragado, por muy duro que hubiera resultado, pero que ahora le obligaran a que él mismo pronunciara esa sentencia, que se rebajara y se ridiculizara a sí mismo, ¡eso era demasiado! Julius lo había visto del mismo modo y cuando después de comer se marchó a la casa del hermano para discutir cómo iban a proceder en este asunto, parecía como si en él hubiera despertado su viejo espíritu de lucha. Estuvieron de acuerdo en que irían a quejarse al director.

Erich se acercó a la ventana y vio cómo su tío Sigmund se apresuraba por la plaza y desaparecía tras el gran portal del Colegio Mayor. Se sentó a la mesa para hacer los deberes. Tenía el cuaderno de inglés abierto frente a él, pero no lograba entender el texto. Una y

otra vez se interponía entre él y el libro la imagen de Gremm, sonriendo con mofa.

Tras un rato tiró la pluma y se fue a la cómoda sobre la que había un pequeño espejo de mano en el que comprobaba por las mañanas el correcto trazado de la raya de su peinado. Como solía decir siempre Fanny: «Eres el chico más vanidoso que conozco...» Miró en el espejo. Una cara delgada se le quedó mirando fijamente, con ojos grandes y castaños a los que Fanny siempre había llamado «ojos de ternero degollado». Sus palabras exactas habían sido: «Erich Levi, tienes una mirada que derrite las piedras», y también Gertraud había dicho alguna vez: «No me mires de ese modo que no sé lo que me entra». Por aquel entonces esos comentarios habían hecho que su corazón se acelerase. Su cabello, tupido y castaño, estaba como siempre perfectamente bien peinado. Se contempló durante largo rato de forma crítica y pensó: «¿Qué es diferente en mí? Si yo no tengo el aspecto de esos hombres de narices curvas que hay en la caja de la casa de Schuster. Y Max tampoco tiene ese aspecto, y mamá menos aún. Tal vez papá un poco, si uno se fija mucho. Pero entonces, ¿qué es tan diferente en nosotros?».

De pronto se acordó de un episodio que ocurrió hacía mucho tiempo, cuando él aún era pequeño e iba a primero de Primaria. En aquella época, sus padres daban una gran comida para socios de negocios y amigos cada dos semanas. Siempre había sido un gran acontecimiento. La mesa se decoraba con manteles de damasco, relucientes copas de cristal de roca y la antigua cubertería de plata, la plata que ahora estaba en Würzburg en la Asistencia para la Clase Media o que incluso ya estaría decorando otra mesa. Su madre y la asistenta empezaban varios días antes a asar y adobar la carne y a sacarle brillo a los cubiertos. Luego, la noche de la cena, Max y él espiaban desde la puerta de su habitación, con ojos emocionados, la llegada de los invitados. Su madre siempre había vestido con tanta elegancia y también el padre había tenido un aspecto apuesto y distinguido. Al día siguiente, se habían repartido entre los dos los restos de los postres que su madre siempre les reservaba. A veces Melanie invitaba también a familias con las que únicamente mantenía una relación superficial. Era gente que a ella le caían especialmente bien, como por ejemplo el pediatra de Max y Erich, o los dueños de la farmacia en la que solía comprar los medicamentos, familias asentadas desde hace muchos años y muy respetadas. Mientras ella escribía las invitaciones, Julius la miraba por encima del hombro y en una ocasión dijo de forma lacónica: «Melanie, ésos nunca van a venir».

Y así era. Siempre le llegaron negativas, expresadas de forma educada y sobre papel elegante y rígido, y tras algún tiempo, su madre dejó de enviar invitaciones a ciertas direcciones. Por ello también se

había resistido ante la petición de Erich de invitar a los Noli. Era la época en la que comenzaba su amistad con Helmut. Finalmente había cedido con un suspiro y Erich le había entregado en mano la carta resplandeciente de alegría. Más tarde también llegó la negativa, formulada igualmente de forma educada sobre papel elegante y rígido, y nunca más se había vuelto a enviar una invitación a los Noli.

—¿Pero por qué no vienen? —había preguntado a su madre—. Si nuestra casa es muy bonita. ¿Por qué no vienen los Noli, si siempre son muy amables conmigo? ¿Y por qué no vienen los padres de Gudrun, con la que siempre estamos jugando, y los demás...?

Por un segundo, la madre le había mirado de una forma extraña y luego le había acariciado la mejilla ensimismada y había dicho:

—Todos son gente muy amable y respetable, pero ellos viven en sus círculos y nosotros, en los nuestros. Yo también tengo que aprenderlo.

En aquel momento, aquella explicación no le había convencido, pero ahora lo entendía. «Probablemente nunca hayamos formado parte realmente de su grupo, ni tampoco el tío Sigmund, ni los Neuburger, ni los Heinrich. Sólo que antes no lo notaba. Siempre ha sido así. ¡Si Benjamín Franklin escribió eso hace ya casi doscientos años...! Y eso que en realidad era un hombre inteligente.» De nuevo se volvió a mirar en el espejo. «Si tan sólo supiera por qué», pensó.

Al anochecer volvió el tío Sigmund. Parecía aliviado, pero también inquieto.

—El asunto de copiar y de memorizar se ha resuelto —informó a la familia que se había reunido en el salón—. El Dr. Kaiser también ha dicho que eso era intolerable para los chicos. Incluso le ha echado una sonora reprimenda a Gremm, aunque éste se ha defendido con mucha astucia, diciendo que el texto era de Benjamín Franklin, *pero eso* no le ha valido ante el director. Sin embargo los dos deberéis pasar dos horas en la sala de castigos.

—¿Por qué? —le interrumpió Erich indignado—. ¿Por qué nos van a castigar? ¡Si no hemos hecho nada!

El tío Sigmund se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo no habéis obedecido la orden de vuestro profesor. Me imagino que Kaiser ha tomado esa decisión para salvaguardar la imagen de Gremm. Contra eso no pude decir nada.

—Aun así no es justo —gruñó Erich, que sin embargo para sus adentros se sintió bastante aliviado—; de todos modos, gracias, tío Sigmund.

—Hay algo más... —Sigmund Levi titubeó un instante—. Me... cuesta hablar de ello, pero no tiene sentido que escondamos la cabeza en la arena como un avestruz. Al salir, el Dr. Kaiser me retuvo cuando Gremm ya se había marchado. Me ha contado que cuando finalice este

curso escolar se va a jubilar. Creo que se alegra de ello, porque lo que está sucediendo a su alrededor no parece gustarle. «Así ya no tendré que guardar las apariencias», me ha dicho, pero... —el tío Sigmund bajó la voz—, también me ha contado en confianza que entonces ya no podrá hacer nada por nosotros. «Hasta ahora he intentado proteger a los chicos lo mejor que he podido, señor Levi, a su hijo y también a su primo. Aún no sé quién va a ser mi sucesor, pero puede usted estar seguro de que será alguien más afín con la nueva línea oficial», ha dicho textualmente.

—¿Y qué nos quiere decir con eso? —la voz de Julius se había tomado ronca—, ¿qué entonces se meterán aún más con ellos o les pegarán aún más?

Sigmund miró a su hermano con firmeza.

—Creo que lo que quería decir es que tendrán que abandonar el colegio en algún momento, y que probablemente ese día ya no esté tan lejos. En la reunión de los presidentes de las comunidades se habló abiertamente de que había planes concretos de excluir a los alumnos judíos de los colegios públicos. Tendrán que ir exclusivamente a colegios judíos.

—¿Pero cómo puede ser, aquí, si sólo hay tres niños judíos? Eso puede implantarse en las grandes ciudades, ¿pero aquí..?

Sigmund nuevamente se encogió de hombros.

—No lo sé, Julius. Tal vez no se llegue nunca a eso. ¡Pero debemos estar preparados para todo tipo de posibilidades!

Erich se quedó como si le hubieran anestesiado. Se acordó de su conversación con Helmut. Aquel miedo se había convertido ahora en algo muy concreto. Si hasta el Dr. Kaiser lo admitía, y en la retaguardia acechaba Gremm, esperando su victoria. ¡Y si tuviera que marcharse del colegio,..! Prefería no pensar en ello

Aquella noche Erich volvió a rezar después de mucho tiempo Fue una oración muy infantil y casi se avergonzó de ello. Le pidió a Dios que dejara morir a Hitler y le pidió poder quedarse en el colegio y volver a ver a Gertraud. ¡Pero sobre todo tenía que desaparecer Hitler!

Al día siguiente, la clase esperó en vano el espectáculo en el que «dos golfos judíos iban a quedar en evidencia», según se había expresado Kampmann. Gremm informó en pocas y sucintas palabras que, tras hablar con el Dr. Kaiser esa «intolerable insubordinación», el asunto iba a ser castigado de otro modo. «¡Vaya, qué dramático suena eso!», pensó Erich con ironía, como si fuéramos a ser castigados de forma aún más severa. Seguro que así quiere maquillar que le hayan obligado a echar marcha atrás.

El sábado tuvieron que desfilar nuevamente para un gran pregón en el pabellón de deportes, una fiesta conmemorativa en honor del fallecido presidente del Reich Hindenburg. Su primo y él formaban al

final de la larga fila que serpenteaba lentamente a lo largo de la Hindenburgstrasse. Las hojas de los viejos castaños que poblaban la plaza del mercado comenzaban a tomar tonos amarillos y en el suelo había ya muchas castañas reventadas, pequeños y verdes erizos bajo los cuales asomaba el brillo del brillante fruto marrón oscuro. Erich recordó con nostalgia los años pasados en los que solían quedar para sacudir a los árboles y que cayeran las castañas con la ayuda de largos palos. Hay que reconocer que era un método bastante rudo, pero se habían divertido mucho, cuando después se volvían a reunir en alguno de sus lugares secretos con las caras acaloradas, para comparar quién había logrado recoger más castañas.

Llegados al pabellón de deportes, se les unió Max, que se retiró con Erwin a las inmediaciones de la puerta de entrada. Tras las habituales charlas y recitales, el Dr. Kaiser llevó a cabo el juramento de fidelidad de los profesores a Adolf Hitler. Ya no debían servir fielmente a la constitución, sino al Führer, que representaba al pueblo. Erich, que escuchaba todo aquello con escalofríos, pensó para sus adentros que el viejo director había expresado su discrepancia al menos de forma oculta. Observó aquella figura vestida con el anticuado chaqué negro con una mezcla entre respeto y admiración. Antes a menudo le había criticado por sus discursos, pero aun así siempre había mantenido su mano protectora sobre sus alumnos judíos, tal vez para evitar males mayores. ¿Por cuánto tiempo?, pensó Erich y volvió a sentir el nudo en la garganta. Cuando volvieron a abrir las puertas, f ue uno de los primeros en correr hacia el exterior; sólo quena salir y respirar aire fresco, porque dentro se asfixiaba.

Al llegar a casa olió el aroma a pan recién horneado. Los *challnth* ya estaban preparados encima de la mesa, crujientes y tostados, y rociados con semillas de amapola. Melanie le pidió a su primogénito que cruzara a la carnicería del Kreuz a recoger la carne de cordero que había encargado. Erich hizo una mueca. Últimamente sólo comían carne de cordero y a ¿1, a pesar de la buena preparación de la madre, no le gustaba nada esa carne, con ese sabor tan peculiar. Sin embargo se mordió la lengua, cogió la bolsa de red del gancho de la pared y se fue a la *carnicería*, donde el tabernero del Kreuz le entregó un buen trozo de carne. Cruzó la parte trasera del Krone para entrar por la puerta trasera a su casa, ya que en la Hindenburgstrasse todavía merodeaban muchos alumnos.

De repente escuchó un leve siseo:

—¡Erich! —y vio a Lotte en la esquina de la casa.

Erich le indicó con un movimiento de cabeza que le siguiera y luego la agarró por la manga y la metió rápidamente por la puerta trasera de la casa, donde ella se detuvo ante la puerta del sótano jadeando.

—Aquí no viene nadie, únicamente la aprendiza de vez en cuando, y si eso ocurriera, haremos como si estuvieras buscando la puerta principal, bueno, y las señoritas Pfisterer, pero ellas no dicen nada.

Lotte miró nerviosa a su alrededor y susurró:

—Gertraud me ha dicho que te dé recuerdos.

Erich la agarró del brazo con tanta fuerza que ella gritó en voz baja.

—¿Qué le ocurre, dónde está? ¿Está bien?

Contrariada, Lotte se soltó de su garra y dijo en tono de reproche:

—¡Me estás haciendo daño! —pero luego, al ver la palidez de su cara y descubrir esos ojos aterrados clavados en ella—dijo algo más amigablemente—: Si, se encuentra bien, en la medida en que uno puede estar bien dadas las circunstancias. La han llevado a un internado en la Selva Negra.

—¿Quiénes?

—Gremm y su padre. Gremm le calentó la cabeza hablándole de malignas influencias que actuaban sobre Gertraud y que la habían pervertido por completo.

—¿Y su padre se ha creído esas tonterías?

—¿Qué iba a hacer? Gremm ya no la quería tener aquí y él tampoco quería dejarla sola en Stuttgart. Así que la han metido en un internado. Las cosas allí son muy severas. La correspondencia se controla muy de cerca. Por eso todavía no te ha escrito. Tiene miedo de que Gremm les haya advertido y de que confisquen las cartas dirigidas a ti para dar inmediatamente parte de ello, y miedo de que tú puedas tener aún más problemas.

—¿Quieres decir que leen las cartas? —preguntó Erich, sin poder creérselo.

En vez de contestar, Lotte se encogió de hombros.

—Acordamos una especie de lenguaje en clave —dijo finalmente tras un momento de silencio, durante el cual Erich intentó procesar la nueva información recibida—. De ese modo, al menos puedo leer entre líneas cómo se encuentra de verdad. Así que eso, que te dé recuerdos y que piensa en ti. Pasará las Navidades con su padre en Stuttgart y entonces seguro que se pondrá en contacto contigo —con impaciencia, Lotte se dirigió a la puerta—. Ahora es mejor que me marche. Nunca se sabe. Últimamente tengo a mi padre encima como a un perro guardián, ya te imaginarás por qué. «Lotte, se trata de mantener mi buen nombre», dice siempre. ¡Adiós, Erich!

—Adiós, Lotte. Y gracias.

—No hay de qué —salió por la puerta y volvió a mirarle un instante—. Cuídate, Erich, ¿me oyes?

Él asintió ensimismado y subió lentamente las escaleras. De

repente la bolsa con la carne de cordero pesaba toneladas. ¡Así que estaba en el internado! Y al parecer en uno muy severo. Seguramente ella se sentiría muy infeliz y él no podía hacer nada. Pero al menos ahora sabía dónde se encontraba y en Navidad seguro que llegaría una carta y él la podría contestar.

Cuando abrió la puerta de la cocina, vio a la madre sentada a la mesa leyendo una carta.

—La tía Betti y el tío Sansón vienen aquí a pasar el Año Nuevo —dijo sin levantar la mirada—. Se quedarán a dormir en casa del tío Sigmund. Dicen que tienen muchas cosas que contarme.

Erich tiró la bolsa con la carne con desgana encima de la mesa. La tía Betti le caía muy bien, aunque prefería a la tía Mina. Pero lo que le ponía de malhumor era que estaban próximas dos fiestas muy pesadas: Rosh Hashaná[28] y después Jom Kipur[29]. Además, ¿quién, aparte de ellos, celebraba el Año Nuevo en septiembre?, y de repente sintió una rabia inexplicable. La fiesta cristiana de Año Nuevo es mucho más bonita, es alegre, hay petardos y fuegos artificiales, hay champán y ponche y todos se alegran de comenzar el año nuevo. ¿Y los judíos? Ellos tenían que hacer penitencia, pensar en la muerte e ir a todas horas a la sala de oraciones. Y en Jom Kipur incluso hay que guardar un día entero de vigilia.

La madre pareció intuir sus pensamientos, porque le miró de forma inquisidora. Él apartó la mirada y se puso a rebuscar en el armario para cortarse un trozo de pan.

—Erich, lo celebraremos juntos como todos los años —escuchó decir tímidamente a la madre a sus espaldas—. No quiero oír eso de «estoy invitado en otra parte» ni nada parecido.

—¿Y quién me iba a invitar a mí? —Erich se giró abruptamente —. Dime, ¿quién me va a invitar? Si ya nadie quiere tener nada que ver con nosotros. Pero una cosa voy a decirte: esta vez aún estaré con vosotros, ¡pero cualquier día ya no seguiré con estas tonterías!

—¡Erich! —le gritó la madre consternada—. ¿Cómo puedes decir algo así? Es tu religión. Es lo más importante que tenemos. Es...

Ella buscaba las palabras adecuadas y Erich completó la frase en un tono muy despectivo, como él mismo tuvo que reconocerse asustado para sus adentros:

—...Es una religión retrógrada y completamente anticuada. La semana que viene celebramos el año 5695[30], ridículo. No me extraña que los demás nos miren con desprecio.

—Pero Erich... —Melanie parecía no poder dar crédito.

De repente Erich sintió algo así como un pequeño sentimiento de triunfo.

—Además, ¿de qué debo arrepentirme? ¿De ser apaleado e insultado, o de recibir notas malas injustamente? ¿De no tener amigos

ya? ¿Dónde está ahora nuestro Dios Todopoderoso? ¡Nos ha dejado tirados, abandonados, eso es lo que hay! —furioso, le dio un mordisco a su trozo de pan y masticó sin saborearlo siquiera.

—Erich —de pronto la madre se había calmado—, ¿de verdad tengo que explicarte lo que para nosotros es importante y sagrado, especialmente en estos tiempos? Estás siendo tremendamente egoísta. En primer lugar por esta escena que tanto dolor le ha causado a tu madre deberías hacer penitencia. Además, quiero recordarte lo que rezamos en Jom Kipur: «No olvidemos las penurias de la casa de Israel, un pueblo conocedor del dolor y la pena». Si le diéramos la espalda a nuestra religión y a nuestras costumbres, habrían triunfado todos aquellos que nos desprecian y nos persiguen. Entonces habrían vencido. ¿Y tú no quieres eso, verdad?

Erich se fue hacia la puerta. Al salir aún le lanzó a la madre:

—Yo lo que quiero es dejar de sufrir, que no me torturen y no tener que preocuparme. ¿Puedes entender eso?

Cerró la puerta de un portazo y corrió a su habitación. La ira se había desvanecido y para sus adentros se avergonzaba, pero no quería permitirse esa vergüenza.

El Año Nuevo

LA TÍA BETTI y el tío Sansón llegaron el día de Rosh Hashaná y Julius y el tío Sigmund fueron a recogerlos a la estación. Erich se encontró con ellos por la tarde en la sala de oraciones a la que había acompañado al padre, aunque de mala gana. La pequeña sala de oraciones estaba repleta, ya que los Heinrich y los Neuburger también tenían visitas de fuera. El Dr. Berlinger, el rabino, no había venido, tenía muchas comunidades que atender; por ello fueron el señor Silbermann, su antiguo profesor de religión, y el tío Sigmund los que leyeron las oraciones. Erich, como el miembro más joven de la comunidad, fue llamado a acercarse *a* la Tora para leer el fragmento semanal correspondiente. Hacia casi exactamente un año, el día de su *bar mitzvá*, le permitieron leer en la Tora por primera vez y mientras caminaba lentamente pensó en lo orgulloso que se había sentido. El señor Silbermann le asintió amablemente con la cabeza. Erich leyó con rapidez, como si quisiera acabar con todo aquello cuanto antes, se equivocó varias veces, pero a los demás miembros de la comunidad no pareció importarles. Estaría nervioso y eso era comprensible.

Tras la misa, cuando la pequeña comunidad aún se quedó un rato reunida para desearse un feliz año, el anciano señor Neuburger le paso un instante la mano por la cabeza y le puso una moneda en la mano.

—¡Te deseo lo mejor, Erich! Que el año próximo sea realmente un año mejor. Lo deseo sobre todo para vosotros los jóvenes.

—Feliz año nuevo a usted también, señor Neuburger. Y gracias — Erich le guiñó un ojo en señal de complicidad y el viejo Neuburger tuvo que echarse a reír y le dio un cariñoso empujoncito.

—Te estás haciendo un hombrecito muy apuesto. Qué pena que no haya chicas de tu edad en nuestra comunidad.

Erich pensó que en Ellwangen había suficientes chicas jóvenes, pero el viejo Neuburger tenía razón, ninguna de ellas era adecuada para él, el judío. Además, sólo existía una en la que pensaba continuamente, y para él era aún más inalcanzable que las demás.

Durante la cena fue sobre todo la tía Betti la que llevó la voz cantante. Su madre se había esforzado mucho y la mesa tenía un aspecto realmente elegante, a pesar de que gran parte de la plata había tenido que ser sustituida por los cubiertos de diario. Antes, los niños siempre habían esperado la comida del Rosh Hashaná con ilusión, porque, siguiendo la vieja tradición, como entrante siempre había manzanas con miel. «Las ponemos porque deseamos que el año próximo sea igual de dulce», les había explicado la madre siempre.

Ahora era sobre todo al pequeño Heinz-Victor al que le gustaba el

dulce aperitivo. Se metía sin parar las rodajas de manzana bañadas en miel en la boca, que tenía ya completamente pegajosa, y Erich tuvo que sonreír para sus adentros pensando en que a la tía y al tío, seguramente les esperaba una noche un tanto movida.

El pequeño había sido un hijo tardío, como decía su madre. La tía Betti ya había abandonado la esperanza de tener hijos cuando finalmente llegó Heinz-Victor, su consentido y mimado hijo único, el centro de sus preocupaciones y de sus miedos. En torno a él giraban también siempre sus conversaciones y ella no paraba de hablar de que en el colegio se metían continuamente con él.

—Debe aprenderse de memoria esas canciones que cantan ahora, y la semana pasada trajo a casa un folio en el que... había ilustrado un hombre, una caricatura, ya os podréis imaginar de qué tipo, y tuvo que colorearla y aprenderse el verso que ponía debajo. Un verso ridículo, no puedo ni repetirlo —de repente le brotaron las lágrimas y el tío Sansón cogió su mano entre la suya para consolarla.

Ella había estado pellizcando incesantemente del bordado del mantel, de modo que incluso ya se habían soltado algunos hilos.

Erich, al que le había estado crispando los nervios su incesante parloteo, percibió su nerviosismo y su inquietud y de pronto sintió mucha lástima por ella.

—Bueno, Betti, ahora vamos a comer un poco —dijo Melanie en tono sereno haciéndole señas con la cabeza hacia Max y Heinz-Victor, que aparentemente estaban sentados a la mesa sin percatarse de nada y habían comenzado ya a engullir la carpa y las patatas.

El comentario de madre ayudó, la tía Betti se calló y comenzó a pinchar desganada en su comida. El tío Sansón empezó a hablar con el padre sobre temas de negocios, pero Julius no parecía tener muchas ganas de tener ese tipo de conversación.

De repente el tío dijo en mitad del silencio, interrumpido únicamente por el tintineo de los cubiertos y la vajilla:

—La junta de nuestra comunidad cree que existen indicios de una posible evacuación de los alumnos judíos de los colegios públicos para reubicarlos en colegios especiales judíos. El viejo Goldberg me ha contado que ya se han hecho consultas para estudiar en qué locales se podría ubicar un colegio de Primaria.

«El tío Sansón está hablando con mucha retórica, tal vez para evitar que los más pequeños se enteren de qué se trata», pensó Erich.

Julius contestó enérgicamente:

—Eso es lo que quieren, echamos de todas partes. Un retroceso, uno de tantos, y éste de los grandes.

Titubeando, el tío Sansón continuó:

—Dadas las circunstancias, me alegro de que Heinz-Victor...

Julius le interrumpió muy alterado:

—Es un retroceso, te lo digo yo...

Él habría continuado alterándose, pero Max y Heinz-Victor habían parado de comer y le miraban atónitos. Así que Melanie comenzó enseguida a hablar de la misa, aunque con ello volvió a darle cuerda a la tía Betti.

—La misa en nuestra sinagoga en Ulm es mucho más solemne y bonita. Y la sala de oraciones de aquí, la verdad, resulta bastante mísera... —y así continuó hasta que la madre, después de haber sobrevivido al postre, se la llevó a remolque a la cocina para que la ayudara con el fregoteo.

Erich desapareció discretamente en su habitación, después de que Max y su primo se retiraran a jugar a su cuarto. Al pasar por delante de la cocina, escuchó la aguda voz quejosa de la tía Betti y Erich compadeció a su pobre madre. En la habitación abrió las ventanas de par en par e inspiró el fresco aire de otoño. Olía un poco a madera y carbón, porque en los últimos días mucha gente ya caldeaba sus viviendas; las noches habían sido inhabitualmente frías.

Así que allí estaba, el año 5695, con el que los judíos ligaban tantas esperanzas y deseos, probablemente más que en todos los años anteriores. Erich rememoró fugazmente los buenos deseos del señor Neuburger para el nuevo año, pensó en los miedos de la tía Betti y en la mirada de preocupación del tío Sansón. Ese hombre comedido y aparentemente serio había luchado en el frente en la Guerra Mundial y había recibido infinidad de metralla de granadas en el hombro, que a veces le daba problemas; por eso andaba muy encorvado. Había sacrificado su salud por su patria, pensó Erich, y ahora tenía que soportar que su hijo, el ojito derecho de la familia, fuera insultado y apaleado. «Me gustaría saber si todos los niños judíos están en la misma situación», pensó. «Y en pocas semanas también llegará el año cristiano 1935, ¿qué traerá consigo?»

¡Lárgate, judío!

ERICH se abrió paso entre los cuerpos cálidos de los caballos que, muy juntos unos de otros, llenaban la plaza ante el Colegio Mayor y la iglesia colegial, y hacían casi imposible el paso. De sus ollares emanaba fino y blanco vaho, al igual que de las bocas de sus propietarios, que llenaban la plaza con los brazos cruzados y de vez en cuando daban patadas para calentar un poco los pies. Hacía frío en aquella mañana de enero del año 1935. La noche anterior incluso había nevado y las torres puntiagudas de la iglesia colonial estaban polvoreadas de blanco, al igual que las torres en forma de cebolla de la gran iglesia de la ciudad y los inclinados tejados de las antiguas casas de los canónicos, de cuyas chimeneas subían columnas rizadas de humo fino. Los caballos estaban bien ataviados, algunos con las crines trenzadas, ya que por la tarde iba a tener lugar el gran desfile y posteriormente la tradicional entrega de premios. Erich adoraba el trajín mercantil de la ciudad, los gritos y las carreras, los olores y también la inquietud en casa, donde la madre ya había comenzado a preparar bandejas de embutido, ya que esperaban nuevamente visita, clientes y compañeros del padre.

También Julius parecía haber sufrido una transformación en los últimos días, su figura se veía más erguida y los ojos tenían una mirada atenta y enérgica, no tan cansada como en los últimos meses. El mercado y Julius Levi iban de algún modo ligados el uno al otro, pensó su hijo, y sintió al mismo tiempo una profunda preocupación al pensar que las esperanzas del padre de hacer buenos negocios volvieran a verse frustradas. Esa mañana, sentado a la mesa del desayuno y frotándose las manos, había contado con quién iba a verse. Los contactos que uno hacía o afianzaba ese día podían decidir sobre un buen o un mal año. Erich se preguntaba de dónde sacaría su padre ese optimismo al pensar que ese año sería mejor que el anterior. Había muchos agricultores que le debían favores, eso lo sabía bien. Julius había ayudado, sobre todo durante los malos años tras la crisis económica mundial, a más de uno, concediéndoles créditos o manteniendo gratuitamente a una vaca joven para que el ganadero después pudiera, al menos en parte, vivir de la venta de la leche. Pero ahora casi todos le abandonaban, bien porque tenían miedo, bien porque, a pesar de saber mejor que nadie que era falso, se creían todas esas tonterías de los «judíos chupasangre».

Al menos el mercado había causado en Julius el efecto reanimador de un elixir que le sentaba bien, pensaba Erich mientras subía los escalones y volvía a echar un vistazo sobre los cuerpos

brillantes, marrones y negros de los apiñados caballos. También Melanie parecía alegre e incluso tarareaba mientras esa mañana cortaba finas lonchas de pepino para guarnecer con ellos los montaditos sobre la mesa de la cocina.

Inconscientemente Erich se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, ya que le pareció haber oído el ruido del papel al andar. Ése era su elixir, su esperanza, dos folios de carta tupidamente escritos por Gertraud, que por fin había llegado el sábado con el correo. Una y otra vez había desplegado los folios y los había leído, de modo que ya había algunas zonas que apenas se podían leer, porque se había corrido la tinta. Se sabía la carta de memoria. Decía que estaba con su padre en Austria esquiando, y que por fin se atrevía a escribirle una carta; que el internado era muy severo y estaba regentado por monjas que controlaban continuamente toda la correspondencia saliente y entrante, que ella no estaba segura de sí Gremm les había dicho a las monjas que dieran aviso de cualquier carta dirigida a Erich Levi, y que ella no le quería causar más problemas.

«El hecho de que yo esté en un internado católico no le ha gustado nada a Gremm, pero mi padre ha sido inflexible. De cualquier modo, Gremm lo ha aceptado para que no mantenga contacto contigo. De algún modo consiguió convencer a mi padre de que allí corría el peligro de pervertirme, según dijo. Porque como a papá no le parece mal que yo tenga amistad con un judío, Gremm decidió cambiar de táctica. Espero que con el tiempo pueda convencer a mi padre de que puedo estar bien sola, en Stuttgart, aunque por el momento en ese sentido está inamovible. Pero me alegro de no tener que estar ya con Gremm, aunque me da pena mi tía, y lo peor de todo es que ya no pueda verte a ti.»

En ese punto de la carta, el corazón de Erich había dado un vuelco.

Siguió escribiendo que no le gustaba demasiado estar con las monjas, pero que al menos podía continuar estudiando el Bachillerato, que eso se lo había asegurado su padre.

«Cuando por las tardes estoy con las demás chicas en la sala de estudio haciendo los deberes, siento una inquietud y quisiera salir corriendo, muy lejos de allí. Lo que más desearía es correr hacia ti, Erich, para poder ir juntos a la Benzenruhe o al Schónenberg, a contar las nubes o a inventamos historias. Pero creo firmemente que un día nos volveremos a ver, al igual que también creo que nuestros sueños se harán finalmente realidad.»

Esta parte era la que más le gustaba a Erich. Una y otra vez la había leído, y sus palabras resonaron en sus oídos hasta que llegó al aula y, suspirando, se tuvo que mentalizar para afrontar otra larga mañana.

Después del colegio, en vez de irse directamente a casa, se fue paseando con Erwin y Max al Fuchseck, donde tenía lugar el mercado de ganado y donde habían montado un pequeño mercadillo con puestos de tiro y otros entretenimientos. De todos modos durante esos días de mercado en casa no había nada en condiciones para comer al mediodía, y tal vez le podían sacar al padre algunos céntimos para comprarse en alguno de los puestos ambulantes una salchicha y un panecillo. Se deslizaron por la acera plaza abajo, los chicos lo llamaban «patinar», lo que inmediatamente les costó los enfadados gritos de los viandantes, ya que «patinar» en las calles públicas estaba prohibido. Claro que a los chicos eso les importaba bien poco y se fueron abriendo paso a través de los espesos grupos de personas que se habían formado alrededor de los toros, las vacas y los temeros. Erich reconoció a Isidor Schlossberger, que estaba junto a otros cuantos tratantes de ganado, y también vio al joven Bamberger, que gesticulaba animado con las manos ofreciendo una de sus vacas lecheras. Gracias a Dios que todavía había algunos agricultores y ganaderos que se atrevían a hacer negocios con los mercaderes judíos, lo que era especialmente valiente, teniendo en cuenta que estaban siendo celosamente observados por los omnipresentes uniformes del lugar, negros y marrones. Directamente en el Fuchseck se había colocado la banda de música de las SA que seguramente darían enseguida un concierto al aire libre.

El joven Bamberger había visto a Erich y a los otros dos chicos y les estaba gritando algo, que sin embargo se perdía entre el bullicio de la música marcial. Con las manos formó un embudo y por fin pudieron entender algunos fragmentos. El joven Bamberger le indicó que su padre estaba en el Goldenen Lamm y Erich le señaló con un movimiento de cabeza a Max y Erwin para que le siguieran.

El Goldenen Lamm estaba a rebosar. Las camareras trajinaban jarras de cerveza y platos hondos con patatas asadas y el guiso tradicional de los días de mercado, y espesas nubes de humo llenaban el local, de forma que apenas se podía distinguir nada. Julius estaba sentado en el rincón, al lado de la estufa de cerámica, junto a otros tratantes de ganado, y también estaban con él dos agricultores de los alrededores que Erich conocía. Eran el viejo Schlosser y un ganadero de Dinkelsbuhl que hacía sus negocios únicamente con Julius Levi. «Es usted un hombre realista y honrado, señor Levi», solía decirle, y Julius se lo había contado muchas veces a su familia lleno de orgullo.

Era reconfortante que algunas personas todavía se mantuvieran leales a su padre, pensó Erich y miró con preocupación hacia las demás mesas en las que se habían acomodado muchos uniformes marrones y también cada vez más camisas negras de las SS. A una de las mesas estaba sentado el alcalde y presidente de la provincia, Kolbe,

rodeado por sus seguidores y llevando la voz cantante. A su lado, vestido con el uniforme negro, estaba el oficial local de las SS, un hombre con el apellido más que común de Müller, y una cara completamente inexpresiva. «En realidad son como figurines disfrazados en los que sólo destaca el uniforme, sin personalidad; mirándolo bien, todos son iguales con ese bigotito que parece que lo lleven pegado», pensó Erich.

Julius les hizo señas a los chicos con la mano y éstos se sentaron un momento a su lado. Después se dejó convencer y les invitó a tomar algo. «El mercado le sienta francamente bien, mi padre vuelve a ser casi el de antes. Espero que no haya ningún problema con todos estos nazis aquí alrededor.»

Por la tarde el padre volvió a casa acompañado por unos cuantos colegas, básicamente los mismos hombres de negocios del año pasado. Erich fue a recogerles los abrigos y los sombreros y de pronto se asustó al ver la cara del padre. Algo había sucedido. Julius estaba completamente cambiado y cuando invitó a sus invitados a pasar al salón, lo hizo con una cortesía casi mecánica, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí.

Por fin, ya muy entrada la noche, las sospechas de Erich se vieron confirmadas. Cuando se cerró la puerta tras el último invitado y tan sólo el fino aroma a cigarros recordaba su visita, Julius se reunió en la cocina con Melanie y los chicos, que se había quedado levantados. En la mano sostenía un trozo de papel.

—¡Toma, lee! Hasta aquí hemos llegado.

Erich se levantó de un brinco y se puso detrás de la madre, que recogió titubeante el papel en su mano, como si temiera quemarse con él. Según pudo comprobar Erich tras una rápida ojeada, era un impreso oficial para empadronarse o borrarse del censo en la ciudad de Ellwangen. Atravesando en diagonal el impreso oficial, ponía en letras grandes dos palabras que saltaban enseguida a la vista: ¡LÁRGATE, JUDÍO! Erich miró fijamente las letras, al principio sin captar su significado. «¡Lárgate, judío!» Su mirada se quedó prendada de la escritura negra como si fuera un imán.

Melanie bajó la hoja lentamente y la dejó cuidadosamente sobre la mesa. Luego miró a su marido firmemente a la cara:

—¿De dónde ha salido esto?

El padre soltó una risa irónica y se dejó caer apesadumbrado sobre una de las sillas de la cocina.

—¿Que de dónde sale? Yo te diré de dónde sale. He estado en el Lamm con Schlosser, Helfrich y unos cuantos más. En las otras mesas no había más que nazis y ya me imaginé que habría problemas, pero curiosamente se mantuvieron muy tranquilos. Incluso me extrañé, pero pensé que sería por respeto a Toni por lo que no armaban jaleo.

Toni Ackermann era el propietario del Goldenen Lamm. Antes, Julius hacia muchos negocios con él, e incluso ahora mantenían una buena relación, aunque el tabernero tenía continuos problemas debido a ello. Ésa era la razón por la que el padre ya no iba casi nunca allí, para no ocasionar más problemas a su amigo, ya que los nazis se reunían a menudo en la vieja y honorable taberna forrada con paredes de madera, y donde servían la mejor cerveza del lugar.

—¿Por qué has tenido que ir allí? —le preguntó la madre con cierto aire de queja en la voz.

—¿Que por qué he ido? —Julius dio un puñetazo en la mesa. ¡¿Y por qué no iba a ir?! —las arterias de sus sienes se inflamaron de forma preocupante—. ¿Cuándo se ha visto que celebremos nuestro mercado sin un Levi? ¡Es nuestra tradición! Ir al Lamm a comer forma parte de ello. ¡Y no voy a dejar que me prive de eso una banda de nazis!

—¿Pero de dónde has sacado esto? —siguió preguntando Melanie, cuya voz de repente parecía muy cansada.

—Pagué y me despedí de los demás, pero fui un momento a los urinarios y cuando volví se había quedado todo de repente en silencio. Todos estaban mirando hacia mi sitio. Allí todavía estaba mi plato y debajo asomaba un papel. Ya me imaginé enseguida que no podía ser nada bueno. Entonces uno gritó «¡Levi, tienes correo!», y de pronto todos empezaron a reír. Se han reído..., todos ellos —la voz de Julius se partió y Erich vio con horror que su padre intentaba por todos los medios reprimir el llanto; le costó unos segundos, pero después se volvió a controlar—. Recogí ese papel, me lo guardé cuidadosamente y me marché. No os voy a dar la satisfacción de alterarme aquí ante vosotros, pensé. Me marché muy lentamente. Toni aún me siguió y se disculpó. «Tú no tienes culpa de nada», le dije, y que no volvería más por allí... —los hombros de Julius comenzaron a convulsionarse y escondió la cara entre las manos.

La madre se levantó apesadumbrada y le echó el brazo por encima.

Erich fue al lugar donde había caído la hoja de papel, la recogió y la llevó hacia el fogón. Abrió la puerta del horno, metió el papel y contempló cómo las rojas llamas lo engullían y lo convertían en un montoncito de ceniza. Después cogió a Max, que seguía sentado a la mesa de la cocina contemplando a sus padres y le dijo cariñosamente:

—Max, ven —y condujo al hermano a la que había sido la habitación de ambos.

Entre tanto había comenzado nuevamente a nevar; espesos copos de nieve caían del cielo, mágicamente atraídos por la luz de las farolas ante las cuales daban un espeso baile. A lo lejos se escuchaba el sonido de la banda de música. Erich contempló la nevada que cada

vez caía con más fervor a través de la ventana. Los tejados de enfrente estaban cubiertos por blancos mantos y sobre la carretera yacía una espesa capa de nieve que dificultaba a los viandantes el paso. Se acordó de un episodio de hacía dos años, cuando después de la toma del poder de Hitler un interminable desfile serpenteaba hacia el pabellón de deportes y, al igual que ahora, había comenzado a caer una fuerte nevada.

—Igual que entonces —susurró, con la cabeza apretada contra el cristal—. Exactamente igual, y me vuelve a dar la impresión de que el cielo quiere cubrir todo esto, como bajo una sábana mortuoria.

En los días siguientes los jóvenes de Ellwangen se divirtieron montando en trineo. El hijo del catedrático Eisele, un chico de sexto curso, acabó con su trineo en la cuneta y se rompió una pierna, lo que sirvió de tema de conversación durante días. Incluso pusieron una nota en el periódico, que le dio al pequeño una triste popularidad durante un corto período de tiempo. También era una atracción especial la nueva pista de patinaje junto al puente del Jagst, que sustituía el viejo lugar de patinaje del lago del castillo, ya que sobre todo en época de deshielo era peligroso.

—Otro logro que le debemos al Nacional Socialismo —había dicho Helmut en tono sarcástico.

Uno de esos días apareció Max en la habitación de Erich metiéndose el gorro hasta la cara y tirando con expectación de sus guantes.

—Me voy a la cuesta a montar en trineo. Tal vez me encuentre allí con Willi. Quiero ver dónde se cayó ese chaval. ¿Por qué no te vienes?

Erich ni se giró. Seguía mirando fijamente en dirección a la plaza del mercado, donde al parecer los preparativos para una gran reunión iban a toda marcha, porque se escuchaba el jaleo hasta en su habitación. Volvería a tocar la inevitable banda de música de las SA, ¿o esta vez sería la de las SS? Aunque eso de todas formas le daba igual. Por lo visto, el motivo de la fiesta era que el Sarre había votado con un noventa por ciento permanecer con el Reich, según comentaba el periódico por la mañana. Seguro que habría otra fiesta en el colegio. Otra de tantas. Si por lo menos se suspendiera la clase con Gremm... En voz alta le dijo al hermano sin mirarle:

—No, no voy a ir, y sería mejor que tú tampoco fueras.

—¿Por qué no? —el tono de Max se había vuelto de repente agresivo.

«Cuánto se parecen papá y Max», pensó Erich. «No quieren reconocer lo que ocurre a su alrededor.»

—Lo sabes perfectamente —le contestó—. A Willi ya no le dejan jugar contigo y, como en la cuesta te encuentres con ciertos tipos, te

llevarás una paliza. Si quieres arriesgarte, allá tú.

Durante un rato hubo silencio. Luego Erich notó que Max salió de la habitación. Él seguía sin girarse. En el pasillo escuchó caer las botas de Max en el suelo. Poco después se oyó la puerta de su antigua habitación cerrándose con un gran portazo. Su hermano pequeño le daba lástima, pero era mejor que abriera los ojos a la realidad.

En la cómoda Erich guardaba una caja con todo tipo de cosas valiosas de su niñez: el primer diente que se le había caído, un huevo de pájaro, piedras con un brillo metálico que un día creyó que eran piedras preciosas, y también un par de fotografías. Una de ellas mostraba a Max con él y con toda una pandilla de niños. Max y unos cuantos más estaban sentados sobre los trineos, los demás de pie detrás. Había sido tomada por el padre de una antigua amiga de la guardería. En aquella época Max aún iba a la guardería y él iría a segundo o tercero de Primaria. En la foto se veía retratado tal como era antes: un muchachito bastante avispado y travieso, al menos así le había descrito siempre su profesor en la escuela. Sostenía una bola de nieve en la mano cuyo interior guardaba un secreto especial: contenía una boñiga de caballo, un «cañonazo de caballo» como solían llamarlo ellos. Evidentemente esas bolas de nieve provocaban una reacción muy determinada cuando se tiraban. Erich se acordaba muy bien de la cantidad de veces que le habían pegado por ello, una vez incluso Peter, al que le había arrancado el cigarro de la boca con una de ellas y que posteriormente estuvo varios días sin dirigirle la palabra. Tuvo que sonreír al recordarlo, a pesar de que la zurra que se llevó le había dolido mucho. Contempló la foto durante largo tiempo. ¿Cuánto hacía que había sido tomada esa foto? A él le pareció como si hubiera transcurrido una eternidad; no, como si hubiera sido en otra vida.

Aguas turbulentas

A FINALES de enero, cuando Erich llegó un día del colegio, se encontró con el señor Van Wien, de Francfort, sentado a la mesa del comedor, saboreando la célebre sopa de pollo de Melanie. Era vendedor de telas y visitaba a los Levi desde hacía muchos años, ya que Melanie era una buena clienta. En Ellwangen y alrededores tenía una clientela fija. «Clientes muy distinguidos», solía remarcar siempre el señor Van Wien con orgullo.

Erich apreciaba al señor Van Wien, siempre dispuesto a bromear, y con cierto aire de hombre de mundo que el chico admiraba. Viajaba mucho y tenía siempre mucho que contar.

Sin embargo ese día, al ver a Erich, su sonrisa parecía forzada y tampoco parecía entrarle bien la comida, porque después de un rato, con el plato todavía medio lleno, lo apartó de sí.

—Señora Levi, le aseguro que no es por la sopa, que está deliciosa como siempre, es que con estos tiempos que corren se le quita a uno el apetito.

Comentó que apenas hacía ya negocios y que incluso sus clientes más fieles le evitaban.

—Y eso a pesar de que siempre han alabado la buena calidad de mis telas y la equidad de mis precios. Pero el verdadero motivo es obvio —sacó un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta, un artículo de un periódico local arrancado con premura, como Erich pudo comprobar a simple vista—. Tome, señora Levi, léalo usted misma. Me lo ha dado esta mañana una clienta,

Melanie cogió el trozo de papel, lo leyó y se lo pasó dubitativa a Erich. «¡Cuidado, le está rondando un judío!», se titulaba, y se mencionaba el nombre del señor Van Wien diciendo: «Quien todavía no haya descubierto en el judío al parásito del pueblo alemán debería informarse personalmente preguntando a sus paisanos, victimas del engaño. El judío Van Wien, por ejemplo, haría bien en largarse sin armar barullo y la ilustre clientela de este siniestro comerciante debería reflexionar un poquito sobre su afinidad al sentimiento alemán.»

—En fin, aquí ocurre lo que en todas partes —dijo el señor Van Wien con una sonrisa melancólica, se volvió a guardar el artículo en el bolsillo de la chaqueta y se despidió de Melanie con una airada reverencia—. Señora, gracias por la hospitalidad.

—¿Cómo va a terminar esto para usted? ¿Qué va a hacer? —le preguntó Melanie, cuando ya casi había salido por la puerta.

El señor Van Wien se giró nuevamente y como si estuviera con los

pensamientos en otra parte se pasó la mano por su negra perilla, como asegurándose de que aún seguía ahí.

—Algunos miembros de nuestra comunidad judía en Francfort hablan de hacer las maletas. Pero yo no sé... Le confieso abiertamente, señora Levi, que tengo miedo. Nos están acorralando cada vez más y el lenguaje oficial se está volviendo día a día más perverso. Pero por otra parte, éste es nuestro hogar. ¿Qué voy a hacer yo en América o en Palestina, adónde tantos se están yendo ahora? —el señor Van Wien se encogió de hombros, sin saber qué hacer—. Tengo que reconocer que no lo sé. En los últimos dos años pensé que lo único que debíamos hacer era no perder la esperanza, pero ahora... —de nuevo hizo una reverencia y luego cerró la puerta silenciosamente tras de sí.

Petrificados, Melanie y Erich miraron tras él. La frase que había dejado a medias pendía en el aire. «¡El señor Van Wien tenía razón! Uno siempre cree que ya no pueden empeorar más las cosas, pero luego continúan y continúan. Y las personas encogemos las cabezas, como si se tratara de una tempestad que va a pasar. ¿Pero qué será lo siguiente?»

A primeros de febrero las aguas del Jagst se desbordaron, y el periódico escribía que era un «torrente que arrastraba todo a su paso». El sábado por la noche el padre había leído en voz alta que desde 1882 no había habido semejantes crecidas del río en Ellwangen y alrededores. Durante días había caído la nieve, aguanieve que no llegaba a cuajar en el suelo convirtiéndose en un barrizal grisáceo.

A pesar del mal tiempo, el lunes por la tarde Erich decidió hacer una visita al establo y a Peter. Últimamente no había ido mucho por allí. El padre había comprado una vaca lechera y un ternero pequeño y quería ir a verlos. Erich se envolvió bien en la bufanda de lana y caminó por el barrizal hasta el puente del Jagst.

¿De dónde sacaba su padre el dinero para comprar ganado? ¿Y de dónde sacaba siempre esa confianza de que todo seguirá adelante? En realidad era admirable, sobre todo porque no se daba por vencido. Y pensándolo bien, las cosas sí seguían adelante aunque fueran mucho peor, eso podía leerlo en la cara de preocupación de la madre, cuando a primeros de semana contaba el dinero que iba a precisar. Max necesitaba urgentemente un abrigo nuevo, llevaba la vieja cazadora de Erich que ya le quedaba muy corta de mangas. «Y yo no rechazaría unos zapatos nuevos», admitió Erich mientras caminaba tenazmente por la nieve sintiendo la fría humedad calándole las botas.

Peter estaba sacando el estiércol del establo y se alegró de verle.

—Vaya, hacía tiempo que no venías por aquí. Tendrás mucho que hacer en el colegio, ¿no?

Erich le contestó con evasivas y luego contempló las nuevas adquisiciones. Rascó cariñosamente el cuello del pequeño ternero que

frotaba la cabeza confiado contra su brazo. Entre tanto Peter se había encendido un cigarrillo, viendo en la visita de Erich una bienvenida distracción. Durante un rato los dos permanecieron en silencio, hasta que Peter señaló hacia el exterior del establo.

—Espero que el agua no continúe subiendo, porque de lo contrario se nos va a inundar todo el establo.

Juntos se acercaron a la puerta y contemplaron el Jagst que pasaba ante ellos como una exhalación gorgoteando y espumeando traicioneramente. Las sucias y marrones aguas arrastraban trozos de madera e incluso troncos enteros de árboles arrancados. En las largas ramas de un sauce llorón se habían enganchado malezas arrastradas. Erich incluso pudo distinguir el cadáver de una enorme rata acuática. Asqueado le dio la espalda y volvió al establo, seguido por Peter, que inhalaba ensimismado de su cigarrillo.

—¿Y qué haremos si sigue subiendo?

Peter tiró la colilla en un cubo con agua. El jefe no veía con buenos ojos que él fumara en el establo y teniendo en cuenta que había mucha paja, debía ser cauteloso. Dirigiéndose a Erich dijo lacónico.

—Yo qué sé. Tener fe y rezar. De lo contrario tendremos que evacuar al ganado a otro lugar.

—¿Adónde? —preguntó Erich, pero lo único que recibió como respuesta fue que se encogiera de hombros.

Esa noche durmió fatal. Las aguas turbulentas habían vuelto a despertarle el recuerdo del cadáver de aquel lejano verano, y por primera vez, desde hacía mucho tiempo, volvió a soñar de forma desordenada y sin sentido con aquello. De repente era su padre el que estaba siendo arrastrado por la fuerte corriente. Erich le agarraba temeroso de que el agua le pudiera arrastrar también a él. Luego escuchó gritos de animales asustados y soñó que el establo era arrastrado por el torrente del río.

De pronto se incorporó aterrorizado. Por un momento no fue consciente de dónde se encontraba, estaba en un extraño estado entre el sueño y la consciencia. Se mantuvo inmóvil y entonces escuchó los golpes y los gritos que se habían colado en su sueño y le habían despertado. ¡Pero no era ningún sueño!, algo había ocurrido. Alguien estaba golpeando con fuerza la puerta delantera de la casa y después volvió a escuchar los aterrados gritos.

—¡Señor Levi, venga rápido, por lo que más quiera, jefe, escúcheme...! —era Peter.

A lo lejos Erich descifró claramente el bullicio entremezclado con los mugidos aterrados de los animales. ¡Algo estaba pasando en el establo! Saltó de la cama, agarró su pantalón de la silla e intentó meterse en él mientras corría hacia el pasillo. La puerta del dormitorio

matrimonial se abrió abruptamente y también Julius apareció en el umbral poniéndose los pantalones; pescó su abrigo del perchero y Erich hizo lo mismo.

—¡Mamá, tú quédate aquí! —le pidió con desesperación a la madre, que estaba en camisón en la puerta y con las manos apretadas contra el pecho izquierdo.

Ella movió enérgicamente la cabeza y cogió también su abrigo.

Erich, completamente aturdido, pensó durante un instante si era mejor tranquilizar a la madre o ayudar al padre. Después de un corto titubeo, salió corriendo tras Julius que ya iba por la carretera. Peter corría delante de él jadeando y soltó algunas palabras cuyo sentido Erich no alcanzó a entender. Pero algo había pasado, algo malo, eso estaba claro. Al llegar a las vías del tren vio la luz candente de las antorchas y escuchó los gritos de los animales y el vocerío de la gente. Durante el trayecto había adelantado al padre y a Peter, que ahora estaban inmediatamente detrás de él. A la altura del puente del Jagst, se detuvieron como paralizados. Erich creyó estar todavía atrapado en una pesadilla de la que de un momento a otro despertaría, cobijado en el calor de su cama. Cerró los ojos como si así pudiera ahuyentar la imagen que se le brindaba, pero no fue así, y de repente sintió que no podía soportarlo. Aquella imagen se incrustó en lo más profundo de su alma y nunca más podría olvidarla.

Delante del establo se habían reunido aproximadamente veinte hombres, casi todos con uniformes de las SA o de las SS. También otros, curiosos que sin embargo animaban a los otros o hacían comentarios entre risas. Al parecer, los uniformados habían forzado las puertas del establo y sacaban al ganado a base de palos al exterior. Dos vacas lecheras, los dos mejores animales del establo, se encontraban mugiendo asustadas en la orilla del río donde tan sólo unos pocos centímetros las separaban del agua. Un hombre de las SS golpeó a la vaca que estaba delante del todo hasta que ésta se escurrió y fue arrastrada por la poderosa corriente. La gente gritaba «otra, otra» y aplaudía. Otro hombre con el uniforme de las SA se llevó al ternero recién comprado para arrojarlo igualmente al agua. El ternero mugía con agonía y tiraba desesperadamente de su soga, pero era arrastrado sin piedad hacia el río junto a la otra vaca lechera.

En ese instante Erich escuchó un grito. Era un grito tan lleno de rabia y sufrimiento como jamás lo había oído antes. Era su padre el que gritaba. Julius se abrió paso corriendo entre los uniformados y finalmente le arrebató la soga del pequeño ternero al que retiró hacia atrás al tiempo que la segunda vaca lechera era tragada por las aguas.

Los hombres se quedaron estupefactos al ver aparecer a Julius tan de repente y ese efecto sorpresa le sirvió al padre de ventaja. Pero en el acto el círculo de uniformados se cerró a su alrededor de forma

amenazadora, y los dos que más cerca estaban de Julius le agarraron y le intentaron arrebatar la soga del ternero de las manos.

—¡Mira por dónde, el judío en personal ¿Quieres ver lo que está pasando con tu ganado? ¡Ven, que vamos a ayudarte a verlo de cerca! —vociferó uno de ellos, y echó un buen trago de la botella de aguardiente, que después pasó a los que estaban a su lado.

Las carcajadas acompañaban sus palabras y, efectivamente, algunos hombres intentaron arrastrar a Julius hacia la orilla. Erich saltó en medio de ellos y empezó a dar patadas y golpes a diestro y siniestro hasta que consiguió agarrar el brazo del padre.

—¡Eh, si también tenemos aquí al judío pequeño! —gritó uno de los hombres e intentó agarrar a Erich.

Un instante después sintió cómo la fuerza del estirón aflojaba y los que había a su alrededor reculaban. Peter se había acercado corriendo y le había propinado al atacante de Erich semejante tortazo que le había tirado al suelo.

—¡Como le pongáis la mano encima al chico o al señor Levi os las veréis conmigo! —gritó Peter y miró iracundo a su alrededor.

La verdad es que su comportamiento era algo ridículo, porque los otros estaban en clara mayoría. Pero Peter no se dejó intimidar.

—Venga, venid aquí. Ensuciaros las manos con gente honrada. Venga, venid aquí. A la mayoría os conozco desde hace mucho tiempo y vosotros me conocéis a mí. ¡Yo no os tengo miedo!

Por unos instantes se quedó todo en silencio. Conteniendo la respiración, Erich observó a la gente a su alrededor. Por primera vez veía sus caras. A la luz de las antorchas vio que los uniformes tenían caras, caras de vecinos, caras de personas que él conocía, que una vez habían sido amables con él, que le habían sonreído. Ahora miraban con maldad, traicioneros y hostiles.

Las palabras de Peter habían hecho efecto. Los espectadores comenzaron de repente a moverse con inquietud. Se escuchaban algunas frases murmuradas en silencio, los más sensatos aconsejaban marcharse. Únicamente los uniformados no parecían dispuestos a perderse la diversión de «bautizar» al judío y su ganado, como vociferó uno de ellos animando a los demás. Julius tenía la soga del ternero fuertemente agarrada en su mano, sin atender a los hombres que a su alrededor habían tomado nuevamente una postura más hostil. Peter intentaba volver a conducir al resto del ganado al establo y únicamente se lo impedían aparentemente.

—Por favor, señores —dijo Julius en voz baja y, según Erich, demasiado sumiso—. Se lo ruego, aún tengo algo de dinero. El dinero está en casa, tan sólo tendría que ir a por él. Por favor, dejen marchar a mi hijo y yo iré a por el dinero para ustedes.

Entonces Erich se dio cuenta con horror de que odiaba a su padre

por lo que estaba haciendo. Se estaba rebajando, pensó con maldad, ante esta chusma, llamándoles «señores»... Pero la palabra «dinero» ejerció una fuerza mágica, porque los hombres soltaron a Julius y deliberaron entre ellos en voz baja.

—¿Y cuánto puedes damos? —gritó finalmente uno de ellos.

—Quinientos marcos del Reich, son nuestros ahorros para una emergencia, pero si con ello nos dejan en paz... —Julius no terminó la frase, miró suplicando alrededor.

A Erich le dio un sofoco. ¡Cuánto tiempo podrían vivir de eso! Sin contar con las pérdidas que había sufrido el padre debido al ahogado ganado. Todos los temeros habían sido ahogados, excepto el más pequeño, que seguía tirando inquieto hacia el establo y que Julius seguía agarrando con fuerza.

Entre tanto los uniformados se habían puesto de acuerdo.

—Está bien, judío. Unos cuantos iremos contigo y tú nos das el dinero; hasta entonces el chico se queda aquí —Julius le entregó la soga con el ternero a Erich y Peter le echó una vieja manta por encima de los hombros.

No se había dado cuenta de que había empezado a temblar descontroladamente. Los dientes le castañeaban y de repente sintió que le flojeaban las rodillas. Se pegó al ternero, que seguía mugiendo asustado y sintió que algo del calor del animal se pasaba a él. Gran parte de los espectadores se había retirado, la diversión había acabado. Los uniformados se habían reunido y fumaban y volvían a pasarse la botella de aguardiente.

La madre apareció silenciosa desde la oscuridad y le echó a Erich el brazo por los hombros. Así se mantuvieron en silencio.

—¿Dónde está Max? —susurró Erich después de un rato, con voz ronca.

—En casa. Le he dicho que tiene que cuidar de la casa. La tía Lea y el tío Sigmund están con él.

Después de unos interminables minutos volvió el padre, rodeado de los hombres que le habían acompañado. Uno de ellos aireaba de forma triunfal un fajo de billetes en alto, lo que fue acogido por los que esperaban con un griterío de aprobación. El padre vino corriendo hacia ellos y por primera vez aquella noche, Erich se fijó en su aspecto patético: los pies calzados en pantuflas, el abrigo echado a la carrera por encima del camisón y el cabello despeinado en la cabeza. Era injusto, y Erich era consciente de ello, pero ese sentimiento de vergüenza y humillación crecía poderosamente en él.

Arriba, en el puente del Jagst se habían reunido algunas personas que se habían despertado con el ruido, susurrando y cuchicheando. Algunos vecinos se apoyaban fuera de las ventanas, a pesar del frío, para ver mejor el espectáculo. Ante ellos pasaba ahora Erich, que

continuaba envuelto en la manta que la madre sostenía concienzudamente sobre sus hombros. Él hubiera preferido caminar solo, pero no quería hacerle el feo a la madre. Casi sin aliento, el padre los había enviado a casa.

—Yo me quedaré con Peter cuidando de que todo quede en orden e intentaré cerrar bien el establo —dijo—. Vosotros marchaos a casa, si ya casi no os tenéis en pie.

Erich pasó con la madre por delante de vecinos y conocidos, todos agacharon sus cabezas para no mirarles a la cara. Tal vez ninguno quisiera ver la pregunta en los ojos de Erich: «¿Por qué no nos habéis ayudado?»

Cuando entraron al piso, vino el tío Sigmund corriendo a su encuentro. En su preocupada mirada también había una pregunta muda, que Melanie respondió.

—Han ahogado a dos vacas lecheras y a todos los temeros, menos a uno. Julius les ha dado dinero y nos han dejado marchar —la voz de la madre se quebró y el tío Sigmund la cogió del brazo y la condujo con delicadeza al salón, donde estaba la tía Lea sentada con Erwin y Max.

El hermano seguía llorando desconsoladamente y Melanie le abrazó con fuerza.

—Me voy con Julius, tal vez aún pueda ayudar en algo, y también quiero echar un vistazo a mi ganado —dijo el tío.

Erich asintió. Gracias a Dios que el establo del tío Sigmund no había sufrido daños, a pesar de que estaba justo al lado del de Julius. Probablemente habían interrumpido a los uniformados antes de hora, pero cualquier día... Erich apoyó la cabeza sobre el sofá y cerró los ojos. Las lágrimas cayeron por sus mejillas. No era únicamente la tristeza por las vacas y los temeros, a los que habían matado tan cruelmente, ni el susto por ese ataque traicionero en mitad de la noche, sino que lo que de verdad le dolía era el crudo descubrimiento de que los querían destruir. Querían destruir a la familia del tratante de ganado Julius Levi, que vivía del ganado y que por ello lo respetaba y lo trataba bien. El mensaje era inequívoco. Allí ya no estaban seguros, ya no había lugar para ellos. «Algún día nos aniquilarán», pensó el chico, antes de caer rendido en un inquieto sueño.

La carta

EL PRIMER viernes de marzo, después de la segunda hora de clase, se les comunicó a los alumnos que debían dirigirse en filas ordenadas hacia el pabellón de deportes. Iba a tener lugar una fiesta en honor al Sarre, para celebrar debidamente el retorno del Sarre al Reich. Erich y Erwin salieron los últimos del aula y ambos meditaban cómo escaquearse mejor de la participación cuando Pedel se les acercó y les entregó un sobre a cada uno.

—Para Sigmund Levi y Julius Levi; son vuestros padres, ¿no?

Los dos asintieron afligidos con la cabeza. Erich se sentía como si estuviera tocando hierro ardiente, pero sujetó el sobre con fuerza e incluso fue capaz de pronunciar algo así como un gracias.

Erwin se le quedó mirando asustado.

—¿Qué será?

Erich se echó a reír con amargura.

—¿Acaso no te lo imaginas? —Erwin agachó la mirada.

—Sí. Creo que sí —sin mediar palabra los dos se encaminaron a casa; ya no importaba si participaban o no en esa fiesta, ni tampoco importaba si iban a ser castigados por hacer pellas.

—Acabemos con esto cuanto antes —dijo Erich con una irónica sonrisa y asintió a Erwin con la cabeza.

Durante un instante le siguió con la mirada hasta que perdió de vista a su primo. Era un muchacho endeble, más bajito que él y peor estudiante. Antes se burlaba mucho del niño mimado de mamá, el protegido y consentido hijo único de la tía Lea y el tío Sigmund. Era extraño, nunca habían hablado mucho. Por ejemplo no sabía lo que Erwin quería ser de mayor. No sabía nada de sus deseos ni de sus sueños. Y ahora eran compañeros de fatigas.

Tomó el camino a casa de sus padres, muy despacio, porque la cartera con la carta en su interior parecía pesar toneladas. Encontró al padre y a la madre sentados al escritorio en el salón sobre los libros de contabilidad. Últimamente hacían muchas cuentas, ya que la pérdida de cuatro temeros y dos vacas lecheras pesaba mucho sobre la economía familiar, sin contar con los quinientos marcos que Julius había sacrificado a cambio del resto del ganado, de su hijo y de sí mismo. A la mañana siguiente había ido a la policía a poner una denuncia, pero poco después les comunicaron que las personas que él había nombrado no tenían nada que ver con el suceso, que lo negaban todo y que incluso tenían testigos. Y eso que toda la ciudad sabia de sobra quiénes habían participado en el ataque nocturno. De todos modos, la familia Levi no había contado seriamente con un castigo y

menos aún con una indemnización económica.

Erich les puso sin mediar palabra el sobre encima del escritorio. Sin mirar a su hijo, el padre lo abrió y sobrevoló las pocas líneas.

Finalmente Julius se incorporó y dijo dirigiéndose a Melanie:

—Madre, por favor, sácame el traje bueno gris y una camisa limpia, que tengo que ir a ver al director. Me cita para esta tarde a las dos —al pasar por delante, acarició a Erich con suavidad la cabeza, un gesto que últimamente no se había atrevido a hacer.

Normalmente Erich no le habría permitido una carantoña así, pero ahora se lo agradecía, ya que sabía que era bienintencionado y que era lo único que podían hacer ya el uno por el otro, esas pequeñas muestras de indefenso cariño y estrecho apoyo como último estandarte contra el mal.

Después de comer, el padre se había ido al Colegio Mayor sin despedirse. Un poco más tarde fue Erich el que salió de casa, porque le era imposible quedarse en su habitación sin hacer nada. Durante un instante pensó en subir hacia la Benzenruhe, pero se lo pensó mejor. Quería volver a subir al Schonenberg, más acorde con su estado anímico. Allí también podría leer otra vez con toda tranquilidad la nueva carta de Gertraud que Lotte le había entregado por la mañana. Gertraud la había metido en un sobre que iba dirigido a Lotte.

Decía que se había enterado por Lotte de lo que había ocurrido, que era tan horrible que desearía estar allí para consolarle. Y que por qué no le escribía, que le diera la carta a Lotte, ella la metería junto a la suya en un sobre y que ella no la leería, seguro que no.

Al volver a leer esas líneas sentado en «su banco», supo de repente que no escribiría a Gertraud. No volvería a escribirle nunca más. Esa certeza estaba en su interior, aunque aún no tenía claros los motivos. Seria doloroso, eso seguro, pero era mejor así. No tenía sentido seguir con algo que ya había terminado. Y había terminado, eso lo sabía desde aquella noche de febrero. Era mejor no prolongar el dolor. Durante el camino de regreso a la ciudad meditó sobre si eso era lo correcto y sobre qué debía decirle a Gertraud. Era muy difícil encontrar las palabras adecuadas para que ella pudiera entenderle.

Al llegar a la plaza del mercado, justo cuando se disponía a cruzarla, vio de repente en diagonal enfrente de él, en la entrada de una gran papelería, a Fanny. Estaba enzarzada en una conversación con una señora mayor que Erich conocía pero de la que no recordaba el nombre. Aminoró su paso y se escondió tras uno de los enormes castaños para observarla. No había cambiado nada, seguía siendo su antigua Fanny. Únicamente llevaba diferente el pelo, más corto. Después de un rato que a Erich se le hizo una eternidad, se despidió de la señora mayor y se dirigió directamente hacia Erich. Él miró a su alrededor en la plaza del mercado, no se veía a nadie, sólo a unos

niños jugando en el centro armando jaleo. Ella no le había visto y cuando llegó a su altura salió de repente de la sombra del árbol y dijo en voz baja:

—Buenas tardes, Fanny.

Ella soltó un grito y se llevó la mano al corazón.

—¿Erich, tú...? ¡Dios mío, qué susto me has dado!

—No era mi intención, Fanny, de verdad. Pero me he alegrado tanto de verte. ¿Cómo estás?

—Erich, escucha... —ella echaba miedosas miradas a su alrededor, como un animal en busca de su depredador—, lo siento Erich, pero no deberíamos estar hablando aquí. Precisamente aquí no. Nosotros... tendremos problemas si nos ven —mientras hablaba, no perdía de vista una de las majestuosas casas de la plaza del mercado situada en diagonal frente a ella; allí vivía el mandamás de los nazis, el temido Kolbe.

—Fanny, ¿qué problemas? ¿Por qué tienes tanto miedo? ¿Y por qué no has vuelto a dar señales de vida? Nosotros te hemos escrito muchas veces —insistió Erich, haciendo como si no hubiera entendido lo que ella acababa de decir.

—Erich, entiéndelo —ella dio unos pasos a un lado y Erich temió que fuera a salir corriendo.

Pero entonces Fanny tropezó con esa mirada de súplica a la que nunca había podido resistirse antes, y volvió a acercarse.

—Si yo siempre he querido escribiros o visitaros, pero mi padre me lo ha prohibido. Ellos le han amenazado, a él y a mis hermanos... —se detuvo y le miró suplicando—. Entiéndelo, mi padre tiene miedo, y yo, en resumidas cuentas, arrastro el estigma de haber sido «Fanny, la de los judíos»...

—¿Pero con qué os amenazan?

Ella se encogió de hombros.

—Nada en concreto. Que tengamos cuidado. Mi padre incluso dijo que nos quemarían la granja —ella tragó saliva un par de veces y luego dijo rápidamente—: Créeme, yo también lo estoy pasando mal. Cuando vengo a Ellwangen y paso por delante de vuestra casa, no puedo dejar de llorar. Cruzo a la otra acera, no puedo ni mirarla.

Erich notó que efectivamente sus ojos se humedecían. Ella hurgó en su bolso en busca de un pañuelo y se secó las lágrimas.

—Me fui de casa de los Wolf. Ahora estoy con una familia cristiana que no me gusta nada. Una vez hasta me acusaron de haberles robado dinero. ¿Te lo imaginas? Pero... pronto volveré a Ellwangen —entre lágrimas dibujó una sonrisa, aunque le salió un poco torcida—. Me voy a casar.

—Pero eso no es posible, Fanny —dijo Erich sonriendo.

Ella le miró con perplejidad.

—¿Por qué?

—Porque debo ser yo quien se case contigo. O Max. En cualquier caso quedaría en la familia. ¿Ya no te acuerdas?

Ella asintió con la cabeza y los dos se quedaron mirándose sin mediar palabra. Compartían tantos recuerdos, una buena época en común a la que se había puesto fin abrupta y definitivamente. Y por encima de esa separación no les quedaba siquiera el consuelo de su complicidad. Algo había sido destruido irrecuperablemente. Fanny también parecía sentirlo del mismo modo. Sin volver a mirarle dijo:

—Ahora tengo que irme. Dales muchos recuerdos a tus padres y a Max. Me acuerdo mucho de vosotros, de verdad.

—Gracias —asintió Erich—. Yo también te deseo lo mejor. ¡Ah, y enhorabuena! ¿Quién es el afortunado?

—No le conoces. Adiós, Erich —se dio media vuelta y se marchó con paso ligero por la plaza.

Erich cerró los ojos y la recordó junto a Julius cuando se marchó a la estación para ir a Stuttgart e incorporarse a su nuevo trabajo. Entonces pensó que la perdía, y tuvo razón.

Al abrir la puerta del piso escuchó a Julius y al tío Sigmund hablar en voz baja, en contraste con la aguda y excitada voz de la tía Lea. Así que el consejo familiar ya había comenzado. Con cuidado abrió la puerta del salón y de repente se hizo el silencio. Todos enmudecieron y se le quedaron mirando. Él puso mucho empeño en aparentar tranquilidad, aunque le temblaban las piernas. La tía Lea estaba sentada en el sofá con Erwin, que tenía los ojos llorosos. Julius permanecía de pie junto a la ventana con el puro encendido en la mano. El tío Sigmund y Melanie habían tomado asiento en los pesados sillones de piel. Él se aproximó a la madre y se sentó en el reposabrazos, apoyando su cabeza contra el cabello de su madre. Su familiar aroma le subió por la nariz y de pronto su corazón latió algo más tranquilo.

—¿Erich, dónde te habías metido? —preguntó el padre—. Estábamos preocupados —Julius intentaba darle a su voz un tono firme, pero Erich notaba los quiebros del miedo.

—He estado paseando —contestó lacónico y miró al padre desafiante—. Venga, dilo ya. Si ya sé lo que hay. Así que por favor dilo, para que acabemos con esto cuanto antes.

Julius carraspeó.

—Como sabes, Sigmund y yo hemos ido a ver al Dr. Kaiser. Fue muy amable y atento, pero nos dijo con toda claridad que..., en fin, lo que ya te imaginarás, que os saquemos del colegio, a ti y a Erwin, que nos adelantemos a la decisión del Consejo Escolar para protegeros de más vejaciones.

Las palabras de Julius pendían en la habitación. El mensaje era

claro y, de hecho, Erich ya contaba con ello; aun así había una voz dentro de él, alimentada por esa ira inmensa, que le susurraba que estaba siendo víctima de una injusticia, que le habían sentenciado sin haber hecho nada y, con aire testarudo y los puños apretados—dijo:

—¿Cómo se nos puede expulsar del colegio si no hemos hecho nada? Somos alumnos decentes, nos comportamos con corrección, así que, ¿por qué se nos puede excluir así como así?

Por un momento nadie supo qué contestarle. Julius contemplaba su puro como si fuera a encontrar en las anillas de humo que emanaban de él alguna respuesta. Finalmente fue el tío Sigmund el que habló. Extendía las palabras como si cada una de ellas significara un esfuerzo inmensurable.

—Erich, naturalmente eso es lo que nosotros le dijimos al director, pero parece ser que hay una nueva Ley que entra ahora en vigor según la cual los alumnos judíos pueden ser excluidos en cualquier momento. El Dr. Kaiser lo llamó un artículo comodín, que otorga a las directivas de los colegios la posibilidad de poner a los alumnos judíos en la calle.

—¿Y qué es lo que dice exactamente esa Ley? —preguntó Erich intentando mantener la calma.

—Por una parte, que los alumnos arios no pueden ser postergados tras los alumnos no arios, signifique eso lo que signifique. Y luego..., espero ser capaz de recordarlo bien, que los alumnos que perjudiquen la cohesión del pueblo serán expulsados del colegio.

—Pero... —Erich se incorporó indignado.

—No hay *peros* que valgan —le interrumpió el tío Sigmund—. Bien sabes que, a los ojos de los nazis, los judíos somos un perjuicio. Y hay algo más que nos explicó el Dr. Kaiser —hizo una pequeña pausa y miró a su sobrino lleno de compasión—. Este último párrafo también puede ser aplicado contra los alumnos arios..., en el caso de que mantengan algún contacto con alumnos judíos. Eso significa que prácticamente todo aquel que se junte o hable con vosotros puede ser expulsado del colegio. Creo que no tengo que explicarte lo que eso significa.

Erich miró atónito a su tío. Poco a poco alcanzaba a comprender el significado de aquellas palabras. Helmut, por ejemplo, se estaba arriesgando a ser expulsado. Algún día alguien se daría cuenta de que se acercaba a su ventana por las noches y que después los dos desaparecían por la puerta trasera. Sólo era cuestión de tiempo... ¿Y Gertraud? ¿Y si finalmente se descubría que se carteaba con él? ¿Y qué ocurriría con Lotte? No era él únicamente quien estaba en peligro, sino que él mismo era un peligro para todos los que le querían, los que querían ayudarle. ¡Cuánta crueldad había en aquella Ley, crueldad y astucia! Como si estuviera en trance, escuchó las palabras de su padre.

—Erich, créeme, si el tío Sigmund y yo hubiéramos visto la más mínima posibilidad..., pero el Dr. Kaiser tiene razón. Aunque su sucesor aún no esté nombrado, será alguien en la línea nazi, probablemente alguien del partido, ya que están intentando ocupar todos los puestos importantes con nazis para contrarrestar el peso de los católicos en Ellwangen. Eso al menos dice el Dr. Kaiser y yo lo veo como él. Se habla de Gremm como sucesor... —se detuvo un instante y continuó con tono firme—: La cuestión es que os hemos dado de baja a ti y a Erwin. Dentro de tres semanas, al final del curso, abandonaréis el Colegio Mayor.

Erich se levantó de un saltó.

—¡¿Que ya nos habéis dado de baja?! —se acercó a Julius, que se había quedado pálido—. ¿Por qué habéis hecho eso? ¿Por qué? —de buena gana habría agarrado a su padre por las solapas de la americana y le habría zarandeado.

—¡Erich! —el tío Sigmund le echó la mano al hombro para consolarlo—. Creo que ya os lo hemos explicado: no había otro camino. Erwin lo ve igual y...

—Pero yo no —le interrumpió Erich—. Claro que entiendo que pueden echamos en cualquier momento, ¡pero no vamos a irnos voluntariamente! No hemos hecho nada, así que, que nos echen, pero no nos vamos por las buenas. No voy a dejar que me intimiden.

—Pero piensa en las humillaciones por las que os van a hacer pasar, y ya estáis completamente aislados —expresó su madre a sus espaldas, tierna y evocadora, pero sus palabras no le afectaban, movía la cabeza negativamente como un poseso.

Julius carraspeó y miró a Sigmund, quién al parecer le había asentido, antes de retomar la palabra.

—Erich, hay algo más. También se trata de Max.

Claro, que también afectaba a Max. Aturdido, Erich se pasó la mano por la frente.

—¿Qué pasa con Max? —preguntó inseguro.

—Bueno, el Dr. Kaiser nos ha asegurado que se encargará de que Max pueda terminar octavo. De ese modo Max podrá acabar la Educación Primaria y obtendrá el Certificado de Estudios. Claro que... —Julius titubeó y bajó la mirada al suelo— el Dr. Kaiser nos dio a entender que, a cambio, debíamos sacaros a Erwin y •a ti voluntariamente del Colegio Mayor sin hacer ningún revuelo por este asunto, y como de todas formas, más tarde o más temprano, vuestra expulsión habría llegado, nos hemos decidido por...

—¡De modo que encogéis el rabo para que Max pueda quedarse!

—¡Erich, por favor, ese tono! —escuchó decir a su madre desde el fondo.

Julius intentó abrazarle, pero su hijo le rechazó esquivo. Por un

instante miró con los ojos nublados por las lágrimas por la habitación: vio a la tía Lea llorosa y a Erwin mirándole boquiabierto; su padre daba profundas caladas a su puro; el tío Sigmund seguía con la cabeza agachada; y vio a la madre que se levantaba del sillón con intención de acercarse a él.

Erich rechazó a todos y salió corriendo de la habitación.

El reloj de pared daba las siete cuando Erich volvió a percibir conscientemente lo que le rodeaba. Debía de haber pasado horas sentado ante su escritorio sumido en el trance. De forma automática había vaciado su cartera y apilado cuidadosamente sus cosas del colegio. Luego había comenzado con sus deberes de latín. Como un autómata iba a untar la pluma en el tintero cuando se dio cuenta de que estaba apretando la punta con tanta fuerza contra el papel que la tinta chorreaba dejando grandes manchas. Temblando, había tirado la pluma y se había concentrado en el texto hasta que las palabras empezaron a bailar. ¿Qué estoy haciendo?, se había preguntado. Nunca más en toda su vida iba a volver a necesitar saber latín, tampoco tendría ya que hacer deberes. Todo había acabado.

Siguió sentado, simplemente, esperando el llanto, pero no llegó. Unos suaves golpes en la puerta terminaron por devolverle completamente a la realidad. La puerta se abrió con cuidado y Max entró titubeante.

—Erich —comenzó con inseguridad—, me han dicho que te diga que vamos a cenar pronto y que...

—Lárgate —gritó de repente como un poseso—. ¡Lárgate y déjame en paz!

Max se puso de morros y cerró la puerta con un portazo.

«¿Pero qué estoy haciendo? Si él no tiene la culpa de nada», pensó Erich cansado. Pero ahí estaba ese feo sentimiento de envidia y de celos. A Max le permitían seguir en el colegio y a él le habían sacrificado a cambio. Sin embargo, acabó por ir a la cocina, en la que reinaba un silencio de preocupación. La madre le puso un plato de sopa delante sin mediar palabra, pero él enseguida lo apartó.

—Todavía tengo una pregunta —el tono que empleó le asustó incluso a él mismo, por grosero y agresivo.

Por el contrario Julius se alegró de que al menos hablara e incluso intentó esbozar una ligera sonrisa.

—Me imagino que tendrás muchas preguntas y tenemos todavía mucho de qué hablar.

—¿Qué es lo que voy a hacer ahora? Dentro de tres semanas acaba el curso y entonces algo tendré que hacer. ¿Pretendéis que cargue cajas para las señoritas Pfisterer o que ayude a Peter a limpiar los establos?

—Erich, por favor —la madre le miraba suplicando.

—Déjale —Julius puso su mano sobre el brazo de Melanie—. Erich tiene razón. El tío Sigmund, tu madre y yo esta tarde hemos estado hablando mucho rato sobre ello —dijo dirigiéndose nuevamente a Erich—. Coincidimos en que lo mejor para Erwin y para ti sería que hicierais formación profesional. Estamos pensando en una empresa grande y de renombre donde podáis recibir formación administrativa y comercial sólida. Eso os abrirá muchas puertas después.

¿Qué puertas? ¿De qué clase de puertas estaba hablando su padre? Él lo que quería era estudiar Derecho y ser juez. O al menos, abogado. Sin embargo—dijo:

—¿Y puedes decirme dónde va a estar esa vieja y respetada empresa que va a acoger a un aprendiz judío? —de repente se desvaneció la máscara de optimismo del padre.

Erich vio con horror que su madre había empezado a llorar en silencio.

—Bueno, aquí naturalmente que no, eso está claro —contestó Julius titubeando—. En realidad sólo hay una opción, que ofrece varias ventajas.

—¿Y es...?

—El tío Ludwig —dijo Julius de forma lacónica—. El tío Ludwig de Pirmasens. Allí hay muchas empresas judías y él mismo trabaja en una. Además tú estarías muy bien acogido en su familia. Ya he hablado con él por teléfono. Está de acuerdo y mañana mismo va a informarse de si hay algún puesto de aprendiz para ti.

—¿Queréis que Erich se vaya? —Max se levantó con tanto ímpetu de la silla que ésta se cayó con gran estruendo hacia atrás—. ¡Erich no puede irse! ¡No puede ser!

—Max, cálmate y vuelve a colocar la silla en su sitio. Es lo mejor para Erich —dijo Julius con tono severo.

Erich se sintió atropellado. Eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza. ¡Tenía que irse de Ellwangen, de su casa..., marcharse! ¿Dónde estaba Pirmasens? Había estado una vez, de niño, con sus padres, para visitar al tío Ludwig. Fue poco después de su boda. Un viaje interminable en tren... Por lo demás no se acordaba de nada. De repente le vino un nuevo pensamiento.

—Si voy a tener que marcharme, podría irme a una ciudad grande en la que haya colegios judíos y terminar el Bachillerato...

—Imposible, Erich —negó decididamente Julius—. La ciudad grande más próxima con Colegio Mayor sería Francfort y no puedes irte allí a tu edad completamente solo. Eso sin tener en cuenta que económicamente no nos lo podemos permitir.

Erich se levantó con la cabeza hirviendo: formación profesional..., Pirmasens..., el tío Ludwig...

Cansado se fue a su habitación arrastrando los pies. De soslayo percibió que la madre hacía ademán de seguirle, pero el padre la detuvo. A través de la puerta cerrada de su habitación siguió escuchando durante mucho tiempo el llanto de Max y su protesta:

—¡Erich no puede irse! ¡Yo no quiero que se vaya! Quiero que Erich se quede aquí...

Unos días después llamó el tío Ludwig. Erich podía empezar en mayo en la empresa Adler & Oppenheimer como aprendiz de administración y gestión. Era la empresa en la que él trabajaba como mano derecha del director, según le contó Julius.

—¡Hijo mío, es una buena noticia! Tu madre y yo nos alegramos de que al menos por el momento tu futuro esté asegurado y de que caigas en buenas manos. El tío Ludwig y la tía Ruth te acogerán con mucho cariño.

«¿Una buena noticia? ¿Qué son para nosotros buenas noticias?», pensó Erich. «Tengo que irme a una ciudad extraña y comenzar un trabajo que no me gusta. Tengo que dejar atrás todo lo que me importa, mi familia, a Helmut, los lugares y calles en que crecí y también mis sueños y mis esperanzas.» Y furtivamente se le coló una imagen muy concreta que había anidado en su cabeza: él sentado con Gertraud junto al Neckar en Tübingen, dos jóvenes estudiantes llenos de esperanzas de futuro. Eso ya siempre seria únicamente un sueño, una esperanza truncada, que sólo le haría sufrir y que era mejor olvidar.

La madre le había propuesto no volver a clase durante las tres últimas semanas. Había ido más tarde a su habitación y se había quedado durante mucho rato sentada en el borde de su cama sosteniendo su mano entre las suyas como solía hacer cuando Erich estaba enfermo. Al principio él quiso retirarle la mano, pero ella la sujetó y, de alguna forma, aquel familiar contacto de su niñez le sentó bien. Ninguno de los dos sabía qué decir, pero tras aquel silencio él sentía la desesperación de su madre. Sin embargo, Erich rechazó la propuesta de su madre de no volver al colegio.

—Mamá, tengo que ir. No quiero que piensen que me escondo. Por favor, compréndeme.

Ella se había quedado pensándolo y luego había asentido. Por eso fue al día siguiente al colegio como si nada hubiera sucedido. Los demás aún no se habían enterado de la noticia, lo notó por su comportamiento. Durante uno de sus encuentros nocturnos, Helmut por ejemplo había estado especulando sobre a quién tendrían el año próximo de tutor.

—De Gremm seguro que nos libramos. Dos años con él son más que suficientes —opinó—. Si encima nos ahorrasen tenerlo como director..., aunque es mejor no cantar victoria demasiado pronto,

quién sabe lo que aún está por venir.

Durante aquellas cábalas, Erich había bajado la cabeza para que Helmut no pudiera ver las lágrimas en sus ojos. Para él ya no habría próximo curso, pero aún no se lo podía decir a su amigo. Así que continuó asistiendo al colegio, sin apenas participar en las clases y permaneciendo la mayor parte del tiempo simplemente sentado y apático.

Los profesores le dejaban en paz; incluso Gremm le ignoraba. Ellos seguro que estaban al corriente de que iba a abandonar el centro. A veces observaba furtivamente a Gremm, por si mostraba esa altiva sonrisa de triunfador, como antes. Pero Gremm ni le miraba, actuaba como si él no existiera, y continuaba exhibiendo su habitual faz imperturbable. Durante esos días, Erich tuvo la sensación de ser un autómata al que habían dado cuerda para realizar unas tareas específicas, entre las que pensar y sentir estaban excluidas. También se sentía como si estuviera sentado bajo una gigantesca campana de cristal. Lo que había sucedido y lo que estaba por suceder aún no había alcanzado del todo su consciencia. Era incapaz de imaginar que dentro de pocos días cruzaría por última vez el majestuoso portal del Colegio Mayor para acudir a su clase.

Pero ese último día se fue acercando, sin compasión e inevitablemente. Tras sonar el timbre, recogió por última vez libros y cuadernos en su cartera, guardó con especial esmero el cuaderno de notas que Gremm le había entregado sin mediar palabra, entre las hojas del libro de latín, y a su lado también guardó el cuaderno de notas de Erwin. El primo no había acudido a clase durante las últimas semanas. La tía Lea les había explicado que estaba enfermo y que todo aquello le disgustaba demasiado. Sus compañeros de clase pasaron por su lado vociferando y riendo sin prestarle atención, pero algunos permanecieron merodeando por la puerta y echándole curiosas miradas. En los últimos días se había corrido la voz que los dos Levi iban a abandonar el colegio y Gremm lo había hecho público antes de repartir las notas.

—Por deseo propio —había recalcado una vez más con esa pequeña, fría y malvada sonrisa esbozada en su boca.

Helmut se detuvo al salir irnos instantes junto a Erich y le susurró:

—Pasaré esta noche. Sobre las nueve. ¿Te va bien?

Erich asintió. Sin preocuparse por Kampmann, que se mofaba gesticulando en la dirección de Erich, Helmut estalló:

—Pero ¿por qué no me habías contado nada de esto?

—¿De qué hubiera servido? —le susurró Erich.

Luego se le acercaron Reger y unos cuantos más y le dieron la mano.

—Adiós, Levi. Que te vaya bien —indefensos y afectados se quedaron un momento ante él.

Por fin, ese trago también había pasado y él había conseguido superarlo sin echarse a llorar. Esperó hasta que todos estuvieran fuera para salir el último y bajar muy despacio la majestuosa escalera. Deslizó los dedos por la barandilla. Cuántas manos habían agarrado aquella madera de roble, temblorosas, nerviosas, sudorosas, alegres, expectantes, y ahora era su mano la que acariciaba cariñosamente por última vez la brillante y pulida barandilla. Sí, era un gesto cariñoso, porque él había amado aquella casa en la que había pasado parte de su vida y en la que había aprendido tantas cosas. Había aprendido cosas importantes y valiosas, aunque ahora ya no valieran para nada, y le hubiera gustado saber aún más. Pero todo había acabado.

Al llegar abajo, volvió su mirada una vez más hacia el largo pasillo que, debido a su techo abovedado, siempre le había parecido el interior de una iglesia. Sabía que aquélla era una despedida para siempre.

Tener que marchar

EL SÁBADO cuatro de mayo de 1935, el carro de los Levi traqueteaba sobre el empedrado en dirección a la estación. Julius tiraba de él, Erich y la madre marchaban detrás saboreando muy conscientemente estos últimos momentos de la despedida. Sobre el carro estaba la maleta de Erich, la vieja y gran maleta familiar repleta de camisas, calcetines y ropa interior, en su mayoría prendas nuevas a pesar de que el dinero escaseaba. La madre también había encargado que le arreglaran dos de los trajes del padre que aún no había usado mucho y el viejo Kugler había intentado sacar las costuras del traje de la *bar mitzvá* de Erich. Pero su intento fue en vano. «Esto ya no tiene arreglo, señora Levi, su Erich se ha hecho demasiado mayor para caber en este traje», había dicho el señor Kugler apesadumbrado. Seria pues para Max, para su *bar mitzvá*, aunque él hubiera preferido uno nuevo. Sin embargo los trajes del padre le sentaban a Erich estupendamente, estaba muy elegante y parecía casi adulto.

—En tu trabajo muestra siempre un aspecto formal y limpio —le había insistido la madre mientras colocaba cariñosamente los relucientes pañuelos blancos y las recién almidonadas camisas en la maleta.

También le preguntó qué fotos y qué recuerdos quería llevarse. Al fin y al cabo en Pirmasens iba a tener una habitación para él solo. Sería únicamente un cuarto pequeño, había escrito el tío Ludwig, ya que habían vuelto a ser padres por segunda vez hacia un par de meses e iban a necesitar el dormitorio de los niños para el bebé y la pequeña Lucie. Pero la asistenta se había despedido recientemente y Erich ocuparía su habitación.

—Decóratela un poco para que quede agradable y acogedora —había dicho la madre y le había enseñado algunas fotos, para que se las llevara, fotos de la familia, de Ellwangen, pero Erich lo había rechazado todo.

No quería decorar esa habitación de forma «agradable y acogedora». Era un lugar en el que iba a vivir transitoriamente, una estación de paso. Era mejor no empezar siquiera a sentirse como en casa, ni allí ni en ningún otro lugar. Los únicos recuerdos que finalmente se había llevado eran una fotografía de la madre, su viejo libro de alemán con los poemas que habían leído con el profesor Wagner, y el folleto promocional de *Don Carlos* porque le recordaba a Gertraud.

El carro cruzaba por la Hindenburgstrasse, en la que los peatones se apresuraban de un comercio a otro. Algunos echaban miradas

curiosas a esa pequeña y extraña procesión. Las señoritas Pfisterer le habían entregado la víspera una tableta de chocolate y diez marcos del Reich; la señorita Marie incluso había llorado. Ahora estaban las dos de pie junto al escaparate despidiéndole agitando sus pañuelos blancos.

Del tabernero del Kreuz también había llegado un regalo, y Helmut, en su última noche de charla, le había entregado un paquetito rectangular.

—Toma, para ti. Son los poemas de Heine, es una edición bastante antigua. Mi padre me la ha dado expresamente para ti y te manda recuerdos —luego se habían apretado nuevamente la mano en silencio—. Escríbeme, Erich —le había pedido Helmut antes de marcharse.

El libro de Heine se encontraba ahora cuidadosamente envuelto en su mochila; quería empezar a leerlo en el tren. Él ya sabía por qué Helmut y su padre le habían regalado precisamente ese libro. Heine también había sido judío, uno de los que no habían querido en Alemania y que tuvo que abandonar su patria. «Erich Levi, la verdad es que viajas en buena compañía», pensó con ironía al cruzar el gran arco que pasaba por debajo del Colegio Mayor. El gran edificio estaba silencioso y hostil, las mudas ventanas como si fueran ojos ciegos.

Por un momento pensó también en el Dr. Kaiser, el Rex, al que todos sus alumnos respetaban y apreciaban. Erich se había negado al principio a ir a la gran fiesta de fin de curso que se celebraba en el pabellón tras la entrega de notas y que a la vez había sido la fiesta de despedida del Dr. Kaiser. «No quiero volver a ver a ninguno de ellos», le había dicho a la madre, pero luego, al escuchar el sábado por la mañana el creciente bullicio de los muchos paseantes que marchaban hacia el pabellón, no había podido resistirse por más tiempo en casa.

La sala estaba repleta. De pie se agolpaba la multitud que ya no había conseguido sitio para sentarse. Erich se coló entre los grupos reunidos ante la entrada y consiguió al menos echar una mirada al escenario, que estaba inundado con un mar de banderas rojas. Hablaba el nazi mayor, Kolbe, que había ido expresamente para este evento. Erich apenas atendía a lo que decía, algo sobre «su entrega en cuestiones de necesidad patriótica» y sobre «el espíritu nacional». Erich aguardaba con impaciencia el discurso del Rex, aunque no esperaba sorpresas. Allí estaban sentados todos los nazis del lugar y el viejo director tendría que «aullar con los lobos», como él lo llamaba.

Por fin se acercó el Dr. Kaiser al atril y, a cada palabra suya, más aumentaba la sorpresa de Erich y de los demás oyentes—dijo que quería enmarcar su discurso bajo el lema de una cita de Horacio: «Atiende a tu corazón y sé sabio.» Después llegaron frases, frases insolentes como no las había oído ese pabellón en los últimos años.

Que él siempre había querido educar a sus alumnos para la libertad y para la independencia. Que siempre quiso transmitirles que nadie «tiene derecho a la exhibición desmedida de fuerza o de poder, ni derecho implacable sobre la vida de las otras personas.» Y acabó:

—Siempre traté de que mis alumnos se llevaran para el camino de la vida la libertad de aprender por sí mismos.

Luego la tosca figura vestida con su habitual chaqué negro y con el cabello blanco algo alborotado volvió a su sitio, y entonces comenzaron los aplausos, al principio titubeantes, pero cada vez más fuertes. Algunos oyentes no aplaudieron.

«¿Qué cara estará poniendo el señor Kolbe, estará aplaudiendo él también?», pensó Erich antes de escabullirse al sonido de la canción de Horst Wessel.

Ahora, de camino a la estación, volvió a recordar aquellas palabras. Nunca las olvidaría. A Erich le había dado la impresión de que el Rex había hablado expresamente para él. Naturalmente era bastante improbable que el director del Colegio Mayor de Ellwangen estuviera en ese momento pensando en su ex alumno Erich Levi, y no obstante esa idea no se le quitó de la cabeza. Tenía tantas ganas de creerlo, que se llevó ese lema consigo como un regalo: «Atiende a tu corazón y sé sabio».

Al llegar a la estación aún les quedó algo de tiempo. Habían salido demasiado temprano de casa. Erich evitó mirar a la cara a su madre, que se estaba haciendo valientemente la fuerte para evitar llorar. Si él la hubiera mirado, habría sido el fin de su autocontrol. Max ni siquiera había querido acompañarlos. Se había encerrado en su habitación y no se había despedido de Erich.

Julius hablaba sin parar; era su forma de combatir su pena, dando la sensación de estresante actividad.

—El tío Ludwig te recogerá de la estación de Pirmasens, pero por si acaso te he metido su dirección en la mochila. Compórtate como es debido, sobre todo con tu tía Ruth. Mantén tu habitación limpia, sé puntual... —y así continuó interminablemente.

Erich apenas le escuchaba. Veía desde la estación una vez más las torres de la iglesia colegial despuntando por encima del Colegio Mayor hacia el azul cielo de primavera. Durante años ése había sido su hogar y ahora tenía que marcharse a una ciudad extraña. Tal vez pudiera volver en otoño para las fiestas mayores, tal vez le concedieran un par de días de vacaciones. Tendría que hablarlo sin falta con el tío Ludwig.

El tren entró lentamente, y el vapor de la locomotora escapó con un fuerte silbido. Julius abrió la puerta y empujó la maleta al vagón. Erich sintió cómo su madre le abrazaba y apretaba su mojada mejilla contra su frente. Luego su padre casi le empujó rudamente al vagón,

las puertas fueron cerradas de un portazo y el tren, dando tironazos, se puso en marcha. Vio a la madre y al padre en el andén, haciéndose cada vez más pequeños, las casas de la ciudad pasaron volando por delante, y él extendió los brazos como si quisiera agarrar esas familiares imágenes de su niñez.

Pirmasens o la mirada atrás

ERICH estaba sentado en el desván e intentaba abrir la ventana para echar otra mirada a las casas de enfrente y a la calle que se veía muy abajo. El familiar panorama de su niñez. Con una silenciosa sonrisa recordó que de niño aquí podía ponerse de pie sin tener que encoger la cabeza. Se sentó apoyándose contra el inclinado entramado del techo; casi tocaba con sus pies la pared de enfrente. Desde abajo llegaba el ruido de la calle que entraba por la pequeña ventana del tejado, que ahora estaba abierta. Podía observar las golondrinas, que aparentemente se dejaban caer desde el deslumbrante cielo azul, para después hacer un gran giro y volver a aparecer por encima de los tejados.

Había llegado de Pirmasens hacía una hora; en el pasillo aún estaba la maleta sin desembalar. Tampoco había tocado la comida que su madre le había recalentado expresamente para él. Erich había recorrido las habitaciones que ahora estaban completamente vacías y su mirada se había quedado prendida de los rectángulos de las paredes, donde una vez colgaron los cuadros. Se había esforzado por recordar el aspecto que había tenido aquello: ahí estaba la pesada vitrina; allí, el sofá de piel y los profundos sillones... Ahora lo único que contenía el antiguo salón de la familia Levi era una mesita enclenque sobre la que su madre había colocado los candelabros de plata y el plato de Sabbat. Probablemente ella aún quería empaquetarlos en la maleta que se encontraba abierta sobre el suelo y que ya casi estaba llena, y eso que Erich todavía no había metido sus cosas. Estaba claro que tendría que desprenderse de algunas. La maleta, un metro veinte de largo, un metro de profundidad y ochenta centímetros de ancho, contenía todo lo que le había quedado a la familia del tratante de ganado Julius Levi. Únicamente podían llevarse aquella maleta a su gran viaje, el último, que les conduciría fuera de ese país que un día fue el suyo y en el que ahora se habían convertido en extraños, odiados extraños, aislados, acosados y expulsados.

Pescó dentro de su bolsillo del pantalón un estrujado paquete de cigarrillos y se encendió uno. Claro que era de locos ponerse a fumar en un día tan caluroso de julio en el viejo desván de vigas de madera, pero tendría cuidado. La madre siempre se disgustaba cuando le veía con un cigarrillo. Ella debía cuidarse debido a su tensión alta, que había empeorado. En realidad el viaje que les esperaba hasta América era una carga demasiado pesada para ella. Inhaló el humo en grandes bocanadas. Pensativo repasó con la mirada el oscuro habitáculo que tanto sabía sobre sus secretos de infancia. Había hecho un largo viaje

para volver aquí y había llegado en un día muy caluroso de julio del año 1938 para despedirse de los lugares conocidos, de la casa en la que había vivido la mayor parte de su vida y de su ciudad natal. En pocos días salía el barco de vapor desde Bremen hacia América, ese mundo lejano y desconocido que iba a ser su nueva patria. Para ellos era una gran suerte, como ponía en su última carta el tío Karl, el otro hermano de la madre: «¡Debéis alegraros de que aún estéis a tiempo de salir!»

De forma parecida se había expresado también el señor Wenzel, un funcionario de la Administración Local de Ellwangen. El año anterior, Julius había ido completamente fuera de sí a hablar con él tras llegarle un escrito del Ayuntamiento comunicándole que a partir del diez de marzo de 1937 se prohibía a los comerciantes judíos el acceso a los mercados de Ellwangen. La madre le había escrito a Erich contándoselo. El padre se había llevado tal disgusto que ella no había podido calmarle.

«Y entonces fue corriendo al Ayuntamiento y yo no pude impedírselo, ya conoces a tu padre. Fue a ver al señor Wenzel, que es uno de los pocos que allí todavía es amable y honrado. “Con esto mi supervivencia está completamente arruinada”, le gritó tu padre, pero el señor Wenzel se mantuvo sereno y dijo: “Eso es exactamente lo que se pretende, señor Levi”. Tu padre se quedó sin palabras. Luego el señor Wenzel se lo llevó a un rincón de la oficina y estuvo susurrándole. “¿Pero todavía no se ha dado cuenta de lo que está pasando?”, le preguntó. “Señor Levi, le voy a dar un buen consejo, que es lo único que aún puedo hacer por usted. Reúna todo el dinero que tenga antes de que se lo quiten y márchese con su familia fuera de este país, antes de que sea demasiado tarde. Aquí les esperan otras cosas, cosas aún peores, señor Levi. Márchese antes de que sea demasiado tarde.” Tu padre volvió a casa blanco como la cal. Pero sacamos algo positivo, y es que desde aquel momento tu padre está preparando nuestra salida del país. Ahora reconoce que para nosotros aquí ya no hay futuro. ¿De qué íbamos a poder vivir? De todos modos no va a superar el asunto de Vitus Bieg, como tampoco va a superar el hecho de que los nazis ahogaran su ganado en el Jagst.»

Eso ponía en una de las cartas su madre.

El asunto de Vitus Bieg había sido efectivamente un golpe muy duro. Poco antes del episodio con el señor Wenzel, el padre había ido como siempre al mercado, a pesar de que los negocios prácticamente ya no funcionaban y que tan sólo tenía en el establo una vaca y su ternero. A Peter lo habían tenido que despedir; se había podido colocar con un agricultor de la zona. La gente ya no hablaba con Julius ni Sigmund Levi, todos tenían miedo de ser vistos con los judíos. Aquel martes, sin embargo, el tabernero del Kreuz, Vitus Bieg,

se había acercado a Julius, que estaba completamente solo en medio de la gran plaza, y había intercambiado algunas palabras con el viejo amigo.

—Por la noche vino a casa Lore, pálida y temblorosa. Llevaban horas buscando al tabernero del Kreuz, nadie sabía dónde estaba. Marta Bieg estuvo corriendo por todas partes, incluso había ido al Ayuntamiento y a la policía, pero allí se rieron de ella e hicieron chistes de mal gusto —le había contado la madre por entonces.

Después de tres interminables días, el tabernero del Kreuz volvió a casa. Le habían detenido por hablar con el judío Levi. Eso fue todo lo que se le pudo sonsacar. Jamás contó dónde había estado ni qué habían hecho con él. Marta Bieg sospechaba que había estado encerrado en el cuartel de las SS, en el que se encontraba una unidad de las SS desde 1935. Desde aquel día el tabernero del Kreuz ya no volvió a ser el mismo, se había vuelto callado e introvertido. Y desde aquel día los Levi se habían quedado completamente aislados. Melanie incluso echó un día a la pequeña Lore cuando vino a escondidas a llevarles un par de huevos de parte de su madre: «¡Pero hija, si te llegan a veri ¡Márchate y no vuelvas nunca! ¡Es mejor así!» Lore se echó a llorar, pero no podían hacer otra cosa. «Aunque sea doloroso, hay que reconocer abiertamente que somos un peligro para nuestros amigos», le había explicado el incidente a Erich su madre.

Y finalmente también le tocó al tío Sigmund. En un pequeño pueblo de los alrededores en el que tenía relación comercial con muchos ganaderos se había permitido una copa de vino y un almuerzo, y el tabernero le había servido amablemente. Muchos ganaderos se habían acercado a su mesa y habían conversado con él como en los viejos tiempos. Pocos días después, un periódico con el nombre de *Flammenzeichen*[31], un diario nazi especialmente agresivo que desde hacía algún tiempo también se leía en la zona de Ellwangen, publicó un artículo sobre ello con descaradas amenazas contra el tabernero que osaba servir a «los parásitos del pueblo» y contra los ganaderos que «buscan semejante compañía», y citaba sus nombres.

Erich apagó el cigarrillo aplastándolo contra el marco de piedra de la ventana y tiró la colilla a la calle. Era hora de marchar. Cerró la ventana y bajó por la estrecha escalera al piso, donde la madre estaba en la cocina delante de la pila de piedra.

—¿Dónde te habías metido, Erich? Ya has estado fumando, ¿a qué sí? —preguntó arrugando la nariz.

Erich asintió y señaló la vajilla que había empezado a secar. —Si todo eso estaba limpio. ¿Por qué lo estás fregando otra vez? —Quiero regalárselo a los vecinos. Ya no podemos embalarlo y no quiero que nadie pueda decir que ha recibido vajilla sucia de Melanie Levi.

En vez de una respuesta, Erich la acercó a sí y le dio un beso en el cabello. Se había quedado muy delgada y su cabello brillaba ya en muchos sitios de color gris plateado. Le preocupaba su salud. No había vuelto a ir al médico porque le repugnaba tener que visitarse a escondidas por las noches y con tanto secretismo. Tendría que hablarlo urgentemente con su padre, pero viéndola allí, ante la pila, con tanta energía y tan guerrera, volvía a ser la de antes, una madre protectora y ejemplar ama de casa preocupada por su buen nombre, aunque únicamente se tratara de unos cuantos platos o unas ollas, sus últimas míseras pertenencias en el despojado piso.

Para conseguir reunir el dinero de los pasajes del barco prácticamente habían tenido que venderlo todo y, debido a la urgencia, muy por debajo de su valor real. Poco después de la conversación con el señor Wenzel que tanto había afectado a Julius, éste había ido con la cartilla de ahorros al banco. Eran sus últimos ahorros para casos de extrema urgencia, celosamente conservados. El padre se había informado del coste del viaje por mar a Norteamérica y calculó que entre sus ahorros, más la recaudación por la venta de muebles y enseres, les llegaba justo. De todas formas no iban a poder llevarse gran cosa; pensar en paquetes grandes o un contenedor de muebles era, debido al alto coste, imposible.

En el banco, al principio fue ignorado por todos, hasta que finalmente uno de los empleados de más edad que le conocía desde hacía mucho se apiadó de él y le preguntó qué deseaba. A la petición de Julius de sacar todo el dinero y dar de baja la cartilla de ahorros, reaccionó con expresión de preocupación y desapareció en uno de los despachos traseros. Después de un rato salió el director de la sucursal, un jovenzuelo, como más tarde le describiría Julius, con la cartilla de ahorros en la mano. En la última página de la cartilla había trazado una raya en diagonal y había escrito «caducada». Con las palabras «Aquí los judíos no tienen ahorros en efectivo», le había devuelto a Julius su cartilla, se había dado media vuelta y le había dejado plantado. Le habían engañado y robado, y no podía hacer nada en contra. Los judíos ya no tenían derechos.

«Tenemos la sensación de estar atrapados, Erich. Tenemos que salir de aquí mientras aún sea posible, pero ahora ya no tenemos dinero», le escribió entonces la madre.

Mientras tanto Erich ganaba unos pocos céntimos como aprendiz. En abril de 1938 acabó su período de aprendizaje y el joven se había hecho ilusiones de continuar trabajando como administrativo con un sueldo fijo, y poder ir ahorrando el dinero del viaje. Pero el señor Kahn, el director de la filial de Pirmasens de la empresa Adler & Oppenheimer, en la primavera del año 1938 no les había dado muchas esperanzas a sus trabajadores.

La empresa iba a cerrar próximamente, ya que los negocios iban cada vez peor, aunque esperaban poder dar una pequeña indemnización a todos los empleados afectados. Así que esta esperanza también se había desvanecido. Ni siquiera sabían de cuánto tiempo disponían todavía para conseguir el importe necesario para huir. Tal vez todo el dinero judío fuera embargado muy pronto, como habían hecho con la cartilla de ahorros de la familia Levi.

—Se rumoreaba desde hace tiempo que los nazis estaban tramando algo así —le había confiado el tío Ludwig mientras subían andando a casa por la calle Lemberger, después de la asamblea de empresa.

El tío Ludwig había conseguido vaciar a tiempo sus cuentas bancadas y ahora su dinero estaba en una caja de hojalata encima del armario del salón y era causa de desesperada preocupación de la tía Ruth, que temía a los ladrones.

—Debemos intentar salir de aquí, y cuanto antes mejor —había dicho el tío con serio semblante.

Aquella imagen de trampa en la que se encontraban se había incrustado en la cabeza de Erich y a menudo le invadía el pánico al pensar que eran prisioneros, y que a su alrededor se estaban construyendo invisibles muros y rejas.

Entonces llegó finalmente la salvación para la familia Levi gracias a las señoritas Pfisterer, como no podía ser de otra manera. La última esperanza de los Levi radicaba en vender el establo junto al Jagst, que permanecía vacío desde la primavera de 1937, pero que conservaba su valor ya que era una construcción firme y sólida que incluso disponía de una vivienda en el piso superior, anteriormente ocupada por Peter. Julius era pesimista a este respecto, dado que por todas partes se escuchaba que los judíos eran estafados.

—Hoy en día se pueden conseguir propiedades judías por un par de céntimos y uno puede darse con un canto en los dientes si consigue algo.

Pero Marie y Augusta un buen día mostraron interés por el establo y le ofrecieron un precio justo. Querían adecuarlo como almacén para su negocio y alquilar la vivienda de arriba a alguno de los empleados. Pagaron ocho mil marcos del Reich y ésa fue la salvación. Junto con lo conseguido por los bienes vendidos, reunieron el coste de los pasajes del barco más un pequeñísimo capital de arranque en el nuevo mundo. Marie y Augusta Pfisterer habían vuelto a ayudar a la familia Levi, por última vez.

El padre volvió a casa muy entrada la tarde. Se había ido inmediatamente al Ayuntamiento después de dar la bienvenida a Erich. Ya tenían casi todos los papeles que necesitaban *para* emigrar; únicamente les faltaba el certificado policial de buena conducta, que

por motivos inexplicables no les emitían.

—Ha sido humillante —había dicho Julius—, pero ¡¡¡lo conseguimos!!! —y aireaba un documento oficial en la mano.

—¡No sabes qué peso me quitas de encima! —Melanie había salido de la cocina—. Tenía tanto miedo de que a última hora nos pusieran algún tipo de impedimento.

Julius se fue al salón y dejó la hoja encima de la inestable mesita junto a los demás documentos que con tanto esfuerzo habían sido reunidos: la confirmación del consulado americano de que se les había concedido el visado de emigración a Estados Unidos; el aval del tío Karl, junto al justificante de posesiones, y la confirmación de que había depositado la «cantidad de seguridad» en el banco de Nueva York, porque si bien su nueva patria los acogía, quería al mismo tiempo asegurarse de que los nuevos ciudadanos no iban a ser una carga para el Estado. Por ello el tío Karl había tenido que avalarles. Los billetes del barco estaban limpiamente apilados uno encima del otro y Julius puso solemnemente el certificado de buena conducta, el último documento necesario que les acreditaba como ciudadanos honrados, junto a los pasaportes.

«Lo que está ahí sobre la mesa es nuestra salvación», pensó Erich en aquel momento y observó al padre, que por un instante se había quedado completamente hundido e ensimismado. «Así es como nos lo tenemos que tomar. No más tristezas, ni más desesperación. Debemos alegramos de que lo hayamos conseguido.»

Pero cuando por la noche se sentó junto a sus padres en la cocina, amueblada únicamente con tres sillas y una mesa del sótano de las señoritas Pfisterer, notó la infinita tristeza que les invadía a los tres. Se iba haciendo de noche, lentamente fueron cayendo oscuras sombras en la habitación, pero la madre no encendió la luz. Simplemente se mantuvieron allí, sentados, en silencio, escuchando los crujidos de las maderas de la entrada, el ruido que subía desde la calle y lentamente se desvanecía. Conocía cada uno de los rincones de la vivienda. Tantos recuerdos... A pesar de la mirada de desaprobación de la madre, Erich se encendió un cigarrillo y también Julius fue a por un puro. Padre e hijo contemplaron los azulados anillos que flotaban hacia la ventana abierta.

Apesadumbrada la madre se levantó y les entregó un viejo y estropeado plato de una taza para la ceniza y de paso trajo una postal que mostraba la Torre de Londres.

—Toma, es de Max, llegó anteayer.

Erich la cogió y la giró. Reconoció la todavía infantil caligrafía de su hermano.

«Querida mamá, querido papá: yo estoy bien. Únicamente la comida del internado sigue siendo muy mala. ¿Cuándo exactamente os

vais a América? Escribidme en cuanto hayáis llegado. ¿Cómo está Erich? Muchos besos de vuestro Max.»

—Parece que lo está llevando bastante bien —opinó Erich mientras le devolvía la postal a Melanie.

Julius asintió.

—A tu madre casi la mata cuando se marchó en febrero. Pero yo siempre he dicho que Max es fuerte. Sea como sea, lo más importante es que está a salvo.

A Max le habían llevado con uno de los «Transportes Infantiles» a Inglaterra. Un buen día el tío Sigmund había llegado con la noticia de que algunas organizaciones de ayuda judía estaban ofreciendo sacar a los niños judíos de Alemania.

—Y no cuesta casi nada —les había dicho por aquel entonces—. Se financian gracias a donativos. Creo que deberíamos intentarlo con Max. Aún no tiene los dieciséis y está en la edad idónea.

El tío Sigmund se había embarcado con Julius en un carteo muy complicado y tras muy poco tiempo había llegado la confirmación. Max había conseguido una plaza y podía viajar en febrero a Londres, donde iba a ser acogido en un internado infantil.

La madre se había resistido al principio. «Todavía es tan pequeño y tan dependiente», le había escrito a Erich en una de sus cartas. Pero Melanie finalmente tuvo que claudicar ante el poder de los argumentos: el hecho de que Max saliera de Alemania pesaba más que sus preocupaciones.

—Aquel día, cuando le llevamos a la estación, no derramó ni una sola lágrima —contó el padre orgulloso por enésima vez—, incluso estuvo consolando a su madre.

Erich se preguntaba cuántas veces habría llorado su hermano por las noches en su almohada y cómo le iría en aquel país cuyo idioma apenas había comenzado a estudiar, ya que en el instituto empezaban primero con francés.

—Por cierto, ¿cómo lo arreglasteis con el colegio? —formuló en voz alta aquella noche, acordándose de que de eso nunca habían hablado abiertamente.

Julius le contó que Max había conseguido un boletín de notas con el Graduado Escolar, a pesar de que se había marchado dos meses antes de acabar el curso. El Dr. Kaiser cumplió su promesa.

Erich se acordó entonces de su antiguo Colegio Mayor y revivió la penúltima vez que había visitado Ellwangen con motivo de la *bar mitzvá* de Max en marzo de 1936. Con cuánto nerviosismo había recorrido entonces el camino de la estación a su casa, pasando por delante del viejo Centro de Enseñanza Superior. Había estado casi un año sin volver a Ellwangen; como aprendiz de primer año no le correspondieron vacaciones ni podía permitirse gastar el dinero en el

billete, pero debido a ese especial evento familiar se había tomado un par de días.

Por las cartas de Helmut estaba al tanto de lo que había ido sucediendo durante este tiempo en el colegio. Unos meses después de que el Dr. Kaiser se jubilara, llegó el nuevo director, un «fiel miembro del partido», como le había descrito Helmut con mofa. Al final no había sido Gremm, a pesar de todos los rumores.

«Desde entonces, está aún más insoportable. Ahora le tenemos en clase de inglés. Por lo visto este hombre me va a perseguir hasta que me gradúe. Por aquí se especula mucho sobre los motivos por los que no ha sido nombrado director, pero nadie sabe nada definitivo.»

Esa noticia del pequeño fracaso de Gremm llenó a Erich de malvada alegría. El intercambio de cartas con Helmut había sido muy esporádico; ahora vivían en mundos diferentes y ambos lo percibían. Aun así Erich estaba deseando volver a ver a su amigo, y por ello estaba tan nervioso y contento a la vez cuando aquel día soleado de marzo, al día siguiente de su llegada para la *bar mitzvá* de su hermano, paseaba aparentemente tranquilo por la plaza de su viejo colegio. Llevaba el mejor abrigo del tío Ludwig, que se lo había prestado para la ocasión, ya que más o menos era de su estatura.

Se había detenido y había observado los alrededores. Mucho no había cambiado. Los de sexto, con sus blancas gorras, paseaban de un lado para otro; los más pequeños corrían alocados Y jugaban al escondite. Grupos de alumnos se distribuían relajadamente, juntando sus cabezas, había griterío, exclamaciones y risas. Por allá paseaba altivo el encargado de la vigilancia del recreo; debía de ser un profesor nuevo, porque Erich no le había visto nunca.

De pronto descubrió en un rincón a Reger con unos cuantos compañeros de clase, incluido Helmut. Finalmente todos se percataron de su presencia; algunos de los alumnos mayores le habían reconocido, por cómo miraban hacia él y cuchicheaban. Fue Helmut quien tomó la iniciativa y se acercó a él seguido tímidamente por unos cuantos más que no hacían más que echar asustadas miradas hacia la vigilancia del recreo.

—Hola, viejo —le había saludado Helmut algo cohibido—, tienes buen aspecto.

—Como que estoy estupendamente —con ensayado gesto Erich sacó un cigarrillo y ofreció el paquete a sus ex compañeros, pero todos pasaron, y le miraron con una mezcla de admiración y timidez.

Erich comenzó a contar que estaba empleado —remarcó la palabra «empleado»— en una empresa grande, de renombre internacional... Y así continuó hasta que de repente él mismo se asustó de lo que estaba contando. Ése que estaba ahí no era él, sino un extraño, un fanfarrón y un engreído. No sabía por qué no podía dejar

de hacerlo a pesar de que cada vez más le invadía la sensación de vergüenza de sí mismo.

—Estás realmente elegante —había dicho Reger finalmente.

Y entonces él les había enseñado sus nuevos guantes de piel de cerdo, que se había comprado expresamente para el evento, de lo poco que había podido ahorrar, y se explayó en la anécdota de su compra:

—Así que entré en el centro comercial, que es mucho más grande que las tiendas que tenemos aquí, tres plantas tiene, y dejé que me enseñaran todo tipo de cosas. Luego escogí estos guantes y le dije a la señorita que me gustaban, pero que tenían un arañazo. Ella me preguntó que dónde estaba el arañazo y yo le señalé un lugar cualquiera y le preguntaba continuamente ¿es que no lo ve? Al final estaba tan confundida que me los dejó a mitad de precio.

Todos se habían echado a reír de forma obligada, una risa forzada, y él había visto la extrañeza en Helmut y el rechazo en los ojos de Reger. «¿Qué estoy haciendo?», había pensado desesperado. «Estoy siendo exactamente cómo me quieren ver. Soy tacaño judío y ahora ya no tienen que sentir ningún cargo de conciencia.»

Luego se habían despedido apresuradamente al acabar el recreo y se habían separado. Las cartas de Helmut se hicieron más escasas desde entonces y un buen día Erich no volvió a contestarle. Se avergonzaba y ya no tenían nada en común.

Todo aquello lo volvió a recordar en la cocina de sus padres en aquella noche cálida de julio. Seguía avergonzado, pero a la vez pensaba con empecinamiento que era mejor así, aunque sospechaba que esa profunda tristeza que le invadía al recordar escenas de su vida ya nunca le soltaría.

La *bar mitzvá* de Max fue una pequeña y humilde fiesta. Tuvieron que viajar a la sinagoga de Schwäbisch Hall, ya que la sala de oraciones se la había arrebatado el año anterior. De los familiares únicamente había venido la abuela con la tía Mina y el tío Louis. La tía Betti estaba mal de salud y el tío Karl estaba preparando su emigración. El tío Ludwig y la tía Ruth esperaban pronto su tercer hijo y temían el largo viaje. Ese nacimiento significaba también que en la vivienda de Pirmasens iba a haber aún menos sitio para Erich; la convivencia con una familia joven y sus dos hijos pequeños no era tarea fácil para los implicados. La madre le había preguntado por aquel entonces a Erich qué tal le iba y él le había contestado honestamente que el tío Ludwig y la tía Ruth eran muy buenos con él y también muy pacientes. De sus miedos y preocupaciones no le contó nada.

A menudo recordaba cómo había sido aquella vez, cuando llegó a la estación de Pirmasens. El tío le había ido a recoger y los dos habían ido caminando a la plaza para esperar el tranvía. Erich estaba

asombrado y asustado en la ciudad, tremendamente más grande que Ellwangen, ruidosa y estresante y, como descubrió de forma crítica, mucho más fea y sucia. Por primera vez viajó conscientemente en tranvía. Se habían bajado en la Lembergerstrasse y habían caminado hacia un edificio de viviendas con muchos pisos de alquiler, construido con la piedra rojiza típica de esa zona. El piso de sus tíos era grande y también muy bonito, con altos techos estucados y una puerta ancha de dos alas que separaba el salón del comedor. La habitación de Erich era estrecha, como dijo el tío enseguida disculpándose, pero al menos tenía un espacio para sí mismo en el que poder refugiarse. Con el corazón acelerado había entrado a la mañana siguiente por la puerta de entrada de la empresa Adler & Oppenheimer V había percibido enseguida el dulce olor a cuero. Cada día de los siguientes años aspiro aquel olor tan especial y muy pronto se convirtió en un elemento esencial de su vida. Los diferentes trabajos que tuvo que realizar como aprendiz no significaron ningún esfuerzo para él. aprendía fácil y rápido, Pero más allá de las horas de oficina le atormentaba la añoranza de su casa y un profundo sentimiento de pérdida, Y a eso se sumó el miedo, otra vez ese miedo que ya había adquirido la categoría de pavor, un miedo que cobró en septiembre de 1935 una forma muy concreta.

Había entrado con los listados de los salarios al despacho de August Kalin, el director de la filial de Pinnasens de Adler & Oppenheimer. El señor Hofmann, el jefe superior de contabilidad de la empresa y por aquel entonces su superior inmediato, le había encargado llevar inmediatamente aquellos documentos al director. Todo el mundo sabía que los negocios iban mal y que desde la central en Berlín llegaban inequívocas señales para que se redujera la plantilla. El señor Kahn se encontraba en aquella ocasión ante Ja ventana, los dedos de la mano derecha enganchados en el bolsillo pequeño de su chaleco y con la derecha golpeaba incesantemente el marco de la ventana. Tan sólo se giró un poco al entrar Erich.

—Ah, es usted, Erich. Deje las listas en la bandeja.

Erich se quedó de pie, esperando instrucciones. Finalmente el señor Kahn se dio la vuelta y se sentó con todo su considerable volumen corporal tras su escritorio. Pensativo, se le quedó mirando y dijo inesperadamente:

—Por vosotros los jóvenes lo siento más que por ninguno, Erich recordaba ligeramente haber oído palabras parecidas alguna otra vez, pero ya no se acordaba de cuándo, ni de quién.

—¿A qué se refiere, señor director?

August Kahn se pasó la mano por la redonda y casi calva cabeza y respondió más para sí mismo:

—Acabo de escuchar una retransmisión del Parlamento de

Nürnberg —y señaló con un suave movimiento de cabeza hacia el transmisor de radio que estaba en el rincón del despacho—. Cosas asquerosas las que se están cociendo ahí, pero hay que mantenerse informado. Hay una nueva Ley —hizo una pequeña

. En este país ya no somos ciudadanos de pleno derecho. Estamos excluidos y pasamos s ser de segunda categoría.

Pero es así desde hace tiempo —contestó Ench de forma espontánea:

—¡Ahora es por Leyt Es oficial, por decirlo de alguna manera.

Los dos < aliaron, director y aprendiz. Y qué más había que decir. Luego el señor Kahn le había liberado con un gesto de mano.

—Gracias, Erich. Ya puede marcharse.

Esa noche, después de cenar, se perdió. Se había acostumbrado a pasear sin rumbo fijo por la ciudad, porque quería estar solo para dedicarse únicamente a sus pensamientos Además, tenía siempre la sensación de ser un intruso en casa de sus tíos, a pesar de que ellos no le daban razones. Pensaba que al menos así les concedía un rato de intimidad, ¥ de repente se había perdido entre las empinadas calles y callejuelas. Todas pare cian iguales. A base de preguntar por la calle Lemberger volvió a llegar felizmente allí, pero el sentimiento de estar pentodo y el miedo de no poder volver a encontrar el camino se le quedaron metidos en el cuerpo.

Naturalmente nunca contó nada de esto a su madre, no podía, ni siquiera ahora, a pesar de que ya estaba todo superado Siempre le había dicho lo mucho que le gustaba aquello y lo interesante que era su trabajo; incluso había recibido un certificado que el señor Kahn le había entregado con un fuerte apretón de manos. La empresa se había disuelto en jubo de 1938, «resuelta», como se decía en el argot nazi. Él había sido de tos últimos de una plantilla mayoritariamente judía.

Tampoco le había hablado nunca de ella. A pesar de que su madre lo había intuido. Mientras concluía los últimos preparativos para el largo viaje a América, insistió en un momento de soledad con su hijo:

—¿De verdad no tienes a nadie en Pirmasens a quien tal vez vayas a echar de menos?

—No madre. A nadie.

Es que su relación con Flora era difícil de explicar. No era probablemente la clase de relación que le hubiera gustado a tu madre.

Ella era oficinista en Adler & Oppenheimer, una chica manida y delgada con alocados rizos negros. Su padre era de Polonia.

había sido representante de zapatos y había llegado a Pirmasens en los años veinte, pero murió poco después de su llegada, cuando Flora aún era una niña. Todo eso se lo había contado ella después de la fiesta de Januká en diciembre del 1936. Junto a los demás miembros de las juventudes alemanas-judías y los sionistas se habían

sentado a tomar ponche después de una actuación teatral. Flora era un miembro activo de los sionistas, como le contó también aquella noche. En la empresa, sus caminos no se había cruzado a menudo. Ella era tres años mayor que él. Pero aquella noche estuvieron mucho tiempo conversando y Erich quedó fascinado por su gracia y su descaro. Ella intentaba ganarse su interés por las metas sionistas y durante las siguientes semanas le llevaba continuamente a alguno de sus encuentros. Había discursos, clases magistrales, incluso una retransmisión cinematográfica con el título *La Tierra Prometida*, y todos ellos versaban sobre el mismo tema: que los judíos debían estar en Palestina utilizando cualquier medio.

—Vosotros estáis mal de la cabeza —le había dicho Erich a raíz de aquello una noche a Flora—. ¿Pero qué se os ha perdido a vosotros en el desierto? ¡Además, no creo que los ingleses estén muy de acuerdo con ello! ¡Ni los árabes tampoco!

Así comenzaron una de las habituales discusiones en las que Flora, obstinada, insistía en que para los judíos Palestina era la tierra de sus raíces.

Una de esas noches le había llevado a la pequeña casita en la Horeb-Strasse en la que vivía con su madre y con su hermano. La casa de la familia Slodki era un hogar humilde, con húmedas paredes en las que se arrugaba y desprendía el papel pintado. La habitación de Flora, un cuarto estrecho, daba a la parte de atrás, con vistas a un pequeño huerto, en el que un par de olvidadas zarzas de moras poco a poco iban cediendo su espacio a las ortigas que lo invadían todo. Allí habían hecho por primera vez el amor y ella había sido una paciente maestra. Erich nunca había sentido por Flora los sentimientos que Gertraud le motivó, pero le estaba agradecido por el calor y el cariño que ella le daba. Eran dos seres perdidos que se sostenían el uno al otro y se daban lo que eran capaces de dar.

Si el tío Ludwig se había enterado de sus ausencias nocturnas, desde luego no lo decía. Cuando Erich cumplió dieciocho años su tío le entregó una llave de la vivienda y le dijo que seguramente él ya tendría sus propios planes de cómo organizarse las noches y que disfrutara la vida en esos tiempos tan difíciles lo mejor que pudiera. Menos mal que su madre nunca se enteró de esto, porque seguro que se habría enfadado con su hermano pequeño de por vida.

En su última noche juntos, Flora y el yacían abrazados encima de su estrecha cama compartiendo un cigarrillo. Naturalmente salió la conversación de su inminente emigración a EE.UU.

—De verdad, no sé qué se te ha perdido a ti allí —había dicho ella enfadada, como tantas otras veces—. Piensa en Benjamin Franklin. ¡Cuántas veces me lo has contado! No te imaginas la cantidad de antisemitas que hay allí.

—Hay gente así en todas partes —había dicho como si nada, y se había girado de lado para poder verla mejor—. Además, quiero ser un hombre rico, y eso lo conseguiré en América.

—¡Como que eso te va a servir de algo! Mira a los ricos judíos alemanes. A ésos les están apretando las tuercas tanto como a los demás, sólo que ellos tienen más que perder.

Él movió la cabeza negativamente y le sopló suavemente un rizo de la frente.

—América es un país muy grande, allí hay sitio para todos. Y allí podré hacer lo que he aprendido. Me han obligado a abandonar el colegio, tuve que convertirme en un hombre de negocios y quiero ser un buen hombre de negocios. En lo que haga quiero ser el mejor. ¡Quiero ser rico! Quiero tener una casa confortable, una casa propia, de la que nadie pueda echarme. Quiero casarme con una mujer, que sea la más guapa del lugar. ¡No, no te rías de mí! ¡Lo digo muy en serio! Y naturalmente tendré hijos. Los enviaré a buenos colegios, colegios caros, los mejores, de los que nadie pueda expulsarlos. Yo pagaré para que nadie pueda torturarlos ni humillarlos.

Ella le había pasado cariñosamente la mano por la mejilla.

—Me temo que vas en serio con todo esto. ¿Y qué hay de tu frase favorita, la que provenía del que un día fue tu director? ¡Anda que no me has contado veces lo importante y valiosa que es esa cita! ¿Cómo era?

Él sabía perfectamente de lo que ella estaba hablando.

—Atiende a tu corazón y sé sabio.

—Bueno, ¿y dónde ha quedado ahora la sabiduría dentro de tu plan de vida? No está por ninguna parte.

Él le quitó el cigarrillo de entre los dedos e inhaló profundamente varias veces. Luego se volvió a dejar caer de espaldas y miró al techo manchado de la habitación.

—¡En eso tienes razón, ya no aparece por ninguna parte! Pero aun así no lo olvidaré nunca. Siempre estará conmigo como un precioso recuerdo. Me recordará la vida que me hubiera gustado tener y la persona que hubiera podido ser.

Después de un rato se había vestido y se habían dicho adiós. Era su despedida, eso lo sabían los dos.

—Que te vaya bien, mi pequeño *Jidd.* Hazte un hombre rico y sé feliz, al menos un poquito.

—Lo intentaré —y entonces le habían brotado las lágrimas de los ojos—. Y a ti mucha suerte en el desierto. Date prisa para poder salir a tiempo de aquí.

—El dinero ya casi lo tengo ahorrado. Es sólo por mi madre. Ella ya no quiere ir a ninguna parte y no la puedo dejar sola. Mi hermano no se ocuparía debidamente de ella.

Durante los últimos días en Ellwangen, Erich tuvo que pensar a menudo en aquella despedida. También pensó mucho en Gertraud, su primer amor, a la que nunca más había vuelto a escribir.

¿Podría ella algún día llegar a comprenderle?

Despedida

LLEGÓ la última noche, era Sabbat y se sentaron juntos a la inestable mesa de cocina. Comieron en sus últimos tres platos, bebieron el vino en vasos para el agua. Peter pasaría después de que se hubieran marchado a recoger estos últimos restos de los enseres de los Levi. Pero los candelabros alumbraban como siempre y sobre el plato de Sabbat yacían los panes, aunque eran comprados y no hechos en casa como otras veces. El padre recitó por última vez la oración en aquellas estancias: «Alabado seas, tú, el Eterno, nuestro Dios, Rey del mundo».

Cuando se hizo de noche, la madre apagó las velas y encendió la luz eléctrica. Julius señaló los candelabros y el plato.

—¿Qué quieres hacer con esto? No te lo puedes llevar. El plato se rompería y los candelabros son valiosos y los tendríamos que haber declarado.

Erich tomó el plato entre sus manos y lo contempló. Pensaba en lo que había visto en él con los ojos de un niño. Esos extraños signos en el borde del plato habían sido los ojos de Dios. Más tarde, se había reído de aquello, sólo era un plato azul grisáceo, ni valioso ni especialmente bonito. Pero de repente volvió a comprender al niño y vio los símbolos y las letras con ojos infantiles. Era algo especial, les pertenecía, era parte de su tradición, les unía más de lo que él antes quería admitir. Era parte de sí mismo.

Entre tanto la madre se había puesto una chaqueta de lana. —Los candelabros los escondo en mi bolso de mano —le había contestado al padre—. Quiero llevar conmigo al menos algo de nuestras cosas, y el plato... —limpió cuidadosamente las migas del esmalte y lo envolvió en un papel—. Ahora mismo vuelvo.

Al momento regresó y Julius le preguntó dónde había estado. Melanie contestó con evasivas:

—Algo nuestro tiene que quedar aquí. He llevado el plato a un lugar seguro.

—Van a quedar bastantes cosas nuestras aquí, los muebles, la plata... —gruñó Julius.

La madre movió la cabeza negativamente.

—No me refiero a eso. Tiene que quedar algo que de verdad era importante para nosotros. Algo que recuerde que una vez vivió aquí la familia Levi. El plato está en buenas manos.

A la mañana siguiente llegó el pequeño camión que Julius había alquilado. Un joven les llevaría hasta Stuttgart y desde allí continuarían en tren hasta Bremen. Entre Erich y él subieron la pesada maleta al remolque. Había pocas personas en la Hindenburgstrasse,

era domingo, y además era mejor no dejarse ver durante la despedida de la familia Levi. Nunca se sabía quién podría estar observándole a uno para luego dar parte.

En la entrada de la casa estaban las señoritas Pfisterer; Marie apretaba un pañuelo sobre los labios. Contra la esquina de una casa se apretujaban Marta Biegy la pequeña Lore; les saludaban con la mano. En la acera de enfrente se había postrado el viejo Schuster mofándose con descaro. La tía Lea y el tío Sigmund habían venido para abrazarles una vez más. Ellos los seguirían en septiembre.

—¡Nos vemos en Nueva York! —susurró Lea y luego, cuando el camión se puso en marcha, agitó su pañuelo.

Por la plaza del mercado llegaba Helmut corriendo y se quedó inmóvil al ver pasar el vehículo por delante de él.

Erich estaba sentado atrás, junto a la maleta, en la zona de carga. Una vez más miró a Helmut y pensó en todas las cosas que habían pasado juntos, en todos los recuerdos que compartían, y le asintió al amigo en señal de despedida. Entonces el camión giró en un cruce y él cerró los ojos.

Se había acabado.

Las imágenes importantes las llevaba en su alma. No precisaba de ninguna última mirada. Y volvería, algún día él volvería. Algún día, para hacer una única pregunta: ¿Por qué?

Epílogo

EL ANCIANO está decepcionado. El hijo de Erich, el profesor americano, no se ha querido llevar el plato. Se lo agradeció de corazón, pero dijo que quería dejarlo aquí, que era mejor así. Que así permanecería el recuerdo de los últimos judíos de Ellwangen, una ciudad en la que no había vuelto a haber judíos desde 1938.

Yo intento consolar al anciano señor mientras envuelve cuidadosamente el plato en papel de embalar.

—Cuídelo usted bien —le digo, y miro al muchacho que está al lado de Michael Levi.

Es su hijo Jacob, el nieto de Erich. Su padre se lo ha traído para que aprenda algo sobre la historia de su familia. Es una historia de la que padre e hijo únicamente conocían fragmentos. Yo me siento algo extraña, porque el chico nos mira con los ojos de Erich. Así que señalo disimuladamente hacia Jacob Levi y le digo al anciano que se dispone a marcharse:

—Tal vez algún día venga alguien y quiera que se lo devuelva. Y entonces ese plato volverá a estar sobre la mesa de una familia judía, y un padre pronunciará la bendición sobre los panes.

Lo que importa es que al menos algo queda.

Quedan los recuerdos, que han aumentado y aumentarán aún más, y queda un plato con los ojos de Dios.

Algo queda

DESDE el año 2002 en Ellwangen hay un recuerdo más, un recuerdo de bronce y acero, una escultura, que se levantó ante la entrada del Colegio Mayor y que fue diseñada por el artista local Josef Kieninger. Recuerda a los últimos estudiantes judíos, así como a los más de setenta y siete graduados judíos que estudiaron desde el año 1823 en el Colegio Mayor. Por deseo expreso de la familia Levi se hizo grabar en ella, tanto en alemán como en hebreo, el siguiente verso de los versículos III, 13:

> «Bien por la persona que encuentra sabiduría,
> y por la persona que recibe la razón.»

Estas palabras recuerdan el lema del discurso que el director del Colegio Mayor de entonces dio con motivo de su jubilación en el año 1935. Es una extraña y conmovedora casualidad que de esta manera se vuelva a reencontrar su legado.

Erich Levi volvió a Ellwangen en el año 1945 como soldado de la División de Infantería 399 de las Fuerzas Armadas Estadounidenses. Ordenó la reconstrucción del cementerio judío, que en 1944 por decreto del entonces alcalde del NSDAP se había eliminado.

De gran ventaja fueron sus conocimientos geográficos y lingüísticos, sobre todo el dominio del dialecto de allí. Y conocía muy bien a todos los altos cargos nazi del lugar.

Todavía hay personas en Ellwangen que se acuerdan de su llegada de entonces, en abril de 1945, o que han oído hablar de ello a testigos oculares. Algunos de ellos están seguros de que se le debe sobre todo a él que Ellwangen no fuera bombardeada, como al parecer tenían previsto sus superiores, ya que las SS ofrecían allí una desesperada resistencia.

En uno de los casos, los descendientes de una renombrada y conocida familia de un pueblo vecino se acordaban concretamente de que el joven soldado americano, a su paso por el pueblo, había preservado su casa de la destrucción.

Tras la guerra, Erich Levi fundó una empresa de importación y exportación en los EE.UU. dedicada sobre todo al comercio con países sudamericanos. Se convirtió en un hombre muy adinerado y las fotos de aquellos días le muestran con los atributos de la riqueza y del éxito económico.

Murió en un accidente de tráfico en Venezuela en abril de 1966.

Dejó una esposa, Inge, una hija, Bárbara, nacida en 1950, y un

hijo, Michael, nacido en 1952.

Erich Levi nunca habló a su familia de la época de Ellwangen ni del trauma de la expulsión. Únicamente había hablado a menudo con orgullo y respeto de su formación en el Colegio Mayor. Su hijo le ha conocido como un hombre introvertido y poco comunicativo. Dice que en realidad fue un hombre infeliz, un padre extrañamente lejano, alguien que en el Nuevo Mundo siempre se sintió un extraño.

Max Levi se fue de Inglaterra a Australia y luchó allí en una unidad australiana, también en la Segunda Guerra Mundial. Con la ayuda de Erich encontró tras la guerra un empleo como director de una empresa metalúrgica en Nueva York. Murió en febrero de 1977 de un paro cardíaco.

Melanie Levi murió en 1950 de un infarto cerebral. Tras la emigración trabajó como criada en un hotel de Nueva York.

Julius Levi encontró empleo como mozo de los recados en un gran Aparthotel de Nueva York. Su familia contó que tras inmigrar no se le podían confiar trabajos que requiriesen iniciativa propia y toma de decisiones. Era un hombre roto. Existen algunas cartas de él dirigidas a las dos señoras, que en el libro llevan el apellido Pfisterer. Muestran conmovedores y desesperados intentos de maquillar la añoranza de su tierra y su tristeza a través de relatos sobre el bienestar en su nueva patria, del que también formaban parte sus hijos Erich y Max.

Sigmund Levi y su esposa Lea también pudieron emigrar a tiempo con su hijo Erwin.

Babette Levi, la abuela, murió en 1950 a la avanzada edad de 95 años. Vivió hasta el final con su hija Mina Straus y su yerno Louis en Nueva York. Durante su emigración fue la pasajera más anciana sobre el *Queen Mary*. En su esquela y también en la de su nuera Melanie se indicó como último lugar de residencia: Ellwangen (Jagst).

Los demás miembros de las familias Levi y Süssel también consiguieron huir de Alemania.

Las dos señoras que en la novela reciben el apellido de Pfisterer tuvieron que vivir que su casa y su comercio fueran tiroteados y ardieran dos horas antes de que la ciudad se entregara a las tropas americanas.

En 1945 Erich intentó alojarlas en la antigua vivienda del alcalde del NSDAP, pero ellas no aceptaron y se mudaron al piso del establo junto al Jagst, que antes había sido de Julius. Éste les confirmó repetidas veces después de 1945 la legalidad de la venta. En una carta dirigida a la familia Levi y fechada en 1947 se quejaban de que la reconstrucción de su tienda se estaba retrasando debido a que no recibían materiales de construcción, pero que por encima de todo les agradecían el paquete con comida que habían recibido de los Levi. Al

final de— la carta de 1947, se dice también que aquí todos «pueden seguir viviendo tan pacíficamente como antes de la guerra».

El muchacho que en gran parte ha servido de modelo para Helmut se desangró en el frente de Rusia.

Agradecimientos

ESTA novela es una mezcla entre ficción y realidad histórica.

Los grandes acontecimientos nacionales, tanto los locales como los escolares, han sido investigados lo más minuciosamente posible. Lo que sucede en las aulas escolares y en la vida privada de las personas implicadas sigue obligatoriamente un guión literario, cuya interpretación sin embargo está influenciada por los acontecimientos externos, relatos de testigos de la época y experiencias de otros niños y jóvenes judíos de entonces.

Los nombres de las personas reales no han sido utilizados, debido a que la ciudad en la que suceden estos acontecimientos podría ser intercambiada por cualquier otra de aquellos tiempos. Además, no le fue posible a la autora, por razones obvias. En algunos personajes he reflejado un prototipo histórico, mientras que otros son el producto de la fantasía.

Únicamente los nombres de las familias judías, sobre todo de los personajes principales, se dejaron como eran. Con ello he querido honrar su memoria y alertar de que sus caminos de dolor fueron análogos a los de tantos otros judíos alemanes. La aproximación a ellos se ha hecho lo más exacta posible.

Para poder realizar este trabajo he dependido de la colaboración de mucha más gente.

Mi agradecimiento va dirigido en primer lugar a los testigos de la época, quienes, cada uno en su medida, compartieron conmigo los recuerdos a menudo dolorosos.

Gracias también a mis compañeros y alumnos del Colegio Mayor Peutinger, que participaron en el curso semestral «Spurensuche» y en su exposición. Este trabajo suministró la base para la novela. En este sentido, mi más sincero agradecimiento a Peter Maile, quien con sus investigaciones de historia regional pudo aportar una importante información.

Mi gratitud va también a Sonja Zink, que entabló la primera llamada telefónica con la familia Levi.

A los empleados de los Archivos de Ellwangen, Pirmasens, Speyer y Ulm, por su predisposición y su ayuda.

Gracias al señor Eberhard Frick de la empresa Kicherer en Ellwangen, por permitirme el acceso a la correspondencia.

A la comunidad judía de Stuttgart, gracias por proporcionar información importante.

Un especial agradecimiento también a mi editor Klaus Willberg y a mi lector Stefan Wendel, que fomentaron desde los comienzos este

proyecto literario. Este agradecimiento incluye a Kristin Weigand.

Me cuesta mucho trabajo encontrar las palabras adecuadas para expresar mis sentimientos hacia las personas que han acompañado este libro desde sus inicios y lo han seguido con extremada simpatía y a las que más debo una valiosa información: la familia del Dr. Michael Levi de Nueva York.

Desde nuestro primer encuentro en el colegio se ha creado una profunda y muy especial amistad. A veces me parece un milagro que nos hayamos encontrado a través de las tumbas de una historia tan horrible y dolorosa.

Pero finalmente mi mayor gratitud es para mi familia y mi marido Hans-Ulrich Grózinger, mi incansable apoyo y ayudante.

notes

Notas a pie de página

[1] Séptimo día de la semana (sábado). Según la tradición judía está ligado al descanso de Dios después de la Creación. Durante este día rigen los mandatos del descanso sabático, se acude a la sinagoga y se reúnen alrededor de una mesa festiva para comer. El Sabbat siempre comienza el viernes por la noche con la caída del sol y dura hasta el sábado por la noche.

[2] Jala o challa (singular) = Hogaza de pan de masa trenzada que se cuece especialmente para el Sabbat. Siempre hay dos de ellas, en recuerdo de la doble cantidad de maná que el pueblo de Israel debía recoger en el desierto el día anterior al Sabbat, ya que el sábado debían guardar descanso.

[3] Kiddush significa oración, bendición del Sabbat. El padre de familia llena para ello un cáliz, a menudo ricamente decorado, con vino y posteriormente la familia va bebiendo uno a uno.

[4] Una de las fiestas judías más antiguas y conocidas que se celebra en marzo/abril a menudo paralelamente a la fiesta cristiana de Semana Santa. Recuerda la salida del pueblo de Israel de Egipto. En casi todos los hogares judíos antes de la festividad, se produce una limpieza de la casa liberándola de todo lo ácido, por ejemplo, de todos los alimentos fermentados como el pan de levadura.

[5] Es tradición que los padres escondan en el jardín de sus casas, terrazas, etc. huevos cocidos pintados con llamativos colores, huevos y conejos de chocolate, etc., durante el domingo de Pascua, y los niños tienen que encontrarlos después. Se convierte en una pequeña competición de ver quién encuentra más.

[6] Como en memoria de las prisas de la salida de Egipto no se puede conservar ni comer pan hecho de levadura, se toma durante el Pésaj los matzá, unas tortas hechas de harina y agua.

[7] Fiesta judía de la luz en memoria de la recuperación del templo en Jerusalén en el año 164 a. C. Se celebra aproximadamente al mismo tiempo que la Navidad cristiana.

[8] Gorro judío que llevan todos los varones en las sinagogas y les cubre la coronilla.

[9] Al alcanzar los trece o catorce años de edad un niño judío, la mayoría de edad religiosamente hablando. Este acontecimiento se celebra con la bar mitzvá (textualmente: hijo del mandamiento). Durante la siguiente misa de su cumpleaños, casi siempre en Sabbat, el chico puede leer el apartado semanal. Después se celebra una fiesta, durante la cual los jóvenes también reciben regalos.

[10] Noche anterior a la festividad del Pésaj.

[11] Se refiere al Stürmer, un periódico de acoso antisemita.

13 Haggadá proviene del hebreo «relato», la principal fuente de conocimiento del antiguo judaísmo rabínico. Aquí, se refiere al relato sobre la salida de Egipto.

[13] Fáhnlein = antiguamente la unidad de una tropa militar bajo una bandera.

[14] Minyán o minián = las 10 personas que se precisan para leer en el Tora, generalmente hombres, para poder celebrar una misa judía. Hoy día en las comunidades más liberales se admiten también mujeres.

[15] Federación de lucha en pro de lo alemán en el extranjero.

[16] «Volk ohne Raum» = dramatización con el mismo título, de la novela de Hans Grimm (1875-1959). Durante el Nacional Socialismo esta novela era muy popular, ya que promovía el colonialismo alemán.

[17] Cashrut significa «correcto, apropiado, ritualmente puro». Es un tecnicismo de las normas culinarias para un hogar judío. Por ejemplo está prohibido comer «animales impuros», como el cerdo, o ingerir leche a la vez que carne.

[18] Es una sopa hecha de caldo de ternera, panceta, morcilla, salchichas fres- cas, hierbas aromáticas y cubitos de pan tostado en manteca de cerdo.

[19] Pastel de patata y /o cuajada.

[20] Atril de lectura de una sinagoga.

[21] Januká = Fiesta judía de las luces en conmemoración a la reconquista del Templo de Jerusalén en el año 164 antes de Cristo. Se

celebra más o menos por las mismas fechas que la Navidad cristiana.

[22] Fiesta de Jól = Fiesta con la que se celebra el solsticio de invierno en algunos países escandinavos.

[23] BDM, «Bund Deutscher Mádchen»: Federación de Chicas Alemanas, una organización de chicas dentro de las Juventudes Hitlerianas.

[24] KdF: «Kraft durch Freude» = Fuerza de alegría. Organización Nacionalsocialista en el «Frente Trabajador Alemán», responsable de la organización del tiempo libre y las vacaciones. El «Frente Trabajador Alemán» era la organización de unidad de los trabajadores y empresarios en sustitución de los prohibidos sindicatos.

[25] Havdalá: ceremonia de despedida del Sabbat.

[26] Mittelstandshilfe: «Asistencia para la clase media judía» era una organismo fundado para asistir, asesorar y conceder créditos a la clase media judía. Durante la época nazi se convirtió en una casa de empeño.

[27] Levantamiento contra Hitler: Se refiere al «levantamiento Róhm», denominado así por Emst Róhm (1887-1934), comandante en jefe de las SA. Hitler se inventó una supuesta conspiración de su viejo camarada de trinchera, para eliminar políticamente a las SA. Róhm y otros muchos dirigentes de las SA fueron detenidos y ejecutados sin haber sido procesados previamente.

[28] Rosh Hashaná: Festividad judía de Año Nuevo, que se celebra en el mes tis- chri (septiembre/octubre). Durante esta fiesta se dicta la sentencia correspondiente a los actos cometidos durante el año, hasta el Día de la Conciliación aún se tiene oportunidad para el arrepentimiento.

[29] Jom Kipur: Día de la Conciliación. Se celebra a continuación del Rosh Hashaná y es la fiesta más grande para los judíos. Está dedicado al arrepentimiento y a la penitencia con la esperanza de obtener el perdón divino y es un día de ayuno total.

[30] Año 5695: La forma judía de contar los años se diferencia de la cristiana. A partir del siglo IX se impuso entre los judíos una forma de contabilizar el tiempo basada en la creación del mundo. Y ésta se dató en el año 3761 antes de nuestra era.

[31] Flammenzeichen = El Signo de las Llamas.